

SAMIR AMIN

La crisis

LA CRISIS

Salir de la crisis del capitalismo  
o salir del capitalismo en crisis

Traducción de José María López

**La crisis actual no es ni una crisis financiera ni la suma de crisis sistémicas múltiples (energética, alimentaria, ecológica, climática), sino la crisis del capitalismo oligopólico, que ha alcanzado el estado de senilidad.**

**El principio de acumulación sin fin que define al capitalismo es sinónimo de crecimiento exponencial, y éste, como el cáncer, lleva en sí la muerte. Y son las contradicciones internas propias del proceso de acumulación del capital las responsables del hundimiento financiero del 2008. Por eso, la profundización de la crisis no podrá evitarse, ni siquiera aceptando la hipótesis de una recuperación exitosa —aunque temporal— del sistema de dominación del capital por parte de los oligopolios.**

**En estas condiciones, la radicalización posible de las luchas no debe verse como algo imposible. ¿Conseguirán converger estas luchas para abrir el camino a la larga ruta de transición al socialismo mundial?**

**elviejotopo.com**



**SAMIR AMIN (El Cairo, 1931) ha dedicado gran parte de su obra al estudio de las relaciones entre los países desarrollados y los subdesarrollados, y a la crítica de la globalización.**

**Presidente del Foro del Tercer Mundo y del Foro Mundial de las Alternativas, entre sus últimos libros traducidos al castellano destacan *Mundialización y acumulación: El capitalismo en la era de la globalización; El hegemonismo de Estados Unidos y el desvanecimiento del proyecto europeo; Más allá del capitalismo senil; Por la Quinta Internacional* y, bajo su dirección, *Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI*.**

**Recientemente han aparecido también sus *Memorias*.**

SAMIR AMIN

# LA CRISIS

Salir de la crisis del capitalismo  
o salir del capitalismo en crisis

Traducción de Josep Sarret

EL VIEJO TOPO

Título original: *La crise*

© Samir Amin, 2009

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo T

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-92616-43-5

Déposito Legal: B-27.853-09

Imprime: Novagràfik

Impreso en España

# Índice

<b>Presentación</b>	<b>7</b>
<b>I. El hundimiento financiero de la mundialización liberal</b>	<b>27</b>
<b>II. Dos vías de desarrollo histórico.</b>	
<b>El contraste Europa/mundo chino: orígenes y recorridos</b>	<b>51</b>
<b>III. El capitalismo histórico.</b>	
<b>La acumulación por expropiación</b>	<b>65</b>
<b>IV. Avances revolucionarios seguidos de retrocesos catastróficos</b>	<b>99</b>
<b>V. Agricultura campesina, agricultura familiar moderna</b>	<b>127</b>
<b>VI. ¿Humanitarismo o internacionalismo de los pueblos?</b>	<b>163</b>
<b>VII. Ser marxista, ser comunista, ser internacionalista hoy</b>	<b>185</b>
<b>Epílogo (abril 2009)</b>	<b>247</b>

# Presentación

## **El capitalismo, un paréntesis en la historia**

El principio de la acumulación sin fin que define al capitalismo es sinónimo de crecimiento exponencial, y este, como el cáncer, lleva a la muerte. Stuart Mill, que lo había comprendido muy bien, imaginaba que un “estado estacionario” pondría fin a este proceso irracional. Keynes compartía este optimismo de la Razón. Pero ni uno ni otro estaban equipados para comprender de qué modo podría imponerse la necesaria superación del capitalismo. Marx, dando a la nueva lucha de clases el lugar que le correspondía, pudo, en cambio, imaginar cómo se produciría el derrumbamiento del poder de la clase capitalista, concentrado actualmente en las manos de la oligarquía.

La acumulación, sinónimo igualmente de pauperización, traza el marco objetivo de las luchas contra el capitalismo. Pero se expresa principalmente mediante el contraste cada vez mayor entre la opulencia de las sociedades del centro, beneficiarias de la renta imperialista, y la miseria de las sociedades de las periferias dominadas. Este conflicto se ha convertido de hecho en el eje central de la alternativa “socialismo o barbarie”.

La tesis central de este libro es que la crisis actual no es ni una crisis financiera ni la suma de crisis sistémicas múltiples, sino la crisis del capitalismo imperialista de los oligopolios, cuyo poder exclusivo y supremo corre el riesgo de ser cuestionado, una vez más, tanto por las luchas del proletariado general como por las de los pueblos y naciones de las periferias dominadas, aunque estos sean en apariencia “emergentes”.

El auténtico desafío es pues el siguiente: ¿conseguirán converger estas luchas para abrir el camino —o los caminos— a la larga ruta de la transición al socialismo mundial? ¿O permanecerán separadas e incluso entrarán en conflicto unas contra otras, y por ello, ineficaces, dejarán la iniciativa al capital de los oligopolios? Este libro no pretende dar una respuesta a esta pregunta, sino solamente, y en el mejor de los casos, aportar elementos para el análisis del desafío que representa.

### **La pauperización a escala mundial, en el centro de la crisis de la civilización capitalista**

Para establecer esta relación, central en mi análisis, me ha parecido indispensable en primer lugar someter la lectura de la historia moderna al test de la “larga duración”. Remontarse una vez más a los orígenes de la formación del capitalismo a partir de las contradicciones de los sistemas anteriores (los “sistemas tributarios”, como les llamo yo). Sobre todo teniendo en cuenta que, en este plano, me sitúo entre la pequeña minoría de quienes piensan que el capitalismo no ha sido el producto del “milagro” europeo, de la “excepción europea”. Sostengo, al contrario, que las mismas contradicciones fundamentales caracterizaban a todos los sistemas tributarios premodernos, y que su superación por la invención del capitalismo estaba igualmente en marcha en otros lugares, y no sólo en Europa.



El capitalismo “europeo” no ha sido más que una de las formas posibles de la respuesta a las exigencias de la evolución general. Es, pues, importante destacar las características específicas de esta forma. Las he resumido en una frase simple: la acumulación por expropiación, no solamente en el origen (la “acumulación primitiva”) sino en todas las etapas de su despliegue. Una vez constituido, este capitalismo “atlántico” partió a la conquista del mundo y lo remodeló sobre la base de la permanencia de la expropiación de las regiones conquistadas, que de este modo se convirtieron en las periferias dominadas del sistema.

No es la historia (antigua y anticuada), sino el presente (y también el porvenir en la medida en que nos mantengamos en la lógica del capitalismo histórico) lo que preocupa al capitalismo actual –y no hay otros capitalismos posibles.

Esto significa que todas las contradicciones del capitalismo –en sus formas antiguas y nuevas– y el desafío que constituyen –tanto en sus expresiones antiguas como en las nuevas– han de ser resituadas en este marco. Han de ser rearticuladas en torno al eje central constituido por la mundialización polarizante, forma propia de la mundialización capitalista desde sus orígenes, hace cinco siglos, hasta hoy mismo.

Esta mundialización no es nueva. Se inició con la destrucción de las Américas, remodeladas en función de las exigencias de la acumulación por expropiación, y se remató durante el siglo XIX, hacia 1850 aproximadamente.

Esta mundialización “victoriosa” se ha revelado incapaz de imponerse de una manera duradera. Apenas medio siglo después de su triunfo, que pudo parecer que inauguraba el “fin de la historia”, ya era cuestionada por la revolución rusa y por las luchas (victoriosas) de liberación de Asia y África que llenan la historia del siglo XX: la primera oleada de luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos.

El capitalismo histórico será pues lo que se quiera menos duradero. No es más que un paréntesis breve en la historia. Su cuestionamiento

fundamental –que nuestros pensadores “de izquierdas” no creen que sea “posible” (o siquiera “deseable”)–, es simultáneamente cuestionado por las luchas por la emancipación de los trabajadores (el “proletariado general”, en mi lenguaje) y por las de los pueblos dominados (los de las periferias, el 85% de la humanidad). Y estas dos dimensiones son indisolubles. No será posible salir del capitalismo solamente mediante la lucha del proletariado general, ni solamente mediante la lucha de los pueblos dominados. Sólo será posible salir del capitalismo cuando –y en la medida en que– estas dos dimensiones del mismo desafío se articulen una con otra. No es “seguro” que esto vaya a pasar, en cuyo caso el capitalismo será “superado” por la destrucción de la civilización (más allá del malestar en la civilización, para decirlo con las palabras de Freud), y tal vez por la destrucción de la vida en el planeta. Pero esto es igualmente posible.

### **De una larga crisis a otra**

El desmoronamiento financiero de setiembre de 2008 ha sorprendido probablemente a los economistas convencionales de la “mundialización feliz” y ha dejado desconcertados a algunos de los fabricantes del discurso liberal triunfante después de “la caída del muro de Berlín”, como se suele decir. Si en cambio el acontecimiento no nos ha sorprendido a nosotros –que ya lo esperábamos (sin haber predicho la fecha en que se produciría, por supuesto, porque no tenemos una bola de cristal), ha sido simplemente porque, para nosotros, se inscribía naturalmente en el desarrollo de la larga crisis del capitalismo envejecido que se había iniciado durante los años setenta.

Vale la pena remontarse a la primera larga crisis del capitalismo que modeló el siglo XX por lo sorprendente que es el paralelismo existente entre las etapas del desarrollo de estas dos crisis.

El capitalismo industrial triunfante del siglo XIX entra en crisis a partir de 1873. Las tasas de beneficio se hunden, por las razones puestas en evidencia por Marx. El capital reacciona con un doble movimiento de concentración y de expansión mundializada. Los nuevos monopolios confiscan en beneficio propio una renta extraída de la masa de la plusvalía generada por la explotación del trabajo. Aceleran la conquista colonial del planeta. Estas transformaciones estructurales permiten un nuevo despegue de los beneficios. Inician la “belle époque” –de 1890 a 1914– del dominio mundializado del capital de los monopolios financiarizados. Los discursos dominantes de aquella época hacen un elogio de la colonización (la “misión civilizadora”), consideran la mundialización como sinónimo de paz, y la socialdemocracia obrera europea se suma a este discurso.

El “largo siglo XX” –1873/1990– es por tanto el del despliegue de la primera crisis sistémica profunda del capitalismo senil (hasta el punto de que Lenin piensa que este capitalismo de los monopolios constituye la “fase suprema del capitalismo”), y al mismo tiempo el de una primera oleada triunfante de revoluciones anticapitalistas (Rusia, China) y de movimientos anti-imperialistas de los pueblos de Asia y de África.

La segunda crisis sistémica del capitalismo se inicia en 1971 con el abandono de la convertibilidad en oro del dólar, casi exactamente un siglo después del inicio de la primera. Las tasas de beneficio, de inversión y de crecimiento se desmoronan (y ya no recuperarán jamás los niveles que habían alcanzado desde 1945 a 1975). El capital responde al desafío como en la crisis precedente por medio de un doble movimiento de concentración y de mundialización. Erige de este modo las estructuras que definirán la segunda “belle époque” (1990/2008) de mundialización financiarizada que permitirá a los grupos oligopolísticos retener su renta de monopolio. Con los mismos discursos de acompañamiento: el “mercado” garantiza la prosperidad, la democracia y la

paz; es el “fin de la historia”. Y con la misma adhesión de los socialistas europeos al nuevo liberalismo. Y sin embargo esta nueva “belle époque” ha ido acompañada desde el primer momento por la guerra, la del Norte contra el Sur, iniciada en 1990. Y del mismo modo que la primera mundialización financiarizada tuvo como consecuencia el 1929, la segunda ha producido el 2008. Hemos llegado actualmente a ese momento crucial que anuncia la probabilidad de una nueva ola de “guerras y revoluciones”. Tanto más cuanto que los poderes vigentes no prevén sino la restauración del sistema tal como era antes del desmoronamiento financiero.

La analogía entre los desarrollos de estas dos crisis sistémicas largas del capitalismo senil es impresionante. Existen sin embargo diferencias entre ellas cuyo alcance político es importante.

### ¿Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis?

#### *Detrás de la crisis financiera, la crisis sistémica del capitalismo de los oligopolios*

El capitalismo contemporáneo es en primer lugar y ante todo un capitalismo de oligopolios en el sentido estricto del término (cosa que hasta ahora sólo había sido parcialmente). Entiendo por esto que los oligopolios son los que controlan la reproducción del sistema productivo en su conjunto. Son “financiarizados” en el sentido de que solamente ellos tienen acceso al mercado de los capitales. Esta financiarización da al mercado monetario y financiero –su mercado, el mercado en el que compiten entre ellos– el estatus de mercado dominante, que modela y dirige a su vez los mercados del trabajo y del intercambio de productos.

Esta financiarización mundializada se expresa por medio de una transformación de la clase burguesa dirigente, convertida en plutocracia rentista. Los oligarcas ya no son solamente rusos, como se dice

demasiado a menudo, sino mucho más estadounidenses, europeos y japoneses.

Es igualmente importante precisar la nueva forma de la mundialización capitalista que corresponde a esta transformación, por oposición a la que caracterizaba a la primera “belle époque”. Yo la he expresado con una frase: el paso del imperialismo conjugado en plural (el de las potencias imperialistas en conflicto permanente entre sí) al imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón).

Los monopolios que emergieron en respuesta a la primera crisis del tipo de beneficio se constituyeron sobre unas bases que reforzaron la violencia de la competencia entre las principales potencias imperialistas de la época, y desembocaron en el gran conflicto armado iniciado en 1914 y proseguido a través de la paz de Versalles, primero, y de la Segunda Guerra Mundial después, hasta 1945. Es lo que Arrighi, Frank, Wallerstein y yo mismo hemos calificado desde los años 1970 de “guerra de los treinta años”, una expresión que otros han hecho suya después.

En cambio, la segunda oleada de concentración oligopolística, iniciada en los años 1970, se formó sobre unas bases muy distintas, en el marco de un sistema que yo he calificado de “imperialismo colectivo” de la tríada (Estados Unidos, Europa y Japón). En esta nueva mundialización imperialista, la dominación de los centros ya no se ejerce por medio del monopolio de la producción industrial (como era el caso hasta aquí), sino por otros medios (el control de las tecnologías, de los mercados financieros, del acceso a los recursos naturales del planeta, de la información y de las comunicaciones, de las armas de destrucción masiva). Este sistema, que yo he calificado de “apartheid a escala mundial” implica la guerra permanente contra los Estados y los pueblos de las periferias recalcitrantes, una guerra iniciada en 1990 por el despliegue del control militar del planeta por Estados Unidos y sus aliados subalternos de la OTAN.

La financiarización de este sistema es indisoluble, en mi análisis, de

su carácter oligopolístico reafirmado. Se trata de una relación orgánica fundamental. Este punto de vista, que desarrollaré en esta obra, no es precisamente el dominante, no ya en la voluminosa literatura de los economistas convencionales, sino tampoco en la mayoría de escritos críticos relativos a la crisis en curso.

*Es este sistema en su conjunto el que está ahora en dificultades*

Los hechos están ahí: el derrumbamiento financiero está ya a punto de producir no una “recesión”, sino una verdadera depresión profunda. Pero antes incluso que el derrumbamiento financiero se han formado en la conciencia pública otras dimensiones que van más allá de la crisis del sistema. Conocemos sus grandes títulos –crisis energética, crisis alimentaria, crisis ecológica, cambio climático– y cotidianamente se producen numerosos análisis de estos aspectos de los desafíos contemporáneos, algunos de ellos de una gran calidad.

Sin embargo, yo mantengo mi actitud crítica con respecto a este modo de tratamiento de la crisis sistémica del capitalismo que aísla demasiado las diferentes dimensiones del desafío. Yo redefino, pues, las diversas “crisis” como diferentes facetas de un mismo desafío, el del sistema de la mundialización capitalista contemporánea (liberal o no) basado en la sangría que lleva a cabo la renta imperialista a escala mundial en beneficio de la plutocracia de los oligopolios.

La verdadera batalla se libra en este terreno decisivo entre los oligopolios que buscan producir y reproducir las condiciones que les permiten apropiarse de la renta imperialista, y todas sus víctimas, trabajadores y pueblos.

Así, la “crisis de la energía” no es una consecuencia de la rarefacción de algunos de los recursos necesarios para su producción (el petróleo desde luego), ni tampoco una consecuencia de los efectos destructores de las formas *energetívoras* de producción y de consumo vigentes. Esta

descripción —correcta— no va más allá de las evidencias banales e inmediatas. Esta crisis es el producto de la voluntad que tienen los oligopolios del imperialismo colectivo de asegurarse el monopolio del acceso a los recursos naturales del planeta, escasos o no, para apropiarse de este modo de la renta imperialista, tanto si la utilización de dichos recursos sigue siendo como es ahora (despilfarradora, energetívora) como si se somete a unas nuevas políticas “ecologistas” correctivas.

Del mismo modo, la crisis alimentaria no es el producto de la expansión de la producción de agrocarburos en detrimento del cultivo de plantas comestibles, pese a que esta expansión es un hecho real e indiscutible. Es el producto de la acumulación por expropiación de los campesinados del mundo, cuyo movimiento se ha acelerado durante la “belle époque” que tal vez está concluyendo ante nuestros ojos. Esta expropiación de los campesinados (de Asia, África y América Latina) constituye la forma contemporánea más importante de la tendencia a la pauperización (en el sentido que daba Marx a esta “ley”) asociada a la acumulación. Su puesta en práctica es indisoluble de las estrategias de captación de la renta imperialista por parte de los oligopolios, con o sin agrocarburos.

*¿Salir de la crisis del capitalismo o salir del capitalismo en crisis?*

Esta fórmula, que he utilizado en el título de esta obra, la propusimos André Gunder Frank y yo mismo en 1974.

El análisis que propusimos de la nueva gran crisis que consideramos que se iniciaba nos había llevado a la importante conclusión de que el capital respondería al desafío mediante una nueva ola de concentraciones sobre cuya base procedería a una serie de deslocalizaciones masivas. Conclusión que las evoluciones ulteriores han confirmado ampliamente. El título de nuestra intervención en un coloquio organizado por *Il Manifesto* en Roma aquel año (“*No esperemos a que llegue el 1984*”, en

referencia a la obra de George Orwell, que había sido rescatada del olvido en aquella ocasión) invitaba a la izquierda radical de la época a que renunciase a socorrer al capital buscando “salidas a la crisis” y que se implicase en las estrategias para “salir del capitalismo en crisis”.

He proseguido esta línea de análisis con una obstinación que no lamento. Propuse entonces una conceptualización de las nuevas formas de dominación de los centros imperialistas basada en la afirmación de nuevos modos de control sustitutivos del antiguo monopolio de la exclusiva industrial, lo que la ascensión de los países calificados después de “emergentes” ha confirmado. Calificaba yo la nueva mundialización en construcción de “apartheid a escala mundial”, refiriéndome a la gestión militarizada del planeta que perpetuaba en unas condiciones nuevas la polarización indisoluble de la expansión del “capitalismo realmente existente”.

**La segunda oleada de emancipación de los pueblos:  
¿un “remake” del siglo XX o algo mejor?**

*No hay alternativa a la perspectiva socialista*

El mundo contemporáneo está gobernado por unas oligarquías. Oligarquías financieras en Estados Unidos, en Europa y en el Japón, que dominan no solamente la vida económica, sino también la política y la vida cotidiana. Oligarquías rusas a su imagen y semejanza que el Estado ruso trata de controlar. Estatocracia en China. Autocracias (en ocasiones ocultas tras una fachada de democracia electoral “de baja intensidad”) inscritas en este sistema mundial en otros lugares del resto del planeta.

La gestión de la mundialización contemporánea por estas oligarquías está en crisis.

Las oligarquías del Norte dan por descontado que seguirán en el poder una vez superada la crisis. No se sienten en absoluto amenazadas.



En cambio, la fragilidad de los poderes de las autocracias del Sur es, por su parte, perfectamente visible. La mundialización en curso es, por ello, frágil. ¿Será cuestionada por la revuelta del Sur, como ya sucedió durante el pasado siglo? Es probable. Pero triste. Porque la humanidad solamente avanzará por la vía del socialismo, única alternativa humana al caos, cuando los poderes de las oligarquías, de sus aliados y de sus servidores sean derrotados a la vez en los países del Norte y en los del Sur.

Viva el internacionalismo de los pueblos frente al cosmopolitismo de las oligarquías.

*¿Podrá recuperarse el capitalismo de los oligopolios financiarizados y mundializados?*

El capitalismo es “liberal” por naturaleza, si entendemos por “liberalismo” no ese bonito calificativo que el término sugiere, sino el ejercicio pleno y completo de la dominación del capital no solamente sobre el trabajo y sobre la economía, sino también sobre todos los aspectos de la vida social. No hay “economía de mercado” (expresión vulgar para referirse al capitalismo) sin “sociedad de mercado”. El capital persigue obstinadamente este único objetivo: el Dinero. La acumulación por la acumulación. Marx, y después de él otros pensadores críticos como Keynes, lo comprendieron perfectamente. Pero no así nuestros economistas convencionales, los de izquierda incluidos.

Este modelo de dominación exclusiva y total del capital fue impuesto con obstinación por las clases dirigentes a lo largo de la gran crisis hasta 1945. Solamente la triple victoria de la democracia, del socialismo y de la liberación nacional de los pueblos había permitido, de 1945 a 1980, la substitución de este modelo permanente del ideal capitalista, de la coexistencia conflictiva de los tres modelos sociales regulados que han sido el “Welfare State” de la socialdemocracia en el Oeste, los socialismos realmente existentes en el Este y los nacionalismos popula-

res en el Sur. El debilitamiento y el posterior hundimiento de estos tres modelos han hecho posible después un retorno a la dominación exclusiva del capital, calificada de neoliberal.

He asociado este nuevo “liberalismo” a un conjunto de características nuevas que a mi modo de ver merecen la calificación de “capitalismo senil”. El libro que lleva este título, publicado el año 2001, fue probablemente uno de los pocos libros escritos en aquella época que, lejos de ver en el neoliberalismo mundializado y financiarizado el “fin de la historia”, analizaba este sistema del capitalismo senil como inestable, condenado a hundirse, precisamente a partir de su dimensión financiarizada (su “talón de Aquiles”, escribía yo).

Los economistas convencionales han permanecido obstinadamente sordos a toda puesta en cuestión de su dogmática. Hasta el punto de que fueron incapaces de prever el hundimiento financiero de 2008. Aquellos a los que los medios de comunicación dominantes han presentado como “críticos” apenas se merecen este calificativo. Stiglitz sigue convencido de que el sistema tal como era —el liberalismo mundializado y financiarizado— puede recuperarse con unas cuantas correcciones. Amartya Sen predica la moral sin atreverse a pensar el capitalismo realmente existente tal como es necesariamente.

Los desastres sociales que el despliegue del liberalismo —“la utopía permanente del capital”, he escrito yo— no podía dejar de provocar han inspirado muchas nostalgias del pasado reciente o lejano. Pero estas nostalgias no permiten responder al desafío. Pues son el producto de un empobrecimiento del pensamiento crítico teórico que se había prohibido progresivamente comprender las contradicciones internas y los límites de los sistemas del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuyas erosiones, derivas y hundimientos han aparecido como cataclismos imprevistos.

Sin embargo, en el vacío creado por estos retrocesos del pensamiento teórico crítico, una toma de conciencia de nuevas dimensiones de la

crisis sistémica de civilización ha encontrado una forma de abrirse camino. Me refiero a los ecologistas. Pero los Verdes, que han pretendido distinguirse radicalmente tanto de los Azules (conservadores y liberales) como de los Rojos (socialistas), se han quedado atrapados en un callejón sin salida porque no han sabido integrar la dimensión ideológica del desafío en una crítica radical del capitalismo.

Todo estaba, pues, en su lugar para asegurar el triunfo –pasajero, de hecho, pero que se vivió como “definitivo”– de la alternativa calificada de “democracia liberal”. Un pensamiento miserable –un auténtico no pensamiento– que ignora lo que sin embargo había dicho Marx de decisivo respecto a esta democracia burguesa que ignora que los que toman las decisiones no son los afectados por ellas. Quienes deciden gozan de la libertad reforzada por el control de la propiedad, son hoy los plutócratas del capitalismo de los oligopolios y los Estados que son sus deudores. Por la fuerza de las cosas los trabajadores y los pueblos afectados son poco más que sus víctimas. Pero tales pamplinas pudieron parecer creíbles, por un momento, debido a las derivas de los sistemas de la postguerra, cuyos orígenes era incapaz de comprender la miseria de los dogmáticos. La democracia liberal pudo por ello parecer el “mejor de los sistemas posibles”.

El desastre liberal impone una renovación de la crítica radical del capitalismo, cimentada en un pensamiento marxista creador, como debe ser. Esta obra se sitúa en el marco de la participación en este esfuerzo.

Actualmente, los poderes vigentes, que no habían previsto nada, se esfuerzan por restaurar ese mismo sistema. Su éxito eventual, como el de los conservadores de los años 1920 –a los que Keynes denunció sin encontrar eco en su época– no hará más que agravar la amplitud de las contradicciones que están en el origen del hundimiento financiero del 2008. La reciente reunión del G20 (Londres, abril de 2009) no inició en absoluto una “reconstrucción del mundo”. Y no es tal vez casual que fuese seguida después por la de la OTAN, el brazo armado del imperialismo

contemporáneo, y por el refuerzo de su implicación militar en Afganistán. La guerra permanente del “Norte” contra el “Sur” ha de continuar.

No menos grave es el hecho de que los economistas “de izquierda” han incorporado desde hace tiempo lo esencial de las tesis de la economía vulgar y han aceptado la idea –errónea– de la racionalidad de los mercados. Estos economistas han concentrado sus esfuerzos en la definición de las condiciones de esta racionalidad, abandonando a Marx –que fue quien descubrió la irracionalidad de los mercados desde el punto de vista de la emancipación de los trabajadores y los pueblos–, considerándolo “obsoleto”. En su perspectiva, el capitalismo es flexible, se ajusta a las exigencias del progreso (tecnológico e incluso social) si se le obliga a ello. Estos economistas de “izquierda” no estaban preparados para comprender que la crisis que ha estallado era inevitable. Y están todavía menos preparados para hacer frente a los desafíos a los que se ven confrontados los pueblos por este mismo hecho. Al igual que los demás economistas vulgares tratarán de reparar los daños sin comprender que es necesario, para hacerlo con éxito, iniciar otro camino, el de la superación de las lógicas fundamentales del capitalismo. En vez de tratar de salir del capitalismo en crisis, piensan poder salir de la crisis del capitalismo.

### **¿Son posibles nuevos avances en las luchas de emancipación de los pueblos?**

La gestión política de la dominación mundial del capitalismo de los oligopolios es necesariamente de una violencia extrema. Pues para conservar su posición de sociedades opulentas, los países de la tríada imperialista se ven obligados a reservarse para su beneficio exclusivo el acceso a los recursos naturales del planeta. Esta nueva exigencia está en el origen de la militarización de la mundialización que yo he calificado de

“imperio del caos” (título de una de mis obras, publicada el 2001), expresión que después han utilizado otros.

En la estela del despliegue del proyecto de Washington de controlar militarmente el planeta, de llevar a cabo a este efecto “guerras preventivas” con la excusa de luchar “contra el terrorismo”, la OTAN se ha autocalificado de “representante de la comunidad internacional”, y de este modo ha marginado a la ONU, la única institución cualificada para hablar en nombre de ella.

Por supuesto, estos objetivos reales no pueden ser reconocidos. ¡Para disfrazarlos, las potencias implicadas han optado por instrumentalizar el discurso de la democracia y se han otorgado un “derecho de intervención” para imponer el “respeto a los derechos humanos”!

Paralelamente, el poder absoluto de las nuevas plutocracias oligárquicas ha vaciado de su contenido la práctica de la democracia burguesa. Mientras que antiguamente la gestión de la misma exigía la negociación política entre los diferentes componentes sociales del bloque hegemónico necesaria para la reproducción del poder del capital, la nueva gestión política de la sociedad del capitalismo de los oligopolios puesta en marcha por medio de una despolitización sistemática, funda una nueva cultura política del “consenso” (siguiendo el modelo de los Estados Unidos) que sustituye por el consumidor y el espectador al ciudadano activo, condición de una democracia auténtica. Este “virus liberal” (para utilizar el título de otra de mis obras, ésta publicada el año 2005) ha abolido la abertura a opciones alternativas posibles y la ha sustituido exclusivamente por el consenso en torno al mero respeto formal a la democracia electoral procedimental.

El ahogo primero y el hundimiento después de los tres modelos de gestión social evocados más arriba está en el origen del drama. La página de la primera oleada de luchas por la emancipación ya ha sido girada, la segunda página todavía no se ha pasado. En la penumbra que las separa se “perfilan los monstruos”, como escribe Gramsci.

En el Norte, estas evoluciones están en el origen de la pérdida de sentido de la práctica democrática. Este retroceso se disfraza con las pretensiones del discurso llamado “post-modernista”, según el cual naciones y clases habrían ya abandonado la escena para dejar su lugar al “individuo”, convertido en el sujeto activo de la transformación social.

En el Sur, otras ilusiones ocupan hoy el primer plano de la escena. Bien sea la ilusión de un desarrollo capitalista nacional autónomo que se inscriba en la mundialización, ilusión muy poderosa entre las clases dominantes y medias de los países “emergentes”, reforzada por los éxitos inmediatos de los últimos decenios. O las ilusiones para-étnicas y para-religiosas de los países marginados.

Más grave es el hecho de que estas evoluciones confirman la adhesión general a la “ideología del consumo”, a la idea de que el progreso se mide por el crecimiento cuantitativo de éste. Marx había demostrado que es el modo de producción el que determina el del consumo y no al revés, como pretende la economía vulgar. La perspectiva de una racionalidad humanista superior, fundamento del proyecto socialista, se pierde entonces de vista. El potencial gigantesco que la aplicación de la ciencia y de la tecnología ofrece a la humanidad entera, y que tendría que permitir el desarrollo real de los individuos y de las sociedades, tanto en el Norte como en el Sur, es despilfarrado por las exigencias de su sumisión a las lógicas de la prosecución indefinida de la acumulación del capital. Más grave aún, los progresos continuos de la productividad social del trabajo están asociados a un despliegue vertiginoso de los mecanismos de la pauperización (visibles a escala mundial, entre otras cosas, por la ofensiva generalizada contra las sociedades campesinas), como ya había visto Marx.

La adhesión a la alienación ideológica producida por el capitalismo no afecta solamente a las sociedades opulentas de los centros imperialistas. Los pueblos de las periferias, en su mayor parte mayoritariamente privados del acceso a unos niveles de consumo aceptables, ofuscados por las

aspiraciones a un consumo análogo al del Norte opulento, pierden la conciencia de que la lógica del despliegue del capitalismo histórico hace imposible la generalización del modelo en cuestión al planeta entero.

Se comprenden entonces las razones por las cuales el hundimiento financiero del 2008 ha sido el resultado exclusivo de la agudización de las contradicciones internas propias de la acumulación del capital. Ahora bien, solamente la intervención de las fuerzas portadoras de una alternativa positiva permite imaginar una salida del simple caos producido por la agudización de las contradicciones internas del sistema (yo he contrapuesto con este espíritu la “vía revolucionaria” al modelo de superación de un sistema históricamente obsoleto por la “decadencia”). Y, en el estado actual de las cosas, los movimientos de protesta social, a pesar de su visible aumento, siguen siendo en conjunto incapaces de poner en cuestión al orden social asociado al capitalismo de los oligopolios, a falta de un proyecto político coherente a la altura de los desafíos.

Desde este punto de vista, la situación actual es muy diferente de la que prevalecía en los años 1930, cuando se enfrentaban las fuerzas portadoras de opciones socialistas, por una parte, y los partidos fascistas, por otra, produciendo en un caso la respuesta nazi y en otro el New Deal y los Frentes Populares.

La profundización de la crisis no podrá evitarse, ni siquiera en la hipótesis del éxito eventual –no imposible– de una recuperación temporal del sistema de dominación del capital de los oligopolios. En estas condiciones la radicalización posible de las luchas no es una hipótesis imposible, aunque los obstáculos a vencer siguen siendo considerables.

En los países de la tríada, esta radicalización implicaría que se introdujese en el orden del día la expropiación de los oligopolios, lo que parece excluido del futuro previsible. En consecuencia, la hipótesis de que, pese a las turbulencias provocadas por la crisis, la estabilidad de las sociedades de la tríada no sea puesta en cuestión ya no se puede descartar. El riesgo de un “remake” de la oleada de luchas de emancipa-

ción del siglo pasado, es decir, de una nueva puesta en cuestión del sistema exclusivamente a partir de algunas de sus periferias, es serio.

Una segunda etapa del “despertar del Sur” (para retomar el título de mi libro, publicado el año 2007, que ofrece una lectura del período de Bandung como el primer tiempo de este despertar) está a la orden del día. En la mejor de las hipótesis, los avances producidos en estas condiciones podrían obligar al imperialismo a retroceder, a renunciar a su proyecto demencial y criminal de control militar del planeta. Y en esta hipótesis el movimiento democrático en los países del centro podría contribuir positivamente al éxito de esta neutralización. Por añadidura, el retroceso de la renta imperialista de la que se benefician las sociedades afectadas, producido por la reorganización de los equilibrios internacionales en favor del Sur (en particular de China) podría perfectamente contribuir al despertar de una conciencia socialista. Pero, por otro lado, las sociedades del Sur seguirían teniendo que enfrentarse a los mismos desafíos que en el pasado, que producirían los mismos límites a sus avances.

El escenario de un “remake” permanece pues de este lado de las exigencias de un compromiso de la humanidad en la larga ruta de la transición al socialismo mundial. Una de las principales condiciones para pensar esta perspectiva posible es evidentemente una renovación del pensamiento marxista creador.

Concluiré, pues, estas reflexiones recordando la conocida frase de Gramsci: pesimismo del análisis, optimismo de la voluntad.

## **Plan de la obra**

La argumentación de las tesis presentadas brevemente en esta introducción constituye la materia de esta obra.

La obra se abre con un recuerdo, no tanto del desarrollo de la cri-



sis financiera (de la que es posible encontrar excelentes presentaciones en otros lugares), como del origen de las causas que la hacían fatal (previsible y correctamente prevista por algunos), que yo he situado en el paso al capitalismo de los oligopolios generalizados al imperialismo colectivo, y no en la expansión del crédito (consecuencia y no causa).

Siguen luego dos capítulos consagrados a una lectura del capitalismo en la larga duración. Primero con un recuerdo de la diversidad de las respuestas a las contradicciones cada vez mayores de los sistemas antiguos que se abrían camino aquí y allí (a través del contraste Europa/Mediterráneo/Oriente Medio —mundo chino). Y después con una presentación del capitalismo histórico (atlántico) que iba a afirmarse como la forma definitiva de esta respuesta, basada en su principal característica: la acumulación por expropiación. El contraste centros/periferias generado por esta forma histórica permanente de la acumulación en el capitalismo histórico dirige a su vez la contradicción dominante que acompaña al capitalismo en su despliegue y, a partir de ahí, las luchas de sus víctimas. Da el lugar determinante que le corresponde al combate de los pueblos de la periferia, que ha configurado la primera oleada (el siglo XX) y que configurará probablemente, por idénticas razones, la segunda, por venir (el siglo XXI).

El recuerdo de los avances y los retrocesos registrados por las luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos en el siglo XX (aunque sólo sea un recuerdo) es hoy más necesario que nunca, al alba del posible inicio de una segunda oleada de estas luchas.

No por casualidad he situado la “nueva cuestión agraria” (objeto del capítulo siguiente) en el centro del desafío para el siglo XXI. No he hecho con ello una elección entre otras igualmente posibles. Mi tesis es que el desarrollo de las luchas en este terreno, las respuestas que se darán a través de ellas al futuro de las sociedades campesinas del Sur (casi la mitad de la humanidad), decidirán en gran parte la capacidad

o no de los trabajadores y de los pueblos para producir avances en el camino hacia el socialismo.

El desafío es aquel al que ha de hacer frente la construcción/reconstrucción permanente del internacionalismo de los trabajadores y de los pueblos, frente al cosmopolitismo del capital oligárquico. En el capítulo consagrado a este tema trato de mostrar cómo y por qué el discurso “humanista” propuesto y aceptado por la mayoría de las izquierdas realmente existentes deja al margen de sus consideraciones la confrontación con ese desafío.

El último capítulo trata de Marx y del marxismo, del comunismo y del internacionalismo. Marx no ha sido nunca tan útil y necesario para comprender y transformar el mundo, hoy tanto o más que ayer.

## El hundimiento financiero de la mundialización liberal

1. El hundimiento financiero de setiembre de 2008 era previsible y había sido previsto por los escasos analistas que no han cedido al discurso de la economía convencional, liberales y de otro tipo (de “izquierda”). Este hundimiento inicia ciertamente un período nuevo de depresión y de caos. Y los contornos del sistema que saldrá del mismo son difíciles de precisar con un buen grado de plausibilidad. Todo es posible, lo mejor y lo peor. Las opciones están abiertas. Las luchas políticas y sociales darán forma con sus éxitos y sus fracasos al porvenir, más incierto que nunca.

Pero el hundimiento financiero no es solamente el inicio de transformaciones por venir. Es también el término de la evolución del sistema y de sus transformaciones. El término no solamente del período de unos veinte años de explosión financiera, lo que hoy podría parecer evidente, sino, más allá, el término de la larga crisis que se inicia a partir de 1968-1971.

Insisto en este último punto porque es precisamente el que está ausente de los análisis (los que yo conozco, al menos) de la “crisis financiera” e incluso de la “crisis sistémica” que se le asocia, en el mejor de los casos.

2. El capitalismo mundializado ha conocido, en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial, un período de desarrollo que ha durado un cuarto de siglo, desde 1945 a 1970.

Las razones de este desarrollo son evidentes: las relaciones de fuerza más favorables a las clases trabajadoras (la victoria de la democracia sobre el fascismo), al socialismo (la victoria del Ejército Rojo sobre los nazis), a los pueblos de Asia y de África (que parten decididos a la reconquista de su independencia) crearon las condiciones tanto de los decenios “gloriosos” (la recuperación por parte de Europa y el Japón de su retraso con respecto a Estados Unidos, los únicos beneficiarios de la guerra) como del “desarrollo” del Sur.

Al mismo tiempo, este desarrollo facilitaba el ajuste del capital a las exigencias de los trabajadores y de los pueblos. El crecimiento, fuerte, ofrecía al capital las oportunidades de inversión que exigía para alimentarse. La tasa de remuneración “moderada” (en términos históricos relativos) del capital era compensada por el crecimiento marcado y continuo del volumen de beneficios. Esa tasa moderada era una de las caras de la realidad; la otra era el crecimiento de las remuneraciones reales del trabajo (salarios en crecimiento paralelo a la productividad social media) y la aceptación por parte de las potencias imperialistas de concesiones a los países de la periferia que habían reconquistado su independencia.

La viabilidad de este sistema era sostenida, en el plano político internacional, por la bipolaridad militar (Estados Unidos/URSS), la coexistencia pacífica (se habló incluso en la época de la convergencia de los sistemas del Este y el Oeste, que Jan Tinbergen previó que se iría amplificando).

El sistema era legitimado por una serie de discursos ideológicos poderosos, mutuamente complementarios: el discurso socialdemócrata/-keynesiano en Occidente, el discurso del socialismo realmente existente en el Este, el del desarrollo en el Sur. Los tres discursos compartían

la misma visión de “paz y progreso social”. En el corazón del sistema, en los países desarrollados, la gestión del capital era interpretada como teniendo que ser confiada a los tecnócratas —a los capitalistas más que a los propietarios formales del capital (“los accionistas”). Kenneth Galbraith expresaba esta visión optimista de un capitalismo finalmente convertido en socialmente responsable, cuyos dirigentes estaban más interesados por la innovación y el engrandecimiento de sus empresas que por la tasa de su remuneración (de todos modos desahogada) y por la distribución inútil de beneficios a los accionistas (Keynes preconizaba la eutanasia de los rentistas).

Este sistema dio de sí lo que dio, pero se fue debilitando gradualmente por razones que he analizado en otro lugar y sobre las cuales no voy a volver aquí.

3. Este sistema capitalista entró en crisis a partir de 1968 (crisis política y erosión de la legitimidad de sus discursos) y de 1971 (abandono de la convertibilidad en oro del dólar).

La crisis actual no es más que una etapa (ciertamente nueva) de esta larga crisis, que se remonta por tanto al comienzo de los años setenta.

Esta larga crisis se traduce por un marcado debilitamiento de las tasas de crecimiento y de inversión que no han vuelto a alcanzar nunca (e insisto en ese “nunca”) los niveles que habían alcanzado en la postguerra. El liberalismo triunfante a partir de 1990 no ha cambiado las cosas desde este punto de vista.

No éramos muchos en aquella época, los años setenta, los que hablábamos de crisis estructural (hoy en día se habla de crisis sistémica). ¿Cómo iba a hacer frente el capital dominante a este desafío?

André Gunder Frank y yo mismo habíamos pensado entonces que la lógica del capital le llevaría a optar por un “1984” (estábamos en 1974) basado en la deslocalización masiva de las actividades de producción industrial banal hacia los países de la periferia y en la recentraliza-

ción de las actividades en los centros en torno a los monopolios que les garantizarían el control de las producciones deslocalizadas y les permitirían la punci3n de una renta sobre estas. No voy a volver aqu3 sobre los desarrollos que ya propuse respecto a estos nuevos “monopolios” de los centros imperialistas (control de las tecnolog3as, del acceso a los recursos naturales, de las finanzas globales). La deslocalizaci3n, por a3adidura, dec3amos nosotros entonces, permit3a romper la relaci3n salarios/productividad y reducir los salarios reales (o su crecimiento) en el centro del propio sistema.

No creo que lo que se despleg3 despu3s, y que hoy ya se ve con una claridad deslumbrante, haya invalidado nuestras tesis precoces, que probablemente por esta raz3n fueron consideradas con un gran desprecio como elucubraciones por nuestros economistas “de izquierda” (por no hablar de los liberales). Aparte de *Il Manifesto* italiano, que yo sepa, en Europa y en Estados Unidos apenas les prestaron atenci3n. Salvo, tal vez, ¡ay!, la se3ora Thatcher y Ronald Reagan. Y tambi3n posiblemente algunos responsables de los pa3ses del Sur (me invitaron a exponerlas... en China).

Pues efectivamente Thatcher y Reagan deciden hacer, a partir de 1980, lo que nosotros nos tem3amos.

Esta estrategia del capital, puesta en marcha a partir de 1981 (el G7 de Canc3n) y acelerada durante la d3cada de 1990, despu3s del hundimiento de la Uni3n Sovi3tica, tom3 el nombre de “neoliberalismo”: privatizaciones y liberalizaciones destinadas a abrir nuevos campos a la expansi3n del capital, apertura mundializada destinada a permitir las deslocalizaciones, ajustes estructurales impuestos a los pa3ses del Sur, liberalizaci3n de los tipos de inter3s y de los tipos de cambio.

4. Es importante adem3s hasta el punto de hacer aparecer las transformaciones del sistema del propio capital que han condicionado el 3xito de esta opci3n y que incluso la han impuesto.

Dos transformaciones están en el origen de esta opción llamada “neoliberal”: la emergencia de un capitalismo de oligopolios generalizados (insisto en la calificación de “generalizados”, ¡pues los oligopolios no son precisamente una novedad en la historia del capitalismo!) y la del imperialismo colectivo de la tríada. Volveré a ocuparme de esas transformaciones. Pero si insisto en su importancia decisiva es porque la gran mayoría de los análisis de la “crisis sistémica” no lo hacen. Y porque, a mi modo de ver, sin articular todos los desarrollos ulteriores, a partir de 1990, sobre estas transformaciones uno se condena a no ver en la expansión vertiginosa del crédito que condujo a la crisis del 2008 más que el producto de una “deriva” sin causa. O cuya causa tendría su origen en una “metedura de pata teórica” (el “neoliberalismo”). Cuando de hecho esta deriva era necesaria y perfectamente lógica desde el punto de vista de la gestión del mundo por los oligopolios. Volveré pues a ocuparme de esta relación esencial renta-de-los-oligopolios/financiarización.

La articulación de todas las dimensiones de lo que se denomina hoy la “crisis sistémica” en torno a estas dos transformaciones decisivas permite situar estas dimensiones (la crisis energética, la crisis alimentaria y otras) en un contexto que le confiere su verdadero lugar. Ella sola permite identificar, más allá de la naturaleza general de dichos desafíos (la opción energetívora comporta consecuencias desastrosas, por ejemplo), la de las apuestas y las diferentes contraestrategias posibles y eficaces para los trabajadores y los pueblos. A falta de ello, el riesgo será contentarse con unos votos piadosos, o aún peor, adaptarse a transformaciones menores del mismo sistema (de gestión entonces denominada “ecológica”). El capital conservará entonces la iniciativa.

La opción neoliberal (1990-2008) no ha hecho salir al capitalismo de su larga crisis (iniciada en 1971). Lo ha encerrado en ella aún más, como lo atestigua la debilidad del crecimiento y las inversiones consagradas a la ampliación y a la profundización de los sistemas productivos.

¿Debilidad del crecimiento? ¿Pero qué decir entonces de su aceleración en los países emergentes? Hay que saber que esta no es “la excepción que confirma la regla”, sino una parte perceptora de la regla. Pues esta aceleración está asociada a la de las deslocalizaciones buscadas. Que esta emergencia pueda constituir un problema a más largo plazo no es discutible. Pero esto suscita otro tipo de cuestiones, de problemas y de preocupaciones.

El objetivo real de la opción liberal no era la recuperación del crecimiento –aunque el discurso del liberalismo así lo pretendiera. El objetivo real era proceder a una redistribución de la renta a favor del capital, y de la renta apropiada por el capital a favor de la renta de los oligopolios. ¡Y estos dos objetivos se han alcanzado más allá de todo lo que la “izquierda” podía imaginar de peor! El éxito de este punto de vista imponía el debilitamiento del crecimiento, no se produjo “a pesar” de éste.

Y a su vez este éxito –y el debilitamiento del crecimiento que implicaba– impuso la deriva financiera.

Fue a partir de este análisis que me pareció evidente que la opción elegida no era viable. “No tengo ninguna bola de cristal a mi disposición, pero el hundimiento se producirá antes de diez años”. Esto lo decía yo en el año 2002.

5. El hundimiento financiero de setiembre de 2008 inicia pues la agravación de la crisis sistémica del capitalismo.

Para comprender la naturaleza de esta crisis y lo que está en juego en ella, y a partir de ahí imaginar los posibles contornos de los diferentes sistemas alternativos que surgirán progresivamente de las respuestas que les darán tanto las fuerzas dominantes, los Estados y las clases dirigentes, como los trabajadores y los pueblos dominados, es necesario ir más allá del análisis del desarrollo de la crisis financiera propiamente dicha. Pero tampoco basta con yuxtaponer este último análisis y el de otras crisis en particular: (1) la crisis de la acumulación en la economía



productiva real; (II) la crisis energética relativa al agotamiento de los recursos fósiles, a las consecuencias del crecimiento asociado al modelo de utilización de esta energía (efectos posibles sobre el clima incluidos), y a las consecuencias de las políticas de sustitución puestas en práctica (agrocarburos); (III) la crisis de las sociedades campesinas sometidas a una destrucción acelerada y la crisis agroalimentaria con ella asociada. Es necesario reunir todas las dimensiones de esta importante crisis sistémica en un análisis integrado.

Vuelvo pues sobre las principales transformaciones que se han producido en el curso de los últimos decenios. Aunque se trate de unas evoluciones iniciadas hace mucho tiempo, diría que el cambio cuantitativo se ha convertido en un salto cualitativo.

(I) La primera de estas transformaciones concierne al grado de centralización del capital en sus segmentos dominantes. Este no tiene punto de comparación con el que era hace tan sólo cuarenta años. Es verdad que los monopolios y los oligopolios no son una realidad nueva en la historia del capitalismo, desde la época mercantilista hasta la emergencia de los cárteles y los trusts de finales del siglo XIX (analizados por Hilferding, Hobson y Lenin). Pero hoy hay que hablar por vez primera de un *capitalismo de oligopolios generalizado*, que es el dominante en todos los ámbitos de la vida económica.

Deduciré de esta observación dos importantes consecuencias.

La primera de estas consecuencias es que esta transformación ha dado un rostro nuevo al imperialismo. Este se conjugaba siempre en plural y se manifestaba mediante el conflicto permanente de las potencias imperialistas implicadas. A partir de ahora hay que hablar del imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón), en singular.

La segunda de estas consecuencias es que la forma oligopolística del capitalismo está en el origen de su "financiarización".

(II) La segunda de las importantes transformaciones cualitativas es la relativa a los recursos naturales del planeta. Estos ya no son tan abundantes como para que sea posible considerar el acceso ilimitado a su explotación. Estos recursos se han vuelto considerablemente más escasos (si es que no están en vías de agotarse) y debido a ello su acceso ya no puede estar abierto a todos.

La lista de “lo que es nuevo” en la organización de las sociedades modernas va ciertamente más allá de los ámbitos considerados aquí. La literatura pone a menudo el acento, por ejemplo, en la revolución científica y tecnológica de nuestro tiempo (informática, espacio, nuclear, explotación del fondo marino, fabricación de nuevos materiales, etc.). Esta es indiscutible e importante. Yo me niego sin embargo a aprehender esta dimensión de la realidad a través de los discursos “tecnologistas” dominantes sobre el tema, que convierten a estas innovaciones en el motor principal de la historia y que requieren por tanto que la sociedad se “ajuste” a las obligaciones que ellas imponen. En cambio, en los análisis que yo propongo, son las propias tecnologías las que están conformadas por las relaciones sociales dominantes. En otras dimensiones de la realidad, la constatación de cambios factuales importantes no se impone menos. En el plano de las relaciones internacionales la emergencia de “nuevas potencias” no puede descartarse del campo de lo posible. En el plano de las relaciones sociales la lista de los “hechos nuevos” indiscutibles podría parecer ilimitada. Por ejemplo la fragmentación de los mercados del trabajo y de la organización de los sistemas productivos. O también la erosión de las formas antiguas de la expresión política en beneficio de afirmaciones nuevas —o renovadas, o reforzadas— del género, de las identidades (étnicas, religiosas, culturales). Yo creo sin embargo necesario articular el análisis de estas realidades con el de la lógica de la reproducción del sistema caracterizado por las transformaciones mayores que he citado.

6. La crisis es sistémica en el sentido de que la prosecución del modelo de despliegue del capitalismo de los últimos decenios deviene imposible. Habrá que pasar página necesariamente, a través de un tiempo de "transición" (de crisis) breve o largo, ordenado o caótico. "Otro mundo es posible", proclamaban los "altermundialistas" de Porto Alegre. Yo decía: "Otro mundo está en vías de emerger", un mundo que podría ser aún más bárbaro, pero que igualmente puede ser mejor, en grados diferentes.

Las fuerzas sociales dominantes, durante los conflictos llamados a agudizarse, tratarán de mantener sus posiciones de privilegio. Pero solamente podrán conseguirlo rompiendo con muchos de los principios y de las prácticas asociados hasta ahora con su dominación. En particular renunciando a la democracia, al derecho internacional y al respeto a los derechos de los pueblos del Sur. Si lo consiguen, el mundo de mañana se basará en lo que yo he llamado "el apartheid a escala mundial". ¿Fase nueva del "capitalismo" o sistema cualitativamente diferente y nuevo? La cuestión merece discutirse.

Los trabajadores y los pueblos que serían las víctimas de esta evolución bárbara pueden derrotar a las fuerzas sociales y políticas reaccionarias (y no "liberales", como ellas tratan de hacer creer utilizando este calificativo). Son capaces de calibrar perfectamente lo que está en juego en esta crisis sistémica, de librarse de las respuestas ilusorias que a menudo tienen también el viento de cara, de inventar las formas de organización y de acción adecuadas, de trascender la fragmentación de sus luchas y de superar las contradicciones que se derivan de ella. ¿Habrá entonces "inventado" —o "reinventado"— el socialismo del siglo XXI? ¿O solamente habrán avanzado en esta dirección, en la larga ruta de la transición secular del capitalismo al socialismo? Yo me inclino por esta segunda posibilidad.

La mundialización —fenómeno inherente al capitalismo, que se ha ido profundizando en el curso de las sucesivas etapas de su despliegue—

implica que el mundo de mañana solamente será mejor si los pueblos del Sur (que concentran al 80% de la humanidad) lo imponen con sus luchas. Pues la idea de que en un movimiento de generosidad humanista los trabajadores del Norte –igualmente víctimas del sistema vigente– podrán conformar un sistema mundial mejor para los pueblos del Sur carece de fundamento.

7. La dominación de los oligopolios constituye el fundamento de la financiarización en fuga.

El fenómeno calificado de financiarización del capitalismo contemporáneo halla su expresión en la expansión de las inversiones en los mercados monetarios y financieros. Esta expansión exponencial sin precedentes en la historia despegó hace un cuarto de siglo, y ha llevado el volumen de las operaciones que se llevan a cabo anualmente en los mercados monetarios y financieros a más de dos mil teradólares, frente a apenas 50 teradólares aproximadamente para el PIB mundial y a 15 teradólares para el comercio internacional.

La financiarización en cuestión ha sido posible, por una parte, debido a la generalización del sistema de cambios flexibles (cuyos tipos vienen determinados por lo que se denomina el mercado al día), y por otra parte, a la desregulación paralela de los tipos de interés (igualmente abandonados a la oferta y la demanda). En estas condiciones, las operaciones en los mercados monetarios y financieros ya no constituyen, principalmente, la contrapartida de los intercambios de bienes y servicios, sino que ahora están motivadas casi exclusivamente por la preocupación de los agentes económicos de protegerse de las fluctuaciones de los tipos de cambio y de interés.

Era evidente que la vertiginosa expansión de estas operaciones de cobertura del riesgo no podía responder de ninguna manera a las expectativas inmediatas de aquellos que movilizan los medios para hacerlas. El más elemental sentido común debería hacer comprender que

cuanto más se desmultiplican los medios de reducción del riesgo para una operación dada, más importancia adquiere el riesgo colectivo. Pero los economistas convencionales no están equipados para comprenderlo, pues necesitan creer en el absurdo dogma de la autorregulación de los mercados, sin la adhesión al cual toda su construcción de la supuesta “economía de mercado” se desmorona. “La economía de mercado”, que yo he calificado en otra parte de teoría de un sistema imaginario que no tiene ninguna relación con el capitalismo realmente existente, es la piedra angular de la ideología (en el sentido vulgar y negativo del término) del capitalismo, su forma de darle una legitimidad aparente.

No hay pues que sorprenderse de que los economistas convencionales, a pesar de su arrogancia, hayan sido incapaces de prever lo que para otros resultaba evidente. Y una vez que se ha producido el desmoronamiento, no han sabido hallar otra explicación que las puramente “accidentales”, como los errores de cálculo relativos a las “subprime” y otros. ¡Para ellos solamente podía tratarse de accidentes menores, sin consecuencias dramáticas, accidentes que podían ser corregidos rápidamente!

La expansión del mercado monetario y financiero que conducía necesariamente a la catástrofe ha sido analizada a la perfección, antes incluso del hundimiento de setiembre de 2008, por los economistas políticos críticos, en particular por François Morin, Frédéric Lordon, Elmar Altvater, Peter Gowan, yo mismo y algunos otros (poco numerosos, por desgracia). No tenemos nada que añadir aquí a estos análisis del desarrollo de los acontecimientos.

Pero hay que ir más lejos. Pues deteniéndose en el análisis financiero de la crisis financiera se da a entender que ésta no tiene otras causas que las causas directas que están en el origen de la misma. A saber, que es el dogma de la liberalización de los mercados monetarios y financieros, de su “desregulación”, lo que está en el origen del desastre. Pero esto solamente es cierto en una primera lectura inmediata de la realidad. Más allá de ella, la cuestión concierne a la identificación de los in-

tereses sociales que se perfilan detrás de la adhesión a los dogmas relativos a la desregulación de los mercados en cuestión.

También aquí, los bancos y las demás instituciones financieras (compañías de seguros, fondos de pensiones, *hedge funds*) parecen haber sido los beneficiarios privilegiados de esta expansión, lo que permite al discurso de los poderes hacerles cargar la responsabilidad exclusiva del desastre. Pero de hecho, la financiarización favorecía al conjunto de los oligopolios, y el 40% de sus beneficios procedía exclusivamente de sus operaciones financieras. Y estos oligopolios controlan a la vez a los segmentos dominantes de la economía productiva real y a las instituciones financieras.

¿Por qué, pues, los oligopolios han elegido deliberadamente la vía de la financiarización del sistema en su conjunto? La razón es que esto les permite simplemente concentrar en beneficio propio una proporción cada vez mayor del volumen de beneficios realizado en la economía real. Unos tipos de renta aparentemente insignificantes sobre cada operación financiera producen, teniendo en cuenta la masa gigantesca que representan en total estas operaciones, unos volúmenes de beneficios considerables. Estos beneficios son los productos de una redistribución de la masa de la plusvalía generada en la economía real, y son rentas de monopolios. Se comprende entonces que los elevados índices de rendimiento de las inversiones financieras (del orden del 15%) tengan como contrapartida unos índices de rendimiento mediocres en las inversiones en la economía productiva (del orden del 5%). Esta punción de la masa global de los beneficios operada por la renta financiera de los oligopolios prohíbe disociar la causa (el carácter oligopolístico del capital contemporáneo) de su consecuencia (la financiarización, es decir, la preferencia por la inversión financiera por comparación con la inversión en la economía real).

8. El mercado monetario y financiero ocupa por este hecho una

posición dominante en el sistema de los mercados. Pues es el mercado por medio del cual los oligopolios (y no solamente los bancos) extraen su renta de monopolio, por una parte, y se libran a la competencia entre ellos para la repartición de esta renta, por otra parte. Los economistas convencionales ignoran esta jerarquización de los mercados, que ellos substituyen por el discurso abstracto de “la economía de los mercados generalizados”.

La expansión del mercado monetario y financiero condiciona la de las inversiones en la economía real, cuyo crecimiento limita. A su vez, este debilitamiento del crecimiento general de la economía supone el del crecimiento del empleo, con unos efectos asociados bien conocidos (paro, expansión de la precariedad, estancamiento –incluso reducción– de los salarios reales desconectados de los progresos de la productividad). De esta manera el mercado monetario y financiero domina a su vez al mercado del trabajo. El conjunto de estos mecanismos que traducen la sumisión de la economía entera (de los “mercados”) al mercado monetario y financiero dominante produce una desigualdad cada vez mayor en la repartición de la renta (que nada discute en los hechos). El mercado de las inversiones productivas (y detrás de él, el mercado del trabajo) sufre a la vez la reducción de su rentabilidad directa aparente (contrapartida de la punción operada en beneficio de la renta de los oligopolios) y la reducción de la expansión de la demanda final (debilitada por la desigualdad en la repartición de la renta).

La dominación de los oligopolios financiarizados encierra a la economía en una crisis de la acumulación del capital, que es a la vez una crisis de la demanda (“sub-consumo”) y una crisis de rentabilidad.

9. Estamos ahora equipados para comprender por qué los poderes instalados (los gobiernos de los países de la tríada), ellos mismos al servicio de los oligopolios, no tienen otro proyecto que el de lograr la recuperación de este mismo sistema financiarizado. Pues los oligopo-

lios tienen necesidad de la expansión financiera en cuestión para afirmar su dominación sobre la economía y la sociedad. Poner en tela de juicio la dominación del mercado monetario y financiero sobre el conjunto de los mercados es poner en tela de juicio la renta de monopolio de los oligopolios.

¿Pueden ser eficaces las políticas puestas en práctica con esta finalidad? Yo creo que esta restauración del sistema tal como era antes de la crisis del otoño del 2008 no es imposible. Pero esto exige que se den dos condiciones.

La primera es que el Estado y los bancos centrales inyecten en el sistema un volumen de medios financieros suficiente para borrar la masa de créditos basura y restaurar la credibilidad y la rentabilidad de la reanudación de la expansión financiera. Se trata de sumas astronómicas como algunos habíamos previsto varios años antes de la debacle del otoño del 2008, en contra de la opinión de los economistas convencionales y de los "expertos del FMI" (¡que solamente se unieron a nuestras estimaciones tres meses después de la debacle!). Pero ahora se puede ya pensar que los poderes acabarán por llevar esta inyección al nivel requerido.

La segunda es que las consecuencias de esta inyección sean aceptadas por la sociedad. Pues los trabajadores en general, y los pueblos del Sur en particular, serán necesariamente las víctimas de estas políticas. Estas no se plantean el objetivo de relanzar la economía real mediante el relanzamiento de la demanda de salarios (como propuso en su momento el keynesianismo), sino, al contrario, mantener la sangría que constituye la renta de los oligopolios, y esto necesariamente en detrimento de las remuneraciones reales de los trabajadores. Los planes de los poderes contemplan fríamente el empeoramiento de la crisis económica real, el paro, la precarización, el deterioro de las jubilaciones garantizadas por los fondos de pensiones. Los trabajadores ya están reaccionando, y reaccionarán probablemente más en los meses y años por venir. Pero si sus luchas siguen siendo fragmentarias y desprovistas de



perspectivas como lo son aún en gran medida, estas protestas permanecerán “controlables” por el poder de los oligopolios y de los Estados a su servicio.

He ahí toda la diferencia que separa a la coyuntura política y social de nuestra época de la que caracterizaba a los años 1930. En aquella época se enfrentaban dos campos de fuerzas sociales: el campo de una izquierda que se encomendaba al socialismo, formada por comunistas (en aquella época la Unión Soviética ofrecía la imagen de un éxito evidente) y socialdemócratas auténticos, y el campo de la derecha, que podía apoyarse en unos movimientos fascistas poderosos. Fue por esta razón que, en respuesta a la crisis de 1930, en algunos lugares tuvieron el New Deal o los Frentes Populares, y en otros el nazismo. La coyuntura política actual es radicalmente diferente. El fracaso del soviétismo y la adhesión de los socialistas al social-liberalismo debilitaron terriblemente las visiones políticas de los trabajadores, privados de perspectivas y de capacidad de expresión de una alternativa socialista auténtica.

La crisis actual del capitalismo de los oligopolios no ha sido el producto de un incremento de las luchas sociales que haya provocado el retroceso de las ambiciones de los oligopolios. Es el producto exclusivo de las contradicciones internas propias de su sistema de acumulación. Ahora bien, en mi opinión, la distinción entre la crisis de un sistema producida por la explosión de sus contradicciones internas y la de una sociedad que sufre el asalto de las fuerzas sociales progresistas que alimentan la ambición de transformar el sistema es una distinción central. Esta distinción explica en gran medida las diferentes salidas posibles. En una situación del primer tipo, el caos se convierte en una probabilidad mayor, y solamente en una situación del segundo tipo llegará a ser posible una salida progresista. La cuestión política central hoy es saber si las víctimas sociales del sistema vigente serán capaces de constituirse en alternativa positiva independiente, radical y coherente.

Si esta situación no se produce, la restauración del poder de los oli-

gopolios rentistas financiarizados no es imposible. Pero, en este caso, el sistema no retrocederá más que para dar un nuevo salto y una nueva debacle financiera, aún más profunda, será inevitable, ya que los “ajustes” previstos para la gestión de los mercados financieros son ampliamente insuficientes, pues no ponen en tela de juicio el poder de los oligopolios.

Queda por saber cómo responderán al desafío los Estados y los pueblos del Sur. El análisis del desafío al cual se ven confrontados, agravado por la crisis de la financiarización mundializado, se impone.

10. Tener en cuenta la cuestión de los recursos naturales y el conflicto Norte/Sur resulta ineludible. Ninguna estrategia eficaz de respuesta al desafío puede ignorarlos.

Las cuestiones relativas al uso que un sistema económico y social hace de los recursos naturales del planeta, de su concepción filosófica de las relaciones entre el ser humano (y la sociedad), por una parte, y la naturaleza, por otra, son cuestiones muy importantes. Las respuestas históricas que las sociedades les han dado definen el modo de racionalidad que gobierna su gestión económica y social.

El capitalismo histórico ha prescindido en gran parte de estas consideraciones. Ha puesto en práctica una racionalidad estrictamente económica, inscrita en una visión corta del tiempo (“la depreciación del futuro”), y basada en el principio de que los recursos naturales son los más generalmente puestos a la disposición gratuita de la sociedad, y disponibles por añadidura en cantidades ilimitadas. Solamente ha hecho excepciones en la medida en que algunos de estos recursos son objeto de una apropiación privada, como el suelo o los recursos mineros, pero sometiendo su uso a las exigencias exclusivas de la rentabilidad del capital que explota su potencial. La racionalidad de este sistema es pues muy estrecha, y se revela como una forma de irracionalidad social en cuanto los recursos en cuestión empiezan a escasear, entran en

vías de agotamiento posible, o cuando su uso, en las formas en que impone la rentabilidad económica propia del capitalismo, produce consecuencias peligrosas a largo plazo (destrucción de la biodiversidad, incluso cambio climático).

Nuestro propósito aquí no es discutir estos aspectos fundamentales de la cuestión de la relación sociedad/naturaleza, y aún menos intervenir en los debates filosóficos relativos a la formación de los modos de pensar sobre el problema.

Nuestro propósito es mucho más modesto y concierne solamente al acceso al uso de los recursos del planeta y a una repartición, de hecho y de derecho, igual y abierta a todos los pueblos, o al contrario reservada para el beneficio exclusivo de algunos de ellos.

Desde este punto de vista, nuestro sistema mundial moderno registra de ahora en adelante una transformación cualitativa de un alcance decisivo. Algunos de los recursos naturales más importantes se han vuelto considerablemente más escasos –en términos relativos– de lo que lo eran hace unos cincuenta años, tanto si su posible agotamiento constituye una amenaza real como si no (lo que ciertamente es discutible). Actualmente existe la conciencia de que el acceso a estos recursos ya no puede estar abierto a todos, y esto independientemente del hecho de que las formas de su uso tal como son actualmente, según algunos ponen en peligro (y según otros no) el futuro del planeta. Los “países del Norte” (empleo a propósito este término vago para no decir ni los Estados ni los pueblos) pretenden reservarse la exclusividad del acceso a estos recursos para su uso y disfrute, tanto si estos se conciben tal cual se hace actualmente, es decir, basándose en el despilfarro y poniendo en peligro un futuro que ya no está muy lejano, como si se los somete a regulaciones correctivas importantes, como proponen determinados verdes.

El egoísmo de los países del Norte halla su expresión brutal en la frase pronunciada por el presidente Bush (una frase que sus sucesores, sean quienes sean, no discutirán): “El modo de vida americano no es

negociable”. Son igualmente muchos quienes piensan así en Europa y en el Japón, aunque se abstengan de proclamarlo tan abiertamente. Este egoísmo significa simplemente que a partir de ahora el acceso a estos recursos estará en gran parte prohibido a los países del Sur (el 80% de la humanidad), tanto si estos pretenden hacer un uso de estos recursos análogo al del Norte, derrochador y peligroso, como si consideran adoptar formas más ahorradoras.

No hace falta decir que esta perspectiva es inaceptable para los países del Sur, de hecho y de derecho. Por lo demás, los medios del mercado ya no están necesariamente a la altura de las exigencias de la garantía del acceso exclusivo de los países opulentos a estos recursos. Algunos países del Sur pueden movilizar medios importantes para hacerse reconocer en estos mercados del acceso a los recursos. En última instancia, la única garantía para los países del Norte reside en su superioridad militar.

La militarización de la mundialización es la expresión de esta conciencia egoísta. No es el producto de una deriva pasajera de la administración de Washington. El plan del control militar del planeta por parte de las fuerzas armadas estadounidenses lo puso en marcha el presidente Clinton, lo continuó Bush y lo proseguirá Obama. Es cierto que en la persecución de sus objetivos Washington pretende siempre utilizar esta “ventaja” en beneficio propio, en particular para compensar sus deficiencias financieras y mantener su posición de liderazgo, cuando no de hegemonía, en el seno del campo del Norte. Eso no impide que los aliados subalternos de la tríada se alineen totalmente con el plan de Washington de controlar militarmente el planeta. Ni el atlantismo de los europeos, ni la sumisión de Tokio a los conceptos de Washington relativos al Pacífico y a Asia están amenazados de desintegración, de momento al menos. Por supuesto que las “misiones” –guerras preventivas, lucha contra el “terrorismo”– llevadas a cabo por las fuerzas armadas de los Estados Unidos y sus aliados subalternos están y estarán

siempre envueltas en el discurso de la “defensa de la democracia”, e incluso de su exportación, la “defensa del derecho de los pueblos a la autodeterminación” (por lo menos de algunos, sino de todos). Pero estos embalajes sólo engañan a quienes quieren dejarse engañar. A los pueblos del Sur les recuerdan simplemente la permanencia de la antigua tradición colonial de la “misión civilizadora”. El objetivo real exclusivo del programa militar del Norte es el control de los recursos del planeta. De hecho Washington lo ha confesado abiertamente cuando recientemente ha decidido completar su sistema de “regional (military) command” y de bases para la creación de un “Africa Command”. Los Estados Unidos, y tras ellos Europa, aspiran de este modo a controlar el petróleo (Golfo de Guinea, Sudán), el uranio (Níger, Sudán) los metales raros (Congo, África austral), y nada más.

El conflicto Norte/Sur se ha convertido en el eje central de las principales contradicciones de la mundialización capitalista/imperialista contemporánea. Y en este sentido este conflicto es indisociable del que opone la prosecución de la dominación del capitalismo oligopolístico a las ambiciones progresistas y socialistas que podrían hacer avanzar alternativas positivas aquí y allí, en el Sur y en el Norte. Pensar la alternativa, en particular en lo inmediato en respuesta a la crisis, exige que se tengan en cuenta el derecho y la voluntad de los países del Sur a acceder a los recursos del planeta. No habrá “otro mundo posible mejor” si los intereses de los pueblos que constituyen el 80% de la humanidad son objeto de un desprecio poco más o menos total en la opinión dominante de los países opulentos. Lo humanitario no es un sustituto aceptable de la solidaridad internacional en las luchas.

Los países del centro del sistema capitalista mundial se han beneficiado siempre de lo que yo he calificado de “renta imperialista”, y la acumulación del capital en estos centros siempre ha tenido un aspecto importante cuya naturaleza era la de una “acumulación por expropiación” de los pueblos de las periferias. La pretensión actual de reservar

el acceso a los principales recursos del planeta a los pudientes constituye la nueva forma contemporánea de esta acumulación.

11. ¿Cuáles son entonces las condiciones de una respuesta positiva al desafío?

No basta con decir que las intervenciones de los Estados pueden modificar las reglas del juego, atenuar las derivas. Es preciso definir también las lógicas y el alcance social de las mismas. Desde luego podría imaginarse el retorno a fórmulas de asociación de los sectores públicos y privados, de economía mixta como en los treinta años gloriosos (1945-1974) en Europa y la era de Bandung en Asia y en África, cuando el capitalismo de Estado era ampliamente dominante, acompañado de unas políticas sociales fuertes. Pero este tipo de intervenciones del Estado no está al orden del día. ¿Y acaso las fuerzas sociales progresistas están en condiciones de imponer una transformación de esta amplitud? Todavía no, en mi humilde opinión.

La verdadera alternativa pasa por el derrocamiento del poder exclusivo de los oligopolios, lo que es en última instancia inconcebible sin su nacionalización por una gestión que se inscriba en su socialización democrática progresiva. ¿Fin del capitalismo? No lo creo. Sí creo, en cambio, que son posibles nuevas configuraciones de las relaciones de fuerza sociales que obliguen al capital a adaptarse a las reivindicaciones de las clases populares y de los pueblos. A condición de que las luchas sociales, todavía fragmentarias y a la defensiva en su conjunto, logren cristalizar en una alternativa política coherente. En esta perspectiva, el inicio de la larga transición del capitalismo al socialismo deviene posible. Evidentemente, los avances en esa dirección serán siempre desiguales de un país a otro y de una fase de su despliegue a otra.

Las dimensiones de la alternativa deseable y posible son múltiples y afectan a todos los aspectos de la vida económica, social, política.

En los países del Norte, el desafío implica que la opinión general no

no deja encerrar en un consenso de defensa de sus privilegios con respecto a los pueblos del Sur. El internacionalismo necesario pasa por el anti-imperialismo, no por el humanitarismo.

En los países del Sur, la crisis ofrece la ocasión de la renovación de un desarrollo nacional, popular y democrático autocentrado, sometiendo las relaciones con el Norte a sus exigencias; dicho de otro modo, la desconexión. Esto implica: el control nacional de los mercados monetarios y financieros; el control de las tecnologías modernas que ahora es ya posible; la recuperación del uso de los recursos naturales; el fin de la gestión mundializada dominada por los oligopolios (la OMC) y del control militar del planeta por parte de los Estados Unidos y sus asociados; librarse de las ilusiones de un capitalismo nacional autónomo en el sistema y de los mitos del pasado.

La cuestión agraria está más que nunca en el centro de las opciones de futuro en los países del Tercer Mundo. Un desarrollo digno de este nombre no puede basarse en un crecimiento —por fuerte que sea— que beneficie exclusivamente a una minoría —aunque fuese de un 20%—, y que abandone a las mayorías populares al estancamiento e incluso a la pauperización. Ahora bien, este modelo de desarrollo asociado a la exclusión es el único que conoce el capitalismo para las periferias de su sistema mundial. La práctica de la democracia política, cuando existe (y en estas condiciones es evidentemente una excepción), asociada a la regresión social, es sumamente frágil. En cambio, la alternativa nacional y popular que asocia la democratización de la sociedad y el progreso social, es decir, que se inscribe en una perspectiva de desarrollo integrador —y no excluyente— de las clases populares, implica una estrategia política de desarrollo rural basada en la garantía del acceso a la tierra de todos los campesinos. Además, las fórmulas preconizadas por los poderes dominantes —acelerar la privatización del suelo agrario tratado como una mercancía— comportan el éxodo masivo que sabemos. El desarrollo industrial moderno no puede absorber esa mano de obra su-

perabundante, que se amontona en los barrios de chabolas. Hay una relación directa entre la supresión de la garantía del acceso a la tierra de los campesinos y la acentuación de las presiones migratorias.

La integración regional, al favorecer el surgimiento de nuevos polos de desarrollo, ¿puede constituir una forma de resistencia y de alternativa? La respuesta a esta pregunta no es sencilla. Los oligopolios dominantes no son hostiles a las integraciones regionales que se inscriben en la lógica de la mundialización capitalista/imperialista. La Unión Europea, los mercados comunes regionales de América Latina, de Asia y de África son ejemplos de formas de regionalización que se convierten en obstáculos a la emergencia de alternativas progresistas y socialistas. ¿Puede concebirse otra forma de regionalización capaz de sostener la opción del desarrollo nacional y popular y de abrir la puerta a la larga transición secular al socialismo a los pueblos y naciones del planeta? Si esta cuestión no se plantea en el caso de gigantes como China o la India, no puede eliminarse de los debates relativos a la América Latina, el mundo árabe, África, el sudeste asiático e incluso Europa. En el caso de esta última, ¿no hay que considerar que la deconstrucción de las instituciones de la UE, concebidas desde el principio para encerrar a los pueblos de ese continente en el capitalismo llamado liberal (es decir, reaccionario) y en el alineamiento atlantista, es la condición previa a su reconstrucción eventual (si se la considera útil) en una perspectiva socialista? Para el conjunto de los países del Sur, ¿es posible un nuevo "Bandung" político que refuerce la capacidad de los países de los tres continentes para obligar a retroceder al imperia-lismo colectivo de la tríada? ¿Cuáles son las condiciones para ello?

Los avances en esa dirección en el Norte y en el Sur, bases del internacionalismo de los trabajadores y de los pueblos, constituyen las únicas pruebas de la reconstrucción de un mundo mejor, multipolar y democrático, única alternativa a la barbarie del capitalismo senil. Si el capitalismo ha llegado al punto en que para él la mitad de la humanidad se ha convertido en población "superflua", ¿acaso no hay que con-



siderar que es el propio capitalismo el que desde ahora es un modo de organización social superfluo?

No hay otra alternativa que inscribirse en la perspectiva socialista.

Más allá de los acuerdos necesarios sobre las estrategias de etapas, basadas en la construcción de la convergencia de las luchas en el respeto a la diversidad, y de los avances que dichos acuerdos han de permitir en la larga ruta hacia el socialismo mundial, la reflexión y el debate sobre el objetivo socialista/comunista siguen siendo ineludibles: imaginar la emancipación de las alienaciones comerciales y de otro tipo, imaginar la democratización de la vida social en todas sus dimensiones, imaginar modos de gestión de la producción, de lo local a lo mundial, respondiendo a las exigencias de la democracia social auténtica.

Evidentemente, si el sistema mundial capitalista/imperialista realmente existente se basa en la exclusión cada vez mayor de los pueblos que constituyen la mayoría de la humanidad, si el modelo del uso de los recursos naturales producido por la lógica de la rentabilidad capitalista es a la vez despilfarrador y peligroso, la alternativa socialista/comunista no puede ignorar los desafíos que representan estas realidades. Se impone “otro estilo de consumo y de vida” diferente del que hace aparentemente feliz a los pueblos de los países opulentos y del que se da en el imaginario de sus víctimas. La expresión “socialismo solar” (que podría traducirse como “socialismo + energía solar”) propuesta por Ilmar Altvater, ha de tomarse en serio. El socialismo no puede ser el capitalismo, corregido por la igualdad en el acceso a sus beneficios, a escala nacional y mundial. Será cualitativamente superior o no será.

## Referencias:

Samir Amin et al, *De la crise financière à la crise systémique* (obra en vías de publicación, con las contribuciones de Morin, Gowan y Altvater).

François Morin, *La crise financière globalisée et les nouvelles orientations du système.*

Peter Gowan, *Causing the Credit Crunch: the Rise and Consequences of the new Wall Street System.*

Elmar Altvater, *The Plagues of Capitalism.*

Frédéric Lordon, *Jusqu'à quand? Pour en finir avec les crises financières.*

Samir Amin & André Gunder Frank, *N'attendons pas 1984.*

## II

# Dos vías de desarrollo histórico

## El contraste Europa/mundo chino: orígenes y recorridos

### 1. Lo general y lo particular en las trayectorias de la evolución de la humanidad

Lo concreto, lo inmediato, es siempre particular. Constatarlo constituye una banalidad. Detenerse en ello impide elevarse al nivel necesario para comprender la historia de la humanidad. Esta parece entonces –al nivel fenoménico– constituida por diversas trayectorias y evoluciones particulares, sin otros vínculos entre ellas que el azar. Cada una de estas trayectorias y evoluciones sólo puede explicarse a partir de casualidades y de encadenamientos particulares. El método refuerza la tendencia a los “culturalismos”, es decir, a la idea de que cada “pueblo” se identifica por las especificidades de su “cultura”, las cuales son en gran medida transhistóricas en el sentido en que estas persisten más allá del cambio.

Marx es para mí el pensador de la búsqueda de lo general más allá de lo particular. Claro que lo general en cuestión no ha de ser decretado a priori por la reflexión y el razonamiento idealizado relativos a la esencia de los fenómenos (al estilo de lo que hacen Hegel o Auguste Comte). Ha de inducirse a partir del análisis de lo concreto diverso. En estas condiciones, evidentemente, no hay ninguna garantía “absoluta”

de que la inducción propuesta sea definitiva o incluso correcta. Pero no se puede eludir la obligación de llevar a cabo esta investigación.

Analizad lo particular y descubriréis en ello cómo lo general se impone a través de las formas particulares. Tal es la lectura que hago yo de Marx.

Con este espíritu, he propuesto una lectura del materialismo histórico basada en la sucesión general de tres grandes fases de la evolución de las sociedades humanas —la fase comunitaria, la fase tributaria, la fase capitalista (portadora potencial de su superación comunista). Y en este contexto he intentado leer la diversidad de las sociedades de la fase tributaria (como anteriormente las de la fase comunitaria) como formas particulares de expresión de las exigencias generales que definen a cada una de estas fases (véase *Classe et Nation*). La propuesta se inscribe contra la tradición de la oposición banalizada entre la “vía europea” (la de los cinco famosos estadios: comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo, capitalismo, socialismo, que no es una invención de Stalin, sino la lectura dominante en Europa antes y después de Marx) y la “vía (o mejor dicho el callejón sin salida) asiática”. La tesis hidráulica, al estilo Wittfogel, me pareció entonces, más que infantil, errónea, procedente del prejuicio etnocéntrico. Mi propuesta se inscribe también contra la otra tradición, producida por el marxismo vulgar, la de la universalidad de los cinco estadios.

Con este mismo espíritu, también he propuesto una lectura de las contradicciones que operan en el seno de la gran familia de las sociedades tributarias como expresiones de una exigencia general que imponía la superación de los principios fundamentales de la organización del sistema social tributario por la invención de aquellos que definen la modernidad capitalista (y más allá, la posibilidad del socialismo/comunismo). El capitalismo no estaba destinado a ser la invención exclusiva de Europa. Estaba igualmente en vías de constituirse en el Oriente tributario, en particular en China, como se verá más adelante. En mi crí-

tica precoz del eurocentrismo, suscitó precisamente esta cuestión, eliminada del debate dominante por los discursos sobre “la excepción europea”.

Sin embargo, una vez constituido el capitalismo en su forma histórica, es decir, a partir de Europa, la expansión mundial de este mediante la conquista y la sumisión de otras sociedades a las exigencias de su reproducción polarizante, ha puesto un término a la posibilidad de “otra vía” de desarrollo capitalista de la humanidad (la “vía china” entre otras). Esta expansión ha borrado el alcance y la importancia de las variantes de los capitalismos locales para inscribirlas a todas en la dicotomía del contraste centros capitalistas/imperialistas dominantes—periferias capitalistas dominadas, que define la polarización propia del capitalismo histórico (europeo de origen).

En lo que sigue propondré, pues, una lectura de las “dos vías” (la de la región Mediterráneo/Europa, la del mundo chino), que no es la de la oposición cinco estadios/impasse asiático, sino que se basa en otro principio de análisis que opone las formas acabadas del modo tributario en el mundo chino a las formas periféricas de este mismo modo en la región Mediterráneo/Europa. La forma acabada está caracterizada por una estabilidad muy visible desde los orígenes de su invención, mientras que las formas periféricas han sido siempre frágiles, lo que comporta el fracaso de las tentativas sucesivas de la centralización imperial de la sangría tributaria, que contrasta con el éxito de esta en el imperio chino.

### *La cuestión campesina en el centro de la oposición vía europea/vía china de desarrollo*

La vía Mediterráneo/Europa y la del mundo chino se oponen desde el origen. Pues la estabilidad del modo tributario acabado implica una forma de integración sólida del mundo campesino en la construcción

de conjunto del sistema, y para ello, un acceso al suelo garantizado. Esta opción de principio ha sido la de China desde el origen. Sabemos sin embargo que su puesta en práctica no ha dejado de sufrir excepciones a veces graves, aunque finalmente siempre superadas. En cambio, en la región Mediterráneo/Europa, el acceso al suelo ha sido abolido radicalmente con la adopción del principio de la propiedad privada del suelo agrario, convertido en un derecho fundamental y absoluto con la instauración de la modernidad capitalista en su forma europea.

El capitalismo europeo que ha sido su producto ha procedido por este hecho a la expulsión masiva de la mayoría de los campesinos y a su exclusión, para una gran parte de ellos, de la nueva construcción. Este capitalismo histórico implicaba una emigración masiva, que la conquista de las Américas permitía, y sin la cual el éxito de su despliegue habría sido imposible. El capitalismo histórico se ha convertido en un capitalismo/imperialismo militar y conquistador de una violencia sin precedentes.

La vía iniciada por el desarrollo capitalista en China (antes de la sumisión de este país al imperialismo conquistador en la segunda mitad del siglo XIX) era diferente. Se basaba en la afirmación y no en la abolición del acceso al suelo del conjunto del campesinado y por tanto en las opciones de intensificación de la producción agrícola y de la dispersión de las manufacturas industriales en las regiones rurales. Estas opciones dieron a China una marcada ventaja sobre Europa en todos los ámbitos de la producción que sólo perdió tardíamente después de que la revolución industrial procedió con éxito a configurar la Europa moderna.

### *La China moderna frente a Europa*

Los pensadores europeos eran conscientes de la superioridad de China, convertida en el "modelo" por excelencia, como Étiemble y otros han reconocido. Modelo de la racionalidad administrativa: China inventa muy pronto el servicio público independiente de las aristocracias y de

los clérigos religiosos, y el reclutamiento de una burocracia de Estado por oposición. Habrá que esperar siglos para que Europa descubra esa forma de modernidad administrativa (cosa que hará solamente en el siglo XIX), progresivamente imitada por el resto del mundo. Modelo de racionalidad de la aplicación de las tecnologías más avanzadas para las producciones agrícolas y artesanales/manufactureras. Esta admiración por el modelo chino solamente desapareció cuando los europeos consiguieron, gracias a su superioridad militar, romper el modelo chino.

China había emprendido, pues, la vía de la invención del capitalismo, en formas que habrían sido muy diferentes de las del capitalismo/imperialismo mundializado conquistador.

Falta saber por qué la vía china moderna, cuyo inicio de la formación es anterior al de Europa en cinco siglos por lo menos, no se impuso. Porque la vía europea, iniciada tardíamente, consiguió cristalizar en un tiempo breve y por ello mismo imponerse a escala mundial. La tentativa de explicación que he propuesto aquí se basa en destacar las “ventajas” del carácter periférico de las sociedades tributarias europeas (la vía “feudal”) por oposición a las lentitudes impuestas a la evolución por la solidez de la forma central del modo tributario chino. Se trata de la expresión más general de lo que he calificado de desarrollo desigual: las formas periféricas, por el hecho de ser menos sólidas, más flexibles, facilitan una superación más rápida de las contradicciones del sistema antiguo, mientras que sus formas centrales, más sólidas, ralentizan el movimiento.

## **2. Las grandes regionalizaciones premodernas y la centralización del excedente tributario**

El término “mundialización” se utiliza en nuestros días en diversos sentidos, vagos y ambiguos. Además, el fenómeno en sí mismo es consi-

derado como algo obvio e ineludible, expresión de una evolución supuestamente inevitable de la realidad. Fenómenos análogos al de la mundialización moderna, que por primera vez en la historia afecta al planeta entero, se produjeron en tiempos más antiguos. Pero estos solamente afectaron a regiones relativamente grandes del mundo antiguo, ya que las llamadas Américas precolombinas estaban entonces aisladas y eran desconocidas por este (y viceversa). Yo las calificaré de mundializaciones/regionalizaciones.

Yo defino todos estos fenómenos por medio de un criterio común: el de organizar el control del excedente de la producción corriente a la escala del conjunto de la región (o del mundo) por parte de una autoridad central, y una dosis importante de centralización de este excedente por esta misma autoridad. Esta, a su vez, regula la repartición del acceso al excedente que ella controla.

Las regionalizaciones (o la mundialización) en cuestión pueden ser tendencialmente homogeneizantes o polarizantes, según que la redistribución del excedente esté sometida a leyes y costumbres que apunten expresamente a uno u otro de estos objetivos, o que los produzcan por el despliegue de su lógica propia.

### *La centralización del excedente tributario*

El excedente en cuestión reviste en todos los sistemas premodernos (las regionalizaciones antiguas) la naturaleza de un tributo, y en el sistema moderno —capitalista— la de provecho del capital, o más precisamente de renta del capital oligopolístico dominante. La diferencia específica que separa a estas dos formas de excedente es cualitativa y decisiva. La punción del excedente tributario es un fenómeno transparente: trabajo gratuito del campesino dominado en las tierras del señor, proporción de la cosecha que se apropia éste o el Estado; estas formas son naturales por excelencia, no monetarias, incluso cuando revisten una



forma monetaria, lo que es generalmente marginal o excepcional. La sangría del beneficio/renta del capital dominante se vuelve en cambio opaca por el hecho de que es el resultado del funcionamiento de una red de intercambios económicos monetarios: salarios de los trabajadores, compras/ventas de los medios de producción y de los productos de la actividad económica.

La extracción del excedente tributario es por este hecho indisoluble del ejercicio del poder político en la región (grande o pequeña) en la que se produce. En cambio, la del excedente capitalista aparece dissociada del ejercicio del poder político, siendo el producto aparente de los mecanismos que controlan los mercados (del trabajo, de los productos, del propio capital). Los sistemas tributarios (premodernos) no implicaban su ejercicio en territorios vastos y en poblaciones numerosas. El nivel de desarrollo de las fuerzas productivas propio de estas épocas antiguas era todavía limitado y el excedente consistía en lo esencial en lo producido por las comunidades campesinas. Las sociedades tributarias podían ser parceladas, a veces de un modo extremo, y entonces cada pueblo y señorío constituían una sociedad elemental por sí misma.

El desmenzamiento de las sociedades tributarias no excluía su participación en redes de intercambio más amplias, de tipo comercial o de otro tipo, ni en sistemas de poderes establecidos en espacios más vastos. Las sociedades tributarias elementales no vivían necesariamente en la autarquía, aunque lo esencial de su producción tenía que asegurar su propia reproducción sin aportación exterior.

La emergencia de imperios tributarios siempre ha exigido la de un poder político capaz de imponerse a las sociedades tributarias parceladas. Se puede incluir en esta categoría a los imperios romano, califal y otomano para la región Europa/ Mediterráneo/Oriente Medio, el imperio chino y los estados imperiales que ha conocido la India en diversos momentos de su historia. Esta emergencia de imperios tri-

butarios ha sido facilitada, y a su vez ha facilitado, la expansión de las relaciones comerciales y monetarias en su seno y en sus relaciones con el exterior.

Los imperios tributarios no han proseguido necesariamente el objetivo político de la homogeneización de las condiciones en la región controlada por su poder central. Pero las leyes y costumbres que gobernaban dichos sistemas, dominados por la instancia política a la que permanecía sometido el funcionamiento de la economía, no producían por ellas mismas una polarización creciente entre las subregiones que componían el imperio.

La historia ha demostrado la fragilidad de los imperios tributarios, cuyos apogeos han sido breves —unos cuantos siglos—, seguidos de largos períodos de desintegración, calificados generalmente de decadencias. La razón es que la centralización del excedente no procedía en este caso de una exigencia interna necesaria para la reproducción de las sociedades tributarias elementales. Su vulnerabilidad a los ataques del exterior y a las revueltas del interior, las de las clases dominadas o las de las provincias en cuanto tales, era grande. Las evoluciones en campos diversos como la ecología, la demografía, el armamento militar, los intercambios comerciales lejanos, no fueron lo suficientemente fuertes en sus efectos como para convertir esta vulnerabilidad en catástrofe.

La única excepción —una excepción importante— es la del imperio chino.

### 3. El itinerario de China: ¿un largo río tranquilo?

Las reflexiones precedentes se han centrado en la región Oriente Medio/ Mediterráneo/Europa. Esta región fue el escenario de la formación de las primeras civilizaciones (tributarias) —Egipto y Mesopotamia—; más tarde de su periferia comercial/esclavista griega, y después, a

partir del período helenístico, de sucesivas tentativas de construcción de imperios tributarios (los imperios romano, bizantino, califal, otomano). Estos no han conseguido nunca estabilizarse verdaderamente y han sido el escenario de grandes ocasos caóticos. Estas condiciones han sido, tal vez por ello, más favorables a la emergencia precoz del capitalismo en su forma histórica, preludio a la conquista del mundo por Europa.

El itinerario de China ha sido notablemente diferente. China se constituyó casi de entrada en un imperio tributario cuya estabilidad ha sido excepcional, a pesar de que hubo momentos en que se vio amenazada de fragmentación, pero que de todos modos siempre acabó superando.

#### *Escritura fonética, escritura conceptual*

Las razones del éxito de la construcción de la centralización tributaria a la escala del mundo chino son ciertamente diversas. Autores chinos poco conocidos en el exterior (como Wen Tiejun) han propuesto en este sentido hipótesis diversas en relación con los datos de la geografía y de la ecología de su región y han puesto el acento en la invención precoz de una agricultura intensiva asociada a una densidad de población que se ha ido haciendo progresiva y considerablemente más fuerte que la del mundo Mediterráneo/Europa. El objeto de esta presentación no es abrir el debate sobre estas cuestiones difíciles y poco estudiadas hasta ahora, debido al eurocentrismo dominante. Por mi parte, insistiré con mucho gusto en los efectos muy diferentes a largo plazo de la adopción de la escritura conceptual por parte de China.

La escritura fonética (alfabética o silábica), inventada en Oriente Medio se convirtió progresivamente en la de todas las lenguas de la región Mediterráneo/Europa y del subcontinente indio. Su lectura solamente resulta comprensible para aquellos que conocen el sentido de las

palabras pronunciadas en la lengua escrita, y exige para los demás una traducción. La expansión de este modo de escritura reforzó la distinción de las lenguas y por tanto las formas de identidad basadas en estas. Constituyó un obstáculo a la expansión de poderes políticos regionales y a la centralización tributaria. Con la modernidad capitalista fundó la mitología del Estado nación lingüísticamente homogéneo. Persiste –incluso reforzada– en la Europa contemporánea, y constituye por este mismo hecho un obstáculo a su unificación política. Este obstáculo solamente puede superarse –parcialmente– mediante la adopción de una lengua común, extraña para muchos, ya sea alguna de las lenguas imperiales heredadas por los Estados modernos (el francés, el inglés y el portugués en África; el inglés en la India, y, hasta cierto punto para los indios de América Latina, el español y el portugués), o el “business-English” que se ha convertido en la lengua de la Europa contemporánea.

China inventó otra forma de escribir, conceptual y no fonética. El mismo carácter designa un objeto (una puerta) o una idea (la amistad) y puede leerse pronunciándose de modo diferente: puerta como “door” o “bab”, y amistad como “friendship” o “sadaka”, para un lector respectivamente español, inglés o árabe. Esta forma de escritura constituyó un poderoso factor que favoreció la expansión de un poder imperial a la escala continental del mundo chino. Un mundo cuya población es comparable a la de todas las Américas desde Alaska a Tierra del Fuego, y desde la Europa de Portugal a Vladivostok. El modo conceptual de la escritura china toleraba sin problemas la lectura fonética en las diversas lenguas del subcontinente. Y tan sólo recientemente, y gracias a la educación generalizada, el chino mandarín de Pekín está en vías de convertirse en la lengua (fonética) del conjunto del mundo chino.

## **China: cinco siglos de ventaja respecto a Europa**

La imagen del itinerario de China presentado como el fluir de un “largo río tranquilo” es ciertamente forzado.

Hasta la introducción del budismo durante los primeros siglos de la era cristiana, la China antigua estaba constituida por unas formaciones tributarias múltiples organizadas en principados y en reinos en frecuente conflicto. Existía ya, sin embargo, una tendencia hacia su unificación en un solo imperio que encuentra su expresión precoz en los escritos de Confucio, cinco siglos antes de JC, en la tormentosa época de los Reinos Combatientes.

El mundo chino adopta luego una religión de la salvación individual, el budismo, con algunas incorporaciones del taoísmo, a semejanza de lo que sucede en la Europa cristiana. Las dos sociedades, la de la Europa feudal y cristiana y la de la China imperial y budista, presentan unas semejanzas impresionantes. Pero también unas importantes diferencias: (I) China es un imperio político unificado que conoce con los Tang un notable apogeo, mientras que la Europa feudal nunca logró nada parecido; (II) la tendencia a la reconstitución del derecho de acceso al suelo cada vez que este sufre degradaciones importantes contrasta en China con el desmenuzamiento duradero de la propiedad feudal europea.

China se libera de la religión, en este caso el budismo, desde la época de los Song y definitivamente con los Míng. Entra entonces en la modernidad, que ella inaugura cinco siglos antes que el Renacimiento europeo. La analogía entre el Renacimiento chino y el ulterior de Europa es impresionante. Los chinos “regresan a sus fuentes”, el confucianismo, con una reinterpretación libre, racional y arreligiosa, análoga a la del Renacimiento europeo, que se inventa un ancestro greco-romano para romper con lo que los ilustrados calificaron de oscurantismo religioso de la Edad Media.

Se reunieron entonces todas las condiciones para permitir al mundo chino moderno realizar progresos notables en todos los ámbitos: la organización del Estado, los conocimientos científicos, las técnicas de producción agrícola y manufactureras, el pensamiento racional. China inventa el laicismo cinco siglos antes de su inicio en Europa. La China moderna anticipa la idea de que es el hombre el que hace su propia historia, la idea que define la contribución central ulterior de la Ilustración. El impacto de estos progresos se vio reforzado por la corrección regular de las derivas peligrosas en dirección a la apropiación privativa del suelo.

La estabilidad del modo de organización económico y político de China constituyó la base de un modelo de desarrollo de las fuerzas productivas basado en la intensificación continua de la producción agrícola, que presenta un contraste muy marcado con el modelo del capitalismo histórico europeo basado en la apropiación privativa del suelo agrario, la expulsión de los campesinos, la emigración masiva y la conquista del mundo que le ha sido asociado. El modelo de este capitalismo europeo ha sido el de una acumulación por expropiación, no solamente primitiva sino permanente (la otra cara de la polarización inherente a la mundialización capitalista). China emprendía un camino que hubiera podido conducirla a un capitalismo de una forma diferente, cerrado en sí mismo y no conquistador. La expansión prodigiosa de las relaciones comerciales asociadas a la sangría tributaria y no separadas de esta es un testimonio de esta posibilidad. Pero la asociación en cuestión daba a este proceso de la evolución un carácter relativamente lento en comparación con el de la Europa de la transición al capitalismo acabado.

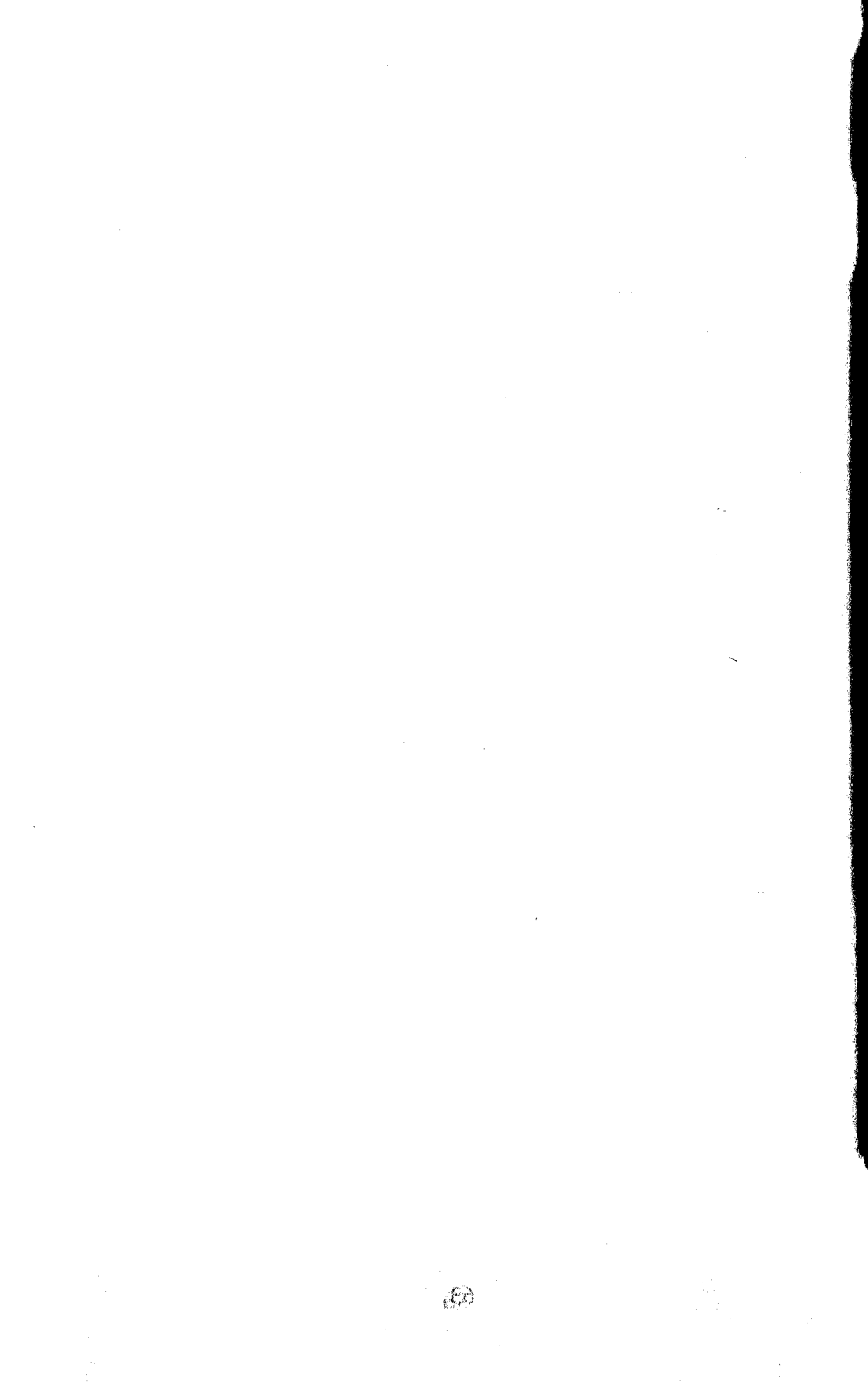
China ha conservado de este modo su ventaja sobre Europa —en términos de productividad media del trabajo social— hasta la revolución industrial del siglo XIX.

La Europa de la Ilustración reconocía, como ya he dicho, esta ventaja de la China que se ofrecía como modelo. Sin embargo, ni la Eu-

ropa de la Ilustración de la transición mercantilista, ni más tarde la Europa del capitalismo acabado del siglo XIX consiguieron superar el desmigajamiento de los reinos del Antiguo Régimen y después de los Estados-Nación modernos para constituirse en un poder unificado capaz de controlar la centralización del excedente tributario y después capitalista, a semejanza de China.

Por su parte, los observadores chinos han visto muy bien la ventaja de su vía de desarrollo histórico. ¡Un viajero chino que recorrió Europa al día siguiente de la guerra franco-prusiana de 1870 comparaba el estado del continente con el de los Reinos Combatientes, cinco siglos antes de JC!

La decadencia de China, causada por la conjunción del agotamiento del modelo de progresión de la intensificación/mercantilización de la producción agrícola y rural, por un lado, y de la agresión militar europea, por otro, fue relativamente corta y no comportó el desmembramiento de este Estado continental, si bien esta amenaza se manifestó durante el tiempo en que duró esta decadencia. Algunas de las características esenciales de la revolución china y de la vía emprendida después de su victoria en los momentos sucesivos maoístas y post-maoístas hay que resituirlas en esta perspectiva de larga duración excepcional.





### III

## El capitalismo histórico. La acumulación por expropiación

El pensamiento burgués –dominante– sustituye la realidad histórica del capitalismo por una construcción imaginaria deducida del principio supuestamente eterno del comportamiento racional y egoísta del individuo. La sociedad “racional” –producida por la competición guiada por este principio– se concibe entonces como habiendo llegado al “fin de la historia”. La economía convencional –que constituye el eje fundamental de este pensamiento– sustituye entonces el “mercado” generalizado por la realidad del capitalismo (y del “mercado capitalista”).

El pensamiento marxista se ha construido a partir de una visión completamente diferente, la de la transformación permanente de las estructuras fundamentales de las sociedades, siempre históricas. En este marco –el del materialismo histórico–, el capitalismo es histórico, tiene un comienzo y tendrá un final. Una vez admitido este principio, la naturaleza de este capitalismo histórico en cuestión ha de ser objeto de una reflexión permanente, lo que no es siempre el caso en las filas de los “marxismos históricos” (el marxismo tal como es interpretado por los que lo han reivindicado). Sin duda es posible aceptar la idea muy general de que el capitalismo constituye un estadio “necesario” para preparar las condiciones del socialismo, un estadio más avanzado de la

civilización humana. Pero esta idea, demasiado general, es insuficiente precisamente porque reduce el “capitalismo-estadio necesario” al capitalismo histórico realmente existente.

Yo resumiría mis reflexiones sobre esta cuestión en los puntos siguientes, que desarrollaré en lo que sigue:

- ✓ La acumulación por expropiación es permanente en la historia del capitalismo.
- ✓ El capitalismo histórico es, por este hecho, imperialista por naturaleza en todas las etapas de su desarrollo, en el sentido preciso de que es polarizante por el efecto inherente al despliegue de las leyes que lo rigen.
- ✓ Por este motivo, este capitalismo no puede convertirse en una etapa “ineludible” para los pueblos de las periferias del sistema del capitalismo histórico, necesario para crear, aquí y en todas partes (en los centros del sistema), las condiciones de su superación “socialista”. “Desarrollo y subdesarrollo” constituyen las dos caras indisolubles del capitalismo histórico.
- ✓ Este capitalismo histórico es en sí mismo indisoluble de la conquista del mundo por los europeos; es indisoluble de la ideología eurocéntrica, una forma por definición no universal de la civilización.
- ✓ Otras formas de respuesta a la exigencia de una “acumulación acelerada” (por comparación con los ritmos de la acumulación de las épocas antiguas de la civilización), premisa necesaria del socialismo del futuro, habrían sido “posibles”. Es posible discutirlo. Pero estas formas, tal vez embrionariamente visibles en otras partes diferentes de la Europa de la transición al capitalismo (en China, por ejemplo), no han tenido la posibilidad de desplegarse, sofocadas por la conquista europea.
- ✓ No hay pues otra alternativa para la civilización humana que la opción de encaminarse por la vía de la construcción del socia-

lismo, basándose ésta a su vez en las concepciones estratégicas que han de guiar su desarrollo por medio de los resultados objetivos producidos por la expansión mundializada polarizante del capitalismo/ imperialismo “occidental”.

### 1. La acumulación por expropiación es permanente en la historia del capitalismo realmente existente

La vulgata ideológica de la economía convencional y del “pensamiento” cultural y social que la acompaña pretende que la acumulación sea financiada por el ahorro –virtuoso– de los “ricos” (los propietarios opulentos) y de las naciones. La historia no confirma esta invención de los puritanos angloamericanos. Es, al contrario, la de una acumulación en gran parte financiada por la expropiación de unos (la mayoría) en beneficio de otros (una minoría). Marx ha analizado con rigor estos procesos, que él ha calificado de acumulación primitiva y de los que son testimonios elocuentes la expropiación de los campesinos ingleses (los cercados de las tierras comunales o *enclosures*), la de los campesinos irlandeses (en beneficio de los *landlords* ingleses conquistadores) y la de la colonización americana. En realidad, esta acumulación primitiva no se sitúa exclusivamente en los orígenes lejanos y superados del capitalismo. Todavía hoy sigue en marcha.

Una medida de la importancia de la acumulación por expropiación –expresión que yo prefiero a la de acumulación primitiva– es posible. Esta medida, que yo propondría aquí, parte de las consecuencias de esta expropiación –apreciadas en términos demográficos y en los del valor aparente del producto social que la acompaña.

La población del planeta se multiplica por tres entre los años 1500 (de 450 a 550 millones de seres humanos) y 1900 (1.600 millones), y después por 3,75 en el transcurso del siglo XX (hoy somos más de

6.000 millones). Pero la proporción de europeos (de Europa y de los territorios conquistados en América, África del Sur, Australia y Nueva Zelanda) pasa de un 18% (o menos) en 1500 a un 37% en 1900 para descender de nuevo gradualmente en el siglo XX. Los cuatro primeros siglos (1500-1900) corresponden a la conquista del mundo por los europeos; el siglo XX –y su prolongación en el XXI– corresponde al “despertar del Sur”, el Renacimiento de los pueblos conquistados.

La conquista del mundo por los europeos constituye una gigantesca expropiación de los indios de América, que pierden sus tierras y sus recursos naturales en beneficio de los colonos. Los indios han sido exterminados casi totalmente (el genocidio de los indios de América del Norte) o reducidos, por efecto de esta expropiación y de su sobreexplotación por parte de los conquistadores españoles y portugueses, a una décima parte de su número. La trata de esclavos que toma el relevo ejerce en buena parte de África una sangría que retrasa en medio milenio el progreso del continente. Fenómenos análogos son perceptibles en África del Sur, en Zimbabue, en Kenya, en Argelia y aún más en Australia y en Nueva Zelanda. Este proceso de acumulación por expropiación caracteriza al Estado de Israel, una colonización en curso. No menos perceptibles son las consecuencias de la explotación colonial de los campesinados sometidos de la India inglesa, de las Indias holandesas, de las Filipinas, de África: las hambrunas (la célebre de Bengala, las del África contemporánea) constituyen una de sus manifestaciones. El método había sido inaugurado por los ingleses en Irlanda, cuya población, antaño igual a la de Inglaterra, es hoy todavía solamente una décima parte de ella, después de la sangría sufrida por la hambruna organizada cuyo proceso analizó Marx.

La expropiación no afectó solamente a las poblaciones campesinas, la gran mayoría de los pueblos de antaño. Destruyó también las capacidades de producción industrial (artesanado y manufacturas) de regiones antes y durante mucho tiempo más prósperas que la propia Euro-

pa: China y la India entre otras (los desarrollos sobre este tema de Bagchi, en su última obra, *Perilous passage*, son indiscutibles).

Importa aquí comprender que estas destrucciones no han sido producidas por las “leyes del mercado”; la industria europea –supuestamente más eficaz– ocupó el lugar de las producciones no competitivas. Este discurso ideológico silencia las violencias políticas y militares puestas en marcha para obtener este resultado. No son los “cañones” de la industria inglesa, sino los de las cañoneras, los que explican la superioridad –y no inferioridad– de las industrias china e india. La industrialización, prohibida por las administraciones coloniales, hizo el resto y “desarrolló el subdesarrollo” de Asia y África durante los siglos XIX y XX. Las atrocidades coloniales, la extrema sobreexplotación de los trabajadores, han sido los medios y los productos naturales de la acumulación por expropiación.

Entre 1500 y 1800, la producción material de los centros europeos progresa a un ritmo que sin duda desborda por poco al de su demografía (aunque, para la época, esta es fuerte en términos relativos). Estos ritmos se aceleran en el siglo XIX, con la profundización –y no la atenuación– de la explotación de los pueblos de ultramar, razón por la cual hablo de acumulación permanente por expropiación y no de acumulación “primitiva” (“primera”, “anterior”). Esto no excluye que durante los siglos XIX y XX la contribución de la acumulación financiada por el progreso tecnológico –las revoluciones industriales sucesivas– adquiera una importancia que nunca había tenido en el transcurso de los tres siglos mercantilistas anteriores. Finalmente, pues, desde 1500 a 1900, la producción aparente de los nuevos centros del sistema mundial capitalista/imperialista (la Europa occidental y central, Estados Unidos y más tarde el Japón) se multiplica por 7 o por 7,5, lo que contrasta con la de las periferias, que apenas se dobla. La diferencia se hace mucho mayor de lo que lo había sido en toda la historia anterior de la humanidad. Durante el siglo XX, se hace aún más profunda, lle-

vando la renta per cápita aparente en el año 2000 a un nivel entre 15 y 20 veces superior a la de las periferias en su conjunto.

La acumulación por expropiación de los siglos del mercantilismo ha financiado en gran parte el despliegue del lujo del tren de vida de las clases dirigentes de la época (el “Antiguo Régimen”), sin haber beneficiado a las clases populares, cuyos niveles de vida a menudo se degradan; ellas mismas son víctimas de la acumulación por expropiación de fracciones importantes del campesinado. Pero dicha acumulación ha financiado sobre todo un extraordinario incremento de los poderes del Estado modernizado, de su administración y de su potencia militar. Las guerras de la Revolución y del Imperio que son el lazo de unión entre la época mercantilista precedente y la de la industrialización ulterior, lo atestiguan. Esta acumulación está pues en el origen de las dos transformaciones más importantes que tendrán lugar en el siglo XIX: la primera revolución industrial y la conquista colonial fácil.

Las clases populares no se benefician de la prosperidad colonial de los primeros tiempos hasta bien entrado el siglo XIX, como lo atestigua el desolador panorama de la miseria obrera en Inglaterra descrito por Engels. Pero tienen la escapatoria de la emigración en masa, que se acelera durante los siglos XIX y XX, hasta el punto de que la población de origen europeo se vuelve superior a la de las regiones de origen de su emigración. ¿Es imaginable, todavía hoy, que dos o tres mil millones de asiáticos y de africanos dispongan de tales ventajas?

El siglo XIX representó el apogeo de este sistema de la mundialización capitalista/imperialista, hasta el punto de que, desde entonces, expansión del capitalismo y “occidentalización” en el sentido brutal del término hacen imposible la distinción entre la dimensión económica de la conquista y su dimensión cultural, el eurocentrismo.

Las formas diversas del colonialismo externo y del colonialismo interno a las que hago referencia en otra parte (*Du capitalisme à la civilisation*, p. 45 y ss.) han constituido el marco de la acumulación por ex-

propiación y han dado consistencia a la renta imperialista, cuyos efectos han sido decisivos en la configuración de las sociedades opulentas del centro imperialista contemporáneo.

## 2. El capitalismo: un paréntesis en la historia

La vía de desarrollo del capitalismo histórico se basa en la apropiación privada del suelo agrario, la sumisión de la producción agrícola a los imperativos del “mercado” y, a partir de ahí, en la expulsión progresiva y acelerada de la población campesina en beneficio de un pequeño número de agricultores capitalistas, que ya no son campesinos y que acaban por no representar más que un porcentaje insignificante de la población (de un 5 a un 10%), pero capaz de producir suficientemente para alimentar (bien) al conjunto de los pueblos de los países afectados, e incluso de exportar importantes excedentes de producción. Esta vía, iniciada por Inglaterra en el siglo XVIII (con las *enclosures*) y progresivamente ampliada al conjunto de Europa en el siglo XIX, define la esencia de la vía histórica del desarrollo capitalista.

Esta vía parece totalmente eficaz, pero eficaz o no (volveré sobre este punto en el capítulo cinco), ¿puede ser hoy imitada en las periferias del sistema?

Esta vía capitalista solamente fue posible porque los europeos disponían de la gigantesca válvula de seguridad que representaba la emigración hacia las Américas, cuya amplitud hemos visto más arriba. Ahora bien, esta simplemente ya no existe hoy para los pueblos de la periferia. Además, la industrialización moderna no podría absorber más que a una exigua minoría de las poblaciones rurales implicadas, porque, en comparación con las industrias del siglo XIX, las actuales integran unos progresos tecnológicos —condición de su eficacia— que ahorran en la mano de obra que emplean. La vía capitalista no puede producir aquí

más que el “planeta de las chabolas” (visible en el tercer mundo capitalista contemporáneo), producir y reproducir indefinidamente trabajo barato. Esta es por otra parte la razón de que se trate de una vía políticamente irrealizable. En Europa, en América del Norte y en el Japón, la vía capitalista –asociada a la salida de la emigración y a los beneficios del imperialismo– ha creado tardíamente las condiciones de un compromiso social capital-trabajo (particularmente visible en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial con el “Welfare State”, pero cuyas formas menos explícitas existían ya desde finales del siglo XIX). Las condiciones para un compromiso de este tipo no existen en las periferias actuales. La vía capitalista en China o en Vietnam, por ejemplo, no puede fundar una alianza popular grande y sólida que integre a la clase obrera y al conjunto del campesinado. No puede encontrar su base social más que en las nuevas clases medias que son las beneficiarias exclusivas de este desarrollo. La vía “socialdemócrata” está, pues, prohibida aquí. La alternativa ineludible es la de un modelo de desarrollo “campesino” sobre el que volveré en el capítulo cinco.

La cuestión de los recursos naturales constituye un segundo eje decisivo en el conflicto civilizatorio que opone al capitalismo y al socialismo futuro. La explotación de los recursos no renovables del Sur en beneficio exclusivo del despilfarro del consumo en el Norte es igualmente una forma de acumulación por expropiación. Mediante el intercambio de estos recursos por bienes y servicios renovables, es el futuro de los pueblos del Sur el que se sacrifica en el altar de los sobrebeneficios de los oligopolios imperialistas.

La dimensión destructiva del capitalismo, al menos para los pueblos de la periferia, prohíbe pensar que este sistema pueda ser duradero y pueda ser “imitado” por aquellos que parecen estar “retrasados”. Su lugar en la historia de la humanidad es el de un paréntesis que prepara las condiciones de su superación, a falta de la cual el capitalismo no puede sino conducir más que a la barbarie, al fin de toda civilización humana.



El recorrido del capitalismo realmente existente está compuesto por un período largo de maduración que abarca varios siglos y que conduce a un momento de apogeo breve (el siglo XIX), seguido de una larga decadencia probable, iniciada en el siglo XX, que podría convertirse en una larga transición al socialismo mundializado.

El capitalismo no es el producto de una aparición brutal, casi mágica, que habría elegido el triángulo Londres/Amsterdam/París para constituirse en el tiempo corto de la Reforma-Renacimiento del siglo XVI. Tres siglos antes había encontrado una primera formulación en las ciudades italianas. Fórmulas primerizas brillantes pero limitadas en el espacio, sofocadas por el mundo europeo "feudal" ambiente y habiendo sufrido por ello una serie de derrotas sucesivas que condujeron al fracaso de estas primeras experiencias. Se puede incluso discutir de antecedentes diferentes de estos en las ciudades comerciales de las "rutas de la seda", desde China y la India al Oriente Medio islámico árabe y persa (remito aquí a las observaciones del capítulo dos sobre el recorrido de China). Más tarde, en 1492, con la conquista de las Américas por los españoles y los portugueses, se inicia la creación del sistema mercantilista/ esclavista/capitalista. Pero las monarquías de Madrid y Lisboa, por diversas razones que no son el tema que nos ocupa aquí, no sabrán dar su forma definitiva al mercantilismo, que los ingleses, los holandeses y los franceses inventarán en su lugar. Esta tercera ola de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales, que producirá la transición al capitalismo en la forma histórica que conocemos (el "Antiguo Régimen") es impensable sin las dos olas que la precedieron. ¿Por qué no iba a suceder lo mismo con el socialismo: un largo proceso de aprendizaje plurisecular de invención de un estadio más avanzado de la civilización humana?

El momento del apogeo del sistema es breve: apenas un siglo separa a las revoluciones industrial y francesa de la revolución de 1917. Es el siglo a la vez de la realización de estas dos revoluciones que se apode-

ran de Europa y de su vástago americano, de la puesta en cuestión de estas (desde la Comuna de París -1871- a la revolución de 1917), y de la terminación de la conquista del mundo que parece aceptar su suerte.

¿Puede este capitalismo histórico proseguir su despliegue permitiendo a las periferias de su sistema “recuperar su retraso” y convertirse en sociedades capitalistas plenamente “desarrolladas” a imagen y semejanza de las sociedades de sus centros dominantes? Si esto fuese posible, si las leyes del sistema lo permitiesen, entonces la “recuperación” del retraso por y en el capitalismo se impondría como una fuerza objetiva ineludible, un preludio necesario al socialismo ulterior. Pero, ay, esta visión, por banal y dominante que pueda parecer, es simplemente falsa. El capitalismo histórico es -y seguirá siendo- polarizante por naturaleza, haciendo que esta “recuperación” del retraso sea imposible.

El capitalismo histórico, polarizante por naturaleza, ha de ser superado, y solamente puede serlo a condición de que las sociedades de sus periferias (la gran mayoría de la humanidad) pongan en práctica unas estrategias sistemáticas de desconexión del sistema global y de su reconstrucción sobre unas bases autocentradas, creando de este modo las condiciones de una mundialización alternativa que emprenda la larga ruta al socialismo mundial. No repetiré aquí los análisis que el lector podrá encontrar en mi libro *Más allá del capitalismo senil* (Anexo IV, pp. 177-184).

La prosecución de una vía capitalista de desarrollo constituye, pues, para los pueblos de las periferias, un trágico callejón sin salida. Pues el capitalismo “desarrollado” de unos -los centros dominantes minoritarios (20% de la población del planeta)- implica el capitalismo “subdesarrollado” de los otros -el 80% de la población mundial. El callejón sin salida se manifiesta entonces en todas las dimensiones de la vida social, económica y política. Y lo hace con una evidencia aplastante a propósito de la cuestión agraria.

### 3. El siglo XX: la primera oleada de revoluciones socialistas y el despertar del "Sur"

El momento del apogeo del sistema es pues breve: apenas un siglo. El siglo XX es el de la primera oleada de grandes revoluciones llevadas a cabo en nombre del socialismo (Rusia, China, Vietnam, Cuba) y de la radicalización de las luchas de liberación en Asia, África y América Latina (las periferias del sistema imperialista/ capitalista), cuyas ambiciones se expresan mediante el "proyecto de Bandung" (1955-1981).

Esta concomitancia no es fruto de la casualidad. El despliegue mundializado del capitalismo/imperialismo ha constituido para los pueblos de las periferias implicadas la mayor tragedia de la historia humana, ilustrando de este modo el carácter destructivo de la acumulación del capital. ¡La ley de la pauperización formulada por Marx se expresa a la escala del sistema con una violencia aún mayor de la que había imaginado el padre del pensamiento socialista! Esta página de la historia ya ha quedado atrás. Los pueblos de las periferias ya no aceptan la suerte que el capitalismo les depara. Este cambio de actitud fundamental es irreversible. Lo que significa que el capitalismo ha entrado en su fase de decadencia. Lo cual no excluye la persistencia de diversas ilusiones: la de unas reformas capaces de dar al capitalismo un rostro humano (que nunca ha tenido para la mayoría de pueblos); la de una "recuperación" posible dentro del sistema de la que se alimentan las clases dirigentes de los países "emergentes", embriagadas por los éxitos del momento; la de los repliegues reaccionarios (para-religiosos o para-étnicos) en las que zozobran muchos pueblos "excluidos" en el momento actual. Estas ilusiones parecen tenaces por el hecho de que nos encontramos en la parte baja de la ola. La ola de las revoluciones del siglo XX se ha agotado y la de la nueva radicalidad del siglo XXI todavía no se ha afirmado. Y en el claroscuro de las transiciones se perfilan los monstruos, como escribía Gramsci. El despertar de los pueblos de la perife-

ria se manifiesta desde el siglo XX, no solamente por medio de su recuperación demográfica, sino también por su voluntad proclamada de reconstruir su Estado y su sociedad, desarticuladas por el imperialismo de los cuatro siglos precedentes.

He propuesto, pues, una lectura del siglo XX como la del despliegue de la primera oleada de luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos (*Por la Quinta Internacional*, pp. 17-42), cuyas tesis centrales me limito a recordar aquí.

### *Bandung y la primera mundialización de las luchas (1955-1980)*

Los gobiernos y los pueblos de Asia y de África proclamaban en Bandung, en 1955, su voluntad de reconstruir el sistema mundial sobre la base del reconocimiento de los derechos de las naciones hasta entonces dominadas. Este “derecho al desarrollo” constituía el fundamento de la mundialización de la época, puesta en práctica en un marco multipolar negociado, impuesto al imperialismo, que se veía obligado a ajustarse a estas nuevas exigencias.

Los progresos de la industrialización iniciados durante la era de Bandung no proceden de la lógica del despliegue imperialista sino que han sido impuestas por las victorias de los pueblos del Sur. Sin duda estos progresos han alimentado la ilusión de una “recuperación” que parecía en curso de realización, cuando en realidad el imperialismo, obligado a adaptarse a las exigencias del desarrollo de las periferias, se recomponía en torno a nuevas formas de dominación. El viejo contraste países capitalistas/países dominados, que era sinónimo del contraste países industrializados/países no industrializados, cedía poco a poco el lugar a un nuevo contraste basado en la centralización de las ventajas asociadas a los “cinco nuevos monopolios de los centros imperialistas” (el control de las nuevas tecnologías, de los recursos naturales, del sistema financiero global, de las comunicaciones y de las armas de destrucción masiva).

### *Largo ocaso del capitalismo y larga transición al socialismo mundial*

¿Será el largo ocaso del capitalismo sinónimo de una larga transición positiva al socialismo? Para ello sería necesario que el siglo XXI fuese una prolongación del siglo XX y que radicalizase sus objetivos de transformación social. Lo que es perfectamente posible pero en unas condiciones que deben ser precisadas. A falta de ello, el largo ocaso del capitalismo se traducirá en una degradación continua de la civilización humana. Remito en este punto a un texto que escribí hace más de veinticinco años titulado “¿Revolución o decadencia?” (*Classe et Nation*, Minuit 1979, pp. 238-245).

El ocaso no es tampoco un proceso continuo, lineal. No excluye momentos de “recuperación”, de contraofensiva del capital, análogos a su modo a la contraofensiva de las clases dirigentes del Antiguo Régimen en vísperas de la Revolución Francesa.

El momento actual es de esta naturaleza. El siglo XX constituye un primer capítulo del largo aprendizaje por los pueblos de la superación del capitalismo y de la invención de nuevas formas socialistas de vida, para retomar la contundente expresión de Domenico Losurdo (*Fuir l'Histoire*, Delga 2007). Igual que él, yo no analizo su desarrollo en los términos del “fracaso” (del socialismo, de la independencia nacional) como trata de hacer la propaganda reaccionaria que hoy tiene el viento en popa. Al contrario, son los éxitos y no los fracasos de esta primera ola de experiencias socialistas y nacionales populares los que están en el origen de los problemas del mundo contemporáneo. Yo había analizado los proyectos de esta primera ola en los términos de las tres familias de avances sociales y políticos que han representado el “Welfare State” del Occidente imperialista (el compromiso histórico capital-trabajo de la época), los socialismos realmente existentes, soviético y maoísta, y los sistemas nacionales populares de la era de Bandung. Los había analizado en los términos de su complementariedad y de su conflictualidad en el plano mundial (una perspectiva diferente de la de

“guerra fría” y de la bipolaridad propuesta hoy por los defensores del “capitalismo-fin-de-la-historia” que ponía el acento en el carácter multipolar de la mundialización del siglo XX). El análisis de las contradicciones sociales propias de cada uno de estos sistemas, de los tanteos característicos de estos primeros avances, explica su debilitamiento y finalmente su derrota y no su fracaso (Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil*. Ed. El Viejo Topo, pp. 11-19).

Es pues este debilitamiento el que ha creado las condiciones favorables a la contraofensiva del capital en curso: una nueva “transición peligrosa” de las liberaciones del siglo XX a las del siglo XXI. Es preciso pues abordar ahora la cuestión de la naturaleza de este momento “bajo” que separa los dos siglos e identificar los nuevos desafíos que representa para los pueblos.

### *La contraofensiva del capital en declive*

El contraste centros/periferias ya no es sinónimo de países industrializados/países no industrializados. La polarización centros/periferias, que da a la expansión del capitalismo mundial su carácter imperialista, prosigue y se profundiza incluso por medio de los “cinco nuevos monopolios” de que se benefician los centros imperialistas (evocados más arriba). En estas condiciones, la continuación de los proyectos de desarrollo acelerado de las periferias emergentes, puesta en práctica con un éxito inmediato indiscutible (en China en particular, pero igualmente en otros países del Sur), no suprime la dominación imperialista. Este despliegue participa de la instauración del nuevo contraste centros/periferias, no de su superación.

El imperialismo ya no se conjuga en plural como en las fases anteriores de su despliegue; ahora es el “imperialismo colectivo” de la “tríada” (Estados Unidos, Europa, Japón). En este sentido, los intereses comunes que comparten los oligopolios que tienen su base de origen en

la tríada prevalecen sobre los conflictos de intereses (“mercantiles”) que pueden oponérseles. Este carácter colectivo del imperialismo se expresa a través de la gestión del sistema mundial por los instrumentos comunes de la tríada; en el plano económico, la OMC (el ministerio de las Colonias de la tríada), el FMI (la Agencia monetaria colonial colectiva), el Banco Mundial (el ministerio de la Propaganda), la OCDE y la Unión Europea (formada para impedir que Europa saliera del liberalismo); en el plano político, el G7/G8, las fuerzas armadas de Estados Unidos y su instrumento subalterno que representa la OTAN (la marginación/domesticación de la ONU completa el panorama). El despliegue del proyecto hegemónico de los Estados Unidos puesto en práctica a través de un programa de control militar del planeta (que implica, entre otras cosas, la abrogación del derecho internacional y el derecho que Washington se ha otorgado de llevar a cabo “guerras preventivas” a su elección) se articula sobre el imperialismo colectivo y da al jefe de filas americano la forma de sobrecompensar sus deficiencias económicas.

*En contrapunto: los objetivos y los medios de una estrategia de construcción de la convergencia en la diversidad*

Los pueblos de los tres continentes (Asia, África, América Latina) se ven hoy confrontados al proyecto de expansión del sistema imperialista neoliberal mundializado, que no es más que la construcción del “apartheid a escala mundial”. El nuevo orden imperialista vigente será cuestionado. ¿Quién podrá cuestionarlo? ¿Y quién producirá este cuestionamiento?

No repetiré aquí las grandes líneas de las propuestas que ya he desarrollado en otro lugar (*Du capitalisme à la civilisation*, p. 168 y ss.).

Sin duda, la imagen de la realidad dominante no permite imaginar un cuestionamiento inmediato de este orden. Las clases dirigentes de

los países del Sur, deshechas, han aceptado mayoritariamente inscribirse en su rol de *compradore* subalternos<sup>1</sup>; los pueblos desamparados, implicados en la lucha por la supervivencia cotidiana, parecen a menudo aceptar su suerte o incluso —todavía peor— alimentarse de las nuevas ilusiones con las que los colman esas mismas clases dirigentes.

Las clases dirigentes de determinados países del Sur han optado visiblemente por una estrategia que no es ni la de la sumisión pasiva a las fuerzas dominantes en el sistema mundial, ni la de la oposición declarada a estas: una estrategia de intervenciones activas sobre las que fundan sus esperanzas de acelerar el desarrollo de su país. China, por la solidez de la construcción nacional que su revolución y el maoísmo han producido, por la decisión de conservar el control de su moneda y de los flujos de capitales, por su rechazo a cuestionar la propiedad colectiva del suelo (principal logro revolucionario de los campesinos) estaba mejor equipada que otros países para tomar esta opción y extraer de ella unos resultados indiscutiblemente brillantes. ¿Puede proseguirse esta experiencia? ¿Y cuáles son sus límites posibles? El análisis de las contradicciones que presenta esta opción me ha llevado a la conclusión de que el proyecto de un capitalismo nacional capaz de imponerse en plan de igualdad al de las principales potencias del sistema mundial se alimenta en buena medida de ilusiones. Las condiciones objetivas heredadas de la historia no permiten la puesta en práctica de un compromiso social histórico capital/trabajo/campesinado que garantice la estabilidad del sistema y que, por ello, no puede más que derivar, en última instancia, hacia la derecha (y verse entonces confrontado a unos movimientos sociales cada vez mayores de las clases populares) o evolucionar hacia la izquierda construyendo el “socialismo de mercado”

1. La palabra *compradore* designa a esa parte de la burguesía de los países colonizados, semicolonizados o dependientes, que actúa como intermediaria de los Estados Imperialistas, colaborando con ellos en tanto obtienen beneficios (*N. del t.*).



como una etapa de la larga transición al socialismo. Los problemas del Vietnam son de la misma naturaleza. Las opciones aparentemente análogas hechas por las clases dirigentes de otros países llamados “emergentes” son aún más frágiles. Ni el Brasil ni la India –porque no han hecho una revolución radical como China– son capaces de resistir con tanta fuerza a las presiones conjugadas del imperialismo y de las clases locales reaccionarias.

Sin embargo, las sociedades del Sur –por lo menos algunas de ellas– están hoy equipadas con los medios que les permitirían reducir a nada a los “monopolios” de los centros imperialistas. Estas sociedades son capaces de desarrollarse por sí mismas sin caer en la dependencia. Disponen de un potencial de control tecnológico que les permitiría utilizarlo por sí mismas. Pueden obligar al Norte, recuperando el uso de sus recursos naturales, a adaptarse a un modo de consumo menos nefasto. Pueden salir de la mundialización financiera. Ya están cuestionando el monopolio de las armas de destrucción masiva que Estados Unidos quiere reservarse. Pueden desarrollar intercambios Sur-Sur –de mercancías, de servicios, de capitales, de tecnologías– que eran inimaginables en 1955, cuando todos estos países carecían de industrias y de capacidad tecnológica. Hoy más que nunca, la desconexión está en el orden del día de lo posible.

¿Lo harán estas sociedades? ¿Y quién lo hará? ¿Las clases dirigentes burguesas? Lo dudo mucho. ¿Las clases populares llegadas al poder? Probablemente, en un primer momento, unos regímenes de transición de naturaleza nacional/popular.

#### **4. Por una renovación socialista en el siglo XXI: el conflicto capitalismo/socialismo y el conflicto Norte/Sur son indisociables**

El conflicto Norte/Sur (centros/periferias) es un dato primario en toda la historia del despliegue capitalista. Es por ello que la lucha de los pue-

blos del Sur por su liberación –victoriosa en su tendencia general– se articula con el cuestionamiento del capitalismo. Esta conjunción es inevitable. Los conflictos capitalismo/socialismo y Norte/Sur son indisociables. No hay socialismo concebible fuera del universalismo que implica la igualdad de los pueblos. También aquí remitiré al lector a las propuestas que he desarrollado en *Del capitalismo a la civilización*.

Siendo el capitalismo un sistema mundial y no la simple yuxtaposición de sistemas capitalistas nacionales, las luchas políticas y sociales, para ser eficaces, tenían que llevarse a cabo simultáneamente en el ámbito nacional (que sigue siendo decisivo porque los conflictos, las alianzas y los compromisos sociales y políticos se producen en este ámbito) y en el ámbito mundial. Este punto de vista –banal, en mi opinión– es al parecer el que tenían Marx y los marxismos históricos (“Proletarios de todos los países, uníos”), o, en la versión maoísta más completa: “Proletarios de todos los países, pueblos oprimidos, uníos”.

Es imposible dibujar la trayectoria que seguirán estos avances desiguales producidos por las luchas en el Norte y en Sur. Mi impresión es que el Sur pasa actualmente por un momento de crisis, pero que se trata de una crisis de crecimiento, en el sentido de que la prosecución de los objetivos de liberación de sus pueblos es irreversible. Será preciso que los del Norte lo tengan en cuenta, o aún mejor, que apoyen esta perspectiva y la asocien a la construcción del socialismo. Un momento de solidaridad de esta naturaleza se produjo en la época de Bandung: los jóvenes europeos hacían alarde de su “tercermundismo”, sin duda ingenuo pero mucho más simpático que su repliegue actual.

Sin repetir los análisis del capitalismo mundial realmente existente que ya he desarrollado en otra parte, recordaré simplemente sus conclusiones: en mi opinión, la humanidad solamente podrá emprender seriamente la construcción de una alternativa socialista al capitalismo si las cosas cambian también en el Occidente desarrollado. Esto no sig-

nifica de ningún modo que los países de la periferia tengan que esperar este cambio y, hasta que se produzca, contentarse con “adaptarse” a las posibilidades que ofrece la mundialización capitalista. Al contrario, es más probable que, en la medida en que las cosas empiecen a cambiar en las periferias, las sociedades de Occidente se verán obligadas a aceptarlo y a evolucionar a su vez en el sentido requerido por el progreso de la humanidad entera. De no hacerlo, lo peor, es decir, la barbarie y el suicidio de la civilización humana, seguirá siendo lo más probable. Sitúo, por supuesto, los cambios deseables y posibles en los centros y en las periferias del sistema global, en el marco de lo que he denominado “la larga transición”.

En las periferias del capitalismo mundializado —por definición, “la zona de las tormentas” en el sistema imperialista—, una forma de la revolución sigue estando al orden del día. Pero su objetivo es por naturaleza ambiguo e impreciso: ¿liberación nacional del imperialismo (y mantenimiento de muchas o incluso de las más esenciales relaciones sociales propias de la modernidad capitalista), o algo más? Tanto en el caso de las revoluciones radicales de China, Vietnam y Cuba como de las que no lo fueron en otros lugares de Asia, África y América Latina, el desafío seguía siendo el mismo: ¿“ponerse al nivel” y/o “hacer otra cosa”? Este desafío se articulaba a su vez con otra tarea considerada igualmente prioritaria: defender a una Unión Soviética cercada. La Unión Soviética primero, y más tarde China, se vieron confrontadas a unas estrategias de aislamiento sistemático desplegadas por el capitalismo dominante y por las potencias occidentales. Se comprende entonces que, no estando la revolución con carácter inmediato en el orden del día en otras partes, se diese generalmente la prioridad a la salvaguardia de los Estados post-revolucionarios. Las estrategias políticas puestas en práctica en la Unión Soviética de Lenin y después en la de Stalin y sus sucesores; en la China maoísta y post-maoísta; las desplegadas por los poderes de Estado nacionales populistas en Asia y en África; las pro-

puestas por las vanguardias comunistas (tanto si se situaban en la estela de Moscú o de Pequín como si eran independientes) se definían en relación a la cuestión central de la defensa de los Estados post-revolucionarios.

La Unión Soviética y China han conocido a la vez las vicisitudes de las grandes revoluciones y se han visto confrontadas con las consecuencias de la expansión desigual del capitalismo mundial. Una y otra han sacrificado progresivamente los objetivos comunistas originales a las exigencias inmediatas de la recuperación económica. Este desplazamiento, el abandono del objetivo de la propiedad social por el que se definía el comunismo de Marx y su sustitución por la gestión estatal acompañada por la decadencia de la democracia popular, aplastada por la dictadura brutal (y en ocasiones sanguinaria) del poder post-revolucionario, preparaba la aceleración de la evolución hacia la restauración del capitalismo. En esas dos experiencias se dio prioridad a la “defensa del Estado post-revolucionario”, y los medios internos desplegados con este fin fueron acompañados de unas estrategias exteriores que priorizaban esta defensa. Los partidos comunistas fueron entonces invitados a alinearse con estas posiciones, no solamente en su dirección estratégica general, sino también en sus ajustes tácticos del día a día. Esto no podía sino producir un rápido empobrecimiento del pensamiento crítico de los revolucionarios cuyo discurso abstracto sobre la “revolución” (siempre “inminente”) les alejaba del análisis de las contradicciones reales de la sociedad, y que era sostenido contra viento y marea por el mantenimiento de unas formas de organización casi militares.

Las vanguardias que rechazaban el alineamiento, y que en ocasiones se atrevían a mirar de frente la realidad de las sociedades post-revolucionarias, no renunciaron sin embargo a la hipótesis leninista de origen (la “revolución inminente”), sin tener en cuenta que esta era desmentida cada vez más visiblemente por los hechos. Lo mismo puede decirse del trotskismo y de los partidos de la IV Internacional. Y de un buen

número de organizaciones revolucionarias activistas inspiradas a veces por el maoísmo o por el guevarismo. Los ejemplos son numerosos, desde las Filipinas a la India (los naxalitas), desde el mundo árabe (con los nacionalistas/comunistas árabes –los “qawmiyin”– y sus émulos del Yemen del Sur) a la América Latina (guevarismo).

Los grandes movimientos de liberación nacional, en Asia y en África, que entraron en conflicto abierto con el orden imperialista, toparon, igual que aquellos que han hecho revoluciones en nombre del socialismo, con las exigencias conflictivas de la “recuperación” (la “construcción nacional”) y de la transformación de las relaciones sociales en favor de las clases populares. En este segundo plano, los regímenes post-revolucionarios (o simplemente post-independencia reconquistada) han sido ciertamente menos radicales que los poderes comunistas, razón por la cual yo califico a los regímenes en cuestión, en Asia y en África, de “nacional-populistas”. Estos regímenes se han inspirado a veces, por otra parte, en formas de organización (partido único, dictadura no democrática del poder, gestión estatal de la economía) puestas en práctica en las experiencias del “socialismo realmente existente”. Generalmente han diluido la eficacia de las mismas por culpa de la ambigüedad de sus opciones ideológicas y por los compromisos con el pasado que aceptaron.

En estas condiciones, los regímenes vigentes, como las vanguardias críticas (el comunismo histórico en los países en cuestión), fueron invitados a su vez a apoyar a la Unión Soviética (y más raramente a China) y a beneficiarse de este apoyo. La constitución de este frente común contra la agresión imperialista de los Estados Unidos y de sus socios europeos y japoneses ha sido ciertamente benéfica para los pueblos de Asia y de África. Este frente anti-imperialista abría un margen de autonomía a la vez para las iniciativas de las clases dirigentes de los países implicados y para la acción de sus clases populares. La prueba la proporciona lo que sucedió a continuación, después del hundimiento soviético.

## 5. Las oligarquías plutocráticas y el fin de la civilización burguesa

La lógica de la acumulación es la de la concentración y de la centralización crecientes del capital. El capitalismo contemporáneo es un capitalismo dominado por una oligarquía plutocrática sin antecedentes en las fases anteriores de la historia, sobre la cual he llamado la atención (ref. "¿Economía de mercado o capitalismo de los oligopolios?", en S.Amin, *Del capitalismo a la civilización*, pp.125 y ss.; "La plutocracia, nueva clase dirigente del capitalismo senil", en *Por la Quinta Internacional*, pp. 75 y ss.).

La oligarquía no es un fenómeno "ruso", como quieren hacernos creer. El poder económico y político supremo en Estados Unidos, en Europa y en el Japón está igualmente monopolizado por una oligarquía financiera, en el sentido de que solamente ella tiene acceso a los mercados financieros y por ello controla al conjunto del sistema productivo.

### *Los especuladores, la nueva clase dominante en las periferias*

El contraste centros/periferias no es nuevo; ha acompañado a la expansión capitalista mundializada desde sus orígenes, hace cinco siglos. Debido a ello, las clases dirigentes locales de los países del capitalismo periférico, ya se trate de países independientes o de colonias, han sido siempre clases dirigentes subalternizadas y sin embargo aliadas por los beneficios que obtenían de su inserción en el capitalismo mundializado.

La diversidad de estas clases, en gran parte salidas de las que dominaban sus sociedades antes de su sumisión al capitalismo/imperialismo es considerable. Sus transformaciones, por el hecho de esta integración/sumisión no son menos considerables: antiguos amos políticos convertidos en grandes terratenientes, antiguas aristocracias de Estado modernizadas, etc. La reconquista de la independencia ha comportado a menudo la sustitución de estas clases subordinadas antiguas (colabo-

radoras) por nuevas clases dirigentes —burocracias, burguesías de Estado—, más legítimas a los ojos de sus pueblos (al principio) debido a su asociación a los movimientos de liberación nacional.

Pero también aquí, en esas periferias dominadas por el imperialismo antiguo (las formas anteriores a 1950) o por el imperialismo nuevo (el del período de Bandung hasta 1980 aproximadamente), las clases dirigentes locales se beneficiaban de una estabilidad relativa visible. Las generaciones sucesivas de aristócratas y de nuevos burgueses, durante mucho tiempo, y después la nueva generación surgida de las fuerzas políticas que dirigieron los procesos de liberación nacional, se adherían a unos sistemas de valores morales y nacionales. Los hombres (y más raramente las mujeres) que eran sus representantes gozaban de diversos grados de legitimidad.

Las alteraciones provocadas por el capitalismo de los oligopolios del nuevo centro imperialista colectivo (la tríada Estados Unidos, Europa, Japón) han arrancado de cuajo los poderes de todas estas antiguas clases dirigentes de las periferias para sustituirlas por los de una nueva clase que yo calificaría de *affairistes* o especuladores, un término que por otra parte circula espontáneamente en muchos de los países del Sur. El *affairiste* en cuestión es un “hombre de negocios especulador”, no un empresario creativo. Obtiene su riqueza gracias a las relaciones que mantiene con el poder vigente y con los amos extranjeros del sistema, ya se trate de representantes de los Estados imperialistas (de la CIA en particular) o de los oligopolios. Opera como un intermediario muy bien remunerado que se beneficia de una verdadera renta política de la que saca lo esencial de la riqueza que acumula. El *affairiste* ya no se adhiere a un sistema de valores morales y nacionales cualquiera. A modo de caricatura de su *alter ego* de los centros dominantes, no conoce otros valores que el “éxito”, el dinero, la codicia que se perfila detrás de un supuesto elogio del individuo. También en este caso, los comportamientos mafiosos, incluso criminales, no quedan nunca muy lejos.

Es cierto que los fenómenos de este tipo no son en absoluto nuevos. La naturaleza misma de la dominación imperialista y de la sumisión de las clases dirigentes locales a ésta fomentaba la emergencia de ese tipo de hombre de poder. Pero lo que es ciertamente nuevo es que el género en cuestión ocupa hoy la casi integridad de la escena del poder y la riqueza. Son los “amigos”, los únicos amigos de la plutocracia dominante a escala mundial. Su fragilidad se debe al hecho de que no tienen legitimidad alguna a los ojos de sus pueblos, ni la que les conferiría la “tradicición”, ni la que les daría su participación en la liberación nacional.

### *El capitalismo senil y el fin de la civilización burguesa*

Las características de las nuevas clases dominantes aquí descritas no tienen la naturaleza de unos fenómenos coyunturales pasajeros. Corresponden rigurosamente a las exigencias de funcionamiento del capitalismo contemporáneo.

La civilización burguesa —como toda civilización— no se reduce a la lógica de la reproducción de su sistema económico. Tenía también un aspecto ideológico y moral: el elogio de la iniciativa individual, por supuesto, pero también la honestidad y el respeto al derecho, incluso la solidaridad con el pueblo expresada al menos a nivel nacional. Ese sistema de valores aseguraba una cierta estabilidad a la reproducción social en su conjunto, impregnaba al mundo de los representantes políticos a su servicio.

Ese sistema de valores está en vías de desaparición. Para dejar sitio a un sistema sin valores. Muchos fenómenos visibles atestiguan esta transformación: un presidente de Estados Unidos criminal, payasos al frente de Estados europeos, autócratas sin envergadura en muchos países del Sur que no son “déspotas ilustrados” sino déspotas a secas, ambiciosos oscurantistas (los talibanes, las “sectas” cristianas y otras, los



esclavistas budistas). Todos son admiradores sin reservas del “modelo americano”. La incultura y la vulgaridad caracterizan a una mayoría cada vez mayor de ese mundo de los “dominantes”.

Una evolución dramática de esta naturaleza anuncia el fin de una civilización. Reproduce lo que ya hemos visto manifestarse en la Historia en las épocas de decadencia. Un “mundo nuevo” está en vías de construcción. Pero no es ese mundo (mejor) que invocan muchos de los movimientos sociales ingenuos que ciertamente miden la amplitud de los daños pero que no comprenden las causas de los mismos. Un mundo mucho peor que aquel a través del cual se impuso la civilización burguesa.

Por todas estas razones, considero que el capitalismo contemporáneo de los oligopolios ha de ser calificado a partir de ahora de senil, sean cuales sean sus éxitos inmediatos aparentes, pues se trata de éxitos que hunden sus raíces en la vía de una nueva barbarie. (Remito al lector a mi artículo “¿Revolución o decadencia?”, escrito hace casi treinta años).

## **6. La fragilidad de la mundialización capitalista**

El capitalismo se definió por una inversión de las relaciones de dominancia entre la instancia política y la económica. Esta inversión está relacionada con la nueva alienación mercantil y con la opacificación de la producción social y de la extracción del excedente que la acompañan (Marx).

Esta invención ha producido efectos positivos, indiscutibles para mí, y por tanto irreversibles. Entre otros: (I) la liberación del espíritu de empresa económico y la aceleración prodigiosa por su rapidez del desarrollo de las fuerzas productivas; (II) la reunión de las condiciones que permitieron la emergencia de las ciencias sociales (así, pues, de la cien-

cia económica) cuyas formulaciones se emancipan de la moral para sustituirla por la búsqueda de causalidades objetivas; (III) la emergencia de la modernidad, formulada en los términos de la emancipación del género humano, capaz de construir su historia y, con esta, la reunión de las condiciones de la democracia moderna.

El capitalismo es el primer sistema que podía llegar a ser verdaderamente mundial. La razón de ello es que el poder que permitía desarrollar, sin posible comparación con el de las sociedades anteriores más avanzadas, ponía en el orden del día su conquista del planeta entero. Este poder, visible ya durante los siglos de la tradición mercantilista (1500-1800), se afirma sin más límites a partir de la revolución industrial. Contrariamente a la visión ingenua de los economistas, la mundialización capitalista ha implicado la intervención política (y militar) de las nuevas potencias imperialistas. Es a través de estas relaciones políticas desiguales que los “mercados” han sido abiertos y conquistados, y las estructuras económicas de las periferias, desde ahora dominadas, “ajustadas” a las exigencias de esta forma de expansión. La nueva polarización, de una amplitud sin precedentes en la historia de la humanidad, se ha instaurado por medios políticos y no por la competencia victoriosa de las industrias de los centros dominantes. Pero una vez instaurada, la revolución podía reproducirse y profundizarse por la sola virtud de la competencia económica abierta convertida en desigual. Debido a ello, los países de la periferia podían reconquistar su independencia política sin que ello pusiera un final automático a su estatus de dominados.

La polarización es inmanente al capitalismo histórico. Capitalismo e imperialismo son indisolubles. Esta forma, imperialista por naturaleza, de la expansión mundial de este sistema histórico, ha demostrado que no era ni aceptable ni aceptada por la mayoría de la humanidad—sus víctimas— y que por ello es considerablemente más frágil de lo que piensan los economistas, entre otros. El desarrollo de la crisis en curso lo demostrará ciertamente.

El estatus de país dominado no ha sido jamás aceptado por los pueblos afectados, más allá de las nuevas clases *compradore* beneficiarias de la mundialización capitalista/imperialista. En el transcurso del siglo XX, este rechazo se traduce mediante revoluciones conducidas bajo la bandera del socialismo o de las luchas de liberación nacional, unas y otras victoriosas, que han impuesto a las potencias imperialistas, que tienen la obligación de ajustarse a estas transformaciones sin precedentes.

La contraofensiva del capitalismo/imperialismo que se despliega desde hace unos treinta años se ha hecho posible por el agotamiento de las formas alternativas producidas por los socialismos y los nacionalismos históricos del siglo XX. Esta contraofensiva se envuelve en el discurso de la “mundialización”. Pero, de hecho, no puede alcanzar sus objetivos sin embarcarse en una nueva guerra permanente de reconquista. El proyecto de la mundialización contemporánea es indisociable de la implicación militar permanente de las potencias dominantes, la nueva tríada del imperialismo colectivo.

Salir de la mundialización capitalista (lo que yo llamo la desconexión) es la condición primera para salir del estatus de país capitalista periférico (en términos vulgares, salir del “subdesarrollo”, de la “pobreza”). Salir de la mundialización capitalista/imperialista y salir del capitalismo son dos cosas indisociables. Esta ecuación es problemática; es pues indispensable saber cómo ha sido, o no ha sido, tomada en cuenta.

El pensamiento dominante, eurocéntrico por esencia, es impermeable a los argumentos desarrollados en las tesis que se han expresado aquí. Para este pensamiento, el “modelo occidental” no tiene alternativa, debe —y puede— ser imitado por los otros. Que el capitalismo/imperialismo haya hecho imposible este desarrollo por imitación supera las capacidades de su entendimiento.

El pensamiento de Marx no es eurocéntrico por naturaleza. Marx inaugura el único modo de pensamiento moderno que es capaz de salir

de los prejuicios y del corsé del eurocentrismo. Pero las escuelas del marxismo histórico han sido víctimas de los límites de este. La deriva a partir de Marx se ha traducido por el alineamiento del movimiento obrero y socialista europeo en una visión lineal de la historia que no era la de Marx. En esta perspectiva, la “revolución socialista” solamente podía estar al orden del día en los países ya convertidos en plenamente capitalistas a imagen y semejanza de los países de los centros industriales desarrollados. En todos los demás lugares, el paso obligado por un desarrollo capitalista abierto por una “revolución burguesa” era declarado ineludible. El marxismo histórico ha ignorado en buena medida las consecuencias de la polarización inmanente al capitalismo mundializado histórico y por tanto la verdadera naturaleza del desafío.

La polarización ha retrasado la maduración necesaria de la conciencia socialista en los centros cuyos pueblos conocen los beneficios que obtienen de la posición dominante de sus naciones. En las periferias ha hecho imposible la construcción de nuevos capitalismo nacionales a imagen y semejanza de los capitalismo de los centros dominantes y, con ello, ha cerrado el camino a la revolución burguesa. Ha situado la alternativa de la revolución popular ante un doble desafío: el de acelerar el desarrollo de las fuerzas productivas y el de construir simultáneamente unas relaciones sociales que transgredan el capitalismo. Ha puesto, pues, al orden del día unas perspectivas y unas estrategias de la transición del capitalismo mundial al socialismo mundial diferentes de las imaginadas por los socialismos y los marxismos históricos; ha creado unas condiciones nuevas e imprevistas para la construcción del internacionalismo de los pueblos.

*¿Es posible la lucidez en la acción de transformación de las sociedades?*

La modernidad de la Ilustración, al proclamar al Hombre autor de su

historia, inauguró un nuevo capítulo de la Historia que implica la posibilidad de la lucidez.

Lucidez y alienación constituyen los dos polos de la misma contradicción dialéctica. La lucidez se define por el conocimiento de la necesidad y por el poder de actuar libremente y de transformar la realidad a partir de este conocimiento. La lucidez implica la emergencia de una ciencia social que, precisamente, permite este conocimiento de las necesidades objetivas. En contrapunto, la alienación se define por la sumisión de los actores humanos a unas fuerzas vividas como exteriores –sobrenaturales–, aunque sean de hecho el producto del pensamiento y de la acción humanas que configuran la realidad social.

La lucidez, ausente en todas las sociedades premodernas, europeas y otras, da cuenta del hecho de que el paso de un estadio de la evolución social a otro no es concebido y llevado a cabo por una fuerza social que desarrolla el proyecto (un proyecto que puede entonces calificarse de revolucionario), sino que se impone por sí mismo a través de evoluciones caóticas y, debido a ello, asociadas a lo que podemos calificar de momentos de decadencia (del antiguo régimen en decadencia). El paso de la sociedad esclavista del Imperio Romano al feudalismo de la Europa medieval es un buen ejemplo de este modo de transformación privado de lucidez. Ausencia de lucidez no es sinónimo de ausencia de inteligencia. Nuestros ancestros no eran menos inteligentes que nosotros, solamente estaban menos equipados que nosotros para controlar la transformación necesaria, aún cuando este control habría sido relativo. Los actores despliegan tácticas de acciones inteligentes. Pero no saben adónde les conducirán sus opciones, no se plantean la cuestión de lo que producirán realmente estas.

Con la modernidad y la emergencia de la lucidez, los modos de transformación de la sociedad sufren una revolución copernicana. La Ilustración formula por primera vez un proyecto de transformación holístico y coherente. Se trata del proyecto de instaurar el capitalismo

sobre los escombros del Antiguo Régimen, de una sociedad nueva basada en la Razón, condición ella misma de la Emancipación. El proyecto, que definirá lo esencial de lo que se convertirá en la ideología burguesa, está a su vez fundado en la separación de las reglas propuestas para la gestión de la vida económica (que ha de ser dirigida por el principio de la nueva propiedad privada y de la libertad de empresa y contractualidad) y el modelo de gestión de la vida política (dirigida desde ese momento por lo que se convertirá gradualmente en la democracia: el respeto a la diversidad de opiniones, la desacralización del poder, la formulación de los derechos del hombre y del ciudadano). Las dos vertientes del proyecto están legitimadas en los términos de la Razón.

El proyecto lúcido de la modernidad capitalista a construir se ha definido él mismo como el de la instauración de una Razón transhistórica y definitiva: el fin de la historia, continuación de una prehistoria no razonable. Auguste Comte expresará a su vez esta misma visión definitiva que resume lo esencial de la ideología de la modernidad burguesa. Pero las víctimas del nuevo sistema del capitalismo triunfante —las clases obreras— eran llevadas a inscribir su proyecto de transformación de la realidad en una perspectiva completamente diferente, la de la superación del capitalismo y la construcción socialista. Ponían de relieve de este modo el carácter relativo de la lucidez burguesa. Desde las formulaciones idealistas de los socialismos utópicos hasta la iniciada por Marx —el materialismo histórico—, la progresión del recurso al reconocimiento de la necesidad para fundar sobre ella el proyecto de transformación es indiscutiblemente visible. Asociar la democratización de la sociedad en todas las dimensiones de su gestión económica y política, asociar esta al progreso social y humano, rechazar definitivamente la disociación asociada a la formulación burguesa de la Ilustración, desvelar la alienación mercantil propia de esta formulación, y dar con ello a la asociación Razón/Emancipación un nuevo alcance, representan los

avances del proyecto de comunismo iniciado por Marx. Que esta perspectiva, que situaba a su vez al capitalismo en la prehistoria, fuese a veces invitada a imaginar el porvenir comunista como el auténtico final de ésta, es otra historia.

Pero la verdad es que la lucidez, por relativa que fuese, permitía la invención de la vía revolucionaria como medio de transformación de la sociedad, sustituyendo la vía de la decadencia del antiguo régimen y de la cristalización del nuevo a través de un caos no controlado.

La vía revolucionaria ha sido de hecho aquella por medio de la cual se ha impuesto el capitalismo, primero en las revoluciones precoces de los Países Bajos y de Inglaterra, después en parte por la guerra de independencia de las colonias inglesas de América del Norte, y finalmente y sobre todo, en la Revolución francesa. A su vez, la vía revolucionaria se ha impuesto como modo de transformación lúcido propuesto para abrir la vía a la construcción socialista/comunista. La “revolución” en cuestión ha sido concebida a menudo como el gran momento que permite dar, de una vez por todas, la respuesta racional/emancipadora a las contradicciones de la realidad dejada atrás (el Antiguo Régimen para los revolucionarios burgueses, el capitalismo para los movimientos obreros y socialistas). No está prohibido relativizar el alcance de estos imaginarios y sustituir el concepto de “la revolución” (en singular) por el de “avances revolucionarios” (en plural) con formas diversas según las coyunturas pero siempre accionadas por una expresión de los objetivos y de los medios que ambiciona la lucidez.

El mundo actual se caracteriza por una invitación apremiante a abandonar lo que se califica entonces de “la ilusión de la lucidez”. La razón de ello es sin duda que la primera ola de puesta en práctica de proyectos de construcción socialista agotó sus capacidades de transformar con éxito a las sociedades implicadas. La lucidez, siempre relativa (cosa que el vértigo del éxito hace olvidar en un primer momento), es puesta en cuestión en el principio mismo de su existencia posible. Sin

embargo, las razones del agotamiento de la primera ola de proyectos socialistas tendrían que parecer hoy —con la perspectiva que proporciona el paso del tiempo— aplastantes: el marxismo histórico en el que se inspiraban estos proyectos había subestimado —es lo menos que puede decirse— el carácter polarizador del capitalismo mundializado histórico. La segunda ola —a construir y por venir— tendrá que extraer las lecciones de ello. La historia de la formación del propio capitalismo se ilustra por otra parte en una sucesión de las olas que han hecho posible su emergencia finalmente victoriosa: la ola mediterránea de las ciudades italianas, que fracasa, es en tres siglos anterior a la del mercantilismo atlántico que preparará el éxito de la forma definitiva del capitalismo/imperialismo europeo y asegurará su conquista del mundo.

Renunciar al principio de la voluntad de lucidez no es abrir nuevas avenidas hacia el futuro, sino cerrarlas por un retorno al oscurantismo de las épocas premodernas. Este oscurantismo ocupa el primer plano de la escena en el momento actual bajo, entre el agotamiento de la primera ola de avances socialistas y la emergencia de una segunda ola necesaria y posible. Se manifiesta de diversas formas, *hard* o *soft*. Las versiones *hard* se manifiestan con el retorno a la esperanza apocalíptica cuya expresión extrema y caricaturesca halla su formulación en el discurso de las “sectas”, pero cuyos estragos no son menos visibles cuando se pone la careta de los fundamentalismos supuestamente religiosos o étnicos. No se trata aquí de un retorno de la “espiritualidad” negada por el materialismo grosero del consumerismo de la modernidad capitalista, sino, más banalmente, de la manifestación de la impotencia de los pueblos confrontados a los desafíos del capitalismo envejecido. La versión *soft* se contenta con la renuncia al pensamiento de un proyecto global coherente, por ello necesariamente político y preocupado por plantear la cuestión del poder, para sustituirla por la maravillosa creencia de que los “individuos” pueden cambiar el mundo con el simple milagro de sus comportamientos inmediatos. Desde los movi-



mientos supuestamente autonomistas a las filosofías —a lo Negri— de los “bobos”<sup>2</sup> de nuestra época, este modo *soft* de renuncia oscurantista a la lucidez, y por ello mismo ocasión de borrado de la realidad de los poderes vigentes (los oligopolios, las intervenciones militares, etc.), tiene el viento en popa porque su discurso es el objeto de la mediatización triunfante.

La exigencia de lucidez —por relativa que sea, como siempre— es ineludible. Su abandono, sinónimo de repliegue oscurantista, no puede producir más que el horror de una transición no controlada en dirección a “otro mundo” aún más bárbaro que el de nuestro capitalismo senil mundializado.

La lucidez implica la adhesión al universalismo, él mismo distinto de la mundialización realmente existente. Los universalismos religiosos de los tiempos antiguos (cristianismo, islam, budismo y otros), si bien han podido acompañar la formación de imperios tributarios, han de ser considerados como perfectamente distintos del universalismo necesario a la vez moderno (el Hombre hace su historia) y socialista (el progreso de la humanidad ha de basarse en la cooperación y la solidaridad y no en la competición).

La renuncia a la lucidez abre la vía a la posibilidad de un retorno al modelo de la transformación por el caos y la decadencia. El capitalismo senil puede, de este modo, inaugurar una nueva era de masacres gigantescas, a la medida de los medios de nuestra época. Rosa Luxemburg definía, hace casi un siglo, la alternativa en los términos de “socialismo o barbarie”. Hoy podría decirse: ¿capitalismo o civilización? ¿Decadencia y caos criminal o lucidez y renacimiento del proyecto socialista?

2. El autor no se refiere, por supuesto, a lo que se entiende habitualmente por “bobo”, sino al movimiento de los BoBos [Bohemian and Bourgeois] (*N. del t.*).

## Referencias:

Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, 2007.

Amiya Bagchi, *Perilous Passage*, Oxford University Press, 2007.

## IV

# Avances revolucionarios seguidos de retrocesos catastróficos

**La conjunción de la agresión exterior del imperialismo  
y de las fuerzas reaccionarias locales**

**Los errores teóricos y las insuficiencias prácticas  
de las fuerzas revolucionarias**

**La cuestión democrática:  
¿qué democracia puede “servir al pueblo”?**

No faltan los ejemplos de avances seguidos de retrocesos dramáticos. Llenan la historia de los siglos XIX y XX. Constituyen la historia de las tres grandes revoluciones del mundo moderno (la francesa, la rusa, la china), de algunas otras (las de Haití y México). Retrocesos posibles de naturaleza análoga se perfilan en otras partes (Cuba, Vietnam). Avances menos espectaculares, pero sin embargo reales, han tejido la historia de los pueblos asiáticos y africanos en la época de Bandung (1955-1980). En todas partes han sido seguidos de retrocesos que han llegado hasta el restablecimiento de poderes *compradore* sometidos a la dictadura imperialista. Por mi parte, yo he calificado estos retrocesos de “drama de las grandes revoluciones”.

## 1. Los avances socialistas del siglo XX: soviétismo y maoísmo

El marxismo de la IIª Internacional, obrerista y eurocéntrica, compartía con la ideología dominante de la época una visión lineal de la historia según la cual todas las sociedades han de pasar primero por una etapa de desarrollo capitalista (cuyos gérmenes plantó la colonización, que en este sentido fue “históricamente positiva”) antes de poder aspirar al socialismo. La idea de que el “desarrollo” de unos (los centros dominantes) y el “subdesarrollo” de otros (las periferias dominadas) eran indisociables como las dos caras de una misma moneda, productos inmanentes uno y otro de la expansión mundial del capitalismo, le era totalmente extraña.

En un primer momento, Lenin toma algunas distancias respecto a la teoría dominante de la IIª Internacional y dirige con éxito la revolución en el “eslabón débil” (Rusia), pero siempre con la convicción de que esta será seguida por una ola de revoluciones socialistas en Europa. Esperanza frustrada; Lenin inicia entonces una visión que da más importancia a la transformación de las rebeliones de Oriente en revoluciones. Pero corresponde al PCCh y a Mao sistematizar esta nueva perspectiva.

La revolución rusa había sido dirigida por un partido bien implantado en la clase obrera y en la *intelligentsia* radical. Su alianza con el campesinado (representado por el Partido Socialista Revolucionario) —con uniformes de soldado— se impuso naturalmente. La reforma agraria radical que resultó de ello hizo por fin realidad el viejo sueño de los campesinos rusos: convertirse en propietarios. Pero este compromiso histórico llevaba consigo los gérmenes de sus límites: el “mercado” tenía que producir por sí mismo, como siempre, una diferenciación cada vez mayor en el seno del campesinado (el fenómeno bien conocido de la “kulakización”).

La revolución china se desplegó desde el origen (o, por lo menos, a partir de los años 1930) sobre otras bases que garantizaban una alianza sólida con el campesinado pobre y medio. Por otra parte, la dimensión nacional —la guerra de resistencia a la agresión japonesa— permitió

igualmente al frente dirigido por los comunistas reclutar a muchos elementos entre las clases burguesas decepcionadas por las debilidades y las traiciones del Kuo Min Tang. Debido a ello la revolución china produjo una situación nueva, diferente a la de la Rusia post-revolucionaria. La revolución campesina radical suprimió la idea misma de propiedad privada del suelo agrario, y la sustituyó por la garantía para todos los campesinos de un acceso igual a este. Hasta hoy mismo, esta ventaja decisiva, que no comparte ningún otro país aparte del Vietnam, constituye el mayor obstáculo a una expansión devastadora del capitalismo agrario. Los debates en curso en China versan en gran parte sobre esta cuestión. Remito a ellos al lector (Cf. S. Amin, *Por un mundo multipolar*, capítulo "China", Ed. El Viejo Topo; S. Amin, *Théorie et pratique du projet chinois de socialisme de marché*, Alternatives Sud, vol. VIII, nº 1, 2001). Pero, por otra parte, la adhesión de numerosos burgueses nacionalistas al Partido comunista tenía que ejercer, por la fuerza de las cosas, una influencia ideológica propicia a sostener las derivas de lo que Mao calificaba de partidarios de la vía capitalista ("capitalist-roaders").

El régimen post-revolucionario en China no tiene solamente en su haber un buen número de realizaciones políticas, culturales, materiales y económicas más que apreciables (la industrialización del país, la radicalización de su cultura política moderna, etc.). La China maoísta resolvió el "problema campesino" en el corazón del drama del ocaso del Imperio del Medio durante dos siglos sucesivos (1750-1950). Remito aquí a mi obra *L'avenir du maoïsme* (1981, p.57). Además, la China maoísta ha conseguido estos resultados evitando las derivas más dramáticas de la Unión Soviética: la colectivización no fue impuesta por medio de la violencia asesina, como fue el caso con el estalinismo; las oposiciones en el seno del Partido no dieron lugar a la instauración del terror (Deng fue apartado, regresó...). El objetivo de una igualdad relativa sin par en lo relativo tanto a la repartición de las rentas entre los campesinos y los obreros como en el seno de estas clases y entre ellas y

las capas dirigentes prosiguió —con altibajos, por supuesto— con tenacidad y formalizado por opciones de estrategia de desarrollo que contrastan con las de la URSS (estas opciones fueron formuladas en los “diez grandes informes” a principios de los años 1960). Son estos éxitos los que explican los éxitos ulteriores del desarrollo de la China post-maoísta a partir de 1980. El contraste con la India, que, precisamente, no hizo la revolución, adquiere aquí toda su significación, no solamente para dar cuenta de los diferentes recorridos durante los decenios 1950 a 1980, sino también para abrir perspectivas de futuro probables (y/o posibles) diversas. Son estos éxitos los que explican que la China post-maoísta, inscribiendo desde entonces su desarrollo en la nueva mundialización capitalista (por la “apertura”) no sufrió choques destructores análogos a los que siguieron al hundimiento de la URSS.

Los éxitos del maoísmo no habían sin embargo arreglado “definitivamente” (de manera “irreversible”) la cuestión de la perspectiva a más largo plazo en beneficio del socialismo. Primero, porque la estrategia del desarrollo de los años 1950-1980 había agotado su potencial, y porque, entre otras cosas, se imponía una apertura (ni que fuese controlada) (Cf. *L'Avenir du maoïsme*, pp. 59-60), que comportaba, como se demostró a continuación, el riesgo de reforzar las tendencias de una evolución en dirección al capitalismo. Y también porque, simultáneamente, el sistema de la China maoísta combinaba las tendencias contradictorias al fortalecimiento de las opciones socialistas y a su debilitamiento. Mao, consciente de esta contradicción, trató de enderezar la situación a favor del socialismo mediante una “Revolución Cultural” (de 1966 a 1974). “Fuego sobre el cuartel general” (el Comité central del Partido), foco de las aspiraciones burguesas de la clase política en los puestos de mando. Mao creyó que, para llevar a cabo esta corrección de curso, podía apoyarse en la “juventud” (lo que, entre otras cosas, sirvió de inspiración al mayo del 68 europeo —véase el film de Godard *La Chinoise*). La secuencia posterior de acontecimientos mostró lo erróneo de este juicio. Una

vez pasada la página de la Revolución Cultural, los partidarios de la vía capitalista se vieron con ánimos de pasar a la ofensiva.

El combate entre la vía socialista, larga y difícil, y la opción capitalista a pie de obra, no ha sido ciertamente “definitivamente superado”. Como en otros lugares del mundo, el conflicto que opone la prosecución del despliegue capitalista a la perspectiva socialista es el verdadero conflicto de civilización de nuestra época. Pero en este combate, el pueblo chino dispone de algunas bazas importantes, que son la herencia de la Revolución y del maoísmo. Estos autores operan en ámbitos diversos de la vida social; se manifiestan con fuerza entre otras cosas por la defensa por parte del campesinado de la propiedad estatal del suelo agrario y la garantía del acceso de todos a este. El maoísmo ha contribuido de una manera decisiva a tomar la medida exacta de lo que está en juego y del desafío que representa la expansión capitalista/imperialista mundializada. Nos ha permitido colocar en el centro del análisis de este desafío el contraste centros/periferias inmanente a la expansión del capitalismo “realmente existente”, imperialista y polarizante por naturaleza, y sacar todas las lecciones en él implícitas para el combate socialista, tanto en los centros dominantes como en las periferias dominadas. Estas conclusiones han sido resumidas en una bonita fórmula “a la china”: “los Estados quieren la independencia, las naciones la liberación, los pueblos la revolución”. Los Estados —es decir, las clases dirigentes (de todos los países del mundo, cuando son algo más que lacayos, correas de transmisión de fuerzas exteriores)— se dedican a ampliar el espacio de movimiento que les permite maniobrar en el sistema mundial (capitalista) y elevarse desde la posición de actores “pasivos” (condenados a sufrir el ajuste unilateral a las exigencias del imperialismo dominante) a la de actores “activos” (que participan en la configuración del orden mundial). Las naciones —es decir, los bloques históricos de clases potencialmente progresistas— quieren la liberación, es decir, el “desarrollo” y la “modernización”. Los pueblos —es decir, las clases populares dominadas y explotadas— aspiran al socialismo.

La fórmula permite comprender el mundo real en toda su complejidad y, por tanto, formular estrategias de acción eficaces. Se sitúa en una perspectiva de larga –muy larga– transición del capitalismo al socialismo mundial y, por ello mismo, rompe con la concepción de la “transición corta” de la IIIª Internacional.

## 2. Flujo y reflujo del proyecto de Bandung (1955-1990)

La segunda mitad del siglo XX ha registrado transformaciones de una amplitud sin precedentes en todas las sociedades del planeta. Pero es en Asia y en África, salidas de la noche colonial, donde estas transformaciones han sido las más profundas, obligadas a cuestionar en grados diversos las lógicas del capitalismo. La página de 1492 se ha girado y la mundialización del porvenir no será la continuación de la inaugurada hace cinco siglos, dominada por el imperialismo occidental.

Sin embargo, el flujo de los avances de la era de Bandung fue sucedido por un tiempo de reflujo. He propuesto análisis de los progresos llevados a cabo y de las razones de los retrocesos históricos, en particular en las experiencias más radicales de los dos continentes, en mi obra reciente *El despertar del Sur*, a la que remito al lector.

Propondré para el debate cuatro casos recientes: Afganistán, Iraq, Sudán y Yemen del Sur. Poco y mal conocidos fuera de la región de los lectores de lenguas árabe y persa. El lector podría completar esta lectura con la de algunos textos suplementarios relativos a Afganistán e Iraq.

Las cuatro sociedades en cuestión son, comparativamente a otras, menos homogéneas desde el punto de vista confesional o étnico. Pero esto no es más que una realidad frecuente en la historia, ya que la homogeneización es a menudo un producto de la modernización. Una realidad que no implica, lejos de ello, “la hostilidad natural” de los componentes del país. Ya se trate de chiítas o de sunitas, de árabes o de



kurdos (Iraq), de pueblos de lengua persa o turca (Afganistán), de musulmanes y de no musulmanes (Sudán) o de súbditos de una fragmentación “feudal” (Yemen del Sur).

Sin embargo, esta heterogeneidad ha sido, al parecer, un factor favorable a la respuesta revolucionaria, porque se ha traducido sobre todo en la debilidad relativa de los poderes locales, antiguos “independientes”, o sometidos –con la modernización– a la protección de las potencias imperialistas. Una debilidad de este poder que se transforma –en los momentos de crisis– en su estallido según las líneas que definen la heterogeneidad en cuestión; mientras que las fuerzas revolucionarias están en situación de sacar provecho de la aspiración general a la unidad del pueblo en lucha contra los poderes vigentes.

Los cuatro países considerados son importantes desde el punto de vista de los intereses globales del imperialismo, que puede difícilmente renunciar a controlarlos: Afganistán, ayer fronterizo con la Unión Soviética y hoy con el Asia Central a la que se quiere levantar contra Rusia; Iraq, cuyo subsuelo contiene algunas de las mejores reservas mundiales de petróleo; el Yemen del Sur, que controla la entrada al mar Rojo (ruta del petróleo); el Sudán, cuyo control comporta el de Egipto (para los británicos ayer), rico en petróleo y uranio (hoy).

En los cuatro países, la sociedad “moderna” minoritaria frente a una masa de apariencia “tradicional” se ha sentido, por este mismo hecho, particularmente atraída por las soluciones radicales, por un proyecto de “modernización por arriba sostenido por abajo”, inscribiendo esta en la perspectiva socialista.

*El éxito de los partidos comunistas en la “minoría” modernizada de la sociedad ha sido notable en este caso*

En Afganistán, una monarquía a la que es posible calificar de “feudal”, gobernaba (apenas) un conjunto de regiones de fronteras imprecisas,

ellas mismas de hecho directamente administradas por sus dueños locales. Su larga tentativa de resistencia a la agresión de Gran Bretaña —preocupada por cortar la ruta del océano Índico a los rusos y después a los soviéticos establecidos en el Turquestán— no le había permitido sin embargo dar al país la homogeneidad y la fuerza capaces de responder al desafío de la transformación social. No tiene nada de sorprendente, pues, que las élites sociales e intelectuales, capaces de tomar la medida de este fracaso, se hayan convencido naturalmente —de un modo unánime o casi— de que el modelo del socialismo (soviético) era el único capaz de darle una respuesta.

En Iraq, la monarquía “sunita” de importación británica solamente podía mantenerse renunciando a su independencia real. El Partido Comunista iraquí estaba entonces en situación de ganarse los corazones de las masas entre los kurdos y los árabes chiítas, de ganarse las mentes de toda la clase educada, en particular evidentemente las de los estudiantes y también de grandes segmentos de las nuevas clases medias urbanas (profesionales, oficiales del ejército). Frente al orden de una monarquía al servicio de los británicos podía oponer la fuerte realidad de la unidad milenaria de Mesopotamia —el país del Tigris y el Éufrates—, una pese a su diversidad.

En el Yemen del Sur, los británicos reforzaron —incluso crearon enteramente cuando lo consideraron necesario— una fragmentación seudofeudal sometida, dividieron los poderes locales aparentes en una multitud de “mashiakhas” (dominios de “cheikhs” o supuestos tales), de sultanatos y emiratos (reducidos a un pueblo y tres aldeas), reservando a la administración colonial directa el puerto de Aden. El movimiento comunista (unificado bajo el nombre de Partido Socialista) no tuvo dificultad alguna en congregar a todos los componentes de la sociedad moderna (trabajadores del puerto, estudiantes, clases medias urbanas) bajo la bandera: “abolición de las estructuras creadas por los británicos, unidad, liberación, socialismo”.

En el Sudán, el Partido Comunista consiguió sacar adelante una conquista excepcional de toda la sociedad moderna del país: los sindicatos obreros (empezando por el de los ferrocarriles) que, pese a ser evidentemente “minoritarios” en la sociedad, representaban una fuerza importante, más que por sí misma, por el papel que desempeñaba para el pueblo entero, por su defensa de los derechos sociales de los trabajadores, y de los derechos democráticos a la organización de las clases populares por sí mismas; los campesinos de las regiones modernizadas por la irrigación, incorporadas al capitalismo de una manera más directa; las organizaciones de mujeres en lucha contra la opresión patriarcal; los jóvenes escolarizados y los estudiantes; las profesiones organizadas en sindicatos por el Partido; e incluso un buen número de oficiales de la armada.

*Los partidos comunistas de estos cuatro países consiguieron avances revolucionarios notables: en Afganistán y en el Yemen conquistaron el poder de Estado, y en Iraq y el Sudán estuvieron a punto de hacerlo*

El Partido Comunista de Afganistán (de hecho dos partidos en uno: Parcham, la Bandera; Khalq, el Pueblo) no llegó al poder por un golpe de Estado militar fabricado por Moscú (siguiendo el modelo de los golpes organizados por la CIA) como se cree, ¡ay!, en la opinión occidental. Se amparó del poder delicuescente de la monarquía; el puñado de oficiales comunistas que “invadieron” el Palacio no instalaron su dictadura pero abrieron el camino al poder ejercido por el Partido. Moscú no estaba muy implicado al principio; estaba perfectamente satisfecho con la situación de una monarquía “neutralista” en política internacional. Pero uno de los segmentos del PC consideraba que, frente a la agresión (militar) de los Estados Unidos, previsible e inevitable (lo que era indiscutiblemente un juicio correcto), se imponía el apoyo soviético. El otro segmento del partido consideraba que este apoyo no refor-

zaría la capacidad del país para resistir victoriosamente al imperialismo, sino que al contrario, implicaba el riesgo de complicar la tarea.

Afganistán conoció el mejor momento de su historia moderna en la época de la República llamada “comunista”. Era un régimen de despotismo ilustrado modernista, que abría en buena medida la educación a los niños de ambos sexos, adversario del oscurantismo y que por ello se beneficiaba de apoyos decisivos en el interior de la sociedad. La “reforma agraria” que había emprendido era, en lo esencial, un conjunto de medidas destinadas a reducir los poderes tiránicos de los jefes tribales. El apoyo —tácito, al menos— de las mayorías campesinas garantizaba el éxito probable de esta evolución bien iniciada. La propaganda vehiculada tanto por los medios de comunicación occidentales como por los del islam político presentó esta experiencia como la de un “totalitarismo comunista y ateo” rechazado por el pueblo afgano. En realidad el régimen, como el de Atatürk en su momento, estaba lejos de ser “impopular”.

El hecho de que sus promotores se autocalificasen de comunistas en sus dos fracciones mayores (Khalq y Parcham) no tiene nada de sorprendente. El ejemplo de los progresos realizados por los pueblos vecinos del Asia Central soviética (pese a todo lo que se ha podido decir al respecto y pese a las prácticas autocráticas del sistema), por comparación con los desastres sociales permanentes de la gestión imperialista británica en los países vecinos (la India y el Pakistán) había tenido, aquí y en otros muchos países de la región, el efecto de alentar a los patriotas a darse cuenta del obstáculo que representaba el imperialismo frente a toda tentativa de modernización. Ciertamente, la invitación a la intervención que determinadas fracciones dirigieron a los soviéticos para deshacerse de las otras pesó negativamente e hipotecó las posibilidades del proyecto nacional-populista-modernista.

En el Yemen del Sur, el Partido (allí oficialmente “socialista”) se constituyó a partir de cinco grupos comunistas de orígenes diversos que comprendieron la necesidad de fusionarse (manteniendo su propia

personalidad). Los británicos, que habían decidido otorgar una falsa independencia a sus colonias (Aden, los emiratos de la Costa de los Piratas), habían desarrollado un plan que garantizaba la transferencia “pacífica” del poder a los territorios feudales (emiratos y otros) cuyos poderes había reforzado durante el período colonial. El plan de Londres funcionó sin contratiempos en la costa del Golfo, produciendo los “Emiratos Árabes Unidos”. El Partido Socialista del Yemen del Sur no entró en el juego, pero consiguió movilizar a todos los elementos dinámicos de la sociedad en torno a la consigna: independencia real, abolición de los sistemas de opresión política supuestamente “tradicionales”, justicia social. Su radicalidad surtió efecto: fueron las fuerzas por él movilizadas las que entraron en Aden primero, y después en el conjunto de las capitales del país. Estas fuerzas incluso cortocircuitaron a un competidor apoyado por Nasser y por el régimen del Yemen del Norte. Los avances realizados a continuación son igualmente incontestables, en particular por lo que respecta a la liberación de las mujeres, haciendo retroceder al oscurantismo, abriendo la vía a una interpretación moderna y democrática de la religión y del laicismo del Estado. Su popularidad también es indiscutible.

En Iraq, la caída de la monarquía en 1958 tampoco fue el producto de un “golpe de Estado militar”. La intervención de un grupo de oficiales (comunistas, pero también nacionalistas progresistas) no hizo más que coronar unas luchas de masas considerables en las que el Partido Comunista desempeñaba un papel decisivo (en cooperación con otras organizaciones árabes y kurdas, progresistas en diversos grados). El Baas y los Hermanos Musulmanes estuvieron notablemente ausentes de estas luchas. El régimen, presidido por Abdel Karim Kasseem, se asentaba por ello sobre una alianza política que reunía al Partido Comunista, a los movimientos progresistas kurdos y a los nacionalistas (independientes del Baas). La competencia entre estos últimos y el Partido Comunista fue permanente, viva, hasta el punto de que en

un momento dado, apoyándose en la fracción de los oficiales comunistas o cercanos al comunismo, el Partido Comunista pensó estar en condiciones de inclinar la balanza a su favor. El fracaso se debió a la conjunción de las intervenciones de las fuerzas reaccionarias locales (apoyadas desde el exterior), de los nasseristas y de sus aliados baasistas.

En el Sudán, la implantación del Partido Comunista en la sociedad civil “moderna” (obreros, campesinos de la Gezira, estudiantes, mujeres, profesionales y miembros del ejército) explica que la dictadura del genial Abud (apoyada por los británicos) fuese derrotada no por un “contragolpe de Estado militar”, sino por un gigantesco movimiento de masas (que los oficiales a su vez se negaron a reprimir). Altibajos de la larga lucha que siguió, caracterizada por la movilización de los partidos tradicionalistas oscurantistas y adictos al poder colonial (Ansar y Ashiqqa), su apoyo casi incondicional por los Hermanos Musulmanes y las diplomacias del Egipto nasserista y de la Libia de Gaddafi. ¡El bloque reaccionario/oscurantista/nacionalista (considerados como anti-imperialistas sin suficientes matices)/opinión occidental fabricada contra la fuerza más democrática del país! Las “victorias” de este bloque reaccionario fueron siempre limitadas y frágiles; el Partido Comunista consiguió cada vez remontar la pendiente y hacerlo retroceder. El Partido Comunista no intentó, como se dice, un golpe de Estado militar (que le habría sido fatal). El general Nimery sí había sido instalado en el poder por un golpe militar, apoyado por la alianza reaccionaria, las diplomacias egipcia y libia, los Hermanos Musulmanes, los Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero en el ejército no todos los oficiales eran partidarios de este golpe. Fueron ellos (oficiales comunistas y próximos a ellos, nacionalistas progresistas) los que, sin dificultad alguna, aislaron (y arrestaron) a Nimery. Tras estos éxitos se perfilaba el retorno de un poder civil democrático en el que el lugar del Partido Comunista se vería reforzado. Un tercer contragolpe mili-

tar reaccionario (esta vez con la intervención directa de las potencias extranjeras y de Gaddafi) anuló la perspectiva democrática. Desde entonces...

*Las causas del fracaso de los cuatro avances revolucionarios en cuestión son diversas. Hay causas específicas en cada caso, por supuesto.*

*Pero hay también causas más o menos comunes*

La primera procede de la voluntad deliberada de Estados Unidos, de Gran Bretaña y de sus aliados subalternos europeos de destruir estos avances por la puesta en práctica de la violencia más extrema, incluida la intervención militar (Afganistán, y después Iraq) o la seria amenaza de recurrir a ella.

En su estrategia, los imperialistas han movilizado a todas las fuerzas oscurantistas posibles e imaginables, las han financiado y equipado (militarmente). Los Hermanos Musulmanes les han ayudado a hacerlo. Pero es preciso señalar al menos la neutralidad benevolente (y a veces la clara complicidad) de los regímenes del nacionalismo populista: Egipto, Libia.

La segunda procede de las dificultades reales para integrar en el bloque democrático que apoya los avances revolucionarios a determinados segmentos de las "clases medias". Se han desplegado todos los esfuerzos, de una manera totalmente sistemática, entre otros por los Hermanos Musulmanes, apoyados por intervenciones brutales del poder (prohibición de organizaciones, detenciones en masa y torturas), para cerrar las vías de acceso de los partidos comunistas a las masas populares.

La tercera procede de las debilidades "teóricas" de los partidos en cuestión, de sus análisis, de un marxismo "superficial".

Productos del poderoso eco de la revolución rusa en Oriente, los partidos comunistas se han situado sin vacilaciones en el campo del "marxismo-leninismo" al que han permanecido verbalmente fieles

hasta el hundimiento de 1990, que les cogió por sorpresa, y nunca se han planteado en serio cuestiones sobre la naturaleza del sistema y sus problemas. La perestroika les pareció que era una nueva etapa bienvenida del desarrollo del socialismo triunfante. Ignoraban la crisis profunda de la sociedad soviética que estaba en su origen. Más tarde consideraron las desafortunadas opciones de Gorbachev simplemente como errores, incluso como una traición.

Convencidos del carácter “marxista-leninista” del Partido Comunista soviético, los partidos comunistas en cuestión estuvieron siempre verbalmente con las posiciones defendidas por la diplomacia soviética, ella misma muy atenta a los desarrollos en estos países estratégicos. Digo verbalmente porque, de hecho, los partidos implicados —muchos de sus cuadros y dirigentes— conservaron pese a todo su propio juicio y esquivaron las insistentes intervenciones de Moscú. Eso fue lo que sucedió cuando Moscú insistía para que estos partidos se disolvieran para adherirse a los partidos nacionalistas en el poder (naserianos y baasistas) calificados de comprometidos en la “vía no capitalista”.

La combinación de estos elementos, y de otros, explica los fracasos.

En Afganistán, la intervención soviética, que cabe calificar como mínimo de “inútil”, fue capitalizada por las potencias imperialistas, sumando a estas para la ocasión a los nacionalistas moderados de Oriente Medio. De más está decir que, sin esta intervención, las fuerzas progresistas afganas no hubieran sido capaces de mantener a raya al Pakistán, a los talibanes y a todas las fuerzas oscurantistas ¡calificadas por la opinión occidental de “combatientes de la libertad”!

En el Yemen del Sur, el poder comunista realmente se suicidó en 1991 al aceptar la unidad con el Yemen del Norte. ¿Cómo explicar esta increíble elección? Ciertamente, el Yemen constituye una sola nación, y la aspiración de su pueblo a borrar la separación creada por la colonización británica de su costa meridional es real. Pero la relación Norte/Sur en el Yemen no era análoga a la que oponía a la Alemania



Occidental a la Oriental. Aquí era exactamente la contraria. La sociedad (“atrasada”) y el poder político del Norte, incluso después de la “revolución”, que había expulsado al Imam, pero para sustituirlo por un populismo inspirado en los discursos confusos a lo Gaddafi (un poder, por lo demás, que no tiene demasiadas cosas en su haber en materia de realizaciones progresistas) no ejercían ninguna atracción sobre los del Sur. La prueba: al día siguiente de la “unidad”, el pueblo del Sur se rebeló para rechazarla, y se consideró “traicionado por los jefes de su partido”. Fue necesaria pues una represión militar brutal para imponer la unidad. Explicación parcial: ciertos dirigentes del partido (pero no todos), desesperados después del hundimiento de la URSS, quisieron unirse al campo de los que ellos consideraban que tenían que acabar saliendo victoriosos. Algunos temían (y en eso no se equivocaban) la formación de un bloque económico salvaje de los occidentales, tal vez incluso una intervención militar con cualquier pretexto.

En Iraq, la relación de fuerzas solamente pudo invertirse por medio de las dictaduras sangrientas de Abdelsalam Aref, primero, y del Baas después, con el apoyo incondicional de los Hermanos Musulmanes, de los regímenes autocráticos proimperialistas del Golfo, e incluso del Egipto nasseriano. ¿No fue acaso Nasser el “padre de la independencia de Kuwait” fabricada por los británicos en 1961 y apoyada por el Egipto de entonces? Se había abierto la vía al régimen de Saddam Hussein.

En el Sudán, la derrota de la tentativa de frenar la contra-revolución de Nimery abrió la vía a un régimen que combinaba la dictadura de los militares con la de los “islamistas”. Pero pese al salvajismo de este tipo de poder, los sectores “modernos” de la sociedad constituyen un frente de resistencia (desde ese momento más pasiva que activa), ignorado por los “amigos de la democracia” de Occidente. La interminable guerra del Sur, el estallido del país (provincias del Este, Darfur al oeste), son el precio que el pueblo sudanés paga por esta derrota de sus avances revolucionarios. La intervención “humanitaria”, entre otras, de las

potencias occidentales no las redime en absoluto de su estrecha asociación con el asesinato de la democracia sudanesa. Por no hablar de los intereses económicos directos que motivan estas intervenciones (petróleo y uranio en particular).

*La reflexión sobre la cuestión "democrática" debería estar en el centro de las conclusiones que se pueden extraer de estas trágicas historias*

La democratización es un proceso que no se puede reducir a una fórmula estática y definitiva como la que representa la "democracia representativa" contemporánea generalmente propuesta (pluripartidismo, elecciones, derechos del hombre). La democratización concierne a todos los aspectos de la vida social, y no exclusivamente a la gestión de la dimensión política de esta. Concierna a todas las relaciones que se establecen entre los individuos, en el seno de la familia, en los lugares de trabajo, en las relaciones de estos con quienes toman las decisiones económicas, administrativas y políticas. Estas relaciones son simultáneamente relaciones individuales y colectivas (las relaciones de clase son en gran parte relaciones de fuerza desiguales en las sociedades contemporáneas). La democratización implica que la democracia política y el progreso social estén asociados, no disociados.

La democratización implica el reconocimiento y la definición de los derechos del individuo, su formulación en términos de derechos jurídicos, la garantía institucional de su respeto real. La libertad individual y la liberación del ser humano de todas las formas de opresión son inseparables del ejercicio del poder por el pueblo. No hay sociedad avanzada sin integración de los derechos del individuo en los de los colectivos de trabajadores y del pueblo.

La ideología dominante asocia "democracia" con "libertad de mercado" (es decir, de hecho, con capitalismo) y da por supuesto que son indisolubles: no hay democracia sin mercado; así pues, no hay socia-

lismo democrático concebible. No se trata más que de una formulación ideológica —en el sentido vulgar y negativo del término— tautológica, que supone que el concepto de democracia ha sido reducido a su modelo truncado estadounidense.

La historia no confirma este punto de vista. Los avances de la democracia siempre han sido producidos por las luchas populares y siempre han estado en conflicto, en grados diversos, con las lógicas fundamentales del capitalismo. Por lo demás, la historia del capitalismo realmente existente como sistema mundializado demuestra que incluso esta democracia truncada no ha sido nunca más que la excepción y no la regla. En los propios centros del capitalismo, los progresos de la democracia representativa han sido siempre el producto de las luchas populares reprimidas tanto tiempo como han podido hacerlo los detentadores del poder (los propietarios). A la escala del sistema del capitalismo mundial —la verdadera unidad en la que se mueve el despliegue del capitalismo—, la asociación democracia (truncada)/capitalismo carece todavía más visiblemente de fundamento real. En las periferias integradas en el capitalismo mundial real, la democracia nunca —o casi nunca— ha estado al orden del día de lo posible, o incluso de lo deseable para el funcionamiento de la acumulación capitalista.

En estas condiciones, llegaría incluso a decir que los avances democráticos en los centros, si bien son el producto de las luchas de las clases populares concernidas, no han sido sin embargo muy facilitados por las ventajas que ofrecen las sociedades concernidas en el sistema mundial. Marx esperaba efectos positivos importantes del sufragio universal: la posibilidad de una transición pacífica al socialismo. La historia no ha confirmado sus esperanzas. Pues el sufragio universal operaba aquí en las sociedades gangrenadas por la ideología nacionalista/imperialista y por las ventajas reales con ella asociadas (Cf. Luciano Canfora, *La démocratie, histoire d'une idéologie*, Seuil 2006).

Los movimientos populares y los pueblos en lucha por el socialismo

y la liberación del yugo imperialista han estado en el origen de auténticas rupturas democráticas que han iniciado una teoría y una práctica que asocian, ellas sí, democracia y progreso social. Esta evolución –más allá del capitalismo, de su ideología y de su práctica restringida de la democracia representativa y procedimental– se inició muy pronto, desde la Revolución Francesa. Se expresó de una manera más madura y más radical en las revoluciones ulteriores, en la Comuna de París, la revolución rusa, la revolución china y algunas otras (las de México, Cuba, Vietnam).

La revolución rusa procede a las grandes reformas que condicionan una evolución socialista y democrática posible: la reforma agraria, la expropiación de los capitalistas. La deriva estatalista es ulterior. Pero fue sin duda la revolución china la que sentó los principios de una “democracia popular” (nada que ver con la práctica de las “democracias populares” de la Europa del Este) portadora de avances sociales y democráticos reales definidores de una etapa de la larga transición al socialismo democrático. La abolición de la propiedad privada del suelo y la garantía del acceso igual de todos a este constituían su eje principal. La instauración de las comunas, administradores colectivos de la producción agrícola, de las pequeñas industrias asociadas, y de los servicios públicos (escuelas, clínicas, etc.), podía servir de marco institucional eficaz a una democratización progresiva de la gestión de todos los aspectos de la vida social.

Los límites, incoherencias y retrocesos de la democracia popular china tienen causas múltiples, bien analizadas por Lin Chun (*La transformación del socialismo chino*, Duke University Press 2006): las contradicciones objetivas que oponen los tres polos necesarios de un proyecto de transición de largo aliento (la independencia nacional, el desarrollo de las fuerzas productivas, la progresión de los valores de igualdad y socialismo), pero también –y no es lo menos importante– la ausencia de la formulación de las garantías jurídicas formales de los derechos del

individuo y la institucionalización imprecisa de los poderes. La “línea de masas”, que invita a las clases populares a formular sus reivindicaciones, les proporciona los medios para hacerlo, y no erige al partido en vanguardia autoproclamada que “enseña” al pueblo una verdad del conocimiento cuyo monopolio detenta, sin tener que “aprender” del pueblo, surge claramente de la lógica fundamental de un proyecto democrático. Este principio se sitúa en las antípodas de la tesis según la cual la teoría es aportada al movimiento desde el exterior. La “línea de masas” no constituye sin embargo un sustituto de la institucionalización de los derechos y de las organizaciones.

El capitalismo de los oligopolios es el enemigo de la democracia. “El mercado lo decide todo, el Parlamento (cuando existe) no decide nada”. Los pueblos corren entonces el riesgo de sentirse atraídos por la ilusión de los repliegues “identitarios” (paraétnicos y/o para-religiosos), antidemocráticos por esencia, que los meten en un callejón sin salida.

*En los países que están en cuestión aquí, los partidos comunistas, lejos de haber sido “antidemocráticos” por naturaleza (“totalitarios”, repiten las propagandas occidentales), han sido, al contrario, las fuerzas más democráticas de las sociedades concernidas, pese a las limitaciones de sus prácticas (“centralismo democrático”, etc.).*

El ejemplo del Sudán ilustra trágicamente la contradicción entre la práctica de la democracia electoral multipartido representativa, por una parte, y las necesidades urgentes de una democracia auténtica al servicio del progreso social, por otra. Varias veces en la historia contemporánea del Sudán (antes de la instauración de la dictadura militar/islámica) —un país con apego a las elecciones libres— la revolución en marcha (apoyada por el pueblo) ha sido cuestionada por un Parlamento electo (correctamente), dominado por los partidos tradicionales, ene-

migos a la vez de la democracia (cuando es necesaria) y del progreso social (siempre).

¿La alternativa? ¿El “despotismo ilustrado” del partido como en Afganistán? Oxímoron, dirán algunos: el despotismo es siempre antidemocrático, la Ilustración es siempre democrática. Simplificación dogmática que no tiene en cuenta las exigencias del “largo tiempo de aprendizaje y profundización de la democracia”, de la invención necesaria y permanente de nuevas formas (incluidas las institucionales), que vayan más allá de la fórmula occidental de la democracia electoral representativa.

¿La alternativa? ¿Partido único o frente de fuerzas diversas auténticamente autónomas (no “correas de transmisión”), pero preocupadas por una convergencia real en la estrategia de la larga transición? Los partidos de los cuatro países considerados nunca han zanjado la cuestión, ni en el sentido burocrático en otras partes banalizado (y esto hay que ponerlo en su haber), ni en el sentido de una formulación coherente de la alternativa. Esta debilidad traduce uno de los aspectos de la interpretación sumaria del marxismo que les ha caracterizado.

*¿Reflexiones útiles para los actores de nuevos avances  
(especialmente en América Latina)?*

Eso creo yo. Pues aquí, si bien la democracia electoral ha permitido, en coyunturas favorables, victorias incontestables y la formulación de gobiernos decididos a emprender la vía de la transformación social progresista, los hechos demuestran que esta se queda rápidamente encerrada en un callejón sin salida.

Los análisis y las estrategias para la prosecución de las luchas que propongo aquí van más allá de los que fueron formulados en la época de Bandung a partir de 1955. En aquella época, los regímenes surgidos de las luchas de liberación nacional de Asia y África, legítimos y popu-

lares por este hecho, eran de una naturaleza generalmente “populista” reconocible en las prácticas del Estado (a menudo confundido con su héroe carismático) y del partido (fabricado desde arriba en determinados casos y siempre poco democrático en su práctica, incluso cuando era el heredero de las movilizaciones populares asociadas a las luchas de liberación) en sus relaciones con el “pueblo” (sustituto vago de la alianza de clases populares identificadas). La ideología sobre la que se basaba la legitimidad del poder no hacía referencia al marxismo; había sido fabricada tomando elementos de aquí y de allí, combinando una lectura del pasado en gran parte reinventada y presentada como esencialmente “progresista” (por las formas supuestamente democráticas del ejercicio del poder en las comunidades antiguas, por interpretaciones religiosas de la misma naturaleza) y unos mitos nacionalistas fundadores, con un pragmatismo poco crítico en lo relativo a las exigencias de la modernización tecnológica y administrativa. El “socialismo” por el que los regímenes de Bandung se autocalificaban seguía siendo sumamente vago, difícil de distinguir del estatismo populista redistribuidor y garante de la “justicia social”. ¿Cabe señalar la permanencia de muchas de estas características en los avances recientes de la América Latina, que no había tenido la oportunidad de conocer la experiencia de Bandung y que por ello mismo corre el riesgo de reproducir sus límites?

Yo he desarrollado una visión completamente distinta de la cuestión del socialismo. Me guardaré mucho de reducir la “construcción del socialismo” a la realización del conjunto de un programa actual de máximos posible. Califico este programa de “nacional popular democrático”, abriendo la vía (pero no más) a la larga transición (secular) al socialismo. Evito la frase simple “socialismo del siglo XXI” y prefiero la de “avance en la larga ruta de la transición al socialismo”.

### 3. Del Nepal a la India: ¿el contagio?

En el momento mismo en que la mundialización imperialista parece triunfar, en pleno corazón de Asia un pequeño país inicia un proceso revolucionario auténtico.

Un ejército de liberación que respalda una revuelta generalizada del campesinado llega a las puertas de la capital, cuya población se subleva a su vez, expulsa al gobierno y acoge como un libertador al Partido Comunista (maoísta), cuya eficacia en lo que respecta a la estrategia revolucionaria es palpable. Se trata del avance revolucionario victorioso más radical de nuestra época, y en este sentido el más prometedor. ¡Imagínese, a modo de comparación, que las FARC de Colombia consiguiesen movilizar al conjunto del campesinado del país (imposible de imaginar), que articularsen su victoria con un levantamiento popular urbano que expulsase a Uribe de Bogotá (algo igualmente imposible de imaginar), y que permitiese a las FARC dirigir el nuevo gobierno revolucionario!

Esta victoria en el Nepal creó las condiciones para un primer éxito, el de una revolución nacional, popular y democrática, calificada de revolución antifeudal/anti-imperialista por el propio PC (maoísta). En efecto, la revuelta urbana generalizada, en la que participaron las clases populares y las clases medias, obligó a todos los partidos políticos del lugar a proclamarse a su vez “revolucionarios/republicanos”. Algo en lo que ni siquiera habían pensado pocas semanas antes de la victoria de los maoístas, pues habían elegido la opción del “combate pacífico”, de la vía “reformista”, y habían puesto sus esperanzas en las “elecciones”. El otro partido comunista —la Unión de los Comunistas Marxista-Leninistas— se había unido al campo de los reformistas y denunciado el “aventurerismo” de los maoístas.

El Partido Comunista (maoísta) eligió deliberadamente establecer un acuerdo de compromiso con los partidos en cuestión (el Congreso



del Nepal, la UCML y otros), considerando que, con su adhesión a la revolución, habían recuperado un mínimo de legitimidad que no podía discutirse sobre la marcha.

El acuerdo de compromiso no soluciona los problemas que vendrán; al contrario, los pone de manifiesto en toda su amplitud. Los desafíos a los que desde ahora tienen que hacer frente las fuerzas populares revolucionarias son gigantescos.

El primero de estos desafíos se refiere a la cuestión agraria. El levantamiento campesino fue el producto del análisis correcto de la cuestión agraria hecho por los maoístas y de las conclusiones estratégicas, igualmente correctas, que sacaron del mismo: la gran mayoría del campesinado, constituido por campesinos sin tierras (a menudo "dalits" o intocables en ciertas regiones del país), por granjeros/aparceros superexplotados, por microfundistas pobres, podía organizarse en un frente unido y pasar a la lucha armada, a la ocupación de las tierras (incluyendo el dar a los "dalits" el acceso a estas, lo que el sistema de castas de la India les niega), a la reducción de las rentas del suelo pagadas a los propietarios, etc. Por estas razones el levantamiento se fue generalizando progresivamente por todo el país, y su ejército, organizado por los maoístas, infligió varias derrotas al ejército del Estado. Pero también es cierto que en el momento en que la revuelta en la capital abría las puertas al Partido Comunista (maoísta), el ejército popular todavía no había conseguido desintegrar al ejército del Estado, fuertemente apoyado y equipado por el gobierno de Delhi y por las potencias imperialistas.

La línea defendida por los maoístas es la de una reforma agraria revolucionaria radical que garantiza el acceso al suelo (y a los medios necesarios para vivir del mismo) a todo el campesinado pobre (la gran mayoría), sin por ello tocar las propiedades de los campesinos ricos.

El segundo desafío tiene que ver con la cuestión democrática: ¿democracia burguesa o democracia popular?

En la sociedad hay defensores de la fórmula convencional de la democracia, reducida al pluripartidismo, a las elecciones, a la separación formal de poderes (entre otras, a la independencia del sistema judicial), a la proclamación de los derechos humanos y políticos fundamentales. Los maoístas destacan que los derechos fundamentales sobre los cuales se basa la “democracia” propuesta sitúan el respeto a la propiedad privada en la cima de la jerarquía de los llamados derechos humanos. En contrapartida, los maoístas defienden la prioridad de los derechos sociales sin la puesta en práctica efectiva de los cuales ningún progreso social es posible: derecho a la vida, a la alimentación, a la vivienda, al trabajo, a la educación, a la salud. La propiedad privada no es “sagrada”, el respeto a la misma tiene su límite en las exigencias de la puesta en práctica de los derechos sociales. Dicho de otro modo, unos defienden el concepto de democracia disociado de las cuestiones del progreso social (el concepto burgués y dominante de la “democracia”), y otros el de la democracia asociada al progreso social.

El debate —en el Nepal— no es confuso. Los maoístas recuerdan que ellos no recusan la propiedad privada campesina, artesanal e incluso capitalista, nacional o extranjera. Sin prohibirse por ello la nacionalización, si el interés nacional lo exige (prohibiendo a los bancos extranjeros imponer la integración del país en el mercado financiero globalizado). Ellos solamente cuestionan la propiedad territorial “feudal”, cuyos beneficiarios habían sido los clientes de los reyes sucesivos, autorizados a desposeer a las comunidades campesinas. Tampoco recusan los derechos personales y la independencia de la justicia encargada de garantizar el respeto de los mismos. Completan este programa, sin reducirlo, invitando a la Asamblea constituyente a formular no solamente los grandes principios de los derechos sociales, sino también las formas institucionales necesarias para su puesta en práctica. La democracia popular que ellos definen de esta manera sigue teniéndose que inventar progresivamente, por supuesto, median-

te la intervención a la vez de las clases populares organizándose por sí mismas y del Estado.

Evidentemente, no existen “garantías” que protejan al porvenir de los riesgos de derrape. Ya sea en el sentido de una autocracia del poder del Estado, o en el sentido, no menos real, de un alineamiento oportunista en lo que parece ser lo inmediatamente “posible”, aceptando por ello mismo la adhesión de los maoístas a la línea “moderada” de sus competidores. Pero ¿con qué derecho se puede condenar de antemano la experiencia cuando se sabe que las cuestiones aquí suscitadas son objeto de profundos debates en el seno del partido? Y que en ellos se admite la pluralidad de las opiniones.

Estos análisis y las estrategias de prosecución de las luchas van más allá de los que se formularon en la época de Bandung a partir de 1955. Los maoístas del Nepal han desarrollado una visión completamente distinta de la cuestión del socialismo. Se abstienen de reducir la “construcción del socialismo” a la realización misma del conjunto de su programa actual máximo (reforma agraria radical, ejército del pueblo, democracia popular). Califican este programa de “nacional popular democrático”, abriendo la vía (pero no más) a la larga transición (secular) al socialismo. No utilizan la expresión de “socialismo del siglo XXI”.

La cuestión de la independencia económica del país constituye igualmente un serio desafío. El Nepal está clasificado por las Naciones Unidas en la categoría de los “países menos desarrollados”. La administración “moderna” del Estado y de los servicios sociales, los trabajos de infraestructura dependen por ello de la ayuda exterior. El gobierno vigente es consciente al parecer de la necesidad de librarse de esta dependencia extrema. Pero sabe que esto solamente puede hacerse de un modo gradual. La soberanía alimentaria no es el problema principal del Nepal, aunque la autosuficiencia en este campo está asociada a unas raciones alimenticias a menudo deplorables. La organización de redes de comercialización más eficaces y menos costosas para los productos

res campesinos y para los consumidores urbanos constituye, en cambio, un problema, pues afecta a los intereses de los intermediarios. La organización de la pequeña producción semi-artesanal, semi-industrial capaz de reducir la dependencia de las importaciones exigirá esfuerzos difíciles y tiempo para arrojar unos resultados decentes.

El discurso maoísta sobre un modelo de desarrollo “inclusivo” (“inclusive”, en inglés), es decir, que beneficie directamente y en cada una de las etapas de su despliegue a las clases populares, por oposición al modelo “indio” de crecimiento asociado a un modelo social “excluyente” (“exclusive”), es decir, que solamente beneficia a un 20% de la población y condena a los demás —el 80% restante— al estancamiento cuando no a la pauperización, pone de manifiesto una opción de principio que es preciso apoyar, aunque su traducción en programas de puesta en práctica efectivos todavía tiene que formularse.

El Nepal revolucionario topa con la feroz hostilidad de su más importante vecino, la India, cuya clase dirigente teme los efectos del contagio. La revuelta endémica de los naxalitas indios podría, inspirándose en las lecciones de las victorias obtenidas en el Nepal, poner seriamente en duda la estabilidad de los modos de explotación y de opresión que están en vigor en el subcontinente indio.

Esta hostilidad no ha de ser subestimada. Constituye uno de los motivos del acercamiento militar entre la India y Estados Unidos. Moviliza medios materiales políticos considerables. Financia entre otras cosas la constitución de una “alternativa” hinduista política, sobre el modelo del BJP indio, el análogo del islam político del Pakistán y de otros lugares, o del budismo político del Dalai Lama y otros. El apoyo de Estados Unidos y de otras potencias occidentales —Gran Bretaña en particular— se articula sobre estos proyectos reaccionarios. La cristalización de un hinduismo político nepalés potente tendría una posibilidad si las realizaciones —por modestas que sean— del nuevo Nepal se estancasen durante demasiado tiempo. La intervención exterior podría

entonces movilizar igualmente a los reaccionarios nepaleses y suscitar incluso movimientos “secesionistas”. La utilización de la ayuda exterior, siempre condicional aunque no se reconozca abiertamente, y los discursos demagógicos relativos a los “derechos humanos” y a la democracia que alimentan las redes de las ONG, encuentran su lugar en esta estrategia del enemigo.

Los avances del Nepal anuncian tal vez lo que tendría que poder desarrollarse a escala del subcontinente indio. El resultado de las luchas políticas y sociales –violentas– llamadas ciertamente a desplegarse en la India en el curso del siglo XXI, serán determinantes en la configuración de la mundialización del futuro. Sin duda las clases dirigentes de este país tratarán de avanzar con éxito en el sistema de una mundialización capitalista. La gran mayoría de los observadores occidentales comparten esta ilusión, incapaces como son de darse cuenta de la amplitud cada vez mayor de las contradicciones sociales que acompañará a esta tentativa. Es pues posible que la India se convierta en el teatro de la “gran revolución” del siglo, un poco como lo fue la China el pasado siglo, y que las realidades objetivas obligarán a la India, a su vez, a iniciar una transición necesaria y posible “más allá” del capitalismo. El “contagio” del modelo nepalés produciría entonces unos efectos positivos de un alcance verdaderamente mundial.

## Referencias

Difíciles, pues todas o casi todas ellas están exclusivamente en lengua árabe, o persa en el caso de Afganistán (y tal vez en ruso). Cito dos colecciones de trabajos importantes relativos al mundo árabe:

La colección de estudios sobre los partidos comunistas reunidos por Fayçal Darraj para el “Arab Centre of Socialist Studies”, más de 1.800 páginas.

Estudios de una honestidad escrupulosa en el plano de los hechos y de los

documentos aportados (la interpretación, como siempre, es materia de debate).

La colección de estudios sobre el Partido Comunista egipcio (unos quince volúmenes de memorias, documentos y análisis) reunidos y publicados en El Cairo por el “Arab and African Research Centre”.

Más accesibles, algunos de mis escritos:

*L'Éveil du Sud, panorama de l'époque de Bandoung (1955-1980)*; en particular respecto a los avances del Egipto nasserista, de Mali y de otros países.

*Du capitalisme à la civilisation*; en particular los desarrollos relativos al “drama de las grandes revoluciones” y a la “contribución del maoísmo” (pp. 44 a 53).

*Nepal, a promising revolutionary advance*; Monthly Review, febrero de 2009.

## Agricultura campesina, agricultura familiar moderna

### Agriculturas capitalistas o agriculturas en el capitalismo

#### Las reformas territoriales necesarias en Asia y en África

##### 1. En el Norte: una agricultura familiar eficiente perfectamente integrada en el capitalismo dominante

La agricultura familiar moderna, dominante en Europa occidental y en Estados Unidos, ha demostrado con creces su superioridad respecto a otras formas de la producción agrícola. La producción por trabajador/año que la caracteriza (el equivalente de 1.000 a 2.000 toneladas de cereales) no tiene parangón y ha permitido a un segmento mínimo de la población activa (del orden del 5%) alimentar ricamente al país entero e incluso obtener excedentes exportables. La agricultura familiar moderna ha demostrado, por lo demás, una excepcional capacidad de absorción de las innovaciones y mucha flexibilidad de adaptación a la evolución de la demanda.

Esta agricultura no comparte con el capitalismo lo que constituye la especificidad por excelencia de su modo de organización principal del trabajo. En la fábrica, la importancia del colectivo de los trabajadores permite una división del trabajo que está en el origen del salto adelante de la productividad. En la empresa agrícola familiar, este colectivo se reduce en lo esencial a uno o dos individuos (la pareja de granjeros), a

veces ayudados por uno, dos o tres asociados u obreros permanentes, y también, en algunos casos, de un mayor número de temporeros (especialmente durante la cosecha de frutas y legumbres). Tampoco se practica en ella por lo general una división del trabajo definitivamente fija y las tareas son polivalentes y variables. En este sentido, esta agricultura familiar no es capitalista.

Sin embargo, esta agricultura familiar moderna constituye un segmento indisociable de la economía capitalista, en la que está totalmente integrada.

En la empresa agrícola familiar, el autoconsumo no cuenta; la empresa saca la integridad de su legitimidad de su producción para el mercado. Así pues, la lógica que rige las opciones de producción no es la que caracteriza a las agriculturas campesinas de ayer (analizadas por Chayanov) o de hoy (en los países del tercer mundo contemporáneo).

La eficacia de la empresa familiar se debe a su moderno equipamiento. Esta agricultura concentra el 90% de los tractores y otros equipamientos. Estas herramientas, "compradas" (aunque sea a crédito) por los agricultores en cuestión, son pues de su "propiedad". En la lógica del capitalismo, el agricultor es a la vez un trabajador y un capitalista, y su renta tendría que corresponder a la suma del salario de su trabajo y del provecho que obtiene de su propiedad del capital empleado. Pero no es este el caso. Las rentas netas de los agricultores en cuestión son comparables a los salarios medios que se ganan en la industria de su país. Las políticas nacionales de intervención y de regulación que se implementan en Europa y en Estados Unidos, donde domina esta forma de la agricultura, tienen el objetivo proclamado de asegurar (por medio de los sistemas de subvenciones) la igualdad renta-de-los-"campesinos"/renta-de-los-"obreros". Los beneficios del capital puesto a trabajar por los agricultores los recogen, por tanto, los segmentos del capitalismo industrial y financiero situados más arriba.



En la agricultura familiar de Europa y de Estados Unidos el componente que representa la renta del suelo, que supuestamente constituye en la economía convencional la remuneración de la productividad de la tierra, no se encuentra en la remuneración del agricultor-propietario, o del propietario (cuando este no es el agricultor). El modelo francés de “anestesia del propietario” es aquí muy revelador, dado que en la legislación los derechos del agricultor tienen prioridad sobre los del propietario. En Estados Unidos, donde el “respeto a la propiedad” sigue teniendo una prioridad absoluta, se obtiene el mismo resultado obligando de facto a la casi totalidad de las empresas familiares a ser propietarias de las tierras que explotan. La renta de propiedad de principio desaparece entonces de la remuneración de los agricultores.

La eficacia de la agricultura familiar en cuestión se debe igualmente al hecho de que explota (en propiedad o no) superficies adecuadas de buenas tierras: ni demasiado pequeñas ni inútilmente grandes. La superficie explotada que corresponde, en cada etapa del desarrollo de los medios mecanizados, a lo que puede trabajar un solo agricultor (o un pequeño colectivo familiar) se ha ido ampliando gradualmente, como ha mostrado perfectamente M. Mazoyer (en los hechos) y lo ha demostrado (como exigencia de eficacia).

El control de la producción agrícola se lleva igualmente a cabo en función del comercio moderno (especialmente el de las grandes superficies).

En definitiva, pues, el agricultor familiar, por eficaz que sea (y lo es), no es más que un “subcontratante” atrapado en las pinzas del agronegocio (que es el que impone las semillas seleccionadas, mañana OGM), de la industria (que fabrica los equipamientos y los productos químicos), del sector financiero (que le concede los créditos que necesita), en función de la comercialización por parte de las grandes superficies. Su estatus es más parecido al del artesano (productor individual) antaño explotado en el marco del “putting out” (el tejedor dominado por el comerciante que le suministraba el hilo y colocaba sus tejidos).

Ciertamente, esta forma de agricultura ya no es exclusiva del mundo capitalista moderno. Existen a veces grandes empresas de agronegocio, a veces “grandes propiedades” que emplean a un número elevado de asalariados (cuando estas propiedades no son cedidas en arrendamiento a agricultores familiares). Este fue el caso con las tierras de la colonización en general, y sigue siéndolo en Sudáfrica (este tipo de latifundios fue abolido por la reforma agraria en Zimbabue). Se la encuentra en formas diversas en América Latina, en algunos casos poco “modernizadas”, y en otros, como en el Cono Sur, muy “modernizadas” (es decir, mecanizadas). Eso no impide que la agricultura familiar sea la dominante en Europa y en los Estados Unidos.

Las experiencias del “socialismo realmente existente” habían instaurado formas “industriales” de la producción agrícola. El “marxismo” que estaba en el origen de esta opción era el de Karl Kautsky, quien, a finales del siglo XIX, “predijo” no la modernización de la empresa agrícola familiar (su equipamiento y su especialización), sino su desaparición en beneficio de las grandes unidades de producción, a imagen y semejanza de la fábrica, que de este modo se beneficiaban supuestamente de una mayor división del trabajo. Esta predicción no se ha materializado ni en Europa ni en Estados Unidos. Pero en cambio se ha creído en el mito que vehiculaba en la Unión Soviética, en la Europa del Este (con algunos matices), en China y en el Vietnam (con modalidades propias a cada país), y en un momento dado también en Cuba. Independientemente de otras razones que han actuado en el sentido del fracaso de estas experiencias (la gestión burocrática, su articulación sobre una mala planificación macroeconómica, la dilución de responsabilidades debida a la ausencia de democracia, etc.), éste ha de atribuirse en primer lugar al error de juicio relativo a las ventajas de la división del trabajo y de la especialización, extrapolado sin justificación de ciertas formas de la industria a otros campos de la producción y de la actividad social.

Se observará que si bien en este caso el fracaso es actualmente reconocido, no puede decirse lo mismo por lo que respecta a las formas de la agricultura capitalista de las regiones de América Latina o del África austral mencionadas más arriba. Sin embargo, el fracaso es también en estos casos patente, pese a la rentabilidad y a la competitividad de esas formas latifundistas modernas. Pues esta rentabilidad se consigue gracias a un espantoso despilfarro ecológico (destrucción irreversible de potenciales productivos y de tierras arables) y social (salarios de miseria).

## **2. En el Sur: agriculturas campesinas pobres componentes de un capitalismo periférico dominado**

Las agriculturas campesinas del Sur concentran casi la mitad de la humanidad —tres mil millones de seres humanos. Estas agriculturas se dividen a su vez entre las que se han beneficiado de la revolución verde (abonos, pesticidas y semillas seleccionadas), de todos modos poco motorizadas y cuya producción oscila entre los 100 y los 500 quintales por trabajador, y las que se sitúan antes de esta revolución, cuya producción ronda sólo aproximadamente los 10 quintales por persona activa. La proporción entre la producción media del agricultor del Norte y la del agricultor campesino, que era de 10 a 1 antes de 1940, es actualmente de 100 a 1. Dicho de otro modo, los ritmos del progreso de la productividad en la agricultura han superado ampliamente los de otras actividades, lo que ha comportado una reducción de los precios reales de 5 a 1.

Esta agricultura campesina de los países del Sur está también perfectamente integrada en el capitalismo local y mundial. Sin embargo, el examen del estado de los lugares hace inmediatamente aparentes las convergencias y las diferencias entre los dos tipos de economía “familiar”.

Diferencias gigantescas, visibles e indiscutibles: la importancia del autoconsumo en las economías campesinas, único medio de vida de las poblaciones rurales involucradas; la escasa eficacia de esta agricultura, no equipada con tractores y otros materiales, a menudo microfundista; la pobreza del mundo rural considerado (tres cuartas partes de las víctimas de la subalimentación son rurales); la incapacidad cada vez mayor de estos sistemas para asegurar el abastecimiento alimentario de sus ciudades; la dimensión de los problemas: la economía campesina de esta naturaleza afecta a cerca de la mitad de la humanidad.

Pese a estas diferencias, la agricultura campesina en cuestión está ya integrada en el sistema capitalista global dominante. En función de sus contribuciones al mercado, esta agricultura depende de “inputs” comprados (por lo menos en cuanto a productos químicos y a semillas seleccionadas) y es víctima de los oligopolios que controlan la comercialización de sus productos. En el caso de las regiones que se han “beneficiado” de la “revolución verde” (la mitad del campesinado del Sur), las punciones operadas en el valor de los productos por el capital dominante antes y después de su producción son sumamente pesadas. Pero también lo son, en términos relativos, para la otra mitad del campesinado del Sur, teniendo en cuenta la escasez de su producción.

### **3. La modernización de la agricultura del Sur por la “vía capitalista” ¿es posible y deseable?**

Situémonos en la hipótesis de una estrategia de desarrollo de la agricultura encaminada a reproducir sistemáticamente en el Sur el recorrido que ha producido la agricultura familiar moderna del Norte. Se imaginará fácilmente entonces que unos cincuenta millones de granjas modernas suplementarias, con acceso a las superficies importantes de tierras que necesitarían (quitándoselas a las economías campesinas y

eligiendo sin duda los mejores suelos) y si tienen acceso a los mercados de capitales que les permitan equiparse, podrían producir lo esencial de lo que los consumidores urbanos solventes todavía compran a la producción campesina. Pero ¿qué pasaría con los millones de productores campesinos no competitivos? Serían inexorablemente eliminados en el tiempo históricamente breve de unas decenas de años. ¿Qué sucedería con esos millones de seres humanos, en su mayoría ya pobres entre los pobres pero que bien o mal consiguen alimentarse ellos mismos, más bien mal la tercera parte de ellos? En un horizonte de unos cincuenta años, ningún desarrollo industrial más o menos competitivo, ni siquiera en la fantásica hipótesis de un crecimiento de un 7% anual para las tres cuartas partes de la humanidad, podría absorber ni la tercera parte de esta reserva. Es decir, que el capitalismo es por naturaleza incapaz de resolver la cuestión campesina y que las únicas perspectivas que ofrece son las de un planeta convertido en un barrio de chabolas, con un “exceso” de seres humanos que se contaría por miles de millones.

Hemos llegado, pues, a un punto en el que, para abrir un nuevo campo a la expansión del capital (“la modernización de la producción agrícola”), habría que destruir —en términos humanos— sociedades enteras. Cincuenta millones de productores eficaces nuevos (doscientos millones de seres humanos, con sus familias) por un lado, tres mil millones de marginados por el otro. La dimensión creadora de la operación no representa más que una gota de agua en el océano de destrucciones que exige. Concluyo de ello que el capitalismo ha entrado en su fase senil descendente; la lógica que rige a este sistema no está ya en condiciones de garantizar la simple supervivencia de la mitad de la humanidad. El capitalismo deviene barbarie, invita directamente al genocidio. Es más que nunca necesario sustituirlo por otras lógicas de desarrollo de una racionalidad superior.

¿Qué hay que hacer, entonces?

Hay que aceptar el mantenimiento de una agricultura campesina durante todo el resto visible del siglo XXI. No por razones de nostalgia romántica del pasado, sino simplemente porque la solución del problema pasa por la superación de las lógicas del capitalismo y se inscribe en la larga transición secular al socialismo mundial. Es preciso, pues, imaginar unas políticas de regulación de las relaciones entre el “mercado” y la agricultura campesina. En los niveles nacionales y regionales, estas regulaciones, singulares y adaptadas a las condiciones locales han de proteger la producción nacional, garantizando así la indispensable soberanía alimentaria de las naciones y neutralizando el arma alimentaria del imperialismo; dicho de otro modo, desconectar los precios interiores de los del mercado llamado mundial mediante una progresión de la productividad en la agricultura campesina, sin duda lenta pero continua; permitir el control del traslado de población desde el campo a las ciudades. Al nivel de lo que se denomina el mercado mundial, la regulación deseable pasa probablemente por unos acuerdos inter-regionales que respondan a las exigencias de un desarrollo que integre en lugar de excluir.

#### **4. No hay alternativa a la soberanía alimentaria**

A escala planetaria, el consumo alimentario está asegurado hasta un 85% por las producciones locales. Sin embargo, a estas producciones les corresponden unos niveles de satisfacción de las necesidades alimentarias muy diferentes: excelentes para América del Norte y Europa occidental y central, aceptables para China, mediocres para el resto de Asia y de América Latina, desastrosos para África. Se observará igualmente la fuerte correlación que existe entre esta calidad y los niveles de industrialización de las regiones involucradas: los países y regiones industrialmente más avanzados son también los que consiguen alimentar

mejor y más correctamente a su población por medio de su propia producción agrícola.

Estados Unidos y Europa han entendido perfectamente la importancia de la soberanía alimentaria y la han puesto en práctica, con éxito, mediante unas políticas económicas sistemáticas. Pero aparentemente ¡lo que es bueno para ellos no lo sería para los demás! El Banco Mundial, la OCDE y la Unión Europea tratan de imponer una alternativa calificada de “seguridad alimentaria”. Los países del tercer mundo no tendrían necesidad, según ellos, de soberanía alimentaria y tendrían que basarse en el comercio internacional para cubrir el déficit –por creciente que fuera– de sus necesidades alimentarias. Esto puede parecer fácil para aquellos países que son exportadores importantes de recursos naturales (petróleo, uranio u otro). Para los demás, el “consejo” de las potencias occidentales es que especialicen su agricultura tanto como puedan en la producción de productos agrícolas para la exportación (algodón, bebidas y aceites tropicales, mañanera agrocarburos). Que esta especialización, practicada de hecho desde la colonización, no haya permitido mejorar las miserables raciones alimentarias de los pueblos involucrados (campesinos en primer lugar), no lo tienen en cuenta los obstinados defensores de la “seguridad alimentaria” (para cualquiera que no sean ellos mismos). Como tampoco se tiene en cuenta la correlación más arriba señalada.

Se aconseja pues a los campesinos que todavía no han entrado en la era industrial (como los de África) que se guarden de meterse en un proyecto “demencial” de industrialización. Son estos mismos términos los que utiliza Sylvie Brunel, que llega a atribuir el fracaso del desarrollo agrícola en África a esta opción “demencial” de sus gobiernos. Que sean precisamente los países que han tomado esta opción (Corea, Taiwán, China) los que se han convertido a la vez en países “emergentes” y los que consiguen alimentar mejor (o no tan mal) a su población, y que sean precisamente los que no lo han hecho (África) los que se

hunden en la malnutrición y el hambre crónicos no parece molestar a los defensores del principio llamado de la “seguridad alimentaria” (que sería más correcto calificar de “seguridad no alimentaria”). Tras esta obstinación a negarse a que África emprenda vías inspiradas en el éxito obtenido en Asia, hay sin duda una pátina de desprecio (en el límite racista) respecto a los pueblos implicados. Es lamentable que tales pamplinas hallen un eco favorable en muchos medios y organizaciones “occidentales” de buena voluntad (¡ONGs e incluso centros de investigación!).

Bruno Parmentier ha demostrado perfectamente el fracaso total de la opción “seguridad alimentaria”. Los gobiernos que han creído poder cubrir efectivamente las necesidades de su población urbana pobre por medio de sus exportaciones (petrolíferas entre otras) se hallan metidos en el atolladero del déficit alimentario creciente que ha comportado esta opción. Para los otros –los países africanos en particular– la situación es todavía más desastrosa.

Por añadidura, la crisis económica iniciada con el hundimiento financiero de 2008 agrava ya, y agravará todavía más, todos los datos de la ecuación.

Podría parecer tristemente divertido constatar que en el mismo momento en que la crisis en curso demuestra el fracaso de las políticas llamadas de seguridad alimentaria, los socios de la OCDE (entre ellos las instituciones de la Unión Europea) se aferran a ellas.

No se puede formular la hipótesis de que los gobiernos de la tríada “no comprenden” el problema. Eso sería considerarlos carentes de inteligencia, lo que no es en absoluto cierto. ¿Puede entonces descartarse la hipótesis de que la “no seguridad alimentaria” es un objetivo conscientemente buscado? ¿Acaso el “arma alimentaria” no ha sido ya puesta en práctica y cebada como tal? Habría pues una razón suplementaria sin la cual no hay soberanía política posible.

Pero si la soberanía alimentaria no tiene alternativa, su puesta en



práctica eficaz exige precisamente embarcarse en la vía de la construcción de una economía diversificada y por ello mismo industrializada.

## **5. La reforma territorial en el núcleo de las opciones relativas al futuro de las sociedades campesinas**

El eje central en el debate relativo al porvenir de las agriculturas campesinas gira en torno a la cuestión del estatus que rige el acceso al suelo.

Las reformas necesarias de los regímenes territoriales en África y en Asia tendrán que inscribirse en la perspectiva de un desarrollo en beneficio del conjunto de la sociedad, en particular de sus clases trabajadoras y populares, incluyendo en ellas, por supuesto, a los campesinos, orientado a la reducción de las desigualdades y a la erradicación radical de la "pobreza". Este paradigma del desarrollo implica la combinación de una macroeconomía "mixta" (con empresa privada y planificación pública) basada en la doble democratización de la gestión del mercado y de la del Estado y sus intervenciones, y la opción en favor de un desarrollo de la agricultura basado en la explotación campesina familiar.

La puesta en práctica de este conjunto de principios fundamentales —cuyas modalidades concretas y específicas en cada país y en cada fase de su desarrollo habrá evidentemente que definir— constituye por sí misma la construcción de "la alternativa" en sus dimensiones nacionales. Esta ha de ir evidentemente acompañada por unas evoluciones capaces de sostenerla, tanto a los niveles regionales requeridos como a nivel mundial, por la construcción de una mundialización alternativa negociada y no impuesta unilateralmente por el capital transnacional dominante, el imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón) y la hegemonía de los Estados Unidos.

Las reglas que rigen el acceso al uso del suelo agrario han de conce-

birse en una perspectiva que “integre y no excluya”, es decir, que permita al conjunto de los agricultores tener acceso al suelo, condición primera de la reproducción de una “sociedad campesina”. Este derecho fundamental no basta, por supuesto. También hay que asegurarse de que vaya acompañado de unas políticas que permitan a las explotaciones agrícolas familiares producir las condiciones que garanticen un crecimiento firme de la producción nacional (garantía a su vez de la soberanía alimentaria del país) y la mejora paralela de las rentas reales del conjunto de los países involucrados. Se trata de poner en práctica un conjunto de propuestas macroeconómicas y de las formas de su gestión política adecuadas, y someter las negociaciones relativas a la organización de los sistemas de intercambios internacionales a las exigencias de las primeras.

El acceso al suelo está regido por el estatus de su propiedad. El lenguaje utilizado en este dominio es a menudo impreciso, por falta de conceptualización suficiente. Los términos “reforma financiera”, “reforma agraria” y a veces “leyes concernientes al dominio nacional”, “transformaciones de los modos de explotación”, y en inglés los de “land tenure” o “land system”, son a menudo utilizados de un modo intercambiable.

De entrada es preciso distinguir dos familias de “estatus territoriales” (o de “régimenes territoriales”): los que se basan en la propiedad privada del suelo agrario y los que no.

#### *Los régimenes territoriales basados en la propiedad privada del suelo*

El propietario dispone aquí, para emplear los términos del derecho romano, del *usus* (derecho de dar valor o hacer fructificar), del *fructus* (propiedad de los productos de esta puesta en valor) y del *abusus* (derecho de alienar). Este derecho es “absoluto” en el sentido de que el propietario puede cultivar él mismo su propiedad. La propiedad puede

cederse o venderse, forma parte del conjunto de los activos beneficiarios de los derechos de herencia.

Sin duda este derecho es a menudo menos absoluto de lo que parece. En todos los casos, el uso está sometido a las leyes que regulan el orden público (y que prohíben su uso ilegal para cultivar estupefacientes, por ejemplo), o a reglamentaciones relativas a la preservación del entorno. En ciertos países que han procedido a una reforma agraria se establece un tope a las superficies de las propiedades de un individuo o de una familia. Los derechos de los agricultores arrendatarios (duración y garantía del contrato, importe de la renta territorial) limitan los derechos de los propietarios en diversos grados que pueden ir hasta dar al arrendatario que explota la tierra el mayor beneficio de la protección del Estado y sus políticas agrícolas (es el caso de Francia). La libertad de elegir el tipo de cultivo no es siempre la regla. En Egipto, desde siempre, los servicios de la agricultura del Estado imponen proporciones de parcelas destinadas a los diferentes cultivos en función de sus exigencias en agua de irrigación.

Este régimen territorial es moderno en el sentido de que es el producto de la constitución del capitalismo histórico (“realmente existente”) a partir de la Europa occidental (Inglaterra en primer lugar) y de las colonias de población europea de América. Ha sido instaurado mediante la destrucción de los sistemas “consuetudinarios” de reglamentación del acceso al suelo en la propia Europa. Los estatutos de la Europa feudal se basaban en la superposición de los derechos sobre la propia tierra: los del campesino involucrado y otros miembros de una comunidad aldeana (siervos o libres), los del señor feudal, los del rey. El asalto tomó la forma de las *enclosures* en Inglaterra, imitada de diversas maneras en todos los países de Europa durante el siglo XIX. Marx denunció muy pronto esta transformación radical que excluyó a la mayoría de los campesinos del acceso al uso del suelo —para convertirlos en proletarios que emigraban a la ciudad (por la fuerza de las cosas)

o que se quedaban en el campo en calidad de obreros agrícolas (o de aparceros/granjeros)—, y que incluyó en la familia de las medidas de acumulación primitiva que expropiaban a los productores de la propiedad o del uso de los medios de producción.

La utilización de términos del derecho romano para calificar el estatus de la propiedad burguesa moderna da a entender que este tenía “raíces” profundas, en este caso las de la propiedad del suelo en el Imperio romano, y más precisamente las de la propiedad latifundista esclavista. Eso no impide que, una vez desaparecidas estas formas particulares de la propiedad en la Europa feudal, no se pueda hablar de “continuidad” de un concepto “occidental” de la propiedad (él mismo asociado al “individualismo” y a los valores que representa) que, de hecho, no ha existido nunca.

La retórica del discurso del capitalismo —la ideología “liberal”— no solamente ha producido este mito de la “continuidad occidental”. Ha producido sobre todo otro mito todavía más peligroso: el de la “racionalidad absoluta y superior” de la gestión de la economía basada en la propiedad privada y exclusiva de los medios de producción, al que el suelo agrario es asimilado. La economía convencional pretende en efecto que el “mercado”, es decir, la alienabilidad de la propiedad del capital y del suelo, condiciona el uso óptimo (el más eficiente) de estos “factores de producción”. Es preciso, pues, en esta lógica, hacer del suelo una “mercancía como las demás”, alienable a precio de mercado, para garantizar que su uso sea el mejor posible tanto para el propietario involucrado como para toda la sociedad. No se trata en este caso más que de una pobre tautología, pero es de ella que se nutre todo el discurso de la economía burguesa. Esta misma retórica cree poder legitimar el principio de la propiedad del suelo por el hecho de que sólo ella daría al agricultor que invierte para mejorar el rendimiento por hectárea y la productividad de su trabajo (y el de sus empleados, si es el caso) la garantía de no verse repentinamente desposeído del fruto de

su trabajo y de sus ahorros. No hay nada de eso, y otras formas de reglamentación del derecho de uso del suelo pueden producir resultados equivalentes. Finalmente, este discurso dominante amplía las conclusiones que cree poder sacar de la construcción de la modernidad occidental para proponerlas como las únicas “reglas” necesarias al progreso de todos los demás pueblos. Hacer del suelo en todas partes una propiedad privada en el sentido actual del término tal como se practica en los centros del capitalismo, es generalizar al mundo entero la política de las *enclosures*, es decir, acelerar la expropiación de los campesinos. Este proceso no es nuevo: se inició y se llevó a cabo durante los siglos precedentes a la expansión mundial del capitalismo, especialmente en el marco de los sistemas coloniales. Hoy, la OMC se propone solamente acelerar su movimiento, mientras que, precisamente, las futuras destrucciones que esta opción capitalista implica son cada vez más previsibles y calculables y que por ello la resistencia de los campesinos y de los pueblos involucrados, por su despliegue, permitiría construir una alternativa verdadera, auténticamente humana.

## **2. Los regímenes territoriales no basados en la propiedad privada del suelo**

Esta definición es, como se ve, negativa —no basados en la propiedad privada— y por ello no puede designar un conjunto homogéneo. Pues en todas las sociedades el acceso al suelo está reglamentado. Pero esta reglamentación es administrada bien por “comunidades consuetudinarias”, bien por “colectividades modernas”, bien por el Estado. O más exactamente y más frecuentemente, por un conjunto de instituciones y de prácticas que conciernen a los individuos, las colectividades y el Estado.

La gestión “consuetudinaria” (expresada en términos del llamado derecho consuetudinario o real) ha excluido siempre (o casi siempre) la

propiedad privada (en el sentido moderno) y ha garantizado siempre el acceso al suelo a todas las familias (más que a los individuos) involucradas, es decir, las que constituyen una “comunidad campesina” distinta e identificada como tal. Pero nunca (o casi nunca) ha garantizado un acceso “igual” al suelo. De entrada ha excluido a menudo a los “extranjeros” (con frecuencia vestigios de pueblos conquistados), a los “esclavos” (de estatus diversos), y ha compartido de un modo desigual las tierras según las pertenencias de clanes, linajes, castas o estatus (“jefes”, “hombres libres”, etc.). No tiene sentido, pues, hacer un elogio desmesurado de estos derechos consuetudinarios, como hacen desgraciadamente un buen número de ideólogos de los nacionalismos anti-imperialistas. El progreso exigirá ciertamente su puesta en cuestión.

La gestión consuetudinaria no ha sido nunca –o casi nunca– la de las “ciudades independientes”. Estas han estado siempre integradas en conjuntos estatales, estables o inestables, sólidas o precarias según las circunstancias, pero muy raramente ausentes. Los derechos de uso de las comunidades y de las familias que las componen han estado siempre limitados por los del Estado, perceptor de un tributo (razón por la cual yo he calificado a la vasta familia de los modos de producción premodernos de “tributaria”).

Estas formas complejas de la gestión “consuetudinaria”, diferentes de un país a otro y de una época a otra, solamente existen, en el mejor de los casos, de una forma sumamente degradada, después de sufrir el asalto de las lógicas dominantes del capitalismo mundializado desde hace por lo menos dos siglos (en Asia y en África), y hasta cinco siglos (en América Latina).

El ejemplo de la India es probablemente, en este dominio, uno de los más clarificadores. Antes de la colonización británica, el acceso al suelo lo gestionaban las “comunidades aldeanas” o más exactamente sus castas dirigentes, que por otra parte excluían a las castas inferiores

—los “dalits” tratados como una especie de clase de esclavos colectivos análogos a los ilotas de Esparta. Estas comunidades eran a su vez controladas y explotadas por el Estado imperial mongol y sus vasallos (los Estados de los rajás y otros reyes), perceptores de tributos. Los británicos elevaron a la categoría de “propietarios” a los zamindars anteriormente encargados de la percepción del tributo, que de esta manera se convirtieron en una clase de grandes terratenientes aliados, con desprecio de la tradición. En cambio, mantuvieron la “tradición” cuando esta les convenía, por ejemplo, “respetando” la exclusión de los “dalits” del acceso al suelo. La India independiente no puso en cuestión esta pesada herencia colonial que está en el origen de la increíble miseria de la mayoría de su campesinado y, por tanto, de su proletariado urbano (cf. S. Amin, *L'Inde, une grande puissance?*). La solución de estos problemas y la construcción de una economía familiar campesina mayoritaria viable pasan, por ello, por una reforma agraria en el sentido estricto del término. Las colonizaciones europeas en el sudeste de Asia y la de Estados Unidos en Filipinas produjeron evoluciones del mismo tipo. Los regímenes de “despotismo ilustrado” de Oriente (el Imperio Otomano, el Egipto de Mohamed Alí, los shahs de Irán) sustituyeron igualmente en buena medida la propiedad privada en el sentido moderno del término, en beneficio de una nueva clase impropiamente calificada de “feudal” por las corrientes mayoritarias del marxismo histórico, reclutada entre los agentes superiores de su sistema de poder.

Por ello, la propiedad privada del suelo es algo que concierne desde entonces a la mayoría de las tierras agrícolas —particularmente a las mejores de ellas— en toda Asia, aparte de la China, el Vietnam y las exrepúblicas soviéticas del Asia Central, y solamente quedan fragmentos de sistemas para-consuetudinarios degenerados, en particular en las regiones más pobres y menos interesantes para la agricultura capitalista vigente. Es una estructura fuertemente diferenciada en la que se yuxtaponen grandes propietarios (capitalistas del campo, en la terminolo-

gía propuesta por mí), campesinos ricos, campesinos medios, campesinos pobres y sin tierra. No existe ni “organización” ni “movimiento” campesino que trasciendan estos agudos conflictos de clases.

En el África árabe, en África del Sur, en Zimbabue y en Kenya, los colonizadores (salvo en Egipto) concedieron a sus colonos (o a los boers en África del Sur) propiedades privadas “modernas”, en general de tipo latifundista. Esta herencia fue ciertamente liquidada en Argelia, pero allí el campesinado había prácticamente desaparecido, proletarizado (y convertido en una clase de “clochards”) por culpa de la extensión de las tierras coloniales, mientras que en Marruecos y en Túnez las burguesías locales tomaron el relevo (lo que fue igualmente el caso en Kenya). En Zimbabue, la revolución en curso cuestionó la herencia de la colonización en beneficio, en parte, de nuevos propietarios medios de origen urbano más que rural, y en parte de “comunidades de campesinos pobres”. África del Sur sigue estando todavía hoy al margen de este movimiento. Los restos de sistemas para-consuetudinarios, degenerados, que subsisten en las regiones “pobres” de Marruecos o en la Argelia beréber, como en los bantustanes de África del Sur, sufren el asalto de las amenazas de la apropiación privativa, alimentada desde el interior y el exterior de las sociedades involucradas. En todas estas situaciones, las luchas campesinas (y eventualmente las organizaciones que las animan o que les están asociadas) han de ser calificadas: ¿se trata de movimientos y de reivindicaciones de “campesinos ricos” en conflicto con tal o cual orientación de las políticas de Estado (y de las influencias del sistema mundial dominante sobre estas) o de campesinos pobres y sin tierras? ¿Pueden unas y otras entrar en una “alianza” contra el sistema dominante (llamado “neoliberal”)? ¿En qué condiciones? ¿En qué medida? Las reivindicaciones —expresadas o no— de los campesinos pobres y sin tierras ¿pueden ser “olvidadas”?

En el África intertropical la persistencia aparente de los sistemas “consuetudinarios” sigue siendo sin duda más visible. Pues allí el mo-



delo de la colonización había emprendido una dirección diferente y particular que fue calificada –en francés, porque el término es intraducible al inglés– de “économie de traite” [economía de trata o de ordeño]. La gestión del acceso al suelo se dejó a las autoridades “consuetudinarias” que de todos modos eran controladas por el Estado colonial (por medio de jefes tradicionales verdaderos o falsos fabricados por la administración). El objetivo de este control era obligar a los campesinos a producir, más allá de su autosubsistencia, una cuota de productos específicos para la exportación (cacaahuets, algodón, café, cacao). El mantenimiento de un régimen territorial ignorante de la propiedad privada era cosa de la colonización, ya que ninguna renta territorial entraba en la composición del precio de los productos designados. Esto se tradujo en un despilfarro de suelos, destruidos por la extensión de los cultivos, a veces definitivamente (como lo ilustra la desertificación del Senegal cacaahuetero). Una vez más, el capitalismo demostraba aquí que su “racionalidad a corto plazo”, inmanente a su lógica dominante, estaba de hecho en el origen de un desastre ecológico. La yuxtaposición de una producción alimentaria de subsistencia y de producciones de exportación permitía igualmente pagar el trabajo de los campesinos a unos tipos casi nulos. En estas condiciones, hablar de “régimen territorial consuetudinario” es forzar considerablemente las cosas: se trata de un régimen nuevo que no conserva de las “tradiciones” más que las apariencias, a menudo en lo que tienen de menos interesante.

China y Vietnam proporcionan el ejemplo, único, de un sistema de gestión del acceso al suelo que no se basa ni en la propiedad privada, ni en la “costumbre”, sino en un derecho revolucionario nuevo, ignorado en otras partes, que es el derecho de todos los campesinos (definidos como los habitantes de una aldea) a un acceso igual a la tierra (insisto en el calificativo de ‘igual’). Este derecho es la más hermosa conquista de las revoluciones china y vietnamita.

En China, y todavía más en el Vietnam colonizado en mayor pro-

fundidad, los sistemas territoriales “antiguos” (los que yo he calificado de “tributarios”) estaban ya pasablemente erosionados por el capitalismo dominante. Las antiguas clases dirigentes del sistema de poder imperial se habían apoderado en gran parte de tierras agrícolas en propiedad o casi propiedad privada, mientras que el desarrollo capitalista alentaba la constitución de nuevas clases de campesinos ricos. Mao Zedong es el primero –y sin duda el único, seguido por los comunistas chinos y vietnamitas– que define una estrategia de revolución agraria basada en la movilización de la mayoría de campesinos pobres, sin tierras ni medios. La victoria de esta revolución permitió abolir enseguida la propiedad privada del suelo –que fue sustituida por la del Estado– y organizar las formas nuevas del acceso legal de todos los campesinos al suelo. Esta organización ha pasado ciertamente por varias fases sucesivas, entre las cuales la inspirada por el modelo soviético basado en las cooperativas de producción. Los límites de las realizaciones alcanzadas por estas llevaron a los dos países a regresar a la explotación campesina familiar. ¿Es viable este modelo? ¿Puede producir una mejora continua de la producción sin liberar un excedente de mano de obra rural? ¿En qué condiciones? ¿Qué políticas de apoyo exige del Estado? ¿Qué formas de su gestión política pueden responder al desafío?

Idealmente, el modelo implica la doble afirmación de los derechos del Estado (único propietario) y del usufructuario (la familia campesina). El Estado garantiza el reparto igual de las tierras de la aldea entre todas las familias. Prohíbe cualquier uso de la tierra diferente del cultivo familiar, por ejemplo el alquiler. Garantiza que el producto de las inversiones hechas por el usufructuario vuelva a sus manos de forma inmediata gracias a su derecho de propiedad sobre toda la producción de la explotación (comercializada libremente, aún cuando el Estado garantiza mediante sus compras un precio mínimo), y a más largo plazo por la herencia del usufructo en beneficio exclusivo de los hijos que

se queden en la explotación (el emigrado definitivo pierde su derecho de acceso al suelo que vuelve a la cesta de las tierras a redistribuir). Tratándose de tierras ricas, ciertamente, pero también de explotaciones pequeñas (incluso enanas), el sistema solamente es viable en la medida en que la inversión vertical (la revolución verde sin gran motorización) resulte tan eficaz para permitir el aumento de la producción por activo rural como la inversión horizontal (la extensión de la explotación sostenida por la intensificación de la motorización).

¿Se ha puesto alguna vez en práctica este modelo “ideal”? Se ha estado sin duda muy cerca de ello (por ejemplo en la época de Deng Xiaoping en China). Esto no impide que este modelo, aún cuando habría producido un fuerte grado de igualdad en el seno de una aldea, nunca ha podido evitar las desigualdades de una comunidad a otra, en función de la calidad de los suelos, de las densidades de población, de la proximidad de los mercados urbanos, y ningún sistema de redistribución (ni siquiera a través de las estructuras de las cooperativas y de los monopolios del comercio de Estado durante la fase “sovietista”) estuvo realmente a la altura del desafío.

Lo que es ciertamente más grave es que el propio sistema está sometido a presiones internas y externas que erosionan su sentido y su alcance social. El acceso al crédito, a condiciones satisfactorias de suministro de los “inputs”, son objeto de toda clase de regateos e intervenciones, legales o ilegales: el acceso “igual” al suelo no es sinónimo de acceso “igual” a las mejores condiciones de producción. La popularización de la ideología del “mercado” favorece esta erosión: el sistema tolera (incluso legítima) el alquiler (arriendo) y el empleo de asalariados. El discurso de la derecha –alentado por el exterior– repite que será preciso dar a los campesinos involucrados la “propiedad” de las tierras, y abrir el “mercado de las tierras agrícolas”. Es más que evidente que detrás de este discurso se perfilan los campesinos ricos (e incluso el agro-negocio) que aspiran a ampliar sus propiedades...

La gestión de este sistema de acceso de los campesinos del suelo está asegurada hasta ahora por el Estado y por el partido, que son una misma cosa. Es posible imaginar evidentemente que lo fuese por unos consejos de aldea realmente electos. Es sin duda necesario, pues no existe casi ningún otro medio de movilizar a la opinión de la mayoría y de reducir las intrigas de las minorías de aprovechados eventuales de una evolución capitalista más marcada. La “dictadura del partido” ha demostrado que era en gran parte soluble en el arribismo, en el oportunismo, e incluso en la corrupción. Las luchas sociales en curso en los campos chino y vietnamita no se expresan con menos fuerza que en otros lugares del mundo. Pero siguen siendo en gran parte “defensivas”, es decir, ligadas a la defensa de la herencia de la revolución, el derecho legal de todos a la tierra. Esta defensa es necesaria, más aún cuando esta herencia está más amenazada de lo que parece, pese a las reiteradas afirmaciones de los dos gobiernos en el sentido de que “la propiedad estatal del suelo no será abolida ‘nunca’ en beneficio de la propiedad privada”. Pero esta defensa exige hoy el reconocimiento del derecho a hacerlo a través de la organización de los implicados, es decir, de los campesinos.

*El marco de las formas de organización de la producción agrícola y de los estatutos territoriales es demasiado variado a la escala del conjunto de Asia y de África para que pueda recomendarse a todos una sola fórmula de “construcción de la alternativa campesina”*

Hay que entender por “reforma agraria” la redistribución de la propiedad privada cuando se considera que esta está demasiado desigualmente repartida. Se sigue estando en un régimen territorial regulado por el principio de la propiedad. Esta reforma se impone, sin embargo, tanto para satisfacer la demanda, perfectamente legítima, de los campesinos pobres y sin tierras, como para reducir el poder político y social de los

grandes propietarios. Pero allí donde se ha puesto en práctica, en Asia y en África, después de la liberación de las formas antiguas de la dominación imperialista y colonial, lo ha sido por parte de los bloques sociales hegemónicos no revolucionarios, en el sentido de que no estaban dirigidos por las clases dominadas y pobres mayoritarias, salvo en China y en Vietnam, donde, por lo demás y por esta razón, no ha habido “reforma agraria” en el sentido estricto del término, sino, como ya he dicho, supresión de la propiedad privada del suelo, afirmación de la propiedad del Estado y puesta en práctica del principio del acceso “igual” al uso del suelo para todos los campesinos. En otros lugares, las reformas verdaderas han desposeído solamente a los grandes propietarios en beneficio finalmente de los campesinos medios e incluso ricos (a más largo plazo), ignorando los intereses de los pobres y sin tierra. Este ha sido el caso de Egipto y de otros países árabes. La reforma en curso en Zimbabue corre el riesgo de situarse en una perspectiva análoga. En otras situaciones, la reforma esta siempre al orden del día de lo necesario: en la India, en el Sudeste Asiático, en África del Sur, en Kenya.

La reforma agraria, incluso allí donde sigue siendo una exigencia inmediata ineludible, constituye sin embargo un progreso ambiguo por su alcance a más largo plazo. Pues intensifica un apego a la “pequeña propiedad” que se convierte en un obstáculo al cuestionamiento del régimen territorial basado en la propiedad privada.

La historia de Rusia ilustra este drama. Las evoluciones iniciadas después de la abolición de la servidumbre (en 1861), aceleradas por la revolución de 1905 y después por las políticas de Stolypin<sup>3</sup>, habían producido ya una “demanda de propiedad” que la revolución de 1917 consagró mediante una reforma agraria radical. Y, como se sabe, los

3. Primer ministro del zar Nicolás II (*N. del t.*).

nuevos pequeños propietarios no renunciaron precisamente con entusiasmo a sus derechos en beneficio de las desdichadas cooperativas concebidas en la década de los treinta. "Otra vía" de desarrollo, a partir de la economía familiar campesina basada en la generalización de la pequeña propiedad, hubiera sido tal vez posible. Pero no se intentó.

Pero ¿dónde están las regiones (aparte de China y Vietnam) en las que precisamente el régimen territorial no se basa (todavía) en la propiedad privada? Se trata, por supuesto, del África intertropical.

Encontramos aquí un viejo debate. A finales del siglo XIX, Marx, en su correspondencia con los *narodniks* rusos (Vera Zassulitch entre otros), osa afirmar que la ausencia de propiedad privada puede constituir una baza para la revolución socialista, permitir el salto a un régimen de gestión del acceso al suelo diferente del que regula la propiedad privada. Pero no precisa qué formas tendría que adoptar este nuevo régimen, ya que el calificativo de "colectivo", por justo que sea, resulta insuficiente. Veinte años después, Lenin estima que esta posibilidad no existe, abolida por la penetración del capitalismo y el espíritu de la propiedad privada que lo acompaña. ¿Juicio correcto o erróneo? No me pronunciaré aquí sobre esta cuestión que supera mis conocimientos de Rusia. Pero la verdad es que Lenin no era muy proclive a dar una importancia decisiva a esta cuestión y que había aceptado el punto de vista de Kautsky en *La cuestión agraria*. Kautsky generalizaba el alcance del modelo de la Europa capitalista moderna y consideraba que el campesinado estaba llamado a "desaparecer" debido a la propia expansión capitalista. Dicho de otro modo, el capitalismo habría sido capaz de "resolver la cuestión agraria". Cierta (en un 80%) para los demás países capitalistas (la tríada: 15% de la población mundial), esta afirmación es falsa para el "resto del mundo" (¡85% de su población!). La historia demuestra no solamente que el capitalismo no ha solucionado esta cuestión para el 85% de los pueblos, sino que, en la perspectiva de proseguir su expansión, ya no podrá solucionarlo (¡salvo por medio

del genocidio! ¡Bonita solución!). Hubo que esperar a Mao Zedong y a los partidos comunistas de China y Vietnam para dar una respuesta adecuada al desafío.

La cuestión volvió a plantearse en los años sesenta con el acceso de África a la independencia. Los movimientos de liberación nacional del continente, los Estados y los Estados-partidos que surgieron de ellos, se habían beneficiado en diferentes grados del apoyo de las mayorías campesinas de sus pueblos. Su propensión natural al populismo les llevaba a imaginar una “vía específica” (“africana”) al socialismo. Esta podía sin duda ser calificada de muy moderadamente radical, tanto en sus relaciones con el imperialismo dominante como en las clases locales asociadas a su expansión. No por ello dejaba de plantear la cuestión de la reconstrucción de la sociedad campesina con un espíritu humanista y universalista. Un espíritu que a menudo resultaba ser muy crítico con las “tradiciones” que los amos extranjeros habían movilizado, por lo demás, en su provecho.

Todos los países africanos —o casi— han adoptado el mismo principio, formulado en un “derecho de propiedad eminente del Estado” sobre el conjunto del suelo. Yo no soy de los que consideran que esta proclamación haya sido “un error” ni que haya sido motivada por un “estatalismo” extremo.

El examen de los modos reales de funcionamiento del sistema actual de encuadramiento del campesinado y de su integración en la economía mundial capitalista permite medir la amplitud del desafío. Este encuadramiento lo asegura un sistema complejo que apela a la vez a la “costumbre”, a la propiedad privada (capitalista) y a los derechos del Estado. La “costumbre” en cuestión es una costumbre degenerada y no sirve más que de decorado para el discurso de los dictadores que hacen la consabida apelación a la “autenticidad”, la hoja de parra con la que creen poder tapar su avidez de saqueo y su traición ante el imperialismo. La propensión a la expansión de la apropiación privativa no topa

con ningún otro impedimento serio que la eventual resistencia de sus víctimas. En determinadas regiones, mejor situadas para asentar cultivos ricos (zonas irrigadas, extrarradios hortícolas), la tierra se compra, se vende y se alquila sin que exista ningún título territorial formal.

La propiedad preeminente del Estado, cuyo principio defiende, se convierte ella misma en el vehículo de la apropiación privativa. El Estado puede de este modo “ceder” las tierras necesarias para la instalación de una zona turística, de una empresa de agronegocio local o extranjera o de una granja del Estado. Los títulos territoriales necesarios para el acceso a los perímetros habilitados son objeto de unas distribuciones raramente transparentes. En todos los casos, las familias campesinas que ocupan dichas tierras y a las que se pide que salgan corriendo son las víctimas de estas prácticas de abuso de poder. Pero “abolir” la propiedad preeminente del Estado para transferirla a los ocupantes no es viable en realidad (¿habría que hacer el catastro de todos los territorios campesinos!) y en la medida en que se intentase permitiría a los notables rurales y urbanos apoderarse de las mejores parcelas.

La respuesta correcta a los desafíos de la gestión de un sistema territorial no basado en la propiedad privada (por lo menos de manera dominante) pasa por la reforma del Estado y su implicación activa en la puesta en práctica de un sistema de gestión del acceso al suelo modernizado, eficaz (económicamente) y democrático (para evitar, o por lo menos reducir, las desigualdades). La solución no es en ningún caso el “regreso a la costumbre”, por lo demás imposible, y que no serviría más que de medio para acentuar las desigualdades y abrir la vía al capitalismo salvaje.

No puede decirse que ninguno de los Estados africanos no haya intentado nunca ir por la vía aquí recomendada.

En Mali, la Unión Sudanesa, el día siguiente de la independencia en setiembre de 1961, iniciaba lo que se ha calificado muy incorrectamente de “colectivización”. De hecho, las cooperativas instauradas no eran



cooperativas de producción, pues ésta siguió siendo responsabilidad exclusiva de las explotaciones familiares. Constituían una forma de poder colectivo modernizado que sustituía a la supuesta “costumbre” en la que se había basado el poder colonial. El partido que asumía este nuevo poder moderno tenía por otra parte una conciencia clara del desafío y se había fijado el objetivo de abolir las formas consuetudinarias del poder —consideradas “reaccionarias”—, e incluso “feudales”. Sin duda, este nuevo poder campesino, formalmente democrático (los responsables eran elegidos), solamente lo era en realidad en la medida en que lo eran el Estado y el partido. Ejercía en todo caso responsabilidades “modernas”; velar para que el acceso al suelo se efectuase “correctamente”, es decir, sin “discriminación”; gestionar los créditos, la repartición de los “inputs” (suministrados por el comercio de Estado) y la comercialización de los productos (igualmente en parte entregados al comercio de Estado). El hecho es que el nepotismo y las exacciones no han sido nunca totalmente erradicados en la práctica. Pero la única respuesta a estos abusos hubiese sido la democratización progresiva del Estado, no su “retirada”, como lo impuso posteriormente el liberalismo (mediante una dictadura militar de una violencia extrema), en beneficio de los comerciantes (“dioulas”).

Otras experiencias, en las zonas liberadas de Guinea Bissau (bajo el impulso de las teorías avanzadas por Amílcar Cabral), en Burkina Faso en la época de Sankara, abordaron frontalmente estos desafíos y en ocasiones produjeron unos avances indiscutibles que hoy algunos tratan de borrar de las mentes. En Senegal, la instauración de colectividades rurales electas constituye una respuesta cuyo principio yo defiendo sin vacilar. La democracia es una práctica cuyo aprendizaje no conoce fin, ni en Europa ni en África.

Lo que el discurso dominante del momento entiende por “reforma del sistema territorial” va exactamente en el sentido contrario al que exige la construcción de una alternativa auténtica basada en la de una

economía campesina próspera. Este discurso, vehiculado por los instrumentos de la propaganda del imperialismo colectivo —el Banco Mundial, muchas agencias de cooperación y también muchas ONGs muy bien apoyadas financieramente— entiende por reforma territorial la aceleración de la privatización del suelo y nada más. El objetivo es evidente: crear las condiciones que permitirían a unos islotes “modernos” del agronegocio (extranjero o local) apoderarse de las tierras que necesitan para su expansión. Pero las producciones suplementarias que estos islotes podrían proporcionar (para la exportación o para el mercado local solvente) no podrán jamás hacer frente al desafío de las exigencias de la construcción de una sociedad próspera para todos, que implica la progresión de la economía familiar campesina en su conjunto.

*Una reforma territorial concebida desde la perspectiva de la construcción de una alternativa real, eficaz y democrática, basada en una producción campesina familiar próspera, ha de definir el rol del Estado (propietario eminente principal) y el de las instituciones y los mecanismos de gestión del acceso al suelo y a los medios de producción*

No excluyo aquí las fórmulas complejas y mixtas, por lo demás específicas de cada país. La propiedad privada del suelo puede ser aceptada, por lo menos allí donde está establecida y es considerada legítima. Su reparto puede —o debe— ser revisado allí donde esto se impone, por medio de reformas agrarias (en el África subsahariana, en África del Sur, en Zimbabue y en Kenia). No excluyo tampoco necesariamente y en todos los casos la apertura de espacios —controlados— a la implantación del agronegocio. Pero lo esencial está en otra parte: en la modernización de la producción campesina familiar y en la democratización de la gestión de su integración en la economía nacional y en la mundialización.

No dispongo de ninguna "receta preparada" para proponer en estos casos. Me limitaré pues a evocar algunos de los principales problemas que plantea esta reforma.

La cuestión democrática constituye el eje indiscutible de la respuesta al desafío. Se trata de una cuestión compleja y difícil que no se puede reducir al discurso insípido de la buena gobernanza y del pluripartidismo electoral. La cuestión comporta un aspecto cultural indiscutible: la democracia invita a abolir las "costumbres" que le son hostiles (los prejuicios relativos a las jerarquías sociales y sobre todo la forma de tratar a las mujeres). Comporta aspectos jurídicos e institucionales: la construcción de sistemas de derechos administrativos, comerciales y personales coherentes con los objetivos del proyecto de construcción social, y la instauración de instituciones (en general por elección) adecuadas. Pero sobre todo y en definitiva, el progreso de la democracia dependerá del poder social de sus defensores. La organización de movimientos campesinos es, en este sentido, absolutamente irremplazable. Solamente en la medida en que los campesinos puedan expresarse se abrirán camino los avances en dirección a lo que se conoce como "democracia participativa" (por oposición a la reducción del problema a las dimensiones de la "democracia representativa").

La cuestión de las relaciones entre los hombres y las mujeres constituye una dimensión no menos esencial del desafío democrático. Quien dice "explotación familiar (campesina) hace evidentemente referencia a la familia, la cual se caracteriza hasta hoy y en casi todas partes por unas estructuras que imponen la sumisión de las mujeres y la sobreexplotación de su fuerza de trabajo. La transformación democrática no se llevará a cabo en estas condiciones sin movimientos organizados de las mujeres implicadas.

Hay que llamar la atención sobre la cuestión de las migraciones. Los derechos "consuetudinarios" excluyen en general a los "extranjeros" (es decir, a todos aquellos que no pertenecen a los clanes, linajes y familias

que constituyen la comunidad aldeana de origen) del derecho al suelo, o condicionan su acceso al mismo. Ahora bien, las migraciones ocasionadas por el desarrollo colonial y post-colonial han tomado a veces unas dimensiones que trastornan los conceptos de "homogeneidad" étnica de las regiones afectadas por este desarrollo. Los emigrados, de origen exterior al Estado de que se trata (como los burkina-be de Costa de Marfil) o, aunque sean formalmente ciudadanos del mismo Estado, de origen "étnico" extranjero respecto a las regiones en las que se establecen (como los hausa en el Estado nigeriano de Plateau), ven cuestionados sus derechos sobre las tierras que cultivan por movimientos políticos cortos de alcance y chovinistas, sin beneficiarse tampoco de ninguna clase de apoyo exterior. Derrotar ideológica y políticamente a los "comunitarismos" en cuestión y denunciar sin concesiones los discursos paraculturales subyacentes es una de las condiciones ineludibles para un auténtico avance democrático.

El conjunto de análisis y de propuestas objeto de los desarrollos precedentes afecta solamente al estatus de la propiedad y a las reglas de acceso al suelo. Estas cuestiones constituyen efectivamente un eje mayor en los debates relativos al futuro de la producción agrícola y alimentaria de las sociedades campesinas y de los individuos que las componen. Pero no cubren todas las dimensiones del desafío. El acceso al suelo sigue careciendo de potencial transformador de la sociedad si el campesino que se beneficia del mismo no tiene forma de acceder a los medios indispensables para la producción en unas condiciones convenientes (crédito, semillas, "inputs", acceso a los mercados). Las políticas nacionales y las negociaciones internacionales cuyo objeto es definir los marcos en los que se determinan los precios y las rentas constituyen la materia de este otro aspecto de la cuestión campesina.

Sobre estas cuestiones remito al lector a los escritos de Jacques Berthelot, el mejor analista crítico de los proyectos de integración de la producción agrícola y alimentaria en los mercados "mundiales".

Nos limitaremos, pues, aquí a recordar las dos principales conclusiones y propuestas a las que hemos llegado:

Primero: No se puede aceptar tratar la producción agrícola y alimentaria y el suelo como “mercancías” ordinarias y con ello acordar la necesidad de integrarlas en el proyecto de la liberalización mundializada promovida por las potencias dominantes y el capital transnacionalizado.

La agenda de la OMC tiene que ser pura y simplemente rechazada. Hay que convencer a la opinión pública de Asia y África, empezando por las organizaciones campesinas, pero también, más allá de ellas, a todas las fuerzas sociales y políticas que defienden los intereses de las clases populares y los de la nación (y especialmente las exigencias de su soberanía alimentaria), a todos aquellos que no han renunciado a un proyecto de desarrollo digno de este nombre, de que las negociaciones emprendidas en el marco de la agenda de la OMC no pueden ser sino catastróficas para los pueblos de Asia y África. El capitalismo ha llegado a un punto en el que la continuación de su expansión exige la puesta en práctica de políticas de “cercado” a escala mundial, análogas a las *enclosures* del primer momento de su desarrollo en Inglaterra. Salvo que hoy, la destrucción a escala mundial de las “reservas campesinas” de mano de obra barata no será más que un sinónimo del genocidio de la mitad de la humanidad.

Segundo: No es posible seguir aceptando el comportamiento de las principales potencias imperialistas (Estados Unidos y Europa), por lo demás asociadas en sus asaltos contra los pueblos del Sur en el seno de la OMC. Es preciso hacer constar que estas potencias que tratan de imponer unilateralmente las propuestas del “liberalismo” a los países del Sur, no dejan de evitarlas ellas mismas mediante unos comportamientos que no es posible calificar de otro modo que de engaños sistemáticos.

La Farm Bill de Estados Unidos y las políticas agrícolas de la Unión Europea violan los mismos principios que la OMC pretende imponer

a los demás. Los proyectos de “cooperación” propuestos por la Unión Europea para responder a la convención de Cotonou, a partir del 2008, son verdaderamente “criminales”, para emplear la expresión fuerte pero justa de Jacques Berthelot.

Se puede y se debe, por tanto, incoar un proceso contra estas potencias en las instancias propias de la OMC previstas al efecto. Un grupo de países del Sur podría hacerlo. Tiene que hacerlo.

La alternativa pasa por unas políticas nacionales de construcción/reconstrucción de fondos nacionales de estabilización y de apoyo a las producciones afectadas, completadas por la instauración de unos fondos internacionales comunes para los productos básicos, que permitan una reorganización alternativa eficaz de los mercados internacionales de los productos agrícolas. Remito aquí al lector a las propuestas hechas por Jean-Pierre Boris.

Los campesinos de Asia y de África se organizaron en la etapa anterior de las luchas de liberación de sus pueblos. Encontraron su lugar en el seno de unos potentes bloques históricos que les permitieron conseguir la victoria sobre el imperialismo de la época. Bloques que en ocasiones fueron revolucionarios (China y Vietnam) y hallaron sus bases rurales principales en las clases mayoritarias de campesinos medios, pobres y sin tierras. O cuando, en otros lugares, fueron dirigidos por las burguesías nacionales o por las capas que aspiraban a convertirse en ellas, en las clases de los campesinos ricos y medios, aislando en unos casos a los grandes propietarios y en otros a las “jefaturas consuetudinarias” a sueldo de la colonización.

Una vez que se gire página, el desafío del nuevo imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón) solamente será relevado si se constituyen en Asia y en África unos bloques históricos que no pueden ser un “remake” de los precedentes. Definir, en las nuevas condiciones, la naturaleza de dichos bloques, sus estrategias y sus objetivos inmediatos y a más largo plazo es el desafío al que tiene que hacer

frente el movimiento llamado altermundialista y sus componentes constitutivos de los foros sociales. Un desafío mucho más serio de lo que imaginan un gran número de los movimientos comprometidos en las luchas en curso.

## 6. Un desafío complejo y multidimensional

¿Es tan “eficaz” la vía de la modernización capitalista como pretenden los economistas convencionales?

Imaginemos que, por este medio, se obtenga una duplicación de la producción (pasando, pues, del índice 100 al índice 200) al precio de la eliminación de un excedente del 80% de agricultores (el índice del número de éstos cae de 100 a 20). El beneficio aparente, medido por el crecimiento de la producción por trabajador activo, es considerable: se multiplica por diez. Pero con respecto al conjunto de la población implicada solamente se multiplica por dos. Sería pues preciso distribuir gratuitamente todo este crecimiento de la producción para simplemente mantener con vida a los campesinos eliminados que no encuentren un empleo alternativo en la ciudad.

De este modo se expresa muy exactamente lo que escribía Marx a propósito de la pauperización asociada a la acumulación del capital.

El desafío (“basar el desarrollo en la renovación de las sociedades campesinas”) es multidimensional. Me limitaré aquí a llamar la atención sobre las condiciones de la construcción de unas alianzas políticas necesarias y posibles que permitan proponer soluciones (en el interés de los campesinos trabajadores, por supuesto) a todos los problemas planteados: acceso al suelo y a los medios para explotarlo correctamente, remuneración correcta del trabajo campesino, mejora de esta remuneración en paralelo a la de la productividad de este trabajo, regulación correcta de los mercados a nivel nacional, regional y mundial.

En Asia y en África han surgido nuevas organizaciones campesinas que animan visiblemente diversas luchas en curso. A menudo, cuando los sistemas políticos hacen imposible la constitución de organismos formales, las luchas sociales en el campo adoptan la forma de “movimientos” sin direcciones, al menos aparentes. Hay que analizar más estas acciones y los programas, cuando existen. ¿A qué fuerzas sociales campesinas representan y qué intereses defienden? ¿Los de las masas mayoritarias? ¿O los de las minorías que aspiran a encontrar su lugar en la expansión del capitalismo mundializado dominante? Hemos de desconfiar de las respuestas demasiado rápidas a estas cuestiones complejas y difíciles. Guardémonos de “condenar” a ciertas organizaciones y movimientos con el pretexto de que no movilizan a las mayorías campesinas en torno a unos programas radicales. Esto equivaldría a ignorar las exigencias de la formulación de alianzas grandes y de estrategias de etapas. Pero guardémonos igualmente de suscribir el discurso del “altermundialismo ingenuo” que a menudo marca la pauta en los foros y alimenta la ilusión de que el mundo estaría en la buena vía con la simple existencia de los movimientos sociales. Un discurso que ciertamente es más propio de muchas ONGs –posiblemente cargadas de buena voluntad– que de las organizaciones campesinas y obreras.

No soy tan ingenuo como para pensar que todos los intereses que estas alianzas podrían reunir son naturalmente convergentes. En todos los campesinados hay ricos y pobres (a veces sin tierras). Las condiciones de acceso al suelo son el producto de trayectorias históricas diferentes que, en unos casos, han inculcado la aspiración a la propiedad en las mentalidades, y en otros han protegido los derechos del acceso al suelo de la mayoría. Las relaciones de los campesinados con el poder de Estado son también el producto de recorridos políticos diferentes, especialmente en lo relativo a los movimientos de liberación nacional de Asia y de África: populismos, democracias campesinas, autocracias de Estado anticampesinas traducen la diversidad de estas herencias. Las



modalidades de gestión de los mercados internacionales favorecen a unos y penalizan a otros. Estas divergencias de intereses hallan su eco a veces en la multiplicidad de las organizaciones campesinas, y a menudo en las divergencias de las estrategias políticas adoptadas.

## Referencias

Los análisis y propuestas ofrecidos en este estudio conciernen solamente a Asia y a África. Las cuestiones agrarias en América Latina y en el Caribe tienen sus particularidades y a veces su singularidad. Así, en el Cono Sur del continente (Brasil meridional, Argentina, Uruguay y Chile) el latifundismo modernizado, mecanizado y beneficiario de mano de obra barata constituye la forma de explotación mejor adaptada a las exigencias de un sistema capitalista mundializado liberal, más competitivo incluso que la agricultura de Estados Unidos y de Europa.

Samir Amin et alii, *Las luchas campesinas y obreras frente a los desafíos del siglo XXI*; Ed. El Viejo Topo, Barcelona 2005; referencia a las luchas campesinas de Asia y de África (China, India, Filipinas, Sri Lanka, Egipto, Etiopía, África Occidental, África del Sur y Zimbabue).

Marcel Mazoyer y Laurence Roudard, *Histoire des agricultures du monde*; Seuil 1997.

Jacques Berthelot, *L'agriculture, talon d'Achille de l'OMC*, web del Forum du Tiers Monde.

Jacques Berthelot, *Quels avenir pour les sociétés paysannes de l'Afrique de l'Ouest?*  
Id.

Mahmood Mamdani, *Citoyen et sujet, l'Afrique contemporaine et l'héritage du colonialisme tardif*; Karthala 2004.

S. Amin, "L'Inde, une grande puissance?", en *Por un mundo multipolar*; Ed. El Viejo Topo.

Chayanov, *On the theory of the non-capitalist system*.

Karl Kautsky, *La cuestión agraria*.

Bruno Parmentier, *Nourrir l'humanité*, 2007.

Archie Majeje, *The Agrarian Question, Access to Land and Peasant Responses in Sub Saharan Africa*, UNRISD.

Issa Shivji, entrevistado por Marc Wuyts, en *Development and Change*, 2008.

Sam Moyo, *Land in the Political Economy of African Development*, de próxima aparición.

## ¿Humanitarismo o internacionalismo de los pueblos?

La tradición revolucionaria y socialista se ha proclamado siempre internacionalista, por lo menos en sus intenciones y visiones de la humanidad y de su porvenir socialista.

Esta tradición la inició la Revolución Francesa, que, en su momento radical, abolió la esclavitud, algo en lo que la supuesta “revolución americana” ni siquiera pensó. Los esclavos (de Santo Domingo) conquistaron su libertad (nadie se la concedió) y ahora son ciudadanos.

La nueva tradición podía reivindicar su pertenencia a la Ilustración y al humanismo, aunque este último concepto todavía estaba de hecho limitado al cosmopolitismo de las clases ilustradas.

El movimiento socialista, utópico y marxista, llevó aún más lejos el imaginario del socialismo mundial venidero y definió de una manera más consecuente las exigencias del combate para hacerlo realidad. Marx se burla de la propuesta que hicieron algunos en el momento de la fundación de la Asociación Internacional de Trabajadores sugiriendo la fórmula “todos los hombres son hermanos” (¡Marx niega ser el “hermano” de todos los hombres!). En su lugar, logra que se acepte la fórmula “Proletarios de todos los países, uníos”. Marx llega a decir que “los proletarios no tienen patria”, frase que después muchos han malinterpretado.

En la práctica, el movimiento obrero y socialista de los centros capitalistas/imperialistas no ha sido siempre consecuente en este punto. Ha seguido en gran parte una deriva hacia el social/colonialismo asociado a su lectura lineal y determinista de la historia: primero el capitalismo (que las periferias, supuestamente “atrasadas” en el camino que conduce al mismo, han de alcanzar compensando este “retraso”) y luego el socialismo. Esta deriva está en gran parte relacionada con lo que yo he analizado como “la renta imperialista”. Por contra, la toma en consideración del contraste centros/periferias habría tenido que imponer la restitución a la nación de las periferias dominadas en cuestión de su lugar en el combate contra el capitalismo, indisociable del imperialismo. Por añadidura, esta deriva se acompaña de la adhesión a la patria (imperialista), llegando hasta la sumisión a las llamadas chovinistas a la guerra interimperialista. ¿Superada –en el caso de Europa, no en los de Estados Unidos y el Japón– por el nuevo cosmopolitismo de la Unión Europea? No es nada evidente.

El marxismo histórico de la Tercera Internacional –el marxismo-leninismo– quiso romper con esta deriva y formuló una distinción, que también se ha hecho famosa y que ha sido igualmente mal comprendida, entre el “cosmopolitismo burgués” y el “internacionalismo proletario”. La distinción se basa, sin embargo, en una realidad objetiva de primera importancia: la formación gradual de la oligarquía plutocrática del imperialismo colectivo. En cierto modo, pues, la fórmula se avanzaba a su tiempo: el cosmopolitismo, entendido como la solidaridad de los fragmentos “nacionales” de la oligarquía mundializada, consciente de las exigencias de su gestión colectiva del sistema mundial, es hoy más visible de lo que podía serlo antes (o incluso después) de la Segunda Guerra Mundial.

El abandono del “marxismo” (del marxismo histórico, primero, y después del propio Marx) tras el agotamiento de la primera oleada de luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos del

siglo XX se salda, no con un avance en la conciencia de las exigencias del internacionalismo de los dominados y los explotados, sino con un retroceso a las posiciones de la caridad y el humanitarismo. El humanitarismo y la ayuda al desarrollo constituyen el eje central de esta sustitución, y contribuyen a evitar el enfrentamiento con el verdadero desafío: salir del capitalismo y, en el caso de las periferias, iniciarlo haciendo retroceder la dependencia, la ayuda, la caridad humanitaria, mediante su desconexión del sistema imperialista global.

### 1. La cuestión previa ineludible: ¿sostener qué desarrollo?

Se convendrá fácilmente que debatir sobre la ayuda no tiene sentido sin una lúcida consideración de la visión y de la estrategia del desarrollo adoptada por el Estado beneficiario de la ayuda en cuestión.

A partir de 1981 (reunión del G7 en Cancún), las potencias occidentales proclamaron, en boca del presidente Reagan y con el apoyo de sus colegas europeos, que ellos (los poderes de los países del G7) sabían “mejor que los propios países del Sur” lo que les convenía hacer. El consenso de Washington, las políticas de “reajuste estructural”, tradujo esta toma de posición (retorno a la colonización) en unas políticas efectivamente puestas en práctica posteriormente (y hasta hoy mismo). Pese a la crisis profunda que, sin duda, habría tenido que poner en entredicho la visión global de la “mundialización liberal”, esta posición no ha cambiado.

El “desarrollo” no puede reducirse a su principal dimensión económica aparente —el crecimiento del PIB y la expansión de los mercados (de las exportaciones y de los mercados internos), ni siquiera combinada y completada por la toma en consideración de sus dimensiones “sociales” (grados de desigualdad en la repartición de las rentas, acceso a los servicios públicos: educación, sanidad). El “desarrollo” es un pro-

ceso global que implica la definición de sus objetivos políticos y de sus articulaciones (democratización de la sociedad y emancipación de los individuos, afirmación del poder y de la autonomía de la nación en el sistema mundial).

Esta observación es tanto más importante cuanto que la constatación del “fracaso del desarrollo” es tan general como la ayuda, pues los países implicados ven su dependencia en este sentido aumentar y no reducirse con el tiempo.

El debate sobre la ayuda se ha metido en una especie de corsé muy estrecho cuya arquitectura fue definida en la *Paris Declaration on Aid Effectiveness* (2005), ella misma redactada en el seno de la OCDE y retomada para ser “endosada” (“impuesta”) por los países beneficiarios.

De entrada, el procedimiento elegido es ilegítimo. Si, como se pretende, hay en la ayuda dos agentes —en principio iguales—, el país donante y el país beneficiario, la arquitectura del sistema tendría que ser negociada entre estos dos conjuntos de Estados. Pero esto no se da. La iniciativa es unilateral; es la OCDE la responsable exclusiva de la redacción de la Declaración de París. Igual que la Declaración relativa a los objetivos del milenio, redactada por el Departamento de Estado para ser leída por el Secretario General de las Naciones Unidas en la Asamblea de la organización, la Declaración de París no implica a la comunidad internacional. Además, los países no “occidentales” que no están inscritos en la lista de los beneficiarios potenciales de la ayuda, en particular los que también son “donantes”, han rechazado, con toda legitimidad, asociarse al “Club de los donantes” propuesto por la Declaración. Para implicar verdaderamente a la comunidad internacional, se habría tenido que constituir en el seno de la ONU una comisión encargada de esta responsabilidad que asociase desde el principio y realmente en un pie de igualdad a unos y otros. El procedimiento adoptado se inscribe en la estrategia política de los países de la tríada encaminada a desacreditar a la ONU y a sustituirla por el G7 y

por sus instrumentos, autocalificándose de “comunidad internacional”, lo que es una impostura.

El ámbito de las responsabilidades de los países ricos se define a partir del alineamiento omnipresente con los principios de la mundialización liberal. Unas veces expresado explícitamente: favorecer la liberalización, la apertura de los mercados, volverse “atractivo” para la inversión privada extranjera. Y otras veces expresado indirectamente: respetar las reglas de la OMC. En este aspecto, la Declaración de París constituye un retroceso por comparación a las prácticas “de los decenios del desarrollo” (1960-1970), cuando era más admitido el principio de libre elección por parte de los países del Sur de su sistema y de sus políticas económicas y sociales.

La asimetría en las relaciones donantes/ayudados se vio a su vez reforzada por la insistencia en la “armonización de las políticas de los donantes” que redujo el margen del que se beneficiaban efectivamente los países del Sur durante los decenios del desarrollo. En lugar de “cooperación” habría que hablar de “intensificación del control ejercido sobre los países ayudados por la colectividad de los Estados de la tríada”. La cooperación no está en progresión, sino en retroceso respecto a lo que había sido en la práctica en la época de Bandung. Si es bueno poner por delante el término “cooperación”, es precisamente porque no se quiere cooperar. Como decía George Orwell, la diplomacia prefiere hablar de paz cuando prepara la guerra. Es más eficaz.

Por lo demás, la Declaración reforzó los medios del control político de la tríada por la agregación a la condicionalidad económica general (someterse a las exigencias de la mundialización liberal... ¡hoy presa del desconcierto!) de una condicionalidad política: el respeto a los derechos humanos, la democracia electoral y pluripartidista, la buena gobernanza. Se finge ignorar que la democratización de las sociedades es un proceso largo y difícil, producido por las luchas sociales y políticas en los países en cuestión, que no puede sustituirse en absoluto por el

sermón pronunciado por los heraldos de las buenas causas –nacionales, y con más razón extranjeros– y todavía menos por las presiones “diplomáticas”. Por lo demás, en este campo, la realidad –es decir, la fórmula “dos pesos, dos medidas”– salta a la vista.

La Declaración trata de atenuar la gravedad de las consecuencias de las estrategias en el marco de las cuales sitúa su acción (el ajuste estructural, la liberalización mundializada) mediante un discurso nuevo, el de la “pobreza” y el de los planes de “reducción” de esta, a los que la ayuda tendría que dar prioridad.

## **2. La pobreza, la sociedad civil, la buena gobernanza: la pobre retórica del nuevo discurso humanitario**

El discurso dominante se propone el objetivo de “reducir (tal vez erradicar en aquellas de sus formas que se consideran radicales) la pobreza”, apoyándose en la “sociedad civil”, para sustituir por una “buena gobernanza” otra considerada “mala”.

El propio término de “pobreza” pertenece a un lenguaje viejo como el mundo, el de la caridad (de origen religioso o no). Este lenguaje pertenece al pasado, no al presente, ni con más razón al futuro. Es anterior a la constitución del lenguaje desarrollado por el pensamiento social moderno, que trata de ser científico, es decir, de descubrir los mecanismos que engendran un fenómeno observable y observado.

La “justicia social” ya no es un concepto científico. Su proyecto es borroso e impreciso por naturaleza, y los medios para llegar a realizarla no van más allá de la enumeración de medidas no integradas (y no integrables) en una estrategia coherente. El contraste con el lenguaje de la Francia revolucionaria y de Marx, que apela a la igualdad y pone de relieve su complementariedad contradictoria con la libertad (ella misma asociada con la propiedad), permite captar el retroceso del pen-



samiento que se expresa con el discurso de la “justicia social”. Las pampinas del jurista norteamericano Rawls, los sermones de Amartya Sen (premio Nobel) y las propuestas “prácticas” de Joseph Stiglitz (el “rebelde” del Banco Mundial) no consiguen salvar este miserable no pensamiento.

La expresión “sociedad civil”, cuyo uso está últimamente “de moda”, procede de Estados Unidos. Esta concepción está relacionada con una estrategia de su construcción sobre la base de “comunidades”, de empresas privadas supuestamente más cercanas al hombre de la calle (consumidor más que ciudadano) y por ello más eficaces. Esta opción define los “bienes colectivos” (“common goods”: educación, sanidad). De hecho, el método abre espacios a la expansión del capital. Contrasta con la concepción europea de los servicios públicos y de la sociedad civil entendida como el conjunto de las organizaciones populares de defensa de los derechos.

La sociedad civil, en esta práctica, designa raramente a las organizaciones propias de la tradición de las luchas populares (que son los sindicatos, las organizaciones campesinas, los partidos políticos “obreros” y a veces “campesinos”). En su lugar el discurso de moda da la preeminencia a las “ONGs”. Esta opción es indisociable de otra cara de la ideología dominante que ve en el “Estado” al adversario por naturaleza de la libertad. En las condiciones de nuestro mundo real, esta ideología equivale a legitimar a “la jungla de los negocios” como lo ilustra la crisis financiera en curso. En las condiciones del tercer mundo real, las ONGs favorecidas a menudo son en realidad, como nos recuerdan los discursos irónicos (y justos) acerca de ellas, GONGs (ONGs del gobierno) o MONGS (ONGs que actúan como mafias) o TONGS (ONGs de transmisión de las políticas de los donantes), etc.

La sociedad civil es entonces el conjunto de las asociaciones de vecinos, de “comunidades” (el concepto es indisociable de la adhesión a la ideología “comunitarista”) “de intereses” locales (la escuela, el hospital,

las zonas verdes), ellas mismas, por tanto, indisociables de unas ideologías fragmentadas y separadas unas de otras (el “género” comprendido en este sentido limitado, el respeto por la naturaleza, igualmente instituido en objetivo separable de los demás). Si bien la defensa de las reivindicaciones de las asociaciones en cuestión que constituyen entonces la supuesta “sociedad civil” es a menudo legítima, la ausencia –querida o no– de su integración en una visión social de conjunto implica la adhesión al dogma del consenso. Dicho de otro modo, en la medida en que estas reivindicaciones conducen a alguna parte, se puede constatar que “cuanto más cambian las cosas, más iguales parecen”.

Ciertamente, a través de las ONGs en cuestión, segmentos de la sociedad expresan su defensa de intereses o de causas particulares, sin duda frecuentemente legítimas (la democracia y los derechos humanos, los derechos de las mujeres, el respeto al medio ambiente, etc.), pero a veces dudosas (los “comunitarismos”). La cosa tiene que ver también frecuentemente con la sustitución de una carencia del Estado (en materia de educación o de salud, por ejemplo). Organizaciones a menudo interclasistas por naturaleza, que movilizan con éxito a segmentos de las clases medias, tienen mucho menos éxito con las clases populares. En estas condiciones, la “sociedad civil” en cuestión no ofrece un marco adecuado a la cristalización de proyectos alternativos de conjunto, por definición coherentes y políticos. Esta “sociedad” es objeto de encerramientos en la “anti-política, anti-Estado”, en ocasiones el medio para legitimar la inacción (el discurso sobre la “multitud” cumple esta función). Es también objeto de manipulaciones y ha servido entre otras cosas de ariete contra los regímenes “socialistas” o “nacional-populistas”. Las deficiencias de estos regímenes son entonces denunciadas no por la izquierda sino por la derecha, con la intención de defender la restauración del capitalismo puro y simple. La ideología subyacente, que es la del “liberalismo americano”, invita a abandonar las herencias positivas de la cultura política de la izquierda (la Ilustración, la emancipa-

ción y la igualdad, el socialismo, alternativa de conjunto a la dominación del capital sobre el trabajo).

La “gobernanza” fue inventada como sustituto del “poder”. La oposición entre sus dos calificativos –buena o mala gobernanza– recuerda el maniqueísmo y el moralismo, que sustituyen a un análisis de la realidad tan científico como sea posible. Una vez más, esta moda procede de la sociedad ultra-atlántica, donde el sermón domina a menudo el discurso político.

La “buena gobernanza” supone que los “decisores” sean “justos”, “objetivos”, “imparciales” y evidentemente “honestos”. A un lector oriental, la lista de calificaciones producidas en este sentido por la superabundante literatura de los servicios de propaganda americanos le recuerda inmediatamente las “quejas” que en otros tiempos presentaban los “súbditos leales” a los déspotas, a los que invitaban a ser justos (¡no ya ilustrados!). Las propuestas relativas al establecimiento de las “instituciones de buena gobernanza” no son mucho mejores: una lista interminable de “criterios” producidos por una imaginación burocrática que ha perdido el control de su verborrea. La ideología visible subyacente se emplea simplemente para eliminar la verdadera cuestión: ¿qué intereses sociales representa y defiende el poder instaurado, sea el que sea? ¿Cómo hacer avanzar la transformación del poder para que devenga progresivamente el instrumento de las mayorías, en particular de las víctimas del sistema? En el bien entendido de que la receta electoral pluripartidista ha puesto en evidencia sus límites desde este punto de vista.

En conjunto, sociedad civil, buena gobernanza, justicia social y lucha contra la pobreza constituyen una ideología perfectamente funcional: lo esencial –el poder real de la oligarquía capitalista– es eliminado del debate.

### 3. Intervenciones humanitarias, ayuda al desarrollo, geoeconomía, geopolítica y geoestrategia

La elección de los beneficiarios, de las formas de intervención, de los objetivos inmediatos aparentes es indisociable de la identificación de los verdaderos objetivos geopolíticos.

El África subsahariana está perfectamente integrada en este sistema global y de ninguna manera "marginada", como desgraciadamente se dice demasiado a menudo sin reflexionar: el comercio exterior de la región representa un 45% de su PIB, frente a un 30% en el caso de Asia y América Latina, y un 15% en cada una de las tres regiones constitutivas de la tríada. Así pues, África está cuantitativamente "más" y no "menos" integrada, pero lo está de un modo diferente.

La geoeconomía de la región se basa en dos conjuntos de producciones determinantes en la configuración de sus estructuras y en la definición de su lugar en el sistema global: las producciones agrícolas de exportación "tropicales": café, cacao, algodón, cacahuetes, frutas, aceite de palma, etc; los hidrocarburos y productos mineros: cobre, oro, metales raros, diamantes, etc.

Los primeros son los medios de "supervivencia", más allá de los productos alimenticios destinados al autoconsumo de los campesinos, que financian la intervención del Estado en la economía local y, a partir del gasto público, la reproducción de las "clases medias". El término "repúblicas bananeras" responde, más allá del significado despectivo que vehicula, a la realidad del lugar que las potencias dominantes atribuyen a la geoeconomía de la región. Estas producciones interesan más a las clases dirigentes locales que a las economías dominantes.

En cambio, lo que interesa al más alto punto a estas últimas son los productos de los recursos naturales del continente. Hoy, los hidrocarburos y los minerales raros. Mañana, las reservas para el desarrollo de los agrocarburos, el sol (cuando el transporte a larga distancia de la

electricidad solar lo permita, dentro de unas décadas), el agua (cuando su “exportación” directa o indirecta lo permita. El Níger nos proporciona un ejemplo de manual sobre este tema. Este país se beneficia de una ayuda que cubre el 50% de su presupuesto. Una ayuda “indispensable” para su supervivencia aunque perfectamente ineficaz: el país sigue en cabeza en la lista de los “más pobres del mundo”. Sin embargo, Níger es el tercer exportador mundial de uranio. Situado entre Argelia, Libia y Nigeria, podría sentirse tentado por el “nacionalismo” y recuperar el control de esta riqueza. Areva, la empresa francesa que explota la mina, lo sabe muy bien. Debería ser fácil imaginar que la ayuda a Níger no tiene en realidad otro objetivo que el de mantener al país en su estatus de Estado-cliente.

La carrera en los territorios rurales destinados a convertirse a la expansión de los agrocarburos se inició en América Latina. África ofrece, en este campo, unas posibilidades gigantescas. Madagascar inició el movimiento y ya ha concedido superficies importantes en el oeste del país. La puesta en práctica del Código Rural congoleño (2008), inspirado por la cooperación belga y la FAO, permitirá sin duda al agronegocio apoderarse a gran escala de los suelos agrarios para “darles un valor”, del mismo modo que antes el Código Minero había permitido el pillaje de los recursos minerales de la colonia. Los campesinos, inútiles, pagarán el pato; ¡la miseria agravada que les espera interesará tal vez a la ayuda humanitaria de mañana y a los programas “de ayuda” para la reducción de la pobreza! Durante los años setenta supe de la existencia de un viejo sueño colonial para el Sahel: expulsar a su población (los sahelianos, inútiles) en beneficio de los ranchos (al estilo tejano) de cría intensiva para la exportación.

La nueva fase de la historia que se abre se caracteriza por la agudización de los conflictos para el acceso a los recursos naturales del planeta. La tríada pretende reservarse el acceso exclusivo a esta África “útil” (la de las reservas de recursos naturales) y prohibir el acceso a la misma

a los “países emergentes” cuyas necesidades en este sentido son ya considerables y lo serán cada vez más. La garantía de este acceso exclusivo pasa por el control político y la reducción de los Estados africanos al estatus de “Estados-clientes”.

La ayuda exterior desempeña aquí funciones importantes en el mantenimiento de los Estados en su estatus de Estados-clientes.

En cierta manera, pues, no es abusivo considerar que el objetivo de la ayuda es “corromper” a las clases dirigentes. Más allá de las punciones financieras (desgraciadamente bien conocidas y para las cuales se finge creer que los donantes no tienen nada que ver con ellas), la ayuda, convertida en “indispensable” (en cuanto es la principal fuente de financiación de los presupuestos), cumple esta función política. Es entonces importante que esta ayuda no se reserve exclusivamente e íntegramente a las clases que están en los puestos de mando, al “gobierno”. Es preciso también que interese a las “oposiciones” capaces de sucederlas. El papel de la llamada sociedad civil y de determinadas ONGs encuentra aquí su lugar.

La ayuda en cuestión, para ser realmente políticamente eficaz, tiene igualmente que contribuir a mantener la inserción de los campesinos en este sistema global, inserción que alimenta a la otra fuente de las rentas del Estado. La ayuda debe interesarse pues igualmente en el progreso de la “modernización” de las culturas de exportación.

Igualmente, tiene que facilitar el acceso a los bienes comunes (educación, salud, vivienda) de las clases medias y de fracciones (principalmente urbanas) de las clases populares. El funcionamiento político del Estado-cliente depende en buena medida de ello.

En la época de Bandung y durante los decenios del desarrollo, Asia y África en su conjunto iniciaron unas contra-geopolíticas, definidas por los países del Sur, destinadas a hacer retroceder a las geopolíticas de la tríada. Las condiciones de la época –bipolaridad militar, período de desarrollo global y de una demanda creciente que facilitaba las expor-

taciones del Sur— favorecían esta contraofensiva, obligando a la tríada a hacer concesiones menores o mayores según los casos. En particular, la bipolaridad militar prohibía a los Estados Unidos y a sus socios de la tríada reforzar la potencia de su geopolítica por medio de una geoestrategia basada en la amenaza de intervención militar permanente.

Una vez girada la página de esta época, la geopolítica de la tríada, al servicio de su geoeconomía, se ve reforzada por el arma de su despliegue geoestratégico. Se comprende entonces por qué la ONU tenía que ser, en esta perspectiva, marginada y sustituida, cínicamente, ¡por la OTAN!, el brazo armado de la geopolítica de la tríada. Se comprende entonces por qué el discurso sobre “la seguridad exterior” de los países de la tríada se ha podido desarrollar hasta el punto que lo ha hecho. El discurso sobre la “guerra al terrorismo y a los Estados-canalla”, destinado a legitimar la geoestrategia de la tríada, toma entonces la consabida amplitud.

#### **4. Los contornos de una solidaridad internacional alternativa**

Una ruptura “brutal” de la ayuda en curso—incluso tal como es, desgraciadamente— no es deseable. Por lo demás, se trataría de una declaración de guerra tendente a desestabilizar al poder instaurado y tal vez incluso, más allá de ello, a destruir al Estado. Es por otra parte en esta perspectiva que esta estrategia de “sanciones” ha sido —y es— puesta en práctica (los bloqueos de Cuba y Zimbabue son dos buenos ejemplos de ello).

La opción no es entre la ayuda tal como es y la ausencia de ayuda. Ha de emprenderse la batalla para una transformación radical de la concepción de las funciones de la ayuda tal como se desarrolla en los argumentos del *South Centre*. Solidaridad y no humanitarismo es una importante batalla intelectual, que no tiene que tener ninguna “línea roja” infranqueable.

Esta batalla se inscribe en el mismo marco que todas las que se proponen construir “otro mundo” (mejor), “otra mundialización”, un sistema mundial auténticamente policéntrico, respetuoso con la elección libre (y diferente) de los Estados, naciones y pueblos del planeta. Son el Banco Mundial y los arrogantes tecnócratas “del Norte” los que tienen el monopolio de la producción de recetas válidas para todos y que pretenden imponer.

Los argumentos morales en favor de una deuda del Norte respecto al Sur, dando toda su legitimidad al principio de la “ayuda” (que se convierte entonces en “solidaridad”) no carecen de valor. Más convincentes —por cuanto pueden movilizar a su servicio determinados medios políticos— son los argumentos relativos a la organización de la solidaridad de los pueblos frente a los desafíos del porvenir. En particular, las consecuencias del cambio climático. El proyecto de convención sobre el cambio climático (*UN Framework Convention on Climate Change*, UNFCCC) constituye una base de partida aceptable para imaginar la financiación, por parte de los países opulentos (responsables en primer grado del deterioro del medio ambiente mundial), de programas en beneficio de todos los pueblos del planeta, y en particular de los más vulnerables. Pero precisamente porque esta iniciativa se ha puesto en marcha en el seno de la ONU, las diplomacias occidentales se dedican —es lo menos que puede decirse— a poner trabas a su desarrollo (por no decir a sabotearlo).

La elaboración de una visión global de la ayuda no puede delegarse a la OCDE, al Banco Mundial o a la Unión Europea. Esta responsabilidad corresponde a la ONU y sólo a ella. Que esta organización esté limitada, por naturaleza, por el monopolio de los Estados, que supuestamente representan a los pueblos, sea. Pero es que también lo está por las organizaciones de la tríada. Que se proponga reforzar una presencia más “directa” de los pueblos junto a los Estados, sea. Discutir formas posibles de esta merece atención. Pero esta presencia tiene que ser concebida para reforzar a la ONU. No se puede sustituir por fórmulas de



participación de ONGs (cuidadosamente seleccionadas) en conferencias concebidas y administradas por el Norte (y manipuladas forzosamente por las diplomacias del Norte).

Considero, pues, importante apoyar la iniciativa tomada por el ECO-SOC, el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, el año 2005 para la creación del *Development Cooperation Forum* (DCF). Esta iniciativa pone en marcha, sobre esta cuestión, la construcción de cooperaciones auténticas en la perspectiva de un mundo policéntrico. La iniciativa es, como se podía imaginar, muy mal recibida por las diplomacias de la tríada.

Pero hay que ir más lejos y atreverse a franquear una “línea roja”. No tanto “reformar” el Banco Mundial, la OMC, el FMI. No limitarse a denunciar las consecuencias dramáticas de sus políticas de ayer y de hoy. Sino proponer instituciones alternativas, definir positivamente las tareas y dibujar los contornos institucionales de las mismas.

El debate sobre la ayuda alternativa (solidaria) ha de eliminar en seguida determinadas partidas retenidas por el CAD<sup>4</sup> en concepto de ODA<sup>5</sup> que en realidad no tienen la naturaleza de una “ayuda” del Norte al Sur (¡sino todo lo contrario!).

A la cabeza de esta lista están los “préstamos concesionales”, concedidos a unos tipos de interés supuestamente inferiores a los “del mercado”. Se trata de instrumentos de políticas comerciales puestas en práctica por los Estados de la tríada, agresivos (en cierto modo tanto como lo es el “dumping”), cuyos beneficiarios principales son, en definitiva, los exportadores del Norte.

Las “reducciones de la deuda” decididas a título casi de caridad (visible en la jerga diplomática que acompaña esta decisión) no merecen tampoco figurar en el capítulo de las “ayudas”.

4. Comité de Ayuda al Desarrollo.

5. Official Development Assistance.

En lugar de ello, la respuesta legítima a la cuestión (y no solamente en el plano moral) tendría que conducir a una auditoría del conjunto de las deudas en cuestión (privadas y públicas, del lado acreedor y del deudor). Las deudas reconocidas como inmorales (entre otras por su relación con operaciones de corrupción en una y otra parte), ilegítimas (apoyos políticos mal disimulados, como en el caso del régimen del apartheid sudafricano), usurarias (por los tipos decididos “unilateralmente” por los supuestos “mercados”, por el reembolso íntegro de su capital y mucho más) tendrían que anularse, y las víctimas (los países deudores) indemnizadas en consecuencia por lo “pagado en exceso”. Tendría que crearse una comisión (de la ONU) para que elaborase un derecho internacional digno de este nombre, que, en este ámbito, apenas se ha iniciado.

Por supuesto, las diplomacias de la tríada se niegan a escuchar ninguna propuesta que vaya en este sentido.

La opción por una ayuda alternativa es indisociable de la formulación de un desarrollo alternativo. Pero no es nuestro propósito abordar esta cuestión aquí.

Sin embargo, recordar unos cuantos grandes principios relativos a este desarrollo es útil —y necesario— para dar sentido a las propuestas relativas a la ayuda alternativa que seguirán.

Estos grandes principios son al menos los siguientes:

1. Los problemas del mundo rural y de la agricultura no pueden colocarse en el centro de la definición de una estrategia por otro desarrollo basado en el mantenimiento de una población rural importante (en reducción lenta, y no acelerada).

El acceso tan igual como sea posible al suelo y a los medios de explotarlo correctamente, guía esta concepción de la agricultura campesina. Prioridad al objetivo de la soberanía alimentaria, industrializa-

ción sin la cual es imposible la realización de estos objetivos, cuestionamiento radical de la liberalización mundializada de la producción y del comercio internacional de los productos agrícolas y alimentarios, constituyen los contornos de esta opción (remito al lector al capítulo cinco).

La opción preconizada por el sistema dominante, no puesta en cuestión por la Declaración de París, se sitúa en las antípodas de los principios avanzados aquí. Basado en la rentabilidad financiera, el productivismo a corto plazo (aumentar rápidamente la producción, al precio de la aceleración de la expulsión del excedente de campesinos) responde claramente a los intereses de las transnacionales del agronegocio y a los de una nueva clase de campesinos a ellas asociados, pero no a los de las clases populares y a los de la nación.

2. El desarrollo exige la construcción de sistemas productivos diversificados, es decir, en primer lugar que hayan emprendido el camino de la industrialización.

La perspectiva industrial ineludible no excluye definitivamente la apelación al capital internacional. Fórmulas complejas y diversas de cooperación Estado/privado local (cuando existe)/capital extranjero son más que admisibles, inevitables sin duda. Pero solamente adquieren sentido si se inscriben en una perspectiva que excluya el "liberalismo", reducido a la creación de "condiciones atractivas para las transnacionales", como preconizan la OMC y las agencias de ayuda tal como son. La cooperación real en la toma de decisiones estratégicas, el control de los beneficios reexportados han de acompañar a las estrategias de industrialización.

3. La diversificación (industrialización incluida), ineludible, exige ciertamente la construcción de infraestructuras inexistentes en los países beneficiarios de la ayuda convertida en indispensable para su supervivencia.

Infraestructuras sociales: no hay desarrollo sin una buena educación, de la base a la cima, y sin un pueblo con buena salud. Hay aquí materia para la ayuda (financiera y técnica) que puede ser indiscutiblemente positiva, convertirse en solidaridad. La erradicación de las grandes epidemias y la del SIDA constituyen ejemplos evidentes.

4. A su vez, la diversificación y la industrialización exigirán la construcción de formas de cooperación regionales adecuadas. Los países del continente pueden sin duda prescindir de ellas. Los de población "media" (a partir de 50 millones y más allá) pueden iniciar solos el proceso, sabiendo que toparán rápidamente con unos umbrales que solamente podrán atravesar por medio de la cooperación regional.

Las formas de esta cooperación tienen que ser reinventadas para ser coherentes con los objetivos del desarrollo aquí delineados. Los "mercados comunes" regionales, que dominan en las instituciones vigentes (cuando existen y funcionan) no lo son, ya que ellos mismos fueron concebidos como bloques constitutivos de la mundialización liberal. Remito aquí a mi artículo (*Regionalizaciones, ¿qué regionalizaciones?*).

5. El desarrollo alternativo esbozado aquí impone un verdadero control de las relaciones económicas con el exterior, entre otras el abandono del sistema de los "cambios libres" supuestamente "regulados por el mercado" en beneficio de sistemas nacionales y regionales de cambios controlados. Más allá de la imposible reforma del FMI, las respuestas al desafío invitan a imaginar la instauración de unos Fondos Monetarios Regionales articulados en un nuevo sistema de regulación monetaria mundial, que la crisis actual hace más necesario que nunca. La "reforma" (o "reformita") del FMI no responde a estas exigencias.

De una manera más general, el control de las relaciones exteriores, que no es lo mismo que la autarquía, define el perfil de lo que yo he

calificado de “desconexión”, elemento constitutivo ineludible de la emergencia de una mundialización negociada.

Este desarrollo exige igualmente, esto es evidente, el control nacional de los recursos naturales.

El desarrollo alternativo esbozado se basa en el principio de la prioridad dada a los mercados internos (nacionales y regionales) y, en este cuadro, en primer lugar, a los mercados que respondan a la expansión de la demanda de las clases populares, no al mercado mundial. Es lo que yo llamo un desarrollo autocentrado.

6. El principio de la solidaridad internacional de los pueblos, que yo defiendo, legitima el apoyo a las luchas por la democratización de la sociedad, asociada al progreso social y a los esfuerzos de la reflexión crítica radical.

Con este espíritu, la ayuda pública, ciertamente deseable en sí, ha de contribuir a la reconstrucción del Estado y a su capacidad para cumplir las funciones que le son propias (el servicio público en los campos de la educación, de la salud, del suministro de agua y electricidad, de los transportes públicos, de la vivienda social, de la seguridad social), y a las que ni el sector privado (que se reservará las únicas tajadas rentables de estas actividades), ni el asociativo (por bienintencionado que sea) pueden responder correctamente.

7. Quedará siempre una zona de intervenciones en nombre de la solidaridad humana universal perfectamente legítimas.

El socorro dado a las víctimas de calamidades naturales, a los refugiados en masa que desgraciadamente producen las guerras, no puede esperar. Sería criminal rechazarlo con el pretexto de que no se ha hecho nada para impedir el deterioro de las situaciones que están en el origen de estas catástrofes (particularmente las guerras). Primero socorrer, luego ya se verá. Subsiste sin embargo el peligro de una explotación

política inaceptable de "lo humanitario". No faltan los ejemplos. Por otra parte, el socorro inmediato necesario no excluye la apertura del dossier relativo a las causas de la catástrofe. Al contrario, la reflexión crítica independiente sobre estos problemas y la implicación en las luchas sociales necesarias para enderezar las situaciones deterioradas han de apoyarse, más allá de las intervenciones "humanitarias" inmediatas.

8. La cooperación Norte-Sur no es exclusiva. Una cooperación Sur-Sur había existido en la época de Bandung y había demostrado su eficacia en las condiciones de la época. El apoyo a los movimientos de liberación de las colonias portuguesas en Zimbabue y en África del Sur aportado por los No Alineados, la OUA de la época, China, la Unión Soviética y Cuba, fue importante, y en ocasiones decisivo. En aquella época, con excepción de Suecia y otros países escandinavos, la cooperación de los países de la tría estaba ausente, sometida a las prioridades diplomáticas de la OTAN (y por tanto de Portugal) y del apoyo al apartheid.

Hoy se ofrecen muchas posibilidades para una renovación de esta cooperación Sur-Sur. El Sur dispone hoy de medios que le permiten romper los monopolios sobre los que se fundamenta la supremacía de la tría. Algunos países del Sur se han vuelto no sólo capaces de asimilar las tecnologías que el Norte quiere sobreproteger (precisamente porque ahora es vulnerable), sino también de desarrollarlos por sus propios medios. Si desean ponerlos al servicio de un modelo de desarrollo diferente, más adecuado a las necesidades de los países del Sur, esto podría abrir un nuevo y amplio campo a la cooperación Sur-Sur. Los países del Sur podrían igualmente dar la prioridad en el acceso a aquellos de sus recursos naturales que pueden controlar a reforzar su propia industrialización y la de sus socios en la cooperación Sur-Sur.

Algunos países del Sur disponen de excedentes de medios financieros que, en vez de ser invertidos en los mercados financieros y monetarios controlados por la tría, ellos mismos en descalabro, podrían romper el monopolio del Norte en este campo y el chantaje a la ayuda que lo acompaña.

Estas propuestas no tienen nada de ensoñaciones. Las diplomacias de la tría han adoptado la medida de la amenaza alineándose con el proyecto demencial de “control militar del planeta”, que se ha vuelto necesario para perpetuar su supremacía económica en peligro.

El Sur puede “pasar” del Norte, pero el Norte no puede prescindir del Sur.

Pero para ello es preciso que los pueblos, y con ellos los dirigentes del Sur se liberen de su modo de pensar, un modo de pensar que interioriza la dependencia, que dejen de creer que “la ayuda” constituye la condición del desarrollo de sus sociedades.

## Referencias

Por orden de su aparición en el texto:

Samir Amin, *L'Afrique de l'Ouest bloquée*, Minuit 1971; Le Niger, pp. 161-7.

Yash Tandon, *Ending Aid Dependence*, South Centre, Ginebra 2008.

Samir Amin, “The Millenium Development Goals”, *Monthly Review*, marzo de 2006.

George Orwell, 1984.

Samir Amin, *L'Afrique dans le système mondial*, web FTM; publicado en inglés, Helen Lauer (ed), *History and Philosophy of Science*, Hope Public, Ibadan 2003.

Anna Bednik, “Bataille pour l'Uranium au Niger”, *Le Monde Diplomatique*, junio 2008.

Samir Amin & Bernard Founou-Tchuigoua, “Les régionalisations, quelles

régionalisations?” , web FTM; parcialmente en S. Amin et alii, *Afrique, exclusion programmé ou Renaissance*, Maisonneuve et Larose, 2005, pp. 129 y ss.  
Abdourahmane Ndiaye, “L’avenir des sociétés paysannes en Afrique de l’Ouest, critique des travaux du Club du Sahel”, web FTM.

Jacques Berthelot, site web.

- (I) La OMC y el Sur.
- (II) La cuestión agrícola.
- (III) Separar los verdadero de lo falso en el alza de los precios agrícolas.
- (IV) Cinco buenas razones para no firmar el APE-AO.

Jean Pierre Boris, *Le roman noire des matières premières*, Pluriel, 2005.

Igualmente:

Samir Amin, *Aid for Development?*, en Fahamu Books 2009.



## VII

# Ser Marxista, ser comunista, ser internacionalista hoy

Yo soy marxista. Entiendo por ello “partir de Marx”. Estoy convencido de que la crítica que Marx ha puesto al orden del día del pensamiento y de la acción —la crítica del capitalismo, la crítica de su representación central (la economía política del capital), la crítica de la política y de sus discursos— constituye el eje central ineludible de las luchas por la emancipación de los trabajadores y los pueblos.

Yo no soy “neomarxista”, pues, para serlo, hay que confundir a Marx con los marxismos históricos, lo que no es mi caso. Los “neomarxistas” quieren romper con el marxismo histórico y piensan por ello que hay que ir “más allá de Marx”. De hecho, no se oponen más que a los que yo califico de “paleomarxistas”, es decir, a los incondicionales del marxismo histórico, en particular el “marxismo-leninismo” en sus diversas versiones.

Ser marxista como yo lo entiendo no es ser ni “marxiano” (el que considera “interesante” tal o cual “teoría” de Marx aislada del conjunto de su obra), ni ser “marxólogo”. Es necesariamente ser comunista. Pues Marx no separa teoría y práctica. No es posible seguir la huella de Marx sin comprometerse en el combate por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos. Ser comunista es también ser internaciona-

lista. El internacionalismo no es solamente una exigencia de la razón humanista. No se puede cambiar el mundo olvidándose de la inmensa mayoría de pueblos que lo constituyen, los de las periferias. Ahora bien, es a estos pueblos a quienes incumbe la responsabilidad de su futuro. No son los pueblos de los centros imperialistas opulentos los únicos que pueden “cambiar el mundo” (¡para mejorarlo!). La caridad, la ayuda, el humanitarismo que pretenden sustituir al internacionalismo entendido como solidaridad en las luchas, solamente contribuyen a la consolidación del mundo tal como es o, aún peor, a llevarlo a la construcción de un apartheid a escala mundial.

En el texto que sigue, trato de explicitar las conclusiones a las que he llegado hoy respecto a la crítica del capitalismo y a la de las luchas emprendidas por sus víctimas. No se trata de unas “conclusiones definitivas”, un vocablo extraño a mi forma de pensar (que es la misma, creo, que la de Marx). Un buen número de las tesis centrales que yo presento aquí tienen su historia en el desarrollo de mis trabajos. De una primera formulación a la siguiente, me he beneficiado evidentemente de nuevas lecturas –y relecturas–, pero he tratado igualmente de tener en cuenta las evoluciones del capitalismo y de las luchas que han tenido lugar mientras tanto. He querido que el texto fuese de lectura fácil y por ello no hago referencia al recorrido de los conceptos y propuestas en cuestión.

## **1. Conflictos políticos, conflictos sociales.**

### **Realidades y representaciones**

1. He insistido en la inversión de la relación instancia política/instancia económica por la que yo he definido al capitalismo.

Esta inversión –la instancia económica se vuelve dominante y sustituye en calidad de tal a la instancia política– indica una transformación

cualitativa en la historia. El sistema social del capitalismo no es solamente un sistema de clases “como” los precedentes, sino un sistema basado en un grado de desarrollo de las fuerzas productivas más avanzado. La burguesía no está en una relación conflictiva con el proletariado “como” lo estaba la aristocracia respecto a los campesinos. La relación no es solamente una relación de explotación (lo es en ambos casos); es una relación cualitativamente nueva. He insistido igualmente en la transformación cualitativa de la ideología (preferiría el término de “representación” –véase más abajo) dominante, “metafísica” en los regímenes antiguos, “economicista” en el capitalismo.

La lectura de la convincente obra de Isabelle Garo (*Marx, une critique de la philosophie*, Point, 2000) me reconfirma en mi lectura de Marx, que es también la de esta filosofía, pero que no ha sido dominante en los marxismos históricos.

El Estado capitalista no es solamente un Estado de clase “como” el Estado del Antiguo Régimen. Es también un Estado nuevo, cualitativamente nuevo. La política no es la búsqueda del ejercicio del poder en beneficio de la clase dominante “como” lo era en él. Es una política cualitativamente diferente.

En este sentido, pues, mi insistencia en la “ruptura” que la invención de la “modernidad” ha representado se ve reafirmada.

2. La relación entre los conflictos políticos (el Estado) y las luchas de clases (en la esfera de la gestión económica y social) es particular del capitalismo y diferente de como era antes del capitalismo.

En el centro mismo de esta transformación se encuentra la novedad introducida por la modernidad: la proclamación según la cual el ser humano (individualmente y colectivamente) hace su historia, y quiere hacerla como él la entiende, ocupando el lugar de Dios, de los ancestros o de las costumbres. Esta transformación hace necesaria y posible la democracia. Esta misma es pues una nueva dimensión de la vida

social que solamente tiene una relación muy lejana con la “democracia ateniense” y con todas las demás formas de consulta y de organización de los debates en torno a las decisiones a tomar en las sociedades antiguas. Ni la “shura” islámica, ni el “árbol de palabras” africano, ni los “consejos de aldea” indios son conmensurables con la democracia moderna, que por primera vez se cree autorizada a “inventar”, y no solamente a “interpretar” (la religión o las costumbres).

La modernidad y la democracia inician la liberación del individuo y más allá, potencialmente, de la sociedad. Pero solamente la inician porque siguen atrapadas en las exigencias de la reproducción capitalista. Este inicio no carece de importancia. Al contrario. La democracia permite a las luchas sociales (luchas de clases) afirmarse como tales, desarrollarse y eventualmente permitir la transformación decisiva, la concepción del socialismo –más allá del capitalismo– y la liberación del combate en esta perspectiva.

Simultáneamente, la modernidad y la democracia transforman el Estado y la política, lugares a la vez de conflictos en torno al poder y de conflictos en torno a la articulación del ejercicio del mismo con los intereses sociales, ellos mismos en conflicto en su propio terreno. La complejidad de las “luchas políticas” deviene por sí misma una realidad importante. Produce una diferenciación y una multiplicación de las representaciones de la realidad y de lo que está en juego en ellas por parte de los propios actores en diferenciación y en multiplicación permanentes.

3. Marx, como lo constata con fuerza el análisis de Isabelle Garo, está sumamente atento a las interferencias complejas de las “representaciones”, de los sistemas de ideas (de las “ideologías”) generales o particulares a un campo particular de luchas sociales y/o políticas (o las dos a la vez).

Marx utiliza al respecto un vocabulario cuyo abanico de términos es

muy amplio. Isabelle Garo destaca dieciséis de ellos: apariencia, representación, presentación, abstracción, expresión, significación, ideología, ficción, reflejo, analogía, visión, fetichismo, ilusión, método, producción intelectual, imaginación (*op. cit.*, p. 268).

## 2. Marx, crítica del pensamiento social, centralidad de la “representación”

1. Marx no es “un” filósofo, “un” economista, “un” sociólogo, “un” historiador. Ni siquiera es un sabio que reúna todas estas competencias. Es más que esto, “el” crítico de la filosofía, de la economía política, de la sociología, de las representaciones de la historia. Es el crítico del pensamiento social, que encuentra sus formulaciones en los diferentes segmentos del conocimiento reunidos bajo los títulos enumerados más arriba.

Pues todos estos conocimientos “especializados” (economía, historia social, historia política) o “generales” (filosofía) tienen en común el hecho de ser todos ellos “representaciones de la realidad”, o que quieren serlo. Son, pues, producciones intelectuales.

La propia filosofía –todas las filosofías– son representaciones. Ya se trate de la filosofía griega, de la filosofía de la Ilustración y de la Europa clásica o de las filosofías “modernas” (posteriores a Marx), son producciones intelectuales y por eso mismo no pueden ser entendidas al margen de la realidad social (la formación histórica económica y social sobre la que volveré más adelante) en cuyo seno han encontrado su formulación.

Lo mismo puede decirse de las religiones que han hecho las veces (y las siguen haciendo) de filosofía. Son representaciones que han encontrado su lugar como representaciones del Universo, de la sociedad y del ser humano en las formaciones sociales de las épocas en las que se han

constituido. Incluso han sido, a mi modo de ver, “las” representaciones más importantes y fundamentales conformes a las exigencias de la reproducción de las formaciones sociales que yo he calificado de “tributarias”, anteriores a la modernidad capitalista. Pero también han demostrado su plasticidad, es decir, su capacidad de reinterpretarse para sobrevivir a las transformaciones de las formaciones sociales. En esto, comparten con muchas representaciones, si no con todas, esta capacidad de evolucionar por sí mismas. Estas evoluciones son guiadas a la vez por su lógica interna propia y por la que rige la formación social en su conjunto. Esta conciliación es fructífera o no lo es, posible o no, ventajosa y positiva o negativa, según los casos (volveré sobre esta cuestión que he calificado de “subdeterminación”).

Lo mismo cabe decir de las filosofías, o sistemas de pensamiento, de las otras sociedades “no europeas”. El confucianismo es una representación. Ha sido incluso una representación poderosa y flexible, poderosa en tanto que flexible. Conoció una primera formulación de origen; luego se concilió con el budismo (de los Tang en particular); más tarde fue reformulada (en la época de los Song y de los Ming, antes de la intrusión occidental en la historia de China) con un espíritu decididamente iniciador de la modernidad, con la abolición de la religión (budista) de Estado y la invención de una primera laicidad. En este momento, la “filosofía china” precede a la de las Luces (a la que por otra parte inspira mucho más de lo que se cree en general, como demostró Étienne). El confucianismo halla incluso un nuevo lugar en una tentativa de la China moderna nacionalista, una tentativa desafortunada en mi opinión, de hacerlo conciliable con el capitalismo, y cuyo fracaso abre la vía a la penetración del marxismo/maoísmo y del comunismo. ¿Conciliación en vías de restauración en nuestra época post-maoísta? Cuestión grave e importante. Este confucianismo (o pseudoconfucianismo, poco importa) sigue siendo, por otra parte, la “ideología dominante” en Taiwán, e incluso parcialmente en el Japón

(en una versión deformada por su mezcla con el shintoísmo) y en Corea.

Lo que decimos aquí de la filosofía como “representación” (general) es igualmente válido para las representaciones segmentarias, en particular la economía política y las ideologías políticas (liberalismo y otros).

2. Marx no quiere ser solamente un crítico de las representaciones. Quiere ser primero un crítico de la realidad, después de las representaciones de esta, y finalmente de las prácticas, en primer lugar de las opciones de acción que hacen los actores de la historia a partir de sus representaciones. Estas tres dimensiones de la crítica son indisolubles en Marx.

La ambición de una crítica de la realidad es la primera. Marx entiende por ello que una representación correcta de la realidad es posible. El descubrimiento –progresivo– de la realidad (de lo que han sido y son realmente las sociedades de ayer y de hoy) constituye su primera preocupación permanente. Dicho de otro modo, Marx piensa que la representación puede llegar a ser científica, es decir, puede permitir descubrir la realidad real. Propone una formulación de la misma (su propia “producción intelectual”) basada en el concepto (abstracto) de formación social histórica. Esta formulación es, en mi humilde opinión, y sean cuales sean sus límites, muy superior a todas las demás “teorías” de la sociedad y de la historia propuestas hasta hoy.

Para conseguirlo Marx toma dos opciones.

La opción del materialismo: es decir, de la existencia de una realidad fuera de (y anterior a) su (o sus) representaciones, correcta (tal vez parcialmente) o no (ilusoria).

La opción de la dialéctica: la propia realidad es indisoluble de su movimiento, guiado por la contradicción (A y B en conflicto) y por su superación con la invención de C, que no es ni el triunfo de A sobre B ni su inverso, ni una nueva mezcla de ambos. Esta dialéctica materia-

lista (expresión que yo prefiero a la de “materialismo dialéctico” supera cualitativamente a la lógica formal. Remito al lector a lo que he escrito en otra parte sobre el tema.

El “producto” de la puesta en práctica de este método por parte de Marx (“la obra de Marx”) debe entonces considerarse con toda la seriedad que merece. En los “marxismos históricos” ha sido demasiado a menudo considerado como un “producto final”. No hay nada que añadir a ello, nada que corregir. No es mi punto de vista, según el cual, como ya he dicho, ser marxista es “partir de Marx”, no pararse en él.

Marx no se para en la crítica de la realidad y de sus representaciones. Marx constata que los seres humanos, individualmente y colectivamente, están involucrados en un trabajo permanente que actúa, transforma y quiere transformar la realidad. Lo hacen a través de las representaciones que se hacen de esta realidad. Incluso los “conservadores” que pretenden no querer cambiar nada, actúan, aunque sólo sea para tratar de impedir el cambio. Marx se sitúa en este trabajo permanente, y elige su “campo”, no solamente el de los oprimidos y los explotados (¿quién osaría decir que no existen?) por razones morales y humanistas (perfectamente respetables). Elige el campo de los que ambicionan “cambiar el mundo” ayudándolo a “dar a luz” aquello de lo que su movimiento está objetivamente lleno: la abolición de la opresión y la explotación, la abolición de las clases, la sustitución del capitalismo por el comunismo, que son necesarias (en el sentido en que el movimiento va en este sentido) y por consiguiente posibles.

3. Esta opción, a la que me sumo íntegramente, plantea sin embargo tres series de cuestionamientos ineludibles:

Primero: la emancipación, considerada como el futuro comunista, se define por la liberación de las alienaciones, ellas mismas en el origen de la distancia que separa las representaciones del mundo de su realidad. Yo, por mi parte, he propuesto sobre este tema una clasificación



que coloca a estas alienaciones en categorías superpuestas distintas, y he optado por una solución modesta: el comunismo permite a la sociedad desembarazarse de la alienación economista/mercantil que es en sí misma la condición que permite la reproducción del sistema capitalista, pero tal vez no otras alienaciones que yo he calificado de antropológicas. Remito aquí al lector a estos desarrollos que he propuesto en otros lugares.

Segundo: el capitalismo, en su desarrollo, produce su “sepulturero” (el proletariado) y engendra de este modo su posible superación comunista. Pero ¿lo hace de un modo “ineluctable”? Me he guardado de sacar esta conclusión, que por lo demás no saca ni el propio Marx. El fracaso, incluso la autodestrucción de una sociedad, son igualmente considerados como “posibles”. Para comprenderlo y por lo tanto para definir las hipótesis necesarias tanto al éxito como al fracaso de la transformación puesta al orden del día de lo posible/necesario, he propuesto el concepto de la “subdeterminación” al que remito aquí. En épocas de transición como la nuestra, el acoplamiento de determinaciones múltiples hace entrar al sistema en una trayectoria o bien “revolucionaria” o bien “caótica” (“revolución o decadencia”, he escrito).

Tercero: ¿qué pensar de la representación de la sociedad que la construcción de Marx (una producción intelectual como las demás que él critica) ha producido? ¿No hay que someter el marxismo a una crítica marxista? Marx no borró nunca de su mente esta cuestión. La representación que él propone no es pues una “teoría cerrada y definitiva” (el “marxismo”), sino un conjunto de cuestionamientos abiertos, sin cierre posible. No creo que el esfuerzo propuesto por Karl Mannheim (*Ideología y utopía*) nos ayude a progresar sobre este tema, porque se trata de una crítica –notable– del marxismo histórico, no de Marx.

### 3. Marx crítico de la realidad capitalista y de su representación burguesa

Marx no cesa en su búsqueda incansable de la verdadera realidad del capitalismo, tanto en su fundamento –la economía capitalista– como en su funcionamiento político, en el que se mezclan las luchas de clases (en plural, más allá del conflicto central burguesía/proletariado) y los conflictos políticos. Marx descubre progresivamente esta realidad, la de la formación social histórica del capitalismo, por medio de la disección de las representaciones que esta se hace de sí misma. Añado que la realidad en cuestión que Marx quiere llegar a comprender (para hacer eficaz la lucha necesaria para su superación positiva) es a la vez la de “las leyes económicas” que generan su reproducción (yo preferiría decir “exigencias” antes que “leyes”, porque estas sugieren un determinismo que es extraño al espíritu de Marx) y la de las exigencias del despliegue de su forma política. Estas dos caras de la realidad son indisolubles.

Comparto aquí igualmente el punto de vista de Isabelle Garo que no ve “contradicciones” entre los análisis históricos concretos de la política en Francia entre 1848 y 1871 y las tesis de *El Capital*, como hace erróneamente Raymond Aron, mal equipado para entender el espíritu de la investigación de Marx, al distinguir artificialmente un Marx “economista”, un Marx “sociólogo” y un Marx “actor político”.

1. Marx produjo pues una “crítica de la economía política”, subtítulo esencial de *El Capital*, es decir, una crítica del discurso económico del capitalismo. Y es con este espíritu que hay que leer *El Capital*, no como una “buena ciencia económica” que hace de contrapunto a las malas (o imperfectas) ciencias económicas de los demás (de los economistas clásicos y de los vulgares), sino como el descubrimiento del estatus de esta representación que es la economía política burguesa, de su

génesis, de su función (activa) en la reproducción del sistema. Pero también por ello mismo de sus límites, de las contradicciones internas que no puede superar, de su carácter en definitiva no científico sino ideológico. El término ideología ha de comprenderse aquí en uno de los sentidos que Marx le da, no simplemente “sistema de ideas”, “visión”, “Weltanschauung” (construcción del mundo), sino en su sentido “peyorativo” de falsa conciencia, de ilusión, que enmascara las alienaciones que condicionan sus formulaciones.

El vaivén de lo concreto a lo abstracto, del fenómeno aparente a la esencia oculta constituye el cuerpo vivo de la dialéctica materialista puesta en práctica. El trabajo, el valor, la mercancía se convierten entonces en las formas de la abstracción descubierta que permiten definir al capital como relación social, el sobretrabajo (plusvalía) y la explotación que encuentra su origen en el modo de producción (y no en la circulación y la repartición de la renta). El descenso de lo abstracto (el modo de producción capitalista) a lo concreto (la formación social) integra entonces las formas producidas por la génesis del capitalismo histórico (la propiedad del suelo, la renta), las producidas por las exigencias de su gestión política (el Estado, las políticas económicas, la gestión del crédito y de la moneda), las producidas por la inscripción de cada una de las formaciones sociales del capitalismo histórico en el sistema capitalista mundializado (el “comercio exterior”).

El producto de este esfuerzo es no solamente notable sino inigualado. Toda la “sociedad económica” burguesa, incluso la más sofisticada de los tiempos modernos, ulterior a Marx, incluso la más crítica (como la de Keynes) palidecen, en mi humilde opinión, frente al monumento que constituye *El Capital*.

Eso no quita que este producto no sea “final”, no puede serlo. No solamente porque Marx no tuvo tiempo de “acabarlo”, sino porque la idea misma de su “conclusión” es extraña al espíritu y al método de Marx.

Pese a todo, Marx está en alguna parte limitado por su tiempo. Nadie ha dicho que hubiese tomado un medicamento milagroso que le vacunase contra el error y sobre todo que le permitiese superar todas las ilusiones y las visiones de su tiempo. Marx nunca tuvo tal pretensión, aunque la lectura que de él hacen los marxismos históricos invita a veces a pensarlo.

Yo mismo me he “atrevido”, pues, a proponer la continuación de esta crítica de la economía política restituyendo al desafío que constituye el sistema capitalista mundial toda la amplitud que merece. Es con este espíritu que he propuesto una prolongación de la “teoría del valor” cogida al nivel más abstracto de su formulación (en el modo de producción capitalista, él mismo una abstracción) en la dirección de la formulación de la “ley del valor mundializada”. ¡Objeto central de mi investigación durante medio siglo! Me he beneficiado, para hacerlo, de la perspectiva temporal, de un punto de vista situado fuera del “centro” (el capitalismo desarrollado), localizado a partir de sus “periferias” (el producto mismo de la mundialización capitalista), desde un punto de vista, pues, que espero esté libre del “eurocentrismo”. Solamente podía hacerlo situándome igualmente en la actualidad, después de Marx, en nuestra época del capitalismo de los oligopolios. Y podía servirme para ello del inicio propuesto por Lenin en este campo.

No volveré, pues, aquí sobre todo esto.

La conclusión a la que había llegado Marx, y que yo suscribo, es que la economía política burguesa, convertida en “vulgar” por necesidad (y desde entonces no ha salido nunca de esta vulgaridad) es una “ideología” en el sentido más estricto del término: una representación “funcional” —como dice Isabelle Garo— directamente útil para servir a la “propiedad” y legitimar su supuesta necesidad. Esto implica, desde el principio, que no analiza más que las realidades inmediatas a través de las cuales se expresa la vida económica. El capitalista se embolsa beneficios a prorrata del capital que invierte, así que el capital es producti-

vo. Al recordar, en mi obra *Del capitalismo a la civilización*, lo que es la productividad del trabajo social, eliminada por los “economistas de izquierda” (¡incluso reivindicando el marxismo!) de hoy, yo no hacía más que recordar que la representación de la economía que estos proponen sigue siendo una representación “vulgar”.

No tiene nada de sorprendente, pues, que una economía política “marxiana” –positiva– haya sustituido a la crítica de Marx de la economía política. Que esta deriva se haya producido principalmente por culpa de los economistas universitarios anglo-americanos, antes de ser adoptada por otros, no debería sorprendernos sabiendo como sabemos el apego al empirismo que caracteriza su cultura. Aquí se plantea la falsa cuestión de la transformación de los valores en precios. Pues la transformación implica una tasa de beneficio expresada en el sistema de los precios de producción diferente de la tasa de beneficio expresada en el sistema de los valores. Nuestros “marxianos” ven en ello un “error” que anula la validez de la ley del valor. Ahora bien, en la mente de Marx no hay contradicción, y mucho menos error: la tasa de beneficio aparente (expresada en el sistema de los precios) *ha de ser* diferente de su tasa real, ella misma directamente relacionada con la tasa de la plusvalía que mide la explotación del trabajo. La ciencia implica siempre ir más allá de las apariencias, como Marx dice y repite una y otra vez. Para nuestros economistas envidados en el empirismo, el conocimiento se reduce al conocimiento de las apariencias inmediatas. He hecho hincapié en este asunto sin ser comprendido por nuestros marxianos que, desgraciadamente, han creado escuela en el continente europeo.

He propuesto igualmente, con este mismo espíritu, leer al Marx del marxismo histórico del siglo XX (el marxismo de la planificación soviética) y al Keynes de la socialdemocracia del “Welfare State” como dos representaciones (una y otra deformadas) de la realidad (la de la sociedad soviética, la de las sociedades occidentales de postguerra). Y fuese

cual fuese el genio, auténtico, de Keynes, su “económica” sigue siendo vulgar. Por supuesto de una vulgaridad muy distinta a la de los “liberales”. Pero los conceptos de preferencia por la liquidez y de eficacia marginal del capital siguen siendo lecturas directas de las apariencias a través de las cuales se manifiesta la reproducción del capital.

La sofisticación de la economía moderna, salida de las universidades norteamericanas, no elimina el carácter vulgar del método que revela el empirismo fundamental sobre el que se basa. Un método que se propone reunir “datos” (es decir, hechos tal y como se presentan en la realidad inmediata), y después buscar las correlaciones entre ellos que permitan establecer “leyes”.

La funcionalidad de esta económica vulgar es, para mí, de una visibilidad deslumbrante, hasta el punto de que me pareció posible trazar un paralelo entre esta función y la del discurso de los brujos de antaño (“la economía pura o la brujería del mundo contemporáneo”). Escuchando los discursos pronunciados en Davos en el 2009, con los economistas atagantándose y haciendo muecas al referirse a la crisis como algo “inesperado”, “inexplicado”, “inexplicable”, me reafirmo en mi opinión.

La representación que constituye el discurso económico (desde la economía política del tiempo de Marx a la economía “pura” de nuestros días) es ciertamente un discurso activo, que configura la reproducción del sistema. No es un “decorado” inútil. No son solamente los jefes de empresa quienes creen en su realidad “científica”, sino también la “opinión general” en su conjunto. Unos y otros esperan de los gobiernos que se inspiren en el conocimiento científico que esta representación produce para “hallar la solución” al problema (de la crisis financiera, del paro, etc...).

La política económica constituye pues el producto activo de esta representación. Yo no digo que esta política económica sea necesariamente y siempre ineficaz. Los “conocimientos” sobre los que se basa pueden gozar de un cierto grado de “fiabilidad”. La prueba de ello la

tenemos de vez en cuando en la eficacia de tal o cual política económica. Pero yo le pongo muchos reparos a esta reputación de eficacia. El New Deal, por ejemplo, no hizo más que atenuar la amplitud de la crisis; y solamente la Segunda Guerra Mundial puso fin a la misma. Sabemos que la política económica de Hitler, tan alabada, no fue realmente eficaz. Se podrían multiplicar los ejemplos. El capitalismo sigue siendo, en los hechos, un sistema muy poco controlado por quienes son sus agentes activos (los “hombres de negocios”) y por quienes, en el mundo de la política, tratan de poner orden en el mismo.

2. Marx hizo igualmente una crítica de la política, del Estado y de la democracia, de los conflictos políticos y de las luchas de clases.

Marx no se propuso el objetivo de escribir un manual académico de ciencia política, como Raymond Aron. Puso en práctica, para la crítica de la política, el mismo método que empleó en su crítica del capital.

El terreno elegido por Marx —la política en Francia de 1848 a 1871— no fue fruto de la casualidad. Del mismo modo que eligió a Inglaterra (el país faro del desarrollo de la economía capitalista en su época) para hacer la crítica de la economía política, eligió a Francia para hacer la crítica de la política. Pues fue Francia quien inventó el Estado y la política modernos del capitalismo. La revolución inglesa de 1640, seguida de la nada gloriosa “revolución” de 1688, esa no revolución que fue la guerra de la independencia americana, fueron innovadoras, ciertamente, pero sólo a medias. Es la Revolución Francesa la que inventa la política moderna y con ella el Estado moderno. Es una gran revolución, una revolución auténtica, porque se proyecta muy por delante de las “exigencias objetivas” de su tiempo, como harán más tarde las revoluciones rusa y china. Este drama de las grandes revoluciones sobre el que he establecido una distinción, para mí esencial, explica igualmente sus retrocesos ulteriores y la continuación incansable de los conflictos de clase que constituyen la política moderna.

La atención particular que dedica Marx a Francia es pues fruto de una elección consciente. Es a partir de la lectura de los conflictos políticos y de las luchas sociales en Francia que Marx puede hacer la crítica del Estado y de la política y descubrir (o aproximarse a descubrir, para mantener la modestia del propio Marx) la realidad del Estado y de la política modernos. Los escritos de Marx relativos a la revolución de 1848, el 18 Brumario de Napoleón el Pequeño, la Comuna de París, no son escritos de circunstancias, como piensa Raymond Aron. No son menos fundamentales que *El Capital* para comprender a la vez la realidad de la formación social capitalista en su integridad (es decir, económica, política y social) y la naturaleza de las representaciones que se hacen de la historia sus actores.

Marx se esfuerza pues a desentrañar la maraña de los “discursos” (de las representaciones) de los actores de esta historia y de las luchas de clases. No olvida ninguna de estas representaciones, y les da toda su fuerza en la explicación de las opciones de acción y de los resultados que estas producen. Concede el lugar que les corresponde a los herederos del jacobinismo y de la Montaña, a su representación “blanquista”, a los heraldos de la burguesía de los negocios (Guizot y otros), a los aventureros del poder (Luis Napoleón Bonaparte), a los portavoces de los trabajadores que se organizan, al campesinado en apariencia mudo, e incluso a los tipos ridículos (Lamartine). Más tarde, con la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores y con la Comuna de París, que “se lanza a la conquista del cielo”, se batirá con las representaciones anarco-comunistas de Bakunin, las vacilantes de Proudhon, las estatalistas de Lassalle, las exiguas del sindicalismo inglés.

La “teoría” del Estado diseñada por Marx, Engels y más tarde Lenin, y las de la democracia y la política modernas son el producto de esta crítica. O más exactamente: han sentado las bases de esta “teoría” que, como la del capital, no puede ser “acabada”, ni en la teoría ni en la práctica, pues los análisis han de ser indefinidamente cuestiona-



dos, repensados, reformulados. Y el Estado y la política prosiguen su evolución, cambian con la transformación permanente de la realidad capitalista.

El contraste entre este análisis de la nueva realidad hecho por Marx y el –prodigioso– análisis de la antigua realidad política hecho por Maquiavelo tendría que impresionar a los lectores atentos. Maquiavelo habla de la realidad de otro tiempo, de otro poder.

La crítica de la política y del Estado propuesta por Marx es a la vez fundamental para toda la historia del capitalismo, incluidos sus desarrollos ulteriores, y está simultáneamente “limitada” por su tiempo. Era necesario proseguir esta crítica, y fue Lenin quien empezó a hacerlo, pero sólo fue un inicio. Por otra parte, el marxismo histórico se quedó en gran parte envasado en la repetición de lo que había dicho Marx en su momento.

Yo he tratado de proseguir esta crítica en mi obra *El virus liberal*.

#### 4. El virus liberal

1. Lo que me he propuesto hacer en mi obra reciente, que lleva este título (pero con un subtítulo importante: la americanización del mundo y la guerra permanente), es una “puesta al día” del discurso (de la representación) dominante de nuestro momento conocido como “neoliberal mundializado”, desde ahora claramente en crisis.

Subyacente en la crítica de este discurso hay una representación (la mía) de lo que es la realidad del capitalismo actual. Este sigue siendo capitalista y todo lo que Marx dijo de esencial en su momento sigue siendo perfectamente válido: trabajo y explotación, alienación mercantil en expansión, fetichismo del Dinero, falsas representaciones del individuo (alienado) y de la “competencia”, el Estado al servicio del Capital, representaciones alienadas de los actores políticos (ilusiones de

la democracia), amalgamamiento de las luchas sociales y de los conflictos políticos.

Yo no dudo sin embargo en “completar” estas representaciones y criticarlas como hizo Marx en su tiempo, poniendo el acento en lo que es nuevo en el capitalismo contemporáneo.

*El virus liberal* relaciona pues dos discursos, dos “representaciones”: el discurso de la nueva “economía pura” (la forma moderna de la economía vulgar) y el discurso de la “democracia americana modelo”. Se trata de dos discursos perfectamente funcionales para servir (y dar apariencia de legitimidad) a la continuación de la dominación de los oligopolios a la escala de los centros convertidos en el imperialismo colectivo de la tríada (Estados Unidos, Europa, Japón) y a escala mundial (mediante la militarización de la mundialización y la “compradorización” de las clases dirigentes de las periferias). Un discurso menos científico que nunca, puramente “ideológico”, pero sin embargo activo. La expresión de la decadencia del pensamiento burgués, del “fin de la Ilustración”.

El virus liberal se expresa en la separación de los campos de la gestión de la economía y de la gestión política de la sociedad; la reducción de la “racionalidad económica” al mito de los “mercados generalizados” que tenderían a producir un “equilibrio general” (“óptimo”, por añadidura, porque respondería a las “preferencias de los individuos”); la disociación de la gestión política, ella misma reducida a la fórmula “democracia electoral representativa y pluripartidista”, de las cuestiones del progreso social; la limitación de los derechos humanos, a los que les está prohibido franquear el límite del valor supremo que representaría la “propiedad privada”; la calificación de la “mundialización” de “globalmente positiva”.

No repetiré aquí los puntos de este debate, desarrollados en *El virus liberal*.

Recuerdo solamente, al insistir en este recordatorio, que la filosofía liberal en cuestión elimina lo esencial de lo que define al capitalismo

realmente existente (“histórico”) en general, y el de la actualidad en particular.

El capitalismo se ha convertido en un capitalismo de oligopolios que dominan todo su sistema productivo y financiero. La clase dominante a escala mundial que corresponde a esta centralización del capital sin punto de comparación con la que había existido durante las etapas precedentes de su historia, está constituida por una verdadera “plutocracia”, convertida por ello en “el enemigo de toda la humanidad”. El poder supremo de la oligarquía no es un monopolio de Rusia, como querían hacernos creer. Es igual de real en Estados Unidos, Europa y el Japón.

Este sistema está “financiarizado”, en el sentido de que el mercado monetario y financiero (él mismo mundializado) se ha convertido en el mercado dominante que estructura a su vez a todos los demás mercados que rigen el trabajo, el acceso a los recursos naturales, la salida de los productos.

El discurso liberal se prohíbe de este modo comprender por qué la crisis en curso se inició con el hundimiento del mercado monetario y financiero, “talón de Aquiles” del sistema, perfectamente previsible y previsto (aunque no por los economistas convencionales), porque esta crisis es una crisis sistémica del capitalismo envejecido (“obsoleto”, “senil”).

Por añadidura, este discurso elimina la contradicción centros/periferias, producto inmanente de la expansión polarizante (imperialista) del capitalismo mundializado histórico.

Hoy esto se expresa más particularmente porque los nuevos “monopolios” sobre los que se fundamenta la dominación de los centros (control de la tecnología, del acceso a los recursos naturales, de la financiarización global, de las comunicaciones y de las informaciones, de las armas de destrucción masiva) sustituyen al antiguo privilegio de la industrialización exclusiva de los centros.

El conflicto centros/periferias se ve agravado por las nuevas condiciones que hacen que los recursos naturales hayan franqueado un umbral de escasez relativa, lo que da al conflicto por su control a escala mundial una dimensión decisiva en la geopolítica/geoestrategia de los centros.

El virus liberal procede de una cultura política del “consenso”, fundada en la difuminación de la realidad de las clases sociales y de las naciones, que proclama al “individuo” como sujeto de la historia.

2. En *Más allá del capitalismo senil* y en *Critique de l'air du temps*, yo ponía el acento en las transformaciones relativas a la dimensión económica del capitalismo moderno. En *El virus liberal*, lo pongo en sus dimensiones políticas. Pero las dos críticas son indisociables. Dicho de otro modo: capitalismo de los oligopolios, mundialización más profunda, financiarización, crisis de este modelo de gestión económica (hundimiento de los mercados financieros, depresión en curso), crisis sistémica (energía, cambio climático, destrucción del campesinado, crisis agroalimentaria, escasez creciente de los recursos naturales), decadencia de la credibilidad democrática, incremento de las ilusiones “pasadistas”, ilusiones del individuo-rey que no lo es, regímenes de “partido-único-de-los-oligopolios”, imperialismo colectivo de la tríada, pauperización relativa y absoluta a escala mundial, militarización de la mundialización, carrera por el control de los recursos naturales del globo, apartheid a escala mundial constituyen en conjunto el cuadro de la realidad que la representación economista/liberal elimina de sus consideraciones. Los otros discursos, las representaciones que los movimientos en lucha se hacen de la realidad son, en conjunto, fragmentadas, es decir, sólo conciernen en general a una de las dimensiones de la realidad total cuyos elementos constitutivos hemos recordado aquí.

La “americanización” de la representación funcional renovada que está aquí en cuestión ha de ser subrayada. El contraste cuyos contornos

he querido delinear entre la (o las) cultura política europea (como la que representa el modelo francés de 1848-1871, por ejemplo) y la de Estados Unidos es, en mi modesta opinión, esencial para comprender los graves peligros que comporta la americanización de Europa. Esta cierra la puerta de una transformación progresiva emprendida en la vía del socialismo en beneficio de un caos cada vez mayor, portador de lo peor, es decir, de la autodestrucción de la civilización.

El debate relativo a la “democracia en América” no es sin duda nuevo. He tomado posición aquí contra los comentarios del muy reaccionario Tocqueville, y los de Raymond Aron, carentes de columna vertebral, “tecnologistas” (la “sociedad industrial” sustituye en ellos a la sociedad capitalista). También he expresado un punto de vista que no era el de Marx, admirativo del capitalismo norteamericano “desprovisto de vestigios feudales”. Mi tesis es que cuanto más “puro” es el capitalismo, mayor es la correspondencia entre las exigencias de la reproducción del poder del capital (hoy el de los oligopolios) y las expresiones de la representación política que le corresponden. El “consenso” cierra la puerta a la conciencia socialista.

Europa —empezando con Francia— inventó pues una de las formas de la política (y del Estado) moderna y Estados Unidos otra.

Las grandes revoluciones emprendidas en nombre del socialismo, la de Rusia y la de China, habían incorporado a su programa la invención de un nuevo Estado y de una nueva política, los de la transición socialista. Se pusieron claramente a ello inmediatamente después de su victoria, pero más tarde se atascaron e incluso retrocedieron. Por consiguiente, las primeras tentativas de construir la política del futuro fracasaron. La tarea a realizar sigue delante de nosotros.

La otra dimensión del despliegue del Estado y de la política del capitalismo es la que yo he calificado de despertar del Sur (título de uno de mis libros). Producto de las victorias de la liberación nacional en Asia y en África posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la “era de Ban-

dung” (1955-1980) fue la de la modernización del Estado nuevo (o la de la renovación del Estado antiguo premoderno, precolonial), de un florecimiento de la vida política desconocido hasta entonces en las sociedades implicadas, relacionado evidentemente con los proyectos de “desarrollo” puestos en marcha al salir de la noche de la dominación del imperialismo antiguo, colonial y semicolonial. He tratado aquí, inspirándome en gran parte en las lecciones extraídas de mis lecturas de Marx, de los marxistas históricos y de otros, de desentrañar esta nueva maraña de luchas sociales, de conflictos de poder y de representaciones ideológicas.

3. ¿Qué hay de nuevo aquí sobre el Estado, la política y la democracia, respecto a los primeros avances de Marx en estos campos? Hay cosas “antiguas” y cosas “permanentes” propias del capitalismo en todas las etapas de su despliegue, pero también hay cosas nuevas.

El Estado sigue siendo un Estado de clase que en última instancia es siempre el servidor de la propiedad, del capital. La democracia burguesa confirma este carácter, definida como lo está por su forma representativa, ya sea esta parlamentaria —en la tradición europea en vías de erosión— o presidencial (la invención genial de los “padres fundadores” conscientes de su poder de aniquilar el peligroso potencial de la democracia). El sufragio universal —llegado tardíamente— en el que Marx depositaba algunas esperanzas, no llegó a amenazar al poder del capital (*Marx y la democracia*), puesto que iba asociado a la emergencia del socialimperialismo (véase más abajo).

El pluripartidismo, también llegado tardíamente, en gran parte como respuesta a la constitución de los “partidos obreros”, no puso seriamente en cuestión el poder del capital. Ni tampoco el reconocimiento de derechos multiplicados y ampliados, hasta incluir entre ellos algunos derechos sociales, ellos mismos sometidos a la obligación de no franquear la línea roja del derecho a la propiedad. Estos avances demo-

cráticos no se inscribieron en una perspectiva de transición al socialismo, sino que, al contrario, confirmaron a la democracia burguesa en lo que ella tiene de más esencial, su asociación con el poder de la burguesía. Dieron forma, de todos modos, a una vida política construida sobre la multiplicación de los conflictos por el ejercicio del poder. Conflictos siempre dispersos, fragmentados, que producían hasta el infinito discursos (representaciones), ellos mismos fragmentarios. El encadenamiento de estos conflictos con las luchas de clases debilita el alcance revolucionario potencial de estos últimos y cierra el camino a la transición socialista.

Hoy, con la afirmación del poder de los oligopolios en el campo de la realidad económica, el Estado es más que nunca el Estado del capital de estos oligopolios. Nadie debería pues sorprenderse de la deriva de su modo de gestión de la democracia política hacia “menos democracia” y más consenso, al estilo de lo que sucede en Estados Unidos.

Esto no impide que este Estado del capital pueda haber sido por otra parte un “Estado social”. El compromiso histórico socialdemócrata “capital/trabajo”, del período posterior a la Segunda Guerra Mundial constituye el ejemplo de ello por excelencia. Pero, una vez más, este compromiso, aunque impuesto por la derrota del fascismo y la legitimidad adquirida por los partidos de la clase obrera, solamente fue posible gracias a la renta imperialista.

Hay más cosas nuevas en las periferias del sistema. Pues aquí el Estado “funcional” para el capital imperialista dominante es el Estado *compradore*. Los modelos de las épocas anteriores a la nuestra no faltan: el sultán otomano, el jedive egipcio, el sha de Irán, el emperador de China, los Estados de los latifundistas latinoamericanos. Este Estado encuentra su base social local en las clases beneficiarias de la expansión imperialista: antiguos “feudales” reconvertidos al semicapitalismo agrario, burgueses de intermediarios (los *compradore* en el sentido estricto del término). Estos modelos no pueden apenas adaptarse a la democra-

cia burguesa. Nuevas formas del Estado *compradore* fueron inventadas en épocas más cercanas, en el África independiente (calificadas de “neocoloniales”), ellas mismas igualmente incapaces de respetar las mínimas exigencias de la democracia burguesa.

Pero precisamente por estas razones el Estado *compradore* no pudo alcanzar nunca la estabilidad de los Estados del capital de los centros imperialistas. Fue claramente derrocado por unas revoluciones que se desplegaron bajo la bandera del socialismo y el marxismo (que se convirtió en marxismo-leninismo) en Rusia, en China, en el Vietnam, en Cuba. O se vio seriamente transformado —en diversos grados— por los bloques nacionales populares de la liberación nacional.

La maraña de los conflictos en torno al poder con las luchas de clases no fue aquí menos compleja que en los centros contemporáneos. La sumisión de las luchas de clases radicales a “otros objetivos” supuestamente derivados de las exigencias del desarrollo es igualmente visible. Pero la arquitectura de esta maraña es diferente de la que caracteriza a los centros. Pues aquí, los conflictos por la adquisición del poder, a falta de que este pueda encontrar su fundamento en la propiedad del capital, se vieron obligados a articularse en torno a otros ejes. Representaciones particulares han proporcionado la expresión de estos conflictos, han dado credibilidad y legitimidad a sus discursos. Yo he intentado desenredar algunos de los hilos de esta complicada madeja en los países de Asia y África de la época de Bandung (*El despertar del Sur*).

4. En definitiva, lo que me parece que vale la pena retener de estas aportaciones, que yo considero absolutamente “marxistas” y no “neo-marxistas”, es el hecho de haber puesto de relieve la dimensión mundializada del capitalismo/imperialismo realmente existente, histórico. Una dimensión tal vez incluso subestimada por el propio Marx. En todo caso abolida por el marxismo histórico de la II Internacional y por los partidos social-imperialistas que la constituyeron. Restablecida a



medias por la III Internacional, para ser encerrada a continuación en los límites de las exigencias de la coexistencia preconizada por la Unión Soviética (no por las potencias imperialistas). Sostenida aún más por el maoísmo.

Este marxismo histórico (o estos marxismos, en grados muy diversos) han tenido siempre tendencia a reducir el sistema mundial a una yuxtaposición de formaciones capitalistas (o “en vías de devenirlo”), aunque estuviesen “desigualmente desarrolladas” y, por ello, eventualmente dominadas. Por mi parte yo adopté una postura sistemáticamente contraria a este punto de vista y traté de comprender de otro modo el sistema mundializado, como un sistema compuesto de centros y periferias indisociables los unos de las otras.

Desde este punto de vista, el concepto de “ley del valor mundializado” y su corolario –la renta imperialista– fecundan los avances decisivos y determinantes de Marx. No los niegan. Al contrario.

Pues lo que Marx había derivado de su construcción (la realidad capitalista) encuentra, a la escala del sistema mundial, su confirmación más brillante en los hechos. La polarización centros/periferias es simplemente sinónimo de una gigantesca ley de la pauperización relativa e incluso absoluta, a una escala aún más dramática que la entrevista por Marx en su época. El crecimiento acelerado de la proletarianización en uno de los polos (las periferias), asociado a su aparente reducción en los centros (digo bien al decir aparente, porque aquí, lo que yo llamo la proletarianización general adopta otras formas) confirma igualmente los puntos de vista de Marx.

Ello no impide que la toma en consideración como es debido de la mundialización capitalista enriquezca el abanico de representaciones que orientan la acción de las fuerzas sociales en lucha. Estos discursos específicos son importantes. A veces decisivos. Pues el contraste centros/periferias comporta el enmarañamiento clases/naciones (o pueblos). En los centros, este enmarañamiento es indisociable de la

renta imperialista y de sus efectos sobre toda la sociedad afectada (y no solamente sobre el volumen de los beneficios del capital). En las periferias, da al objetivo de la independencia nacional una nueva amplitud.

Dar a la realidad imperialista del capitalismo toda la importancia que hay que otorgarle exige introducir los conflictos geopolíticos/geoestratégicos en el análisis de las exigencias de la reproducción de la realidad económica y política y de sus traducciones en las representaciones activas como ella, obliga a proponer un desglose de la expansión mundializada del capitalismo en fases significantes.

## 5. La geopolítica del capitalismo/imperialismo en crisis

1. La tesis central que he propuesto sobre este tema es la de que el imperialismo, antaño conjugado en plural, se ha convertido ahora en el “imperialismo colectivo de la tríada”. Esta transformación cualitativa responde precisamente al grado de centralización del capital evocado más arriba.

Sin embargo, la gestión política sigue siendo en gran parte “nacional” (incluso en el seno de la Unión Europea, y con más razón en la tríada) y, por ello, hay una contradicción posible entre la gestión económica del sistema mundializado/financiarizado por el imperialismo colectivo y su gestión política por los Estados de la tríada.

Preciso sin embargo, subrayándolo, que la conciliación gestión económica mundializada/gestión política nacional ha podido garantizarse con facilidad durante todo el período del “desarrollo neoliberal” (1980-2008). Esta conciliación ha reducido el alcance de los posibles conflictos intra-atlánticos entre Europa y Estados Unidos, e intra-europeos en el seno de la Unión Europea y de la zona euro. Más allá, ha atenuado los conflictos Norte/Sur en la medida en que los países del Sur

“emergentes” se han acoplado a las exigencias de la mundialización e incluso se han aprovechado de ella a corto plazo (con la aceleración de su crecimiento), mientras que los otros países del Sur se han visto obligados a someterse “pasivamente” a estas exigencias.

2. Esta página ha quedado atrás con el despliegue en curso de la crisis de la mundialización, a partir de su crisis financiera.

Se plantean ahora nuevas cuestiones: ¿conducirá el desarrollo de la crisis a un debilitamiento del atlantismo, a la revisión de sus condiciones, a su fragmentación? ¿O, por el contrario, llevará tal vez a su reforzamiento? La Unión Europea, y en su seno la zona euro, ¿están a su vez llamadas a fragmentarse? ¿A “estancarse”? ¿O a rehacerse para reforzarse? El conflicto entre el imperialismo y los principales países emergentes (en particular China, pero también Rusia y tal vez otros), ¿está llamado a agudizarse? ¿O unos y otros se acomodarán a compromisos viables dentro de la crisis? ¿Saldrán los demás países del tercer mundo de su letargo o se hundirán aún más en él?

Las respuestas a estas preguntas, lógicamente diversas, dependerán de las luchas en curso y por venir: de las luchas sociales (clases dominadas contra clases dominantes locales) en todas sus dimensiones políticas, conflictos internacionales entre los bloques dirigentes que ocupan los puestos de mando en los Estados y las naciones tal como son. No hay “pronósticos” evidentes y pronósticos posibles. Ello no excluye sino que exige el análisis concreto de todas estas contradicciones y de los conflictos que ellas vehiculan.

## 6. El desglose de la expansión capitalista en fases significantes

1. Hay diferentes maneras de proponer este desglose, maneras que dependen del criterio central en el que se ponga el acento.

La tradición economicista es “tecnologista” en el sentido de que define los cortes por medio de las principales revoluciones tecnológicas de la historia moderna. Esto no está desprovisto de validez. Pero es preciso relativizar su alcance y sobre todo no hacer una lectura “tecnologista” de ello: la tecnología lo decidiría todo (ella sería, en última instancia, el “motor de la historia”), lo demás “se acoplaría a sus exigencias”. Los ciclos de Kondratieff se adaptan a una lectura tecnologista y economicista (fases de expansión y de estancamiento sucesivas, fases inflacionistas y deflacionistas, etc.). No voy a repetir aquí las críticas que ya he hecho de estas lecturas. Los ciclos de hegemonías (Provincias Unidas, Gran Bretaña, Estados Unidos) son favorecidos por I. Wallerstein, G. Arrighi y en parte por A.G.Frank. Remito aquí a mis críticas de este desglose que siempre me ha parecido forzado.

Gramsci propone ciclos políticos largos definidos por la composición de las alianzas hegemónicas que configuran las condiciones económicas y sociales de la reproducción capitalista.

A modo de ejemplo, Gramsci propone, en lo que se refiere a Francia, la sucesión de dos fases: 1789-1870 y 1870-1930, que él examina como fases sucesivas del proyecto de estabilización de la hegemonía burguesa en conflicto con los vestigios –poderosos– de las hegemonías del Antiguo Régimen. La primera fase corresponde a un capitalismo “competitivo”, la segunda al de los monopolios (Gramsci retoma aquí la lectura de Lenin). Las alianzas hegemónicas que caracterizan a cada una de estas fases son específicas: en el transcurso de la primera la burguesía hace concesiones a las fuerzas del Antiguo Régimen (aristocracia, Iglesia) y arrastra tras ella al campesinado salido de la Revolución para aislar a la nueva clase obrera; en la segunda, inicia el compromiso histórico con las clases salariales.

No oculto mi convicción de que el método que nos propone Gramsci es más poderoso que los otros, en el sentido de que pone en

primer plano las fuerzas esenciales que dan forma a la transformación —la lucha de clases.

He tratado de utilizar este método para caracterizar a las culturas políticas específicas de las diferentes naciones imperialistas más importantes poniendo el acento en los compromisos de origen, a veces muy fuertes, entre la burguesía y las fuerzas políticas del Antiguo Régimen. He tratado igualmente de poner en práctica este método en los análisis que he propuesto respecto al conflicto centros/periferias. Caracterizando a los centros por la capacidad de poner en ellos en práctica el compromiso histórico capital/trabajo en el capitalismo maduro tardío (el “Welfare State”), y de ahí el “social/imperialismo”. Y en las periferias por la incapacidad de la burguesía de construir un capitalismo estabilizado debido a su *compradorización*.

Lenin propuso, como es sabido, un corte (finales del siglo XIX) entre el capitalismo ascendente “competitivo” y el capitalismo/imperialismo de los monopolios, que de este modo entra en la era de su senilidad destructora e inscribe en el orden del día la revolución socialista. He suscrito la validez de esta tesis, pero relativizándola.

2. El desglose que yo propongo por lo que se refiere al período moderno del capitalismo se basa en la idea de que el siglo XX constituye una primera gran fase de avances (ola, digo yo) en las luchas por la emancipación de los trabajadores y de los pueblos.

El siglo se compone a su vez de diferentes momentos sucesivos.

Asistimos entre 1890 y 1914 a una primera “belle époque” (mundialización liberal financiarizada sobre la base del imperialismo conjugado en plural) que desemboca en la guerra inter-imperialista y en la revolución rusa. Esta “belle époque” es ella misma la respuesta a la “gran crisis sistémica” que la precede y que va desde 1873 a finales de siglo.

Al salir de este primer fracaso del liberalismo mundializado, los poderes dominantes se dedican, entre 1920 y la Segunda Guerra Mun-

dial, a restaurar la “belle époque”, lo que lleva consigo la gran crisis y la Segunda Guerra Mundial. Este período es también el de “la guerra de los treinta años” entre Estados Unidos y Alemania por la sucesión a la hegemonía de la Gran Bretaña.

La guerra se salda con la victoria de la democracia sobre los fascismos, la del Ejército Rojo, la de los partidos obreros y la de los movimientos anticolonialistas. Se reúnen nuevas condiciones, las clases trabajadoras y los pueblos coloniales conquistan una respetabilidad de la que nunca habían gozado hasta entonces. Esto permite, entre 1945 y 1980, el despliegue concomitante del “Welfare State” en los países de la tríada imperialista (social/imperialismo), la segunda gran revolución (China) y la victoria de los movimientos de liberación nacional en África y en Asia (“la era de Bandung”).

El agotamiento de estos modelos del período posterior a la Segunda Guerra Mundial a partir de 1980, después de la nueva crisis sistémica que se abre a partir de 1968/1971, hace posible la ilusión de un retorno al liberalismo mundializado (asociado esta vez al imperialismo colectivo de la tríada). Entramos entonces en una segunda “belle époque” que introdujo la “segunda ola” posible y deseable de las luchas por la emancipación de la humanidad.

La historia se repite de una manera que a mí me pareció flagrante y que analicé como tal desde finales de los años 1980.

La página de esta segunda “belle époque” (1980/2008), basada en el imperialismo colectivo de la tríada, la erosión y después el desmoronamiento de la Unión Soviética, el paso al post-maoísmo en China, el hundimiento de los modelos nacionales populistas de Bandung, la deriva social liberal de la socialdemocracia, ya se ha girado. Lo que no excluye la tentativa de las oligarquías instauradas de restaurarla.

Los ideólogos liberales han leído la “mundialización financiarizada” como “el fin de la Historia”. Por mi parte, esta mundialización me pareció desde el primer momento como necesariamente inestable y no

viable. Yo dije que no disponía de una bola de cristal que me permitiera prever la fecha de su hundimiento, pero que éste iba a producirse probablemente “antes de diez años” (estábamos en el 2002). El acontecimiento pudo sorprender a los liberales, pero no a mí y en todo caso a algunos otros, desgraciadamente poco numerosos en aquella época.

El aumento de las luchas a partir de 1995 manifiesta esta inestabilidad en su dimensión social y política; el hundimiento financiero de octubre de 2008, de su incapacidad para superar las contradicciones internas de su modo de gestión económica. Volveré sobre la importancia que hay que dar a estos dos modos de hundimiento de los sistemas. Desde el 2008 nos vemos confrontados a cuestiones de futuro a las que solamente el desarrollo y la radicalización de las luchas podrán dar las respuestas.

## **7. Luchas sociales y conflictos políticos hoy**

1. Hoy como ayer, las luchas por la transformación de la sociedad y los conflictos políticos no constituyen ciertamente dos realidades extrañas la una a la otra. Toda reivindicación social poco consecuente se convierte en un motivo de conflicto político, y ninguno de estos permanece indefinidamente sin alcance social.

Puede ser sin embargo útil hacer una distinción entre estos dos aspectos de la realidad, aunque sean el anverso y el reverso de la misma medalla. Podemos partir aquí de la diversidad de las aspiraciones que motivan la movilización y las luchas sociales, y reagrupar tal vez estas aspiraciones en cinco rúbricas: la aspiración a la democracia política, al respeto del derecho y de la libertad individual; la aspiración a la justicia social; la aspiración al respeto de los grupos y comunidades diversos; la aspiración a una gestión ecológica mejor; la aspiración a ocupar una posición más favorable en el sistema mundial.

Se reconocerá fácilmente que los protagonistas de los movimientos que responden a estas aspiraciones son raramente idénticos. Es concebible, por ejemplo, que la preocupación por dar al país un lugar más elevado en la jerarquía mundial, definido en términos de riqueza, poder y autonomía de movimiento, constituirá una preocupación importante de las clases dirigentes y de los responsables en el poder, aun cuando este objetivo gozará también de la simpatía del conjunto del pueblo. La aspiración al respeto —en el sentido pleno del término, es decir, a un tratamiento realmente igualitario— puede movilizar a las mujeres en cuanto tales, o a un grupo cultural, lingüístico o religioso que sea objeto de discriminaciones. Los movimientos que estas aspiraciones inspiran pueden ser trans-clasistas. Por contra, la aspiración a más justicia social, definida como se quiera (como quieran los movimientos a los que moviliza dicha aspiración) —por un mejor bienestar material, una legislación más pertinente y más eficaz, o un sistema de relaciones sociales y de producción radicalmente diferente— se inscribirá casi forzosamente en la lucha de clases. Puede tratarse aquí de una reivindicación del campesinado o de una de sus capas por una reforma agraria, una redistribución de la propiedad, una legislación favorable a los terrazgueros, unos precios más favorables, etc. Puede tratarse de unos derechos sindicales, de legislación del trabajo, o incluso de exigencia de una política de Estado capaz de hacer más eficaz su intervención en favor de los trabajadores llegando hasta la nacionalización, la cogestión o la gestión obrera. Pero puede tratarse igualmente de reivindicaciones de grupos profesionales o de empresarios que reclamen una reducción de la fiscalidad. Puede tratarse de reivindicaciones que se dirijan al conjunto de los ciudadanos, como lo ponen de manifiesto los movimientos a favor del derecho a la educación, a la salud o a la vivienda y, mutatis mutandis, a una gestión medioambiental adecuada. La aspiración democrática puede ser limitada y precisa, especialmente cuando inspira a un movimiento en lucha contra un poder no democrático. Pero puede



ser englobante y concebirse entonces como la palanca **que permite promover** el conjunto de las reivindicaciones sociales.

Un mapa de la distribución actual de estos movimientos mostraría sin duda alguna gigantescas desigualdades en su presencia sobre el terreno. Pero este mapa, como sabemos, es inestable, pues allí donde hay un problema surge siempre un movimiento potencial para encontrarle una solución.

2. Habría que dar pruebas de un optimismo *naïf* y desbordante para imaginar que la resultante del mapa de las fuerzas operando sobre estos terrenos tan diversos daría coherencia a un movimiento de conjunto que hiciese avanzar a las sociedades hacia una mayor justicia y democracia. El caos pertenece a la naturaleza tanto como el orden. Habría que dar pruebas de la misma ingenuidad para no tener en cuenta las reacciones de los poderes instaurados frente a estos movimientos. La geografía de la distribución de estos poderes, las estrategias que desarrollan para responder a los desafíos a los que se enfrentan, tanto en el plano local como en el plano internacional, responden a otras lógicas distintas a las que fundamentan las aspiraciones en cuestión.

Es decir, que la posibilidad de derivas de los movimientos sociales, de su instrumentalización y de su manipulación son igualmente realidades capaces de conducirlos a la impotencia, u obligarlos a inscribirse en una perspectiva que no era la suya.

Sería tal vez inútil, en la jungla de las luchas y de los conflictos que oponen los poderes a los movimientos sociales, o que oponen los poderes unos a otros e incluso a los movimientos sociales entre sí, hacer el inventario de los ejemplos que dominan la escena contemporánea.

En esta perspectiva, sería sin duda preciso privilegiar el análisis atento de las estrategias de la oligarquía de los países de la tríada, de los intereses económicos en juego, de la geopolítica y de la geoestrategia de los Estados que son sus defensores sistemáticos. Pero también de las

estrategias de los poderes dominados en el sistema mundial instaurado tanto en los países del ex-Este socialista como en los del Sur. Nos veremos entonces llevados a trazar el mapa de los conflictos que oponen a los poderes entre sí. Estas estrategias se dedican a destruir ciertos movimientos o a instrumentalizarlos para someterlos a fines que no son los suyos.

Uno de los medios entre los más eficaces que se han utilizado con este fin consiste en promover, sostener y fomentar otros movimientos diferentes de aquellos cuyo repertorio se ha hecho más arriba, o en hacer derivar a algunos de ellos en las direcciones que más convengan a los poderes en conflicto. La etnicidad, el comunitarismo de base nacional o religiosa entre otros responden bien a estas exigencias, pues las reivindicaciones –hueras, de hecho– que plantean sustituyen a las aspiraciones democráticas y sociales en provecho de los poderes locales y/o de los poderes dominantes a escala mundial. Las coartadas “de izquierda” son igualmente útiles.

Descifrar la geografía del conjunto de estos juegos complejos exige que se dé la justa medida del desafío que constituye el imperialismo contemporáneo. A partir de ahí será posible avanzar en el debate y la conceptualización de las exigencias de una alternativa eficaz y coherente.

## **8. El lenguaje de los discursos**

La crítica de las representaciones pasa por la de su vocabulario, tanto el de Marx como el de los liberales.

Son conocidos los términos corrientes en uso en la tradición de las luchas obreras y socialistas, asociados a conceptualizaciones diversas, cierto, pero a menudo inspiradas al menos por los escritos de Marx –Estado y política, clases y luchas de clases, cambio social, reforma y

revolución, poder, ideología. Estos términos han desaparecido del lenguaje, incluso del de muchos de los “movimientos” en lucha. En su lugar se utilizan otros vocablos: sociedad civil, gobernanza, *partenaires* sociales, comunidades, alternancia, consenso, pobreza. Esta sustitución no es neutra. Es portadora de una adhesión a las exigencias fundamentales de la reproducción capitalista.

Propondré, pues, aquí una relectura del vocabulario de Marx y recordaré mi crítica del vocabulario que pretende sustituirlo.

1. En Marx, el término ‘proletario’ tiene un sentido científico preciso, el del ser humano que está obligado a vender su fuerza de trabajo (su única propiedad) al capital. Los trabajadores “no utilizan los medios de producción”, es el capital que emplea el trabajo (lo subalterna y lo explota) el que lo hace.

En este sentido, expansión continua del campo de las relaciones sociales sometidas al capital y proletarización son sinónimos. El fin del “proletariado”, el fin del “trabajo” (sometido al capital) sólo son pampinas.

Sin embargo, la proletarización nunca ha sido uniforme; ha sido siempre multiforme durante todas las etapas de la expansión capitalista. La sumisión formal de los artesanos de los primeros tiempos del capitalismo (el “putting out”), la de los agricultores modernos, la de los campesinados de las periferias del sistema, la de los “trabajadores libres” (que se creen libres) de hoy, cuya multiplicación va asociada a las nuevas formas de organización del capital, las de los “trabajadores informales” de las periferias, constituyen la expresión de esta multiplicidad de las formas de la proletarización general. Por lo demás, esta diversidad es, en parte al menos, el producto de políticas puestas en práctica por el capital y el Estado a su servicio para fragmentar el frente del trabajo. Estas políticas permiten también el desarrollo de representaciones específicas a cada uno de estos fragmentos y convierten de este modo

en más complejo el paso de la conciencia en sí a la conciencia para sí de este proletariado general. La dialéctica teoría/práctica de las luchas (siempre “espontáneamente” sectoriales) –y no la de la teoría “introducida desde el exterior”, o la de la “espontaneidad supuestamente creadora”– constituye el eje central ineludible de la lucha de las clases y de su “politización” indispensable, para su propio éxito, inmediato y más lejano.

El “adiós al proletariado” procede de una simplificación, operada por el marxismo histórico, reduciendo esta clase a su fragmento constituido, en una lectura eurocéntrica, economicista y obrerista, por los “obreros” de la gran industria del siglo XIX y después de la fábrica fordista del siglo XX. El obrerismo encontró aquí su fundamento objetivo, debido a la organización facilitada por la concentración en los lugares de trabajo, y sobre esta base a la constitución de los partidos obreros y de los sindicatos.

La ofensiva política del capital, que se desarrolló a partir de la segunda “belle époque” evocada más arriba y que prosigue, se propuso el objetivo de fragmentar el frente del trabajo sobre unas bases nuevas y suplementarias. El contraste entre la condición reservada a los trabajadores que yo he calificado de “estabilizados” y los que no lo están, sobre el que yo he puesto el acento (y cuya amplitud y extensión he tratado de medir), es una política, no la consecuencia “natural” e “inevitable” de la evolución “objetiva” de las tecnologías. Esta política está desde ahora asociada a la financiarización del sistema. Su objetivo es crear un “frente de acreedores” constituido por los jubilados beneficiarios de fondos de pensiones privatizados (y por ello solidarios con el capital financiero) y, detrás de ellos, de los trabajadores “estabilizados”. Y oponer este frente al de los “marginados” (precarios, parados, informales, trabajadores llamados libres).

El conjunto de los fragmentos del proletariado general constituye lo que yo he calificado de “base social” (por oposición a “base electoral”)

del socialismo. La convergencia de sus luchas implica el reconocimiento de la diversidad, no solamente de sus discursos fragmentados, sino también –en cierta medida– de sus “intereses”, por lo menos inmediatos. El ejemplo de esta situación viene dado por el conflicto entre los intereses del proletariado urbano (en su calidad de consumidores de productos alimenticios) y el campesinado proletarizado (productor de estos productos). No es posible transformar la realidad –construir la convergencia– sin reconocer de entrada la diversidad de sus manifestaciones. Los discursos fragmentarios, por su parte, alimentan la volatilidad de las bases electorales de los partidos y movimientos que reivindican su pertenencia a “la izquierda”.

A escala global, ya lo hemos dicho, la proletarización en curso es sinónimo de pauperización, como ya había comprendido Marx.

2. La diversidad de las formas de la proletarización general interpela al análisis de las clases y a las estrategias de las luchas.

¿Hay que sustituir entonces la expresión “expansión del proletariado general” (que yo defiendo) por la de “clases populares”, distintas de las “clases medias”?

Las teorías sociales burguesas, siempre encerradas en el método empirista estricto, favorecen este desplazamiento. El Banco Mundial no conoce más que la forma inmediata de expresión de la realidad –la pirámide de las rentas–. La clasificación propuesta por las “categorías socioprofesionales” del INSEE<sup>6</sup> francés es menos rudimentaria. Permite entre otras cosas correlacionar la diversidad de las representaciones con las opciones electorales. Pero no por ello es menos empirista en espíritu.

No es evidente que, en la larga duración de la expansión del capitalismo histórico, la proporción de las clases medias haya estado en con-

6. Institut National de la Statistique et des Études Économiques.

tinuo crecimiento (como pretende el discurso de moda) o en reducción (como invitaría a pensar una definición de la proletarización que no es la de Marx). Se perciben más bien fases de expansión (la postguerra por ejemplo) y fases de contracción (los momentos de grandes crisis, como la nuestra). Pero en todos los casos la composición de estas clases medias ha estado siempre sometida a transformaciones en la naturaleza de sus componentes. Para simplificar, ayer, pequeños productores independientes en realidad o solamente en apariencia; hoy, cuadros en gran parte asalariados, profesiones liberales y, aquí y allí, especialmente en las periferias, nuevos pequeños productores integrados y sometidos al proceso de reproducción del capital.

El crecimiento de las clases medias nuevas en el centro del sistema está asociado a la renta imperialista. André G. Frank y yo mismo contemplamos, desde 1974, la posibilidad de una nueva división del trabajo entre los centros y las periferias, basada en la concentración en el centro de producciones asociadas a los monopolios a través de los cuales se expresa su dominación a escala mundial (investigación y tecnología, armas, comunicaciones, sistemas financieros de mando) y la emigración a la periferia de las producciones industriales banales, subalternizadas y dominadas por estos medios. Treinta años más tarde, la realidad visible confirma nuestras intuiciones precoces. La renta imperialista, apropiada mediante el ejercicio de estos monopolios y reforzada por la punción sobre los recursos naturales del planeta sometidos al monopolio de los centros en el acceso a estos, transforma así la arquitectura de la estructura de clases y las representaciones a ella asociadas.

La estructura de las clases medias en las periferias ha sido igualmente objeto de transformaciones permanentes. Pero presenta igualmente singularidades asociadas a la evolución del capitalismo global.

La integración en el sistema global de los campesinados de las regiones periferizadas ha producido una gran variedad de transformaciones

tanto de las nuevas clases beneficiarias de la expansión imperialista (latifundistas de América Latina, de Asia y del mundo árabe, nuevos campesinados "ricos", antiguas jefaturas reconvertidas) como de sus víctimas (campesinos sin tierra, microfundistas pobres). La urbanización nueva, o renovada, ha sido igualmente el lugar de emergencia de nuevas clases, *compradores* beneficiarios del sistema, clases populares víctimas de este, capas medias diversas.

Frente a la diversidad de las situaciones, amplificada por la de los discursos y las representaciones, ¿puede considerarse "posible" la emergencia de un frente de las "clases populares" (sinónimo de proletariado general constituido en sus formas diversas)?

En los centros, podría pensarse que la renta imperialista, que ha ajustado la socialdemocracia al social/imperialismo casi desde el origen de la constitución de las "izquierdas modernas", prohibiría pensar en la credibilidad de la posible emergencia de una perspectiva socialista. El desplazamiento en dirección a la ideología del consenso "a la americana" refuerza esta evolución desastrosa posible, que haría aceptar "el apartheid a escala mundial". Sin subestimar la realidad de este peligro, me parece útil señalar la razón por la que esta no es fatal. Pues la centralización oligárquica del capital y su modo de gestión de la crisis del capitalismo senil, ha llevado a la evolución general a direcciones destructoras de todo futuro para la humanidad y tal vez para la vida en el planeta. Una toma de conciencia de esta perspectiva ha empezado ya a surgir. ¿Permitirá la constitución de un "bloque antioligárquico" alternativo? ¿Se verá facilitada la emergencia de este por la degradación de las condiciones de las clases populares y de amplias fracciones de las clases medias que casi con toda certeza producirá la crisis? Encontramos aquí de nuevo la importancia activa de las representaciones. ¿Darán estas credibilidad a las respuestas fascisizantes ("la culpa es de los emigrados", el "terrorismo internacional")? ¿O fracasarán en su intento?

En las periferias la emergencia de bloques alternativos nacionales (anti-imperialistas), populares (“antifeudales, anti-*compradore*) y democráticos choca también con muchas dificultades visibles. Las derivas pasadistas —manipuladas por el imperialismo y los neo-*compradores* locales— están lejos de haber perdido su vigor. También allí se imponen las batallas en los frentes ideológicos y la disección de los discursos.

Más allá del análisis de las realidades relativas tanto a las clases populares como a las clases medias, ¿podría un concepto de “pueblo” ayudarnos a pensar las estrategias de construcción de la convergencia socialista?

Yo diría que “hacer política” (en el buen sentido del término) lo impone. El “pueblo” en cuestión no está definido de antemano, sólo puede serlo en relación con los objetivos inmediatos y más lejanos de la estrategia del combate por la apertura de la vía socialista. ¿Un “pueblo antioligárquico” en el Norte? ¿Un “pueblo anti-imperialista” en el Sur? Esta realidad ya ha existido, en sus momentos de radicalización de la lucha por la liberación nacional y “el socialismo”. En el Vietnam se había convertido en el sujeto activo de la historia. Se trataba de un pueblo que ciertamente unía, pero excluyendo a las clases “feudales” y “*compradores*”.

3. El análisis concreto de las condiciones de la lucha por la emergencia de la alternativa en la perspectiva socialista impone prestar una atención particular a “grupos” sociales más particularmente activos. Se trata en este caso de lo que se denomina —mal— las “clases políticas”.

Entramos así en una jungla cuyas lianas solamente es posible desenmarañar caso por caso. Yo solamente he tratado de hacerlo por lo que se refiere a algunos de los países del “período de Bandung”.

Siempre ha sido grande la tentación de sustituir el análisis de las representaciones y de las opciones de acción reales por un discurso “general” relativo a la “pequeña burguesía”. Se olvida que este vocablo



no define por lo general a una “clase” que se caracterice por criterios objetivos de estatus en el sistema productivo. El vocablo fue introducido por la jerga popular revolucionaria de la Francia del siglo XIX y por Marx para designar más “una forma de pensar” que una clase. Su uso ha sido siempre peyorativo e incluso sarcástico. El “pequeño burgués” es un individuo que no es un burgués (no tiene acceso al capital, ni siquiera en una escala modesta), pero que cree serlo. Error en el juicio personal.

El modo de pensamiento “pequeñoburgués” es desde entonces frecuente y no está reservado a una o a varias clases “medias” particulares. Es perceptible en las conclusiones a las que conducen las representaciones de las que suele abrevarse. De ahí el abuso desgraciadamente frecuente de esta etiqueta a cualquiera que “no esté de acuerdo” (con nosotros o con el partido que pretende ser revolucionario y aguerrido). Estos abusos están en el origen de su abandono.

4. La moda venida del otro lado del Atlántico ha sustituido los conceptos forjados por las luchas sociales que el marxismo trató de sistematizar por un nuevo lenguaje: “sociedad civil”, “buena gobernanza”, “lucha contra la pobreza”, “justicia social”.

En el capítulo seis he propuesto una crítica radical de esta “novalingua”, expresión de una ideología perfectamente funcional destinada a encerrar las exigencias de la reproducción capitalista.

## 9. ¿Hacia una segunda oleada de luchas anticapitalistas victoriosas?

Me limitaré aquí a recordar los desarrollos más recientes que he propuesto sobre estas cuestiones, subrayando lo esencial de lo que me parece nuevo.

El paso del capitalismo mundial al socialismo mundial solamente puede imaginarse en forma de “olas sucesivas” de avances (seguidos

eventualmente de retrocesos, por desgracia) en las luchas por la emancipación humana, del mismo modo que el propio capitalismo no fue el producto de un “milagro europeo” que cristalizó en un tiempo breve en el triángulo Amsterdam-Londres-París, sino de una serie de oleadas que se desplegaron en diversos espacios geográficos del mundo antiguo, desde China a la Europa de las ciudades italianas, pasando por el Oriente musulmán.

El capitalismo “histórico”, el que fue el producto de la última oleada europea, se impuso, aniquilando de este modo la posible cristalización de otras formas del capitalismo basadas en culturas históricas distintas a la de la Europa atlántica, en particular en la de la China “confuciana”.

El pensamiento burgués, por naturaleza lineal y eurocéntrico, no dispone del utillaje necesario para pensar un “más allá del capitalismo”. El único futuro de la humanidad que es capaz de pensar está guiado por la “recuperación”: los países “subdesarrollados”, “atrasados” solamente pueden enfocar su futuro a través de la imitación del modelo del capitalismo tal como es en sus centros desarrollados. Desde Rostow a los “países emergentes”, la tesis burguesa permanece inalterada. Mi crítica de esta tesis es precoz: ¡está escrita antes incluso de la publicación de la de Rostow!

Los marxismos históricos, impregnados pese a todo de esa misma visión reductora y lineal de la historia solamente han calibrado parcialmente el desafío, sean cuales sean los matices que hayan de acompañar a este juicio.

Yo he leído pues el siglo XX como el del despliegue de una primera ola. Se han registrado avances notables en los centros, que han tomado la forma de la gestión socialdemócrata (auténtica, no social-liberal) de un compromiso histórico capital-trabajo, asociado a una ampliación de la democratización de la sociedad (emergencia de las mujeres en particular). Las tentativas reaccionarias de frenar estos avances (los fascis-

mos) fueron finalmente derrotadas. Las revoluciones en nombre del socialismo, primero en la semiperiferia rusa y después en la periferia china (y algunas otras) fueron sin duda los avances más radicales del siglo. La mundialización de las luchas por la reconquista de la independencia de los pueblos de Asia y de África obligó al imperialismo a adaptarse al nuevo sistema multipolar de la postguerra.

Estos avances transformaron verdaderamente a las sociedades del Norte y del Sur, del Oeste y del Este a unos ritmos sin precedente y no necesariamente "para peor", como pretende la propaganda liberal. Pero estuvieron atravesados por las contradicciones y conocieron límites que prepararon el terreno a retrocesos posteriores a las primeras victorias. Sin volver a los análisis de estos flujos y reflujos propuestos por el autor de estas líneas, subrayo de ellos solamente lo que me parece que está en su origen, y que por ello mismo la segunda ola de luchas debería situar en el centro de sus preocupaciones.

Se trata en primer lugar de la "fascinación estatalista", no solamente del leninismo, sino también de la socialdemocracia y de los nacional-populismos de Bandung. La práctica de la democracia (cuando existe) se ha visto limitada por el concepto del "progreso por arriba", un handicap fatal a la socialización de la gestión económica.

Es también el hecho de subestimar, es lo menos que puede decirse, la amplitud del desafío producido por la profundidad de la ruptura centro/periferias. Sin embargo, en esta cuestión hay que introducir muchas matizaciones. Desde Bakou (1920), Lenin prevé que el movimiento revolucionario anticapitalista se desplaza hacia el este. Pero sobre todo, la contribución decisiva del maoísmo encuentra aquí su lugar: Mao concibe la revolución al orden del día como una revolución nacional (anti-imperialista), popular y democrática (anti-feudal, anti-*compradore*), que abre el camino a la muy larga transición posible al socialismo.

## 10. Las condiciones de la emergencia de una segunda ola ("los socialismos del siglo XXI")

En el centro mismo del desafío: la cuestión democrática, la reconstrucción del sistema mundial.

### 1. *La cuestión democrática*

1. Parto de la crítica que Marx dirige al sistema burgués considerado en su totalidad.

La herramienta de análisis de Marx es su teoría de la "representación". Los seres humanos no solamente viven en un sistema (una formación social histórica) sino que también se lo "representan" (por medio de su ideología), y esta representación está a su vez determinada por la naturaleza de la formación objetiva en la que viven. Es "religiosa" (yo digo "metafísica") en los sistemas antiguos, "económica" (yo digo "economicista") en el capitalismo. No insistiré más en este contraste, sobre el que ya he escrito mucho. La "representación" distingue a las sociedades humanas de las sociedades animales. Dirige las estrategias de acción de los sujetos de la historia, las clases y las naciones.

En el capitalismo, Religión, Derecho, Dinero constituyen las tres caras de la representación alienada de la realidad capitalista, como recuerda Isabelle Garo. Estas tres caras son indisolubles: el "money-teísmo" sustituye (o acompaña) al monoteísmo, he escrito yo.

Pero también el Derecho, que se convierte en el fundamento del Estado nuevo, eventualmente "democrático", es él mismo parte perceptora en la alienación económica. Se transforma para pasar de estar al servicio del poder (en los Antiguos Regímenes) al de la propiedad. Las conquistas democráticas encuentran aquí el límite que no pueden franquear sin salir del capitalismo. La democracia burguesa es ella misma una democracia alienada. Se autoprohíbe cruzar la línea roja de la sa-

crossanta propiedad. Derecho y Dinero son desde entonces indisociables. Y esta asociación acompaña a la disociación entre la gestión política de la sociedad por la democracia representativa electoral y pluripartidista (cuando existe) y la gestión de la economía, abandonada a la Razón atribuida al “mercado”. En política, los ciudadanos son iguales en derecho. En la realidad social, dominantes y dominados, explotadores y explotados, no lo son. El progreso social es exteriorizado, no es constitutivo del fundamento del derecho y de la democracia.

La lucha por la democracia burguesa se justifica perfectamente en las situaciones en las que no existe. Se puede comprender la legitimidad de la reivindicación de la puesta en práctica de los derechos fundamentales (derecho a la libertad de opinión, a la organización, a la lucha). Los avances en el terreno democrático favorecen el desarrollo de las luchas y de las representaciones correctas de los desafíos. Pero de ninguna manera resuelve el problema esta lucha. El verdadero desafío impone la invención de un derecho y de una democracia que asocian libertad de los individuos y progreso social. Solamente es posible emprender esta vía destronando al Dinero, es decir, saliendo del capitalismo.

En lugar de “democracia” (que sugiere siempre democracia burguesa) habría que hablar de la “democratización” (considerada como un proceso sin fin), sinónimo de emancipación (de los individuos y de los pueblos).

La segunda ola solamente constituirá un progreso respecto a la primera si permite avances reales en esta dirección.

Avanzar en la democratización solamente será posible por medio de la “concentración” de lo que yo llamo la “base social” (“social constituency”) por oposición a la “base electoral” (“electoral constituency”) en luchas “convergentes en la diversidad”.

La base social en cuestión exige objetivamente y reúne a la inmensa mayoría de los pueblos del Norte y del Sur. Pues su adversario, a su vez, solamente es esta oligarquía que gobierna el capitalismo con-

temporáneo. Difícil transición de la existencia en sí a la existencia para sí que define a los nuevos sujetos de la transformación. Asociada a la formulación, titubeante, lenta y difícil de estrategias eficaces. No hay alternativa a las luchas llevadas a cabo con este espíritu y con este objetivo.

La base electoral de las “izquierdas” instauradas sobre el terreno (cuando existen) es por naturaleza volátil porque funciona dentro de los límites de la democracia burguesa. El altercado leninista –“el cretinismo parlamentario”– conserva todo su vigor, confirmado a diario por la experiencia de las “decepciones electorales”.

2. Cuestión previa: la perspectiva de la emancipación evocada más arriba ¿es posible (“utopía crítica”) o utópica en el sentido vulgar del término (“sueño sin posibilidad real de realización”)?

¿Es pues “posible” la emancipación? La cuestión aquí planteada es la de la superación de las alienaciones. Entiendo por alienación el comportamiento de seres humanos que atribuyen a fuerzas exteriores a ellos mismos la obligación en la que se encontrarían de actuar como lo hacen. El caso más evidente es la alienación economista producida por la dominación del capital (más allá del “mercado”) que impondría sus exigencias como una fuerza de la naturaleza exterior a la sociedad, mientras que la economía en cuestión solamente existe en función de las relaciones sociales que definen su cuadro. Mi lectura de *El Capital* de Marx (“Crítica de la economía política”) se basa en la centralidad de la alienación.

Pero ¿qué decir de otras formas de alienación, como las que definen las creencias religiosas? De una manera más general, ¿es la alienación una condición que define al ser humano o no? Pues es evidente que si la respuesta a esta cuestión es que la alienación es inherente al ser humano, entonces las posibilidades de liberación por medio de la gestión democrática de la “economía” y del “poder” son por definición limitadas. Pero ¿dónde están estos límites?

Propongo, pues, distinguir las formas de alienación que yo califico de sociales (y por tanto localizables en el tiempo y el espacio, propios de una sociedad concreta en un momento concreto de su historia, como la alienación economista propia del capitalismo o las alienaciones religiosas tal como las viven las sociedades afectadas) de las que serían “antropológicas” (equivalentes, en mi vocabulario, a “suprahistóricas”). Y a partir de ahí me contentaré con definir con modestia la emancipación que ofrece la perspectiva comunista como la liberación de las alienaciones sociales. Se puede entonces precisar concretamente las formas “institucionales” de gestión de la economía y de la política que permiten avanzar en esta dirección.

La utopía crítica se sitúa en este marco y en estos límites. Entiendo por utopía crítica una visión del futuro que finalmente es considerablemente más realista de lo que piensan sus adversarios. Un avance incluso modesto en su dirección produciría una poderosa movilización de las fuerzas dispuestas a ir más lejos. Renunciar a la utopía crítica es finalmente aceptar la deriva bárbara del capitalismo. Rechazo esta apelación a un supuesto “realismo” que de hecho es la sumisión a una realidad que es ella misma efímera.

La emancipación, sinónimo de democratización sin riberas, ¿ha de abolir los términos de la alienación (Religión, Derecho y Democracia, Dinero) como se la representan las ideologías del ateísmo anarquista y comunista? ¿O formular las maneras de controlarlos: laicidad radical, democracia social, socialización de la gestión económica? Opto por esta segunda interpretación modesta del sentido a largo plazo del “comunismo” del futuro.

3. ¿“Quieren” los “pueblos” en cuestión la democratización propuesta? ¿Quieren incluso la “democracia” limitada que se les propone? Encontramos aquí las representaciones que se hacen del sistema en el que viven, de los límites de las acciones que consideran posibles; en

otras palabras, la cuestión de la “conciencia lúcida” (o de sus ilusiones al respecto), del paso de la conciencia en sí a la conciencia para sí de las clases dominadas.

Por el momento, la demanda de democracia no es evidente. Víctimas a la vez de las alienaciones ideológicas propias del capitalismo y de los desafíos inmediatos de la vida (o incluso de la “supervivencia”), los pueblos no están necesariamente convencidos de que sea posible otra cosa que el ajuste y el manejo del día a día.

En los centros, los estragos de la alienación son visibles. Los “jóvenes” (¡y los no tan jóvenes!) ¿quieren otra cosa que más de lo mismo, acceder a lo que ellos no tienen y otros sí? El hecho de que deseen igualmente menos desigualdad y más solidaridad no modifica fundamentalmente la existencia de esta forma de despolitización.

En las periferias, vivir, que en ellas es a menudo sinónimo de “sobrevivir”, tiene la prioridad —y es comprensible— sobre “comer”, pero también sobre tener escuelas que ofrezcan a los niños una posibilidad de ascender en el sistema tal y como es. Esta segunda forma de despolitización no es menos visible que la precedente.

Frente a este desafío ¿se puede hacer algo que sea eficaz?

La dialéctica teoría/práctica es ineludible. Una teoría correcta procede del análisis de la realidad, la precisión de las propuestas que de ella se deducen es puesta a prueba por la acción. La elaboración teórica no es nunca un producto espontáneo del “movimiento”, pese a lo que digan algunos. Tiene necesidad de “teóricos” (término demasiado académico y por ello pretencioso), de “vanguardias” (término irritante porque recuerda el uso que han hecho del mismo quienes se autoproclaman como tales), de “élites” (término a rechazar porque es el que la ideología del sistema emplea para designar a quienes son sus servidores). El vocablo ruso de *intelligentsia* es sin duda el más apropiado.



#### 4. Teoría y práctica son indisociables.

No habrá avance en la dirección del progreso democrático y social sin la formulación de un “programa de construcción de la convergencia en la diversidad”. Su definición es ineludible. Yo la resumo en una sola frase: “socializar la gestión económica”.

En los centros, la operación no puede iniciarse sin la previa expropiación de la oligarquía. No es cierto que solamente en Rusia sea la oligarquía la que domina el sistema, como ya he dicho, también lo domina en Estados Unidos, en Europa y en el Japón. La nacionalización (estatalización, tal vez) constituye una primera medida ineludible. La socialización viene después, si el movimiento le abre el camino. Una ruta larga, construida a medida por la que se va avanzando, que se va inventando.

En las periferias, el programa nacional, popular y democrático comporta sus propias contradicciones internas. No solamente porque aquí la base social está compuesta de segmentos sociales cuyos intereses no son siempre convergentes, sino también y sobre todo porque la tarea histórica es aquí doble y conflictiva: “ponerse al nivel”, en el sentido de desarrollar las fuerzas productivas (y la tentación de hacerlo copiando las recetas del capitalismo es grande) –tarea ineludible para “salir de la pobreza”– y “hacer otra cosa”, iniciar unas relaciones sociales basadas en la solidaridad y no en la competitividad. Las revoluciones rusa y china lo hicieron durante los primeros tiempos de su despliegue victorioso con una fuerza evidente, y después fueron experimentando progresivamente una regresión para acabar atascándose en la perspectiva única de la “recuperación”. Una lección decisiva a extraer de la primera ola (no atascarse en esta contradicción) ha de situarse en el centro de las preocupaciones de la segunda.

Se entiende que los momentos sucesivos de la larga transición nacional, popular y democrática se basan en compromisos conflictivos que oponen las aspiraciones al socialismo con las fuerzas de vocación capi-

talista. Remito aquí una vez más a la experiencia del maoísmo y al poderoso análisis que ha hecho de la misma Lin Chun. Aspecto positivo: la invención de la “línea de masas”. Límites aniquilantes a la larga: falta de institucionalización de los derechos (incluidos los del individuo) y de la justicia. Podríamos remitirnos igualmente a las propuestas y a las experiencias de “autogestión”, de “democracia participativa” y otras. Que deben leerse y releerse con lucidez y espíritu crítico positivo.

Sin embargo, el recurso al instrumento del “despotismo ilustrado” es a veces inevitable. Obligar a los padres recalcitrantes a enviar a sus hijos a la escuela, ¿es un procedimiento “antidemocrático” o el único medio de abrir la vía a la democratización? He analizado en el capítulo cuatro, en estos términos, algunos de los avances de nuestra época (en el Afganistán y el Yemen llamados “comunistas”).

5. La “novedad económica” no puede reducirse a su dimensión de socialización de la gestión.

Ha de integrar la relación sociedad/naturaleza y redefinir “el desarrollo de las fuerzas productivas” teniendo en cuenta esta relación. La dimensión destructiva de la acumulación supera desde ahora a su dimensión constructiva. Su prosecución, en las formas que le da el capitalismo destruye al individuo, a la naturaleza, a pueblos enteros. El socialismo no es sinónimo de “capitalismo sin capitalistas”. El “solar socialism” de Altwater encuentra aquí su lugar, convincente en mi opinión.

## *2. La cuestión de la mundialización*

Seré muy breve en este capítulo sobre un tema del que ya he escrito mucho. Recordaré lo esencial de sus conclusiones.

La mundialización liberal se esmera en construir “otro mundo” en vía de emergencia, basado en el apartheid a escala mundial, más salvaje, pues, que aquel en el que hemos vivido desde el fin de la Segunda

Guerra Mundial. Las políticas puestas en práctica por los poderes acorralados en respuesta a la “crisis financiera” se dedican exclusivamente a restaurar el orden de la mundialización liberal. Como en 1920, retorno “a la belle époque”. Con las mismas amenazas, ciertamente: nuevos hundimientos del sistema, aún más graves.

La continuación, contra viento y marea, de la dominación de la oligarquía de la tríada imperialista sobre el sistema mundial impone el recurso a la violencia armada permanente por el control militar del planeta. Mientras este proyecto no sea verdaderamente derrotado, todos los avances posibles, aquí y allí, seguirán siendo de una vulnerabilidad extrema. La construcción de la convergencia en la diversidad de las luchas no puede dejar de conceder al objetivo de derrotar a la militarización de la mundialización un lugar central en sus estrategias. Llevo insistiendo en este punto desde 1990, antes incluso de la emergencia de los Foros sociales.

Un Bandung 2, un Bandung de los Pueblos (pero también, en perspectiva necesaria y posible, de los Estados) constituye el medio por excelencia para derrotar a la vez al despliegue militar del imperialismo colectivo de la tríada y al despliegue de la mundialización liberal restaurada.

## **11. De Marx a los marxismos históricos**

Marx, como se sabe, se declaró “no marxista” en cuanto vio asomar el peligro de aquello en que se han convertido los marxismos históricos de los partidos que se reclaman de su pensamiento.

No es este lugar para desarrollar una crítica de estos marxismos históricos, por rápida que sea. Me limitaré a señalar cinco tipos de cuestiones, desde mi punto de vista ineludibles, en cuanto uno se proclama “marxista”. No en el sentido de una adhesión a alguno de los marxismos históricos del pasado, sino en el espíritu de “partir de Marx”.

1. La cuestión de “la articulación de las instancias” (base y superestructura, economía, política, ideología y cultura) para utilizar nuestra conocida jerga, ha dado lugar a una deriva contra la cual me ha parecido necesario reaccionar.

Creo que Marx dejó bien establecido que la “base” (la organización de la producción y del trabajo) era siempre “determinante en última instancia”. Lo es en los albores del desarrollo de las fuerzas productivas, en los sistemas comunitarios (mi vocabulario) que se basan en una ideología del parentesco en la gestión del nacimiento de las clases sociales, lo es en el largo período de los sistemas tributarios de clase premodernos, lo es por supuesto en el capitalismo.

Pero Marx tomó la precaución de articular sobre esta base la “superestructura política e ideológica” de una manera que es específica del capitalismo, diferente de la que caracteriza a los sistemas anteriores. En nuestra jerga (que comparto con otros), la base económica solamente se vuelve dominante (o directamente dominante) con el capitalismo. En los sistemas anteriores es el poder (la política) el que constituye la instancia directamente dominante. He resumido esta inversión con la frase: en el capitalismo, la riqueza es fuente de poder; en los sistemas anteriores, es lo contrario. El poder dominante exige una ideología que se adecue a su reproducción (la “religión de Estado”), el del capitalismo exige el economicismo (la alienación mercantil).

Pero en todos los casos hay que explicitar el modo de funcionamiento de estas articulaciones. Marx no ha propuesto una “teoría general” del mismo (forzosamente transhistórica), porque su método se lo prohibía. Se limitó pues a analizar concretamente este modo de funcionamiento en diversos lugares y momentos. Descubrimientos confirmados o invalidados después respecto a estos análisis; esto no me inquieta.

En cambio, los marxismos históricos han propuesto esta teoría general decretando que las diferentes instancias constituyen siempre y necesariamente una arquitectura coherente. Esta teoría general ha sido

desarrollada hasta sus extremas consecuencias por Althusser y el concepto de “sobredeterminación” que él ha definido con este espíritu.

Mi crítica de esta deriva del marxismo histórico hacia una especie de determinismo histórico me llevó a proponer, a la inversa, un concepto de “subdeterminación”. Entendía por ello que las diferentes instancias no están exclusivamente determinadas por las exigencias de su coherencia global, sino igualmente por unas lógicas internas que le son propias. En este sentido, me pareció que el caso de las “lógicas religiosas” podía proporcionarnos unos ejemplos sorprendentes. Más importante es lo que yo he derivado de mi concepto de “subdeterminación”. Que el conflicto de las instancias puede saldarse con una transformación revolucionaria positiva, pero también encerrar a la sociedad en un callejón sin salida, incluso en la regresión. Revolución y caos son, una y otro, los resultados diferentes y posibles de estos conflictos. La observación invita pues a dar un lugar importante en el análisis de las representaciones a estas cuestiones de las lógicas internas propias de los diferentes fragmentos de la realidad social.

2. La “sobredeterminación” suscitó una deriva simplificadora probablemente dominante en el “marxismo popular” (vulgar).

Se trata de la falsa teoría de la “ideología reflejo”, es decir, expresión directa de las exigencias de la reproducción de la base económica. Marx utilizó aquí y allí el término reflejo, pero, me parece a mí, para caracterizar unos casos límite, cuando la ideología se vuelve puramente “funcional”. Es el caso, en mi opinión, de la que vehicula el virus liberal. Pero está lejos de ser la regla que gobierna la relación de las instancias.

Conscientes probablemente de que esta simplificación no permitía siempre avanzar en el análisis de la realidad, las autoridades de los marxismos históricos recurrieron entonces a un vocablo poco preciso –“la autonomía de las instancias”. ¿Huida ante la dificultad real! ¿Cuál es el sentido y el contenido exacto de esta “autonomía”? ¿Es solamente la

resistencia pasajera, la sumisión a las exigencias de la base que tendrán finalmente que imponerse? Es probablemente este el sentido que se le ha dado. Yo propongo ir más lejos.

3. El Estado moderno, capitalista, no existiría sin estar bien articulado a las exigencias de la dominación y de la reproducción capitalista. Avance de Marx por mí adquirido.

Pero de ahí a concluir que el Estado, porque siempre ha sido un Estado de clases, no puede sino serlo y que por ello está llamado a “desaparecer” en la sociedad sin clases, me parece problemático. Marx y Engels dan a entender a veces esta conclusión rápida y otras veces otra cosa: que el proletariado no puede apoderarse del Estado burgués para ponerlo a su servicio, que ha de destruirlo. Y reemplazarlo por “otro Estado” —¿“la administración de las cosas y no ya el gobierno de los hombres”, como decían los socialistas utópicos a los que Marx copia esta fórmula? Yo he formulado una proposición algo diferente: el Estado organizador de la socialización de la gestión de un sistema de producción avanzado y complejo. Y con este espíritu he situado la cultura (la cultura comunista, mucho más que una “ideología”) en el puesto de mando, con lo que la cultura así definida se convierte en la nueva instancia dominante.

Pero sobre todo la deriva simplificadora iba a oscurecer en sumo grado el análisis de las exigencias del Estado de la transición. Y si se admite que se trata de una “larga transición” (secular) la cuestión adquiere una importancia central. No concierne solamente al Estado “nacional popular democrático” de la larga transición a partir de avances revolucionarios en las periferias del sistema. Concierne igualmente al Estado de la no menos larga transición en los centros “desarrollados”. Interpela a la articulación entre las exigencias de la socialización de la gestión económica y las de la progresión de la democratización de las sociedades. Interpela a la articulación entre las políticas de los Estados (“nacionales”) y el despliegue de una mundialización multipolar.

4. Yo creo que esta última dimensión del capitalismo realmente existente, quiero decir la mundialización imperialista y polarizante subyacente a su expansión, ha sido subestimada, es lo menos que puede decirse, por los marxismos históricos en su realidad y en las consecuencias que comporta.

No insistiré sobre este tema, simplemente porque es aquel en torno al cual han girado todas mis reflexiones y propuestas (o casi todas) desde hace cincuenta años.

5. Marx no ha producido una “teoría general del género humano”. Ni tampoco una teoría general de la historia. Se ha guardado mucho de hacerlo.

¿Quiere esto decir que la reflexión, no ya más allá de Marx (lo que daría a entender una “revisión” fundamental de las propuestas de Marx), sino “aparte de” Marx, en el ámbito de la antropología, está prohibida?

Creo que sería vano proponerlo.

Por mi parte, me he “atrevido” (sin jactarme de tener ninguna cualificación que me otorgue el “derecho” de hacerlo) a proponer algunas reflexiones relativas a la pirámide de las alienaciones que efectivamente “se sale” del campo de las miradas de Marx.

Pienso que una reflexión de la misma naturaleza sobre la cuestión del “poder” no carecería de utilidad, entre otras cosas para mejor leer sus representaciones, “científicas” o “deformantes”. Los militantes conocen el problema, por su práctica. Saben distinguir “la lógica de organización” de la “lógica de las luchas”. Antropólogos, filósofos y en particular psicoanalistas han planteado la cuestión de la demanda y de la expresión del “poder” en el ser humano. No creo que el “marxismo” exija ignorarla.

Marx cree descubrir la aspiración al comunismo en el movimiento real de la sociedad. Es la razón por la cual desconfía de su mutación en

un “proyecto” de una organización política, utópica o supuestamente realista. Marx deja que sea la clase en su conjunto –el proletariado general– quien invente su ruta al comunismo.

Yo me he sumado a esta tesis que supone una visión optimista, a su manera, de la Razón humana. Otros pensadores –“fuera de Marx” (y no a partir de Marx)– no comparten esta visión. Freud es un ejemplo. Pese a la grandeza –indiscutible– del pensador, sus tesis no me convencen porque, sometiéndolas a una lectura que busca descubrir la “representación” del mundo que ella propone (como hace Marx con todos los pensadores), no es posible, en mi modesta opinión, dejar de encontrar en ellas las representaciones de la burguesía vienesa en crisis.

Trato igualmente de leer a Keynes de la misma manera, una vez más la de Marx. Keynes no es solamente un “economista”. Lo es, por supuesto, e incluso un “gran economista”. Es grande precisamente porque es más que un economista. Keynes es un pensador. Gilles Dostaler y Bernard Maris (*Capitalisme et pulsion de mort*) lo han comprendido y han presentado su obra con este espíritu.

La visión del porvenir de la humanidad es optimista en Keynes. Keynes constata que el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas adquirido por la humanidad le permite emanciparse de la “cuestión económica” (en su hermoso discurso a nuestros biznietos). Una sociedad liberada de las cadenas del trabajo necesario es posible. Sería una sociedad que pasaría el tiempo cultivando las relaciones humanas, una sociedad verdaderamente emancipada y cultivada. Este objetivo no es otro, a su manera, que el comunismo de Marx. Esta es la razón de que el capitalismo sea un sistema obsoleto cuyo paréntesis debe ya cerrarse. El pensamiento de Keynes constituye, a mi modo de ver, uno de los ejemplos que prueban la precisión de la visión de Marx: la humanidad aspira al comunismo. No solamente sus “clases populares” (a las que Keynes despreciaba), sino incluso sus más grandes pensadores. Keynes no es ciertamente el primero en ha-



ber concebido este “radiante porvenir”. Antes que él lo habían hecho los utopistas.

La lectura del Keynes economista, igualmente necesaria, es, en mi opinión, decepcionante. Ciertamente Keynes supera de largo a los economistas convencionales vulgares de su tiempo (y a sus descendientes, los “economistas puros” de hoy). Eso no impide que los conceptos que él propone para leer de otro modo la realidad económica (la preferencia por la liquidez en particular) no broten de la observación empírica y directa de los fenómenos, si bien las propuestas de Keynes constituyen una aproximación a la realidad infinitamente más poderosa que la de nuestros miserables liberales. Marx va mucho más lejos: a través de la “preferencia por la liquidez”, que Keynes asocia con razón al “culto al dinero”, se expresa la alienación mercantil, fundamental en la reproducción del sistema.

Keynes ignora, pues, la tendencia a la pauperización producida necesariamente por la lógica de la acumulación. El efecto de esta tendencia no era visible en la Inglaterra de su época. Sin embargo, lo era perfectamente a la escala del Imperio británico, como el Partido comunista sudafricano escribía en aquella época. ¡Pero a Keynes le es indiferente!

El Keynes pensador, utopista comunista, es ciertamente un ser dotado de una gran sensibilidad. Pero él sigue prisionero de los “prejuicios de su clase”. El desprecio de las clases populares, incapaces según él de luchar por este futuro radiante al que él y sus amigos de Bloomsbury aspiran, pone de manifiesto la educación que ha recibido. Un poco como los “BoBos” parisienses de la actualidad, piensa que la tarea de “cambiar el mundo” es un asunto exclusivo de las “élites”.

Sin duda las observaciones de Keynes relativas a los “obreros” ingleses de su época (y de la nuestra) no están desprovistas de perspicacia. Pero para comprender este hecho hay que salir del cuadro de la observación de las clases populares de los centros opulentos para contemplar

la realidad del sistema capitalista mundializado. La renta imperialista explica los comportamientos en cuestión en Inglaterra. La mirada puesta en el sistema mundial en su conjunto invita entonces, a partir de Marx, a formular en otros términos la cuestión de la evolución de la puesta en cuestión del capitalismo, dando toda su importancia a las luchas de emancipación de los pueblos de las periferias, lo que Keynes no imagina.

## 12. ¿Están los “movimientos sociales” a la altura del desafío?

También aquí seré breve y recordaré solamente mis conclusiones. Los movimientos sociales progresistas, debido a que todavía están muy fragmentados y situados a la defensiva, corren el riesgo de estancarse, e incluso de retroceder, en beneficio de movimientos reaccionarios basados en ilusiones para-religiosas, para-étnicas, para-populistas y de otro tipo. No faltan ejemplos de “religiones políticas”, de nuevas sectas, de etnocracias.

En estas condiciones, importa distinguir los posibles hundimientos del sistema por la agudización de sus propias contradicciones internas, por una parte, de los retrocesos del sistema bajo el empuje de los avances populares y democráticos lúcidos, por otra parte. Por ello he propuesto calificar determinadas transiciones del pasado (el paso del Imperio romano al feudalismo europeo) de “vía de la decadencia”, por oposición a la “vía revolucionaria” característica del paso al capitalismo histórico y al socialismo: “revolución o decadencia” (mi lectura), “socialismo o barbarie” (Rosa Luxemburg), o también “transición lúcida o caos” (mi expresión reciente en respuesta a la crisis en curso), son sinónimos. Hasta hoy mismo, el mundo está más bien en el camino del caos porque los “movimientos en lucha” no están (¿todavía?) a la altura del desafío.

Es preciso dar mucha importancia a este hecho de la batalla ideológica. Remito aquí a las críticas que he dirigido al “discurso post-modernista”, de Negri en particular. Pamplinas relativas al “capitalismo cognitivo”, sobre “la muerte de Marx”, repliegues sobre la ideología burguesa de la libertad del individuo –ya– convertido en –el– sujeto de la historia (a la manera de Habermas), tecnologismo (atribuir lo esencial de los desafíos y de las transformaciones en curso a la “revolución tecnológica”), ocultamiento de la realidad esencial del capitalismo contemporáneo (la dominación de la oligarquía), e incluso formulaciones ingenuas (la sustitución de la comunicación horizontal por las jerarquías verticales) retrasan la toma de conciencia lúcida de los verdaderos desafíos a corto plazo (precarización y sumisión acentuada del trabajo, guerras a los pueblos del Sur) y a más largo plazo.

## Referencias

Como no ha sido mi intención volver a trazar en este texto las etapas de la formación de los conceptos y de las conclusiones que en él se han presentado, me contentaré con indicar brevemente los textos que podrían ayudar al lector a seguir su recorrido. Haré una presentación cronológica del mismo.

1. *L'Accumulation à l'échelle mondiale* fue redactada en su primera versión en 1954-56 (tesis de doctorado, 1957); y de una forma más didáctica en 1973 (*Le Développement inégal*).
2. Intervenciones sobre la cuestión del valor y del falso problema de la “transformación”. Véase en particular *La loi de la valeur et le matérialisme historique* (1977).
3. Respecto a la articulación de las instancias y las ideologías, véase:  
a) *Classes et Nations dans l'histoire et la crise contemporaine* (1979)  
Las formaciones comunitarias, p.46 y siguientes.

Las formaciones tributarias, p.54 y siguientes.

Reflexiones sobre la transición de un modo al otro: “revolución o decadencia”, pp. 238-245.

b) *L'Eurocentrisme* (1988), y su nueva edición aumentada, *Modernité, Religion, Démocratie, Critique de l'eurocentrisme, critique des culturalismes* (2008).

Razón y emancipación, pp. 9-19.

Flexibilidad de las interpretaciones religiosas, pp. 19-42.

Helenismo, cristianismo, islam, budismo, confucianismo, pp. 101-137.

4. *Critique de l'Air du Temps* (1997)

Unidad y mutaciones en la ideología de la economía política del capitalismo, pp. 27-46.

Sobredeterminación y subdeterminación en la historia de las sociedades, pp. 47-54.

Deterioro de la ley del valor y transición al comunismo, pp.63-85.

La economía “pura” o la brujería del mundo contemporáneo, pp. 125-136.

5. *Más allá del capitalismo senil* (2003)

El retorno de la “belle époque”, pp. 15-19.

Marxismo y keynesianismo históricos, pp. 39-54.

Socialización por el mercado o por la democracia, pp. 55-69.

La financiarización: ¿Fenómeno coyuntural o indicio de una transformación duradera del capitalismo?, pp. 79-88.

El nuevo imperialismo colectivo de la tríada, pp. 95-120.

6. *Le Virus libéral* (2003)

La pauperización y la polarización mundial (la nueva cuestión agraria, la nueva cuestión obrera), pp. 35-50.

La ideología de la modernidad (la versión europea de origen y la versión norteamericana), pp. 62-106.

7. *Por un Mundo multipolar* (2005)

El drama de las grandes revoluciones, pp. 228-229.

El peso del imperialismo, estadio permanente del capitalismo, en la expansión mundial del capitalismo, pp. 229-230.

8. *Por la Quinta Internacional* (2006)

(Las lecciones de las Internacionales socialistas comunistas, la crítica de los movimientos sociales, la convergencia en la diversidad).

9. *Du capitalisme à la civilisation* (2008)

La contribución del maoísmo, pp. 49-53.

Lógica formal y dialéctica materialista, pp. 75-77.

La productividad del trabajo social, pp. 82-95.

De la ley del valor al valor mundializado, pp. 95-98.

Economía de mercado o capitalismo de los oligopolios, pp. 125-138.

La multitud expresión torpe del bloque hegemónico del capital, pp. 187-193.

En el frente cultural, marcha atrás, pp. 203-209.

No hay democracia sin progreso social, pp. 210-222.

10. *L'Éveil du Sud* (2008).

Otras referencias:

Samir Amin, André Gunder Frank, *Réflexions sur la crise économique mondiale, n'attendons pas 1984* (1978).

*Cinquante ans après Bandoung*; Recherches Internationales n° 73 -04, 2004.

*Empire et Multitude*; La Pensée n° 343, 2005.

*Marx et la démocratie*; La Pensée n° 328, 2001.

Isabelle Garo, *Marx, un critique de la Philosophie*, 2000.

Elmar Altvater, *The Plagues of Capitalism*, 2008.

Étienne, *L'Europe chinoise, 1988*.

Gilles Dostaler, Bernard Maris, *Capitalisme et pulsion de mort, 2009*.



## Epílogo

Lo esencial de esta obra había sido escrito antes del hundimiento financiero de setiembre de 2008, el primer capítulo sobre la marcha, para la asamblea del Foro Mundial de las Alternativas celebrado en octubre. La obra estaba ya en prensa cuando tuvo lugar la reunión de Londres del G20, seguida inmediatamente por la de la OTAN en abril de 2009.

Se sabía ya que los gobiernos de la tríada –Estados Unidos, Europa, Japón– perseguían el objetivo exclusivo de una restauración del sistema tal como era antes de setiembre de 2008, y no hay que tomar en serio las intervenciones en Londres del presidente Obama y de Gordon Brown, por una parte, ni las de Sarkozy y Angela Merkel, por otra, destinadas a la galería. Las supuestas “diferencias” destacadas por los medios de comunicación, sin consistencia real, responden exclusivamente a las necesidades que tienen los dirigentes de hacerse valer ante sus ingenuas opiniones públicas. “Refundar el capitalismo”, “moralizar las operaciones financieras”: palabras altisonantes para evitar abordar las verdaderas cuestiones. Por ello, la restauración del sistema, que no es imposible, no resolverá ningún problema sino que más bien acentuará su gravedad. La “comisión Stiglitz”, convocada por las Naciones Unidas, se inscribe en esta estrategia de construcción de un trampantojo. Evidentemente no se puede esperar otra cosa de los oligarcas que con-

trolan a los poderes reales y a sus deudores políticos. El punto de vista que he desarrollado en este libro, que pone el acento en las relaciones entre la dominación de los oligopolios y la financiarización necesaria de su gestión de la economía mundial –indisociables una de otra– ha sido confirmado por los resultados del G20.

Más interesante es el hecho de que los líderes de los “países emergentes” invitados han guardado silencio. Una sola frase inteligente fue pronunciada en el transcurso de esta jornada circense, por parte del presidente chino Hu Jintao, que comentó “de pasada”, sin insistir y con una sonrisa (¿socarrona?) que será preciso abordar finalmente la instauración de un sistema financiero mundial que no esté basado en el dólar. Unos cuantos comentarios posteriores establecieron inmediatamente la relación –correcta– con las propuestas de Keynes en 1945.

Esta “observación” nos remite de nuevo a la realidad: la crisis del sistema del capitalismo de los oligopolios es indisociable de la crisis de la hegemonía de los Estados Unidos, ya sin aliento. Pero ¿quién tomará el relevo? Ciertamente no lo hará “Europa”, que no existe al margen del atlantismo y que no tiene ninguna ambición de independencia, como la asamblea de la OTAN demostró una vez más. ¿China? Esta “amenaza”, que los medios de comunicación invocan hasta la saciedad (un nuevo “peligro amarillo”) sin duda para legitimar el alineamiento atlantista, carece de fundamento. Los dirigentes chinos saben que su país no dispone de los medios para tomar el relevo, y ellos no tienen la voluntad de tomarlo. La estrategia de China se limita a trabajar en pro de una nueva mundialización sin hegemonía. Algo que ni Estados Unidos ni Europa consideran aceptable.

Por consiguiente, las probabilidades de un desarrollo posible que vaya en este sentido se basan todavía íntegramente en los países del Sur. Y no es ninguna casualidad que la CNUCED (Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo) sea la única institución de la familia de las Naciones Unidas que ha tomado iniciativas



muy diferentes de las de la comisión Stiglitz. Tampoco es casualidad que su director, el tailandés Supachai Panitchpakdi, considerado hasta hoy como un perfecto liberal, ose proponer en el informe de la organización titulado *The Global Economic Crisis*, con fecha de marzo de 2009, unos avances realistas que se inscriben en la perspectiva de un segundo momento del “despertar del Sur”.

China, por su parte, ha iniciado la construcción –progresiva y controlada– de sistemas financieros regionales alternativos liberados del dólar. Iniciativas que completan, en el plano económico, la promoción de las alianzas políticas del “grupo de Shangai”, el obstáculo principal al belicismo de la OTAN.

Se puede repetir *ad nauseam* que los dirigentes de Pekín no son más que unos “nacionalistas egoístas”. Ello no impide que sus objetivos converjan con la promoción de los intereses de todos los países del Sur, y sobre esta base con los de la humanidad entera.

La asamblea de la OTAN, reunida en abril de 2009, hizo caer la máscara tras la cual el presidente Obama pensaba ocultar su voluntad de proseguir la estrategia agresiva de Estados Unidos. Eligiendo a Obama, el *establishment* de Estados Unidos, siempre al servicio exclusivo de la oligarquía, ha dado ciertamente pruebas de inteligencia. Mejor que otros, Obama es capaz de generar ilusión.

La asamblea de la OTAN ha ratificado pues la decisión de Washington, no de iniciar el desmantelamiento de su despliegue militar, sino al contrario la de acentuar su amplitud, siempre con el pretexto falaz de la lucha contra el “terrorismo”. Obama emplea pues todo su talento para tratar de salvar el programa de Clinton y de Bush de control militar del planeta, única forma de prolongar los días de la hegemonía americana amenazada. El presidente Obama ha marcado unos puntos y ha obtenido la capitulación sin condiciones de la Francia de Sarkozy –el fin del gaullismo– que se ha reintegrado en el mando militar de la OTAN, lo que parecía difícil mientras Washington hablaba con la voz

de Bush, carente de inteligencia aunque no de arrogancia. Además, Obama se puso, como Bush, a dar lecciones, sin preocuparse demasiado de respetar la “independencia” de Europa, ¡invitándola a aceptar la integración de Turquía en la Unión Europea!

(Abril 2009)